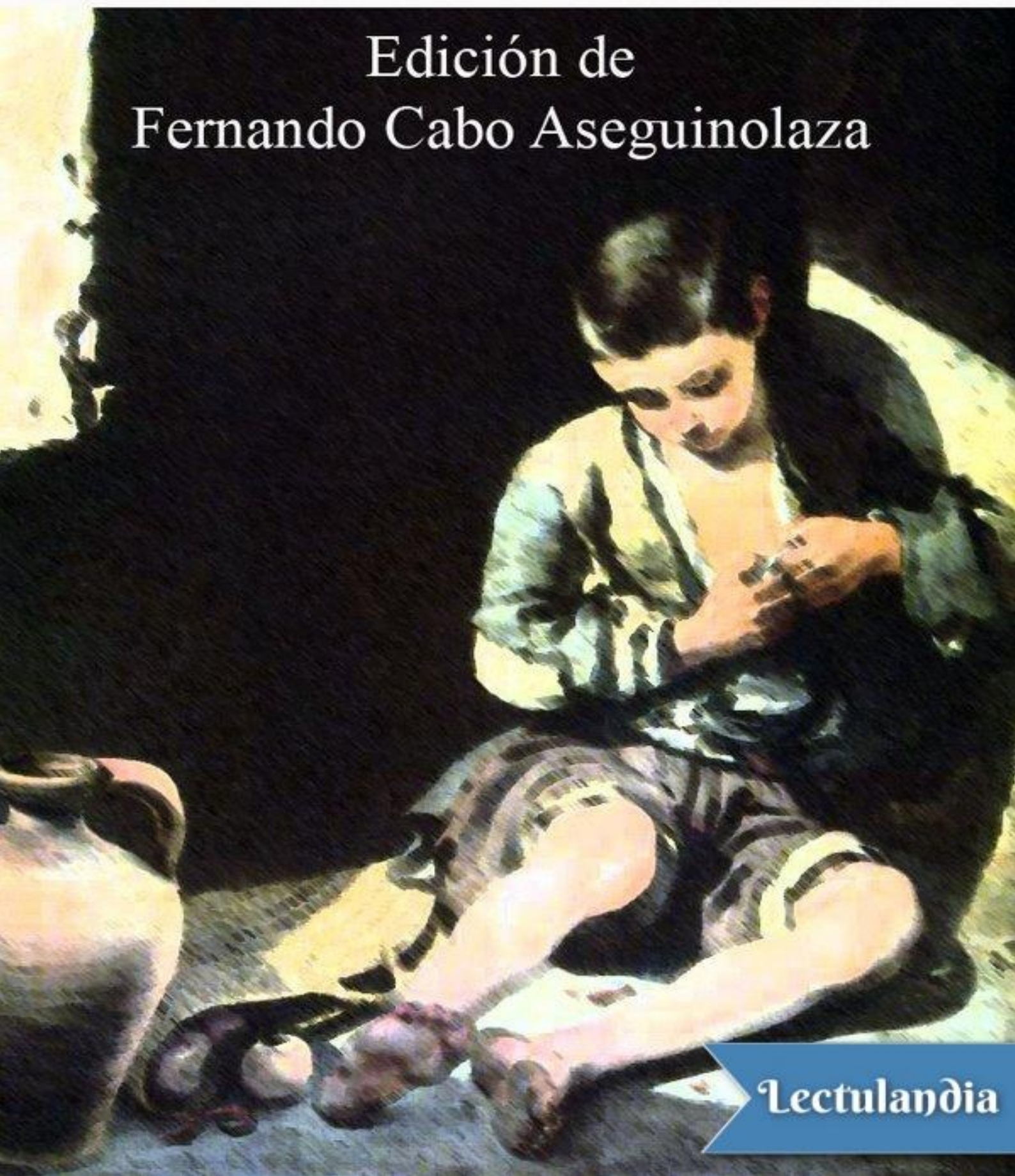


Francisco de Quevedo

LA VIDA DEL BUSCÓN

Edición de
Fernando Cabo Aseguinolaza



Lectulandia

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había que imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballeros desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre; «Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal». Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía: «De manos. Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto: unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan? No lo puedo decir sin lágrima —lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas—: porque no querrían que, donde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros».

Las andanzas de Pablos de Segovia constituyen una de las cimas de la novela picaresca española, así como una de sus realizaciones más personales. Aunque Francisco de Quevedo (Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes, 1645) se acogió en esta obra de juventud al patrón narrativo del Lazarillo y el Guzmán de Alfarache, la autobiografía de un personaje sin honra y de baja extracción social le interesó menos en sí misma que como espacio idóneo para dar rienda suelta a su ingenio. De Quevedo afirmó su primer biógrafo que «en cuanto escribió, quiso singularizarse», y buena prueba es esta novela, que, más allá del género al que pertenece, resulta una completa miscelánea burlesca, en la que se dan cita las principales tradiciones cómicas del Quinientos (desde las jácaras a los cuentos folclóricos, pasando por las facecias y los apotegmas), aderezadas con la prodigiosa agudeza verbal del autor y con unos tipos humanos de genial desmesura, factores todos que convierten al Buscón (nunca reconocido como suyo, ni siquiera mencionado, por Quevedo) en uno de los logros absolutos de nuestra lengua y nuestra literatura.

Esta obra clásica se publica aquí de acuerdo con el texto crítico más autorizado y con más de 1400 notas a pie de página que lo hacen fácilmente inteligible, pero sin entretenerse en pormenores inútiles. También al final, figura un estudio sobre el autor y la obra y otros materiales complementarios.

Lectulandia

Francisco de Quevedo

La vida del Buscón

Edición de Fernando Cabo Aseguinolaza

ePUB r1.0

Yorik 13.05.13

Francisco de Quevedo, 1626

Edición, notas y estudio: Fernando Cabo Aseguinolaza

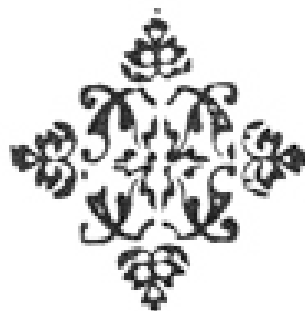
Editor digital: Yorik

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BVS CON, LLAMADO
DON PABLOS; EXEMPLO
de Vagamundos, y espejo
de Tacaños.

*Por don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero
de la Orden de Santiago, y señor de
Iuan Abad.*



CON LICENCIA.

En çoragoça. Por Pedro Verges, a los Señales,
Año 1626.

TÍTULO. El título recoge el sugerido por el epígrafe que encabeza el tercero de los libros en que se divide la obra: *Libro tercero y último de la primera parte de la vida del Buscón*. No obstante, el códice Bueno lleva el título de *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*; pero, dado que la portada en que aparece tiene letra del siglo XIX y que coincide con el que lleva la primera edición (Zaragoza, 1626), debe suponerse que se trata de una adición tardía al manuscrito original que reproduce la denominación de la edición príncipe. De cualquier manera, sólo hay coincidencias parciales entre los títulos que encabezan los manuscritos (*La vida del Buscón, llamado don Pablos* en C; *La vida del Buscavida, por otro nombre D. Pablos* en S), y ninguno de ellos, ni tampoco los de las ediciones, parece atribuible al autor.

La «Carta dedicatoria» que figura en los manuscritos S y C y el prologuillo «Al lector», incluido en la primera edición, tampoco parecen deberse a Quevedo.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

En que cuenta quién es el Buscón

Yo, señora,^[1] soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo, ¡Dios le tenga en el cielo! Fue, tal como todos dicen;^[2] de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría de que le llamasen así,^[3] diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas.^[4] Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer.

Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja,^[5] aun viéndola con canas y rota,^[6] aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso esforzar que era decendiente de la gloria.^[7] Tuvo muy buen parecer, para letrado;^[8] mujer de amigas y cuadrilla, y de pocos enemigos, porque hasta los tres del alma aun no los tuvo por tales;^[9] persona de valor y conocida por quien era.^[10]

Padeció grandes trabajos recién casada,^[11] y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros.^[12] Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba muy a su salvo los tuétanos de las faldriqueras.^[13] Murió el angélico de unos azotes que le dieron en la cárcel.^[14] Sintiólo mucho mi padre, por ser tal que robaba a todos las voluntades.^[15]

Por estas y otras niñerías estuvo preso,^[16] y rigores de justicia, de que hombre no se puede defender,^[17] le sacaron por las calles. En lo que toca de medio abajo, tratáronle aquellos señores regaladamente: iba a la brida,^[18] en bestia segura y de buen paso, con medida y buen día.^[19] Mas, de medio arriba, ecétera; que no hay más que decir para quien sabe lo que hace un pintor de suela en unas costillas.^[20] Diéronle docientos escogidos,^[21] que de allí a seis años se le contaban por encima de la ropilla.^[22] Más se movía el que se los daba que él, cosa que pareció muy bien. Divirtiósese algo con las alabanzas que iba oyendo de sus buenas carnes, que le estaba de perlas lo colorado.^[23]

Mi madre, ¿pues no tuvo calamidades? Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban. Y decía, no sin sentimiento: —«En su tiempo, hijo, eran los virgos como soles: unos amanecidos y

otros puestos, y los más en un día mismo amanecidos y puestos».^[24] Hubo fama que reedificaba doncellas, resuscitaba cabellos encubriendo canas, empreñaba piernas con pantorrillas postizas.^[25] Y con no tratarla nadie que se le cubriese pelo, solas las calvas se la cubría, porque hacía cabelleras;^[26] poblaba quijadas con dientes; al fin, vivía de adornar hombres y era remendona de cuerpos.^[27] Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas; otros, juntona; cuál la llamaba enflautadora de miembros y cuál tejedora de carnes, y, por mal nombre, alcagüeta.^[28] Para unos era tercera, primera para otros y flux para los dineros de todos.^[29] Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre: —«Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal».^[30] Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía: —«De manos.^[31] Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto: unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan? No lo puedo decir sin lágrimas —lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas—:»^[32] porque no querrían que, donde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros.^[33] Mas de todo nos libró la buena astucia. En mi mocedad, siempre andaba por las iglesias, y no de puro buen cristiano.^[34] Muchas veces me hubieran llorado en el asno, si hubiera cantado en el potro.^[35] Nunca confesé, sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia. Preso estuve por pedigüño en caminos, y a pique de que me esteraran el tragar y de acabar todos mis negocios con dieciséis maravedís: diez de sogas y seis de cáñamo.^[36] Mas de todo me ha sacado el punto en boca, el chitón y los nones. Y con esto y mi oficio he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido».

—¿Cómo a mí sustentado? —dijo ella con grande cólera—. Yo os he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria y mantenídoos en ellas con dinero.^[37] Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes!^[38] Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Metílos en paz, diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante, y que para esto me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró adentro, y mi padre fue a rapar a uno —así lo dijo él—, no sé si la barba o la bolsa: lo más ordinario era uno y otro.^[39] Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan celosos de mi bien.

CAPÍTULO SEGUNDO

*De cómo fue a la escuela y lo que
en ella le sucedió*

Otro día,^[1] ya estaba comprada la cartilla y hablado el maestro.^[2] Fui, señora, a la escuela. Recibióme muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle, di muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí, ganaba la palmatoria los más días por venir antes y íbame el postrero por hacer algunos recados a la señora (que así llamábamos la mujer del maestro).^[3] Teníalos a todos con semejantes caricias obligados,^[4] favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame, de todos, a los hijos de caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas.^[5] Íbame a su casa a jugar los días de fiesta y acompañábale cada día. Los otros, u que porque no les hablaba u que porque les parecía demasiado punto el mío,^[6] siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la invidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas de noche;^[7] otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones (por llamarle gato); unos me decían «zape» cuando pasaba, y otros «miz».^[8] Cuál decía: —«Yo la tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa».^[9]

Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron,^[10] gloria a Dios. Y aunque yo me corría,^[11] disimulaba. Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro (que aun, si lo dijera turbio, no me diera por entendido),^[12] agarré una piedra y descalabréle. Fuime a mi madre corriendo que me escondiese; contéla el caso; díjome:

—Muy bien hiciste, bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella y roguéla me declarase si le podía desmentir con verdad:^[13] u que me dijese si me había concebido a escote entre muchos,^[14] u si era hijo de mi padre. Rióse y dijo:

—¡Ah, noramaza!,^[15] ¿eso sabes decir? No serás bobo: gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo, con esto, quedé como muerto, y dime por novillo de legítimo matrimonio,^[16] determinado de coger lo que pudiese en breves días y salirme de en casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fue mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que,

oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente.^[17] Que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos,^[18] dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y cenar, y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que, viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso,^[19] que el don Dieguito me dijo:

—Hola, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Yo, por darle gusto a mi amigo, lláméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dio a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme, de suerte que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y defendióme el maestro de que no me matase, asegurándome de castigarme. Y así luego —aunque señora le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó— mandóme desatacar,^[20] y, azotándome, decía tras cada azote: —«¿Diréis más Poncio Pilato?». Yo respondía: —«No, señor»; y respondílo veinte veces, a otros tantos azotes que me dio. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo —advierta V. Md. la inocente malicia—, al tiempo de decir «padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir más Pilatos, dije: «padeció so el poder de Poncio de Aguirre».^[21] Diole al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dio una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese.^[22] Con esto fui yo muy contento.

En estas niñeces pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escribir.^[23] Llegó —por no enfadar— el de unas Carnestolendas, y, trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos.^[24] Echamos suertes entre doce señalados por él, y cúpome a mí. Avisé a mis padres que me buscasen galas.

Llegó el día, y salí en uno como caballo, mejor dijera en un cofre vivo,^[25] que no anduvo en peores pasos Roberto del Diablo,^[26] según andaba. Él era rucio, y rodado el que iba encima, por lo que caía en todo.^[27] La edad no hay que tratar: biznietos tenía en tahonas.^[28] De su raza no sé más de que sospecho era de judío, según era medroso y desdichado.^[29]

Iban tras mí los demás niños todos aderezados.^[30] Pasamos por la plaza (aun de

acordarme tengo miedo), y, llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oído cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gazzate, no llegó en mucho tiempo.^[31]

La bercera —que siempre son desvergonzadas— empezó a dar voces; llegaron otras y, con ellas, pícaros,^[32] y alzando zanorias garrofales, nabos frisonos, tronchos y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey.^[33] Yo, viendo que era batalla nabal,^[34] y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que, yendo a empinarse, cayó conmigo en una —hablando con perdón—^[35] privada.^[36] Púseme cual V. Md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las revendederas, y descalabraron dos.

Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña.^[37] Vino la justicia, comenzó a hacer información, prendió a berceras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala,^[38] y otras espadas pequeñas. Llegó a mí, y, viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídlas en una casa a secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que, si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Quiero confesar a V. Md. que, cuando me empezaron a tirar los tronchos, nabos, etc., que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendiendo que me habían tenido por mi madre y que la tiraban, como habían hecho otras veces, como necio y muchacho, empecé a decir: —«Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre», como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro.^[39] El miedo me disculpó la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente.

Pero, volviendo al alguacil, quísome llevar a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme: tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín exprimido que me dieron.^[40] Procuraba satisfacerlos, y, viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuime a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no inviarle más a la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coces, y, de puro flaco, se le desgajaron las dos piernas, y se quedó sembrado para otro año en el lodo, bien cerca de espirar.

Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determinéme de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego u, por

mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de los suyos, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal,^[41] y que así, desde luego,^[42] renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

CAPÍTULO TERCERO

De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje,^[1] lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra,^[2] que tenía por oficio el criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese.

Entramos, primero domingo después de Cuaresma, en poder de la hambre viva,^[3] porque tal laceria no admite encarecimiento.^[4] Él era un clérigo cerbatana,^[5] largo sólo en el talle;^[6] una cabeza pequeña; los ojos, avvicindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes;^[7] la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico,^[8] entre Roma y Francia,^[9] porque se le había comido de unas búas de resfriado,^[10] que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado;^[11] el gáznate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo, parecía tenedor u compás, con dos piernas largas y flacas;^[12] su andar, muy espacioso:^[13] si se descomponía algo, le sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro;^[14] la habla, ética;^[15] la barba, grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver la mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa;^[16] era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa.^[17] La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra, y desde lejos entreazul.^[18] Llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños.^[19] Parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino lanudo.^[20] Cada zapato

podía ser tumba de un filisteo.^[21] ¿Pues su aposento? Aun arañas no había en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.^[22]

A poder déste, pues, vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que aun por no gastar tiempo no duró más.^[23] Díjonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuimos allá. Comían los amos primero, y servíamos los criados.^[24]

El refitorio era un aposento como medio celemín.^[25] Sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos y, como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse y dijo:

—¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. ¿Qué tiene esto de refitorio de jerónimos para que se críen aquí?^[26]

Yo, con esto, me comencé a afligir, y más me susté cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón.^[27] Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin.^[28] Trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente.^[29] Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo.^[30] Decía Cabra a cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla,^[31] digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Y, sacando la lengua, la paseaba por los bigotes, lamiéndoselos, con que dejaba la barba pavonada de caldo.^[32] Acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo:

—Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

«¡Mal ingenio te acabe!», decía yo entre mí,^[33] cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que, la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne, apenas;^[34] y dijo el maestro en viéndole:

—¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale.^[35] Coman, que me huelgo de verlos comer.

Y, tomando el cuchillo por el cuerno,^[36] picóle con la punta y asomándole a las narices, trayéndole en procesión por la portada de la cara, meciendo la cabeza dos veces, dijo:

—Conforta realmente y son cordiales—, que era grande adulator de las legumbres.^[37]

Repartió a cada uno tan poco carnero,^[38] que, entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes.^[39] Cabra los miraba y decía:

—Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas.

¡Mire V. Md. qué aliño para los que bostezaban de hambre! Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y, en el plato, dos pellejos y unos güesos; y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados, que también han de comer. No lo queramos todo.

—¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado —decía yo—, que tal amenaza has hecho a mis tripas!^[40]

Echó la bendición y dijo:

—Ea, demos lugar a la gentecilla que se repapile,^[41] y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.

Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia, y tres u cuatro sentencias viejas,^[42] y fuese.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio malparado y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra, diciendo:

—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué. No riñan, que para todos hay.

Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a V. Md. que vi al uno dellos, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaban a encaminar las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros, por estar casi en ayunas, no lo hacían,^[43] y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión,^[44] me le quitó el mozo espiritado que dije.^[45] Levantéme con grande dolor de mi alma, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón.^[46] Diome gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme,^[47] y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome:

—Como no lo son en esta casa, no las hay.^[48] Para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, dondequiera podréis; que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como agora vos, de lo que cené en mi casa la noche antes.

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta, que, considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada dél.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban váguidos en aquella casa como en otras ahítos.^[49] Llegó la hora del cenar; pasóse la merienda en blanco, y la cena, ya que no se pasó en blanco, se pasó en moreno: pasas y almendras y candil y dos bendiciones, porque se dijese que cenábamos con bendición.^[50]

—Es cosa saludable —decía— cenar poco, para tener el estómago desocupado.

Y citaba una arretahíla de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta y que se ahorra un hombre de sueños pesados,^[51] sabiendo que, en su casa, no se podía soñar otra cosa sino que comían.^[52] Cenaron y cenamos todos, y no cenó ninguno.^[53]

Fuímonos a acostar y en toda la noche pudimos yo ni don Diego dormir, él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí,^[54] y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije:

—Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que, en la pendencia de las berceras, nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio. Y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar previlegiado.^[55]

Entre estas pláticas y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar. Dieron las seis, y llamó Cabra a lición. Fuimos y oírnosla todos.^[56] Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas.^[57] Y todo esto creará quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, y esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y, preguntando a uno un día que qué sería (porque Cabra se enojó de que se lo preguntase), respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones y que, en metiéndolos en aquella casa, morían de hambre, de manera que no comían desde allí adelante.^[58] Certificóme que era verdad, y yo, que conocí la casa, lo creo. Dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije.

Y volviendo a la lición, diola y decorámosla.^[59] Y prosiguió siempre en aquel modo de vivir que he contado; sólo añadió a la comida tocino en la olla por no sé qué que le dijeron,^[60] un día, de hidalguía allá fuera.^[61] Y así, tenía una ceja de yerro toda agujereada como salvadera,^[62] abríala y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala a cerrar y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho y dio en sólo asomar el tocino a la olla. Dábase la olla por entendida del tocino, y nosotros comíamos algunas sospechas de pernil.^[63]

Pasábamolo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que, ya que para comer, al cabo de un mes, no hallábamos remedio, le buscamos para no levantarnos de mañana. Y así, trazamos de decir que teníamos algún mal. No osamos decir calentura, porque, no la teniendo, era fácil de conocer el enredo. Dolor de cabeza u muelas era poco estorbo. Dijimos, al fin, que nos dolían las tripas y que estábamos muy malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días,^[64] fiados en que, a trueque de no gastar dos cuartos en una melecina,^[65] no buscaría el remedio. Mas ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una que había heredado de su padre, que fue boticario. Supo el mal, y tomóla y aderezó una melecina,^[66] y, haciendo llamar una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas.^[67]

Empezaron por don Diego. El desventurado atajóse,^[68] y la vieja, en vez de echársela dentro, disparóse la por entre la camisa y el espinazo y diole con ella en el cogote, y vino a servir por defuera de guarnición la que dentro había de ser aforro.^[69] Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra y, viéndolo, dijo que me echasen a mí la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me resistía, pero no me valió, porque, teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, a la cual, de retorno, di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo. Yo rogaba a Dios que se enojase tanto que me despidiese, mas no lo quiso mi ventura.

Quejábamonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase de comer y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló, un viernes a la mañana, con unas migajas de pan en la ropilla.^[70] Lo que pasamos con la vieja, Dios lo sabe. Era tan sorda, que no oía nada: entendía por señas; ciega y tan gran rezadora, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que he comido.^[71] Unos decían: —«¡Garbanzos negros! Sin duda son de Etiopia».^[72] Otro decía: —«¡Garbanzos con luto! ¿Quién se les habrá muerto?»». Mi amo fue el primero que se encajó una cuenta y, al mascarla, se quebró un diente. Los viernes solía inviar unos güevos con tantas barbas, a fuerza de pelos y canas suyas, que pudieran pretender corregimiento u abogacía.^[73] Pues meter el badil por el cucharón y inviar una escudilla de caldo empedrada era ordinario.^[74] Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba en la olla.^[75] Y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos en este trabajo hasta la Cuaresma.^[76] Vino, y, a la entrada della, estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pedía confisión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre.^[77]

Diéronle el Sacramento, y el pobre, cuando le vio —que había un día que no hablaba — dijo:

—Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.

Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados.^[78] Divulgóse por el pueblo el caso atroz, llegó a oídos de don Alonso Coronel y, como no tenía otro hijo, desengaño de los embustes de Cabra y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje y, teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros.^[79] Y tales nos vio, que, sin aguardar a más, tratando muy mal de palabra al licenciado Vigilia,^[80] nos mandó llevar en dos sillas a casa.^[81] Despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados por la Trinidad sus compañeros.^[82]

CAPÍTULO CUARTO

De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos de la hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y a mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial,^[1] que al fin me trataban como a criado, en buen rato no me los hallaron. Trujeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos.^[2] Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos.^[3] ¿Quién podrá contar, a la primera almendrada y a la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento?^[4] Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que, por nueve días, no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban güecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquiera palabra.

Con estas y otras prevenciones, comenzamos a volver y cobrar algún aliento, pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas;^[5] y así, se dio orden que cada día nos las ahormasen con la mano del almirez.

Levantábamonos a hacer pinicos dentro de cuarenta días y aún parecíamos sombras de otros hombres y, en lo amarillo y flaco, simiente de los Padres del yermo.^[6] Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso, comiendo, alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba la hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel

día.^[7] Solíamos contar a don Alonso cómo, al sentarse en la mesa, nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida). Y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices y capones, gallinas y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado el matarla, y aun el herirla, según regateaba el comer.^[8]

Pasáronsenos tres meses en esto, y, al cabo, trató don Alonso de enviar a su hijo a Alcalá, a estudiar lo que le faltaba de la Gramática. Díjome a mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y, con esto, diole un criado para ayo, que le gobernase la casa y tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza.^[9] Pusimos el hatillo en el carro de un Diego Monje; era una media camita, y otra de cordeles con ruedas para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Baranda,^[10] cinco colchones, ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos a la tardecica,^[11] una hora antes de anochecer, y llegamos a la media noche, poco más, a la siempre maldita venta de Viveros.^[12]

El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día.^[13] Hízonos gran fiesta y, como él y los ministros del carretero iban horros (que ya había llegado también con el hatillo antes, porque nosotros veníamos de espacio)^[14] pegóse al coche, diome a mí la mano para salir del estribo y díjome si iba a estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor.^[15] Un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar, andaba esforzando sus ojos que se durmiesen en ayunas; arremedaba los bostezos, diciendo: «Más me engorda un poco de sueño que cuantos faisanes tiene el mundo». Dos estudiantes fregones, de los de mantellina, panzas al trote, andaban aparecidos por la venta para engullir.^[16] Mi amo, pues, como más nuevo en la venta y muchacho, dijo:

—Señor güésped, déme lo que hubiere para mí y mis criados.

—Todos lo somos de V. Md.^[17] —dijeron al punto los rufianes— y le hemos de servir. ¡Hola, güésped!, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes. Vacíad la dispensa—. Y, diciendo esto, llegóse el uno y quitóle la capa y dijo:

—Descanse V. Md., mi señor —y púsola en un poyo.^[18]

Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta.^[19] Dijo una de las mujeres:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va a estudiar? ¿Es V. Md. su criado?

Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos.^[20] Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó

a él medio llorando y, dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—¡Oh, mi señor don Diego, ¿quién me dijera a mí, agora diez años,^[21] que había de ver yo a V. Md. desta manera? Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá V. Md.!

Él se quedó admirado, y yo también, que juráramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara y dijo a su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra conocelle según está de grande! ¡Dios le guarde! —y empezó a santiguarse.

¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y, preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles y, oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría.

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene V. Md., que, entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa.^[22]

—¡Jesús! —dijo don Diego—, V. Mds. se sienten, si son servidos.

Y a esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):^[23]

—Luego, mi señor, que aún no está todo a punto.

Yo, cuando vi a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió. Porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y, mirando a mi amo, dijeron:

—No es razón que, donde está un caballero tan principal, se queden estas damas sin comer. Mande V. Md. que alcancen un bocado.

Él, haciendo del galán, convidólas. Sentáronse y, entre los dos estudiantes y ellas, no dejaron sino un cogollo, en cuatro bocados, el cual se comió don Diego. Y, al dársele, aquel maldito estudiante le dijo:

—Un agüelo tuvo V. Md., tío de mi padre, que jamás comió lechugas; y son malas para la memoria, y más de noche, y éstas no son buenas.^[24]

Y, diciendo esto, sepultó un panecillo, y el otro, otro. ¿Pues las mujeres? Ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado y dos lonjas de tocino y un par de palomas cocidas, y dijeron:

—Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos. ¡Pesia diez, la Iglesia ha de ser la primera!

No bien se lo dijeron, cuando se sentó.

Ya, cuando vio mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse a afligir. Repartiéronlo todo y a don Diego dieron no sé qué güesos y alones, diciendo que «del

cabrito el huesecito y del ave el aloncito» y que el refrán lo decía.^[25] Con lo cual nosotros comimos refranes y ellos aves. Lo demás se engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal.

Y replicaba el maldito estudiante:

—Y más, que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá.^[26]

Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los güesos de los otros, volvió el un rufián y dijo:

—¡Oh, pecador de mí! No habernos dejado nada a los criados. Vengan aquí V. Mds. ¡Ah, señor güésped!, déles todo lo que hubiere; vea aquí un doblón.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el estudiantón) y dijo:

—Aunque, V. Md. me perdone, señor hidalgo, debe de saber poco de cortesía. ¿Conoce, por dicha, a mi señor primo? Él dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado a nosotros.

Y volviéndose a don Diego, que estaba pasmado, dijo:

—No se enoje V. Md., que no le conocían.

Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación, que no pensé acabar.

Levantaron las mesas, y todos dijeron a don Diego que se acostase. Él quería pagar la cena, y replicáronle que no lo hiciese, que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato hablando.^[27] Preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba tal Coronel. ¡En los infiernos descanse, dondequiera que está! Vio al avariento que dormía y dijo:

—¿V. Md. quiere reír? Pues hagamos alguna burla a este mal viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino y es riquísimo.

Los rufianes dijeron:

—Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.

Con esto, se llegó y sacó al pobre viejo, que dormía, de debajo de los pies unas alforjas y, desenvolviéndolas, halló una caja, y, como si fuera de guerra, hizo gente.^[28] Llegáronse todos, y, abriéndola, vio ser de alcorzas.^[29] Sacó todas cuantas había y, en su lugar, puso piedras, palos y lo que halló; y, encima, dos o tres yesones y un tarazón de teja.^[30] Cerró la caja y púsola donde estaba, y dijo:

—Pues aún no basta, que bota tiene el viejo.

Sacóla el vino y, desfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa y la cerró.^[31] Con esto, se fueron todos a acostar para una hora que quedaba o media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas y, en la capilla del gabán, le echó una gran piedra^[32] y fuese a dormir.

Llegó la hora de caminar; despertaron todos, y el viejo todavía dormía.

Llamáronle, y, al levantarse, no podía levantar la capilla del gabán. Miró lo que era; y el mesonero, adrede, le riñó, diciendo:

—¡Cuerpo de Dios!, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece a V. Mds., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.^[33]

Juraba y perjuraba, diciendo que no había metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar, de cena sólo, treinta reales,^[34] que no entendiera Juan de Leganés la suma.^[35] Decían los estudiantes:

—No pide más un ochavo.^[36]

Y respondió un rufián:

—No, si no, burlárase con este caballero delante de nosotros; aunque ventero, sabe lo que ha de hacer. Déjese V. Md. gobernar, que en mano está.^[37]

Y, tosiendo, cogió el dinero, contólo y, sobrando del que sacó mi amo cuatro reales, los asió, diciendo:

—Éstos, le daré de posada, que a estos pícaros con cuatro reales se les tapa la boca.

Quedamos sustados con el gasto.^[38] Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas y, porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas a oscuras debajo del gabán; y, agarrando un yesón, echósele en la boca y fuele a hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó a escupir y hacer gestos de asco y de dolor; llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Empezóse a ofrecer a Satanás. Dejó caer las alforjas. Llegóse a él el estudiante y dijo:

—¡Arriedro vayas, cata la cruz!^[39]

Otro abrió un breviario; hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió que le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino,^[40] que él traía bota. Dejáronle, y, sacándola, abríola y, echando en un vaso un poco de vino, salió con la lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar.^[41] Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero, viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y las mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en dos borricos,^[42] y nosotros nos subimos en el coche; y no bien comenzó a caminar cuando unos y otros nos comenzaron a dar vaya,^[43] declarando la burla. El ventero decía:

—Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta, envejecerá.^[44]

El cura decía:

—Sacerdote soy; allá se lo diré de misas.^[45]

Y el estudiante maldito voceaba:

—Señor primo, otra vez rásquese cuando le coman y no después.^[46]

El otro decía:

—Sarna de V. Md., señor don Diego.^[47]

Nosotros dimos en no hacer caso; Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas, llegamos a la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día, que llegamos a las nueve, acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos en limpio sacar el gasto.

CAPÍTULO QUINTO

*De la entrada de Alcalá, patente y burlas
que le hicieron por nuevo*

Antes que anocheciese, salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más.^[1]

Era el dueño y güésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo.^[2] Recibióme, pues, el güésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. Ni sé si lo hizo porque le comenzásemos a tener respeto u por ser natural suyo dellos, que no es mucho que tenga mala condición quien no tiene buena ley.^[3] Pusimos nuestro hatillo, acomodamos las camas y lo demás y dormimos aquella noche.

Amaneció, y helos aquí en camisa a todos los estudiantes de la posada a pedir la patente a mi amo.^[4] Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían, y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones y sólo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga.^[5] Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y con tanto comenzaron una grita del diablo, diciendo:

—Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad. Goce de las preeminencias de antiguo.^[6] Pueda tener sarna, andar manchado y padecer la hambre que todos.

Y con esto (¡mire V. Md. qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas.

A mi amo, apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general;^[7] pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé a temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien un pie, cuando me encararon y empezaron a decir: —«¡Nuevo!». Yo, por disimular, di en reír, como que no hacía caso; mas no bastó, porque, llegándose a mí ocho u nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues, al instante, se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices y, apartándose, dijo:

—Por resucitar está este Lázaro, según olisca.^[8]

Y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también y dije:

—V. Mds. tienen razón, que huele muy mal.^[9]

Dioles mucha risa y, apartándose, ya estaban juntos hasta ciento; comenzaron a escarrar y tocar al arma,^[10] y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos. En esto, un manchegazo acatarrado hízome alarde de uno terrible, diciendo:^[11]

—Esto hago.

Yo entonces, que me vi perdido, dije:

—¡Juro a Dios que ma...!

Iba a decir *te*,^[12] pero fue tal la batería y lluvia que cayó sobre mí,^[13] que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí; y era de ver cómo tomaban la puntería.^[14]

Estaba ya nevado de pies a cabeza, pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí diciendo con gran cólera:

—¡Basta, no le deis con el palo! —que yo, según me trataban, creí dellos que lo harían.

Destapéme por ver lo que era, y, al mismo tiempo, el que daba las voces me enclavó un gargajo en los dos ojos.^[15] Aquí se han de considerar mis angustias. Levantó la infernal gente una grita que me aturdieron. Y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que, por ahorrar de médicos y boticas, aguardan nuevos para purgarse.

Quisieron tras esto darme pescozones, pero no había dónde sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa,^[16] ya blanca por mis pecados. Dejéronme, y iba hecho zufaina de viejo a pura saliva.^[17] Fuime a casa, que apenas acerté, y fue ventura el ser de mañana, pues sólo topé dos o tres muchachos, que debían de ser bien inclinados, porque no me tiraron más de cuatro u seis trapajos y luego me dejaron.^[18] Entré en casa, y el morisco que me vio, comenzóse a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

—Tené, güésped, que no soy *Ecce-Homo*.^[19]

Nunca lo dijera, porque me dio dos libras de porrazos, dándome sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio derrengado, subí arriba, y, en buscar por dónde asir la sotana y el manteo para quitármelos,^[20] se pasó mucho rato. Al fin, le quité y me eché en la cama, y colguélo en una azutea.

Vino mi amo y, como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzó a darme repelones con tanta prisa, que, a dos más, despierto calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él, con más cólera, dijo:

—¿Es buen modo de servir ése, Pablos?^[21] Ya es otra vida.

Yo, cuando oí decir «otra vida», entendí que era ya muerto, y dije:

—Bien me anima V. Md. en mis trabajos.^[22] Vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelo a las mayores narices que se han visto jamás en paso,^[23] y mire estas costillas.

Y con esto, empecé a llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y, buscando la sotana y viéndola, compadeciósese de mí, y dijo:

—Pablo, abre el ojo, que asan carne.^[24] Mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre.

Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar a mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los güéspedes de casa.

Acostéme y dormí; y con esto, a la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte y ya como si no hubiera pasado por mí nada. Pero, cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traían a otras.^[25] Viniéronse a acostar los otros criados y, saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso y, al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron a santiguar, diciendo:

—No se hiciera entre luteranos. ¿Hay tal maldad?^[26]

Otro decía:

—El retor tiene la culpa en no poner remedio.^[27] ¿Conocerá los que eran?

Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto, se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía que estaba con mi padre y mis hermanos.

Debían de ser las doce, cuando el uno dellos me despertó a puros gritos, diciendo:

—¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!

Sonaban en su cama, entre estas voces, unos golpazos de látigo. Yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso?

Y apenas la descubrí, cuando con una maroma me asestaron un azote con hijos en todas las espaldas.^[28] Comencé a quejarme; quíseme levantar; quejábase el otro también; dábanme a mí sólo. Yo comencé a decir:

—¡Justicia de Dios!

Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo)^[29] otro remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y, al punto, los tres que dormían empezaron a dar gritos también. Y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de fuera nos daba a todos.

Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama y proveyó en ella y cubrióla,^[30] volviéndose a la suya. Cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo: —«Es gran bellaquería, y no ha de quedar así». Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre

puertas,^[31] tan encogido que parecía galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba y subíme a mi cama, preguntando si acaso los habían hecho mal. Todos se quejaban de muerte.

Acostéme y cubríme y torné a dormir; y como, entre sueños, me revolcase, cuando desperté, halléme proveído y hecho una necesaria.^[32] Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme.^[33] No había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso, considerando si acaso, con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, o si entre sueños. Al fin, yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía cómo disculparme.

Los compañeros se llegaron a mí, quejándose y muy disimulados, a preguntarme cómo estaba. Yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntáales yo que qué podía haber sido, y ellos decían:

—A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá.^[34] Pero, dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho.

Y diciendo esto, fueron a levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto, mi amo entró diciendo:

—¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿y estáste en la cama? ¡Levántate enhoramala!

Los otros, por asegurarme,^[35] contaron a don Diego el caso todo y pidiéronle que me dejase dormir. Y decía uno:

—Y si V. Md. no lo cree, levánta, amigo.

Y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca. Y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno:

—¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede!

Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad, y luego, tras él, todos comenzaron a mirar si había en el aposento algún servicio.^[36] Decían que no se podía estar allí. Dijo uno:

—¡Pues es muy bueno esto para haber de estudiar!

Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron:

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle a una de las nuestras, y miremos debajo della.

Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban a echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón.^[37] Agarréme a los palos, hice visajes;^[38] ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo: —«¡Gran lástima!». Don Diego me tomó el dedo del corazón y, al fin, entre los cinco me levantaron. Y al alzar las sábanas, fue tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento.^[39]

—¡Pobre dél! —decían los bellacos (yo hacía del desmayado)—; tírele V. Md. mucho de ese dedo del corazón.^[40]

Y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó. Los otros trataron de darme un garrote en los muslos,^[41] y decían:

—El pobrecito agora sin duda se ensució, cuando le dio el mal.

¡Quién dirá lo que yo sentía, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y a peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo de que me le diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos), hice que había vuelto, y por presto que lo hice (como los bellacos iban con malicia), ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejéronme diciendo:

—¡Jesús, y qué flaco sois!

Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede:

—Más va en vuestra salud que en haberos ensuciado. Callá.

Y con esto me pusieron en la cama, después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa,^[42] y aguardé a mi amo que, en llegando, me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de la casa y yo, aunque poco y de mala gana. Y después, juntándonos todos a hablar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya,^[43] declararon la burla. Riéronla todos, doblóse mi afrenta, y dije entre mí: —«Avisón, Pablos, alerta».^[44] Propuse de hacer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPÍTULO SESTO

De las crueldades de la ama y travesuras que hizo

«Haz como vieres» dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él,^[1] vine a resolverme de ser bellaco con los bellacos,^[2] y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello, pero yo aseguro a V. Md. que hice todas las diligencias posibles.

Lo primero, yo puse pena de la vida a todos los cochinos que se entrasen en casa y a los pollos de la ama que del corral pasasen a mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que vi en mi vida. Yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dije al uno: —«Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa». Fue y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir a gruñir a casa ajena. Y, diciendo esto, envásole a cada uno,^[3] a puerta cerrada, la espada por los pechos, y luego los acogotamos.^[4] Porque no se oyese el ruido que hacían, todos a la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos, y así espiraron en nuestras manos.^[5]

Sacamos los vientres, recogimos la sangre y, a puros jergones,^[6] los medio chamuscamos en el corral, de suerte que, cuando vinieron los amos, ya estaba todo hecho, aunque mal, si no eran los vientres, que aún no estaban acabadas de hacer las morcillas. Y no por falta de prisa, en verdad, que, por no detenernos, las habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro y nos las comimos las más como se las traía hechas el cochino en la barriga.^[7]

Supo, pues, don Diego el caso y enojóse conmigo de manera que obligó a los huéspedes (que de risa no se podían valer) a volver por mí.^[8] Preguntábame don Diego que qué había de decir si me acusaban y me prendía la Justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes;^[9] y que, si no me valiese, diría que, como se entraron sin llamar a la puerta como en su casa, que entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego: —«A fe, Pablos, que os hacéis a las armas».^[10] Era de notar ver a mi amo tan quieto y religioso y a mí tan travieso, quel uno exageraba al otro o la virtud o el vicio.

No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos dos al mohíno; habíamos conjurado contra la despensa.^[11] Yo era el despensero Judas, de botas a bolsa, que desde entonces hereda no sé qué amor a la sisa este oficio.^[12] La carne no guardaba en manos de la ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos.^[13] No era nada carnal, antes, de puro penitente, estaba en los güesos.^[14] Y la vez que podía echar cabra u oveja, no echaba carnero, y si había güesos, no entraba cosa magra.^[15] Era cercenadora de porciones como de moneda,^[16] y así hacía unas ollas éticas de puro flacas,^[17] unos caldos que, a estar cuajados, se pudieran hacer sartas de cristal dellos. Las Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de vela de sebo; y así decía que estaban sus ollas gordas por el cabo.^[18] Y era verdad, según me lo habló un pabilo que yo masqué un día.^[19]

Ella decía, cuando yo estaba delante:

—Mi amo, por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso. Consérvele V. Md., que bien se le puede sufrir el ser bellaquillo por la fidelidad; lo mejor de la plaza trai.

Yo, por el consiguiente, decía della lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto,^[20] carbón o tocino, escondíamos la mitad y, cuando nos parecía, decíamos el ama y yo:

—Modérese V. Md. en el gasto, que en verdad que, si se dan tanta prisa, no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceite (o el carbón). Pero ¿tal prisa le han dado? Mande V. Md. comprar más, y a fe que se ha de lucir de otra manera. Denle dineros a Pablicos.

Dábanmelos y vendíamosles la mitad sisada y, de lo que comprábamos, sisábamos la otra mitad; y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la

plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía:

—No me digas a mí, Pablicos, que éstos son dos cuartos de ensalada.^[21]

Yo hacía que lloraba, daba voces, íbame a quejar a mi señor y apretábale para que enviase al mayordomo a sabello, para que callase la ama, que adrede porfiaba. Iban y sabíanlo,^[22] y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí, a las obras y, en el ama, al celo de su bien. Decíale don Diego, muy satisfecho de mí:

—¡Así fuese Pablicos aplicado a virtud como es de fiar! ¿Toda ésta es la lealtad que me decís vos dél?

Tuvimoslos desta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que V. Md. se espanta de la suma de dinero que montaba al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no debía obligar a restitución, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho a ocho días y nunca la vi rastro de imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa.^[23]

Traía un rosario al cuello siempre; tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestras.^[24] Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones que hacían ruido de sonajas.^[25] Bendecía las ollas y, al espumar, hacía cruces con el cucharón.^[26] Yo pienso que las conjuraba por sacarles los espíritus, ya que no tenían carne.^[27] En todas las imágenes decía que rezaba cada noche por sus bienhechores; contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo y rezaba más oraciones que un ciego.^[28] Entraba por el *Justo Juez*, y acababa en el *Conquibules*, que ella decía, y en la *Salve Rehína*.^[29] Decía las oraciones en latín, adrede, por fingirse inocente,^[30] de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades: era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcagüeta;^[31] pero disculpábase conmigo diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia sanar lamparones.^[32]

¿Pensará V. Md. que siempre estuvimos en paz? Pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? —«Ésta ha de ser ruin conmigo, pues lo es con su amo», decía yo entre mí.^[33] Ella debía de decir lo mismo, porque chocamos de embuste el uno con el otro y por poco se descubriera la hilaza.^[34] Quedamos enemigos como gatos y gatos, que, en despensa, es peor que gatos y perros.^[35]

Yo, que me vi ya mal con el ama y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme y di en lo que llaman los estudiantes *correr* o *arrebatar*.^[36] En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque, yendo una noche a las nueve (que anda poca gente) por la Calle Mayor, vi una confitería y, en ella, un cofín de pasas sobre el tablero,^[37] y, tomando vuelo, vine a agarrarle y di a correr. El confitero dio tras mí, y

otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que, aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar y, al volver una esquina, sentéme sobre él y envolví la capa a la pierna de presto y empecé a decir, con la pierna en la mano, fingiéndome pobre:

—¡Ay! ¡Dios se lo perdone, que me ha pisado!

Oyéronme esto, y en llegando, empecé a decir:

—Por tan alta Señora...

Y lo ordinario de la hora menguada y aire corrupto.^[38] Ellos se venían desgañifando,^[39] y dijéronme:

—¿Va por aquí un hombre, hermano?

—Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor.

Arrancaron con esto y fuéronse. Quedé solo, llevéme el cofín a casa, conté la burla y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho. Por lo cual, los convidé para otra noche a verme correr cajas.

Vinieron y, advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible; y más por estar el confitero, por lo que sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine, pues, y, metiendo, doce pasos atrás de la tienda, mano a la espada, que era un estoque recio, partí corriendo y, en llegando a la tienda, dije: —«¡Muera!», y tiré una estocada por delante del confitero.^[40] Él se dejó caer pidiendo confesión, y yo di la estocada en una caja, y la pasé y saqué en la espada, y me fui con ella. Quedáronse espantados de ver la traza y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le había herido y que era un hombre con quien él había tenido palabras. Pero, volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas, al salir de la caja, las que estaban alrededor, echó de ver la burla y empezó a santiguarse que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien.

Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar, en nombre revesado.^[41] Yo, como era muchacho y oía que me alababan el ingenio con que salía destas travesuras, animábame para hacer muchas más. Cada día traía la pretina llena de jarras de monjas, que les pedía para beber y me venía con ellas:^[42] introduje que no diesen nada sin prenda primero.^[43]

Y, así, prometí a don Diego y a todos los compañeros de quitar una noche las espadas a la misma ronda.^[44] Señalóse cuál había de ser, y fuimos juntos, yo delante, y, en columbrando la justicia,^[45] lleguéme con otro de los criados de casa, muy alborotado, y dije:

—¿Justicia?

Respondieron:

—Sí.

—¿Es el corregidor?^[46]

Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije:

—Señor, en sus manos de V. Md. está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república. Mande V. Md. oírme dos palabras a solas, si quiere una gran prisión.^[47]

Apartóse; ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano a las varitas.^[48] Yo le dije:

—Señor, yo he venido desde Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por saltarlos,^[49] y le está probado esto. Y vienen acompañando, según los he oído decir, a una espía francesa;^[50] y aun sospecho por lo que les he oído, que es... —y, bajando más la voz, dije— Antonio Pérez.^[51]

Con esto, el corregidor dio un salto hacia arriba y dijo:

—¿Y dónde están?

—Señor, en la casa pública.^[52] No se detenga V. Md., que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el Rey acá.

—¡Jesús! —dijo—, no nos detengamos. ¡Hola, seguidme todos! Dadme una rodela.^[53]

Yo entonces le dije, tornándole a apartar:

—Señor, perderse ha V. Md. si hace eso, porque antes importa que todos V. Mds. entren sin espadas, y uno a uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes y, en viendo entrar con espadas, como saben que no la puede traer sino la justicia,^[54] dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos.^[55]

Cuadróle al corregidor la traza, con la cudicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todas las espadas escondidas en un campo que está enfrente casi de la casa; pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse a casa fuese todo uno, hízolo así.^[56] Y, al entrar todos, quedéme atrás el postrero y, entrando ellos mezclados con otra gente que entraba, di cantonada y emboquéme por una callejuela que va a dar a la Vitoria,^[57] que no me alcanzara un galgo.

Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros (que es todo uno), comenzaron a buscarme y, no hallándome, sospecharon lo que fue; y yendo a buscar sus espadas, no hallaron media.

¿Quién contara las diligencias que hizo con el retor el corregidor?^[58] Aquella noche anduvieron todos los patios, reconociendo las caras y mirando las armas. Llegaron a casa, y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano y un cristo en la otra,^[59] y un compañero clérigo ayudándome a morir, y los demás rezando las letanías. Llegó el retor y la justicia y, viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido

lugar para cosa. No miraron nada, antes el retor me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y, con tanto, se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el retor de remitirle si le topasen,^[60] y el corregidor de ahorcarle fuese quien fuese.^[61] Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solenizar la burla en Alcalá.^[62]

Y, por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo,^[63] pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruterías (que nunca se me olvidara la afrenta de cuando fui rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pansiones que tenía sobre los habares, viñas y güertos en todo aquello de alrededor.^[64] Con estas y otras cosas, comencé a cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros y apenas me dejaban servir a don Diego, a quien siempre tuve el respeto que era razón por el mucho amor que me tenía.

CAPÍTULO SÉTIMO

*De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte
de su padre y madre, y la resolución que tomó
en sus cosas para adelante*

En este tiempo, vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón,^[1] hombre allegado a toda virtud y muy conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia,^[2] pues cuantas allí se habían hecho de cuarenta años a esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir la verdad, pero una águila en el oficio;^[3] vérselo hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar. Éste, pues, me escribió una carta a Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

«Hijo Pablos —que por el mucho amor que me tenía me llamaba así—:^[4]

»Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado Su Majestad no me han dado lugar a hacer esto; que si algo tiene malo el servir al Rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados.^[5]

»Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo;^[6] dígolo como quien lo guindó.^[7] Subió en el asno sin poner pie en el estribo.^[8] Veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él.^[9] Y, como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante que no le juzgase por ahorcado.^[10] Iba con gran desenfado, mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle. Hízose dos veces los bigotes.^[11] Mandaba descansar a los confesores y íbales alabando lo que decían bueno.

»Llegó a la N de palo,^[12] puso el un pie en la escalera, no subió a gatas ni

despacio y, viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia y dijo que mandase aderezar aquél para otro, que no todos tenían su hígado.^[13] No os sabré encarecer cuán bien pareció a todos.

«Sentóse arriba,^[14] tiró las arrugas de la ropa atrás, tomó la sogá y púsola en la nuez. Y viendo que el teatino le quería predicar,^[15] vuelto a él, le dijo:

»—Padre, yo lo doy por predicado; vaya un poco de Credo, y acabemos presto, que no querría parecer prolijo.

»Hízose así. Encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las barbas. Yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gesto; quedó con una gravedad que no había más que pedir. Hícele cuartos y dile por sepultura los caminos.^[16] Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca a los grajos.^[17] Pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, acomodándole en los de a cuatro.^[18]

»De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo, porque está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora.^[19] Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros.^[20] Y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas.^[21] Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte.^[22] Pésame que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que, al fin, soy ministro del Rey, y me están mal estos parentescos.

»Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados. Vuestro tío soy y lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podéis venir aquí, que, con lo que vos sabéis de latín y retórica, seréis singular en el arte de verdugo.^[23] Respondedme luego, y, entre tanto, Dios os guarde».

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte: tanto pueden los vicios en los padres, que consuela de sus desgracias, por grandes que sean, a los hijos.

Fuime corriendo a don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y que no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome que se determinaba ir y todo lo que le mandaba su padre; que a él le pesaba de dejarme —y a mí más—. Díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo, en esto, riéndome, le dije:

—Señor, ya soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico, y más autoridad me importa tener.^[24] Porque, si hasta agora tenía como cada cual mi piedra en el rollo, agora tengo mi padre.^[25]

Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado,^[26] cómo le trincharon y le hicieron moneda,^[27] cómo me había escrito mi señor tío, el verdugo,

desto y de la prisioncilla de mama; que a él, como a quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho y preguntóme que qué pensaba hacer. Dile cuenta de mis determinaciones. Y, con tanto, al otro día, él se fue a Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura.

Quemé la carta, porque, perdiéndoseme acaso, no la leyese alguien, y comencé a disponer mi partida para Segovia con fin de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir dellos.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

*Del camino de Alcalá para Segovia, y de lo que
le sucedió en él hasta Rejas, donde
durmió aquella noche*

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados,^[1] que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino y, con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde ya no tenía qué sacar más de mi sombra.^[2] ¿Quién contara las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del güésped de la casa por el arrendamiento? Uno decía: —«¡Siempre me lo dijo el corazón!»; otro: —«¡Bien me decían a mí que éste era un trampista!».^[3] Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia a la mitad dél llorando, y a la otra mitad riéndose de los que lloraban.^[4]

Yo me iba entretiniendo por el camino, considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote,^[5] encontré con un hombre en un macho de albarda,^[6] el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa y tan embebecido,^[7] que, aun estando a su lado, no me vía.^[8] Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y, después que nos pagamos las respuestas,^[9] comenzamos luego a tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del Rey.^[10] Comenzó a decir de qué manera se podía conquistar la Tierra Santa y cómo se ganaría Argel,^[11] en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno.^[12]

Proseguimos en la conversación, propia de pícaros, y venimos a dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fue ello que empezó a suspirar y a decir:^[13]

—Más me cuestan a mí esos estados que al Rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio que, si como es imposible no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

—¿Qué cosa puede ser —le dije yo— que, conviniendo tanto, sea imposible y no se pueda hacer?

—¿Quién le dice a V. Md. —dijo luego— que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre, le contara a V. Md. lo que es; pero allá se verá, que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar a Ostende por dos caminos.^[14]

Roguéle que me los dijese; y, al punto, sacando de las faldriqueras un gran papel,^[15] me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—Bien ve V. Md. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo

doy orden de chuparle todo con esponjas y quitarle de allí.

Di yo con este desatino una gran risada,^[16] y él entonces, mirándome a la cara, me dijo:

—A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto, que a todos les da gran contento.

—Ése tengo yo por cierto —le dije— de oír cosa tan nueva y tan bien fundada. Pero advierta V. Md. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar a echar más.

—No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso muy apurado —me respondió— y no hay que tratar,^[17] fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados.^[18]

No le osé replicar de miedo que me dijese que tenía arbitrio para tirar el cielo acá bajo. No vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Joanelo no había hecho nada,^[19] que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo a Toledo de otra manera más fácil.

Y sabido lo que era,^[20] dijo que por ensalmo:^[21] ¡mire V. Md. quién tal oyó en el mundo! Y, al cabo, me dijo:

—Y no lo pienso poner en ejecución, si primero el Rey no me da una encomienda,^[22] que la puedo tener muy bien y tengo una ejecutoria muy honrada.^[23]

Con estas pláticas y desconciertos, llegamos a Torrejón,^[24] donde se quedó, que venía a ver una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando, Dios y enhorabuena,^[25] desde lejos vi una mula suelta y un hombre junto a ella a pie, que, mirando a un libro, hacía unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos a un lado y a otro y, de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía con ellos mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde lejos a vello) que era encantador y casi no me determinaba a pasar.^[26] Al fin, me determiné, y, llegando cerca, sintióme, cerró el libro, y, al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y díjome:

—No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir.^[27]

Yo no le entendí lo que me dijo y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba a Madrid por línea recta o si iba por camino circumflejo. Yo, aunque no lo entendí, le dije que circumflejo. Preguntóme cómo era la espada que llevaba al lado.^[28] Respondíle que mía, y, mirándola, dijo:

—Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas.^[29]

Y empezó a meter una parola tan grande,^[30] que me forzó a preguntarle qué materia profesaba.^[31] Díjome que él era diestro verdadero y que lo haría bueno en cualquiera parte.^[32] Yo, movido a risa, le dije:

—Pues, en verdad, que por lo que yo vi hacer a V. Md. en el campo denantes, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.^[33]

—Eso —me dijo— era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor,^[34] continuando la espada para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo, y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—¿Es posible —le dije yo— que hay matemática en eso?

—No solamente matemática —dijo—, mas teología, filosofía, música y medicina.^[35]

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.^[36]

—No os burléis —me dijo—, que agora aprendo yo la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehenden en sí las aspírales de la espada.

—No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande.

—Pues este libro las dice —me respondió—, que se llama *Grandezas de la espada*,^[37] y es muy bueno y dice milagros; y, para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas.^[38] Y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro matará a todos los que quisiere.

—U ese libro enseña a ser pestes a los hombres u le compuso algún doctor.^[39]

—¿Cómo doctor? Bien lo entiende —me dijo—, es un gran sabio, y aun estoy por decir más.^[40]

En estas pláticas, llegamos a Rejas. Apeámonos en una posada, y, al apearnos, me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas y que, reduciéndolas a líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El güesped, que me vio reír y le vio, preguntóme que si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al güesped y díjole:

—Señor, déme dos asadores para dos o tres ángulos,^[41] que al momento se los volveré.

—¡Jesús! —dijo el güesped—, déme V. Md. acá los ángulos, que mi mujer los asará; aunque aves son que no las he oído nombrar.

—¡Qué! ¡No son aves! —dijo volviéndose a mí—. Mire V. Md. lo que es no saber. Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy, que todo lo que ha ganado en su vida.

En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía:

—Con este compás alcanzo más y gano los grados del perfil.^[42] Ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural.^[43] Ésta había de ser cuchillada; y éste, tajo.^[44]

No llegaba a mí desde una legua y andaba alrededor con el cucharón; y, como yo me estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale.^[45] Díjome al fin:

—Esto es lo bueno, y no las borracherías que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber.

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas,^[46] con un sombrero enjerto en guardasol y un colete de ante debajo de una ropilla suelta y llena de cintas,^[47] zambo de piernas a lo águila imperial,^[48] la cara con un *per signum crucis de inimicis suis*,^[49] la barba de ganchos con unos bigotes de guardamano,^[50] y una daga con más rejas que un locutorio de monjas.^[51] Y, mirando al suelo, dijo:

—Yo soy examinado y traigo la carta,^[52] y, por el sol que calienta los panes,^[53] que haga pedazos a quien tratare mal a tanto buen hijo como profesa la destreza.

Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía por qué picarse.

—Meta mano a la blanca,^[54] si la trai,^[55] y apuremos cuál es verdadera destreza,^[56] y déjese de cucharones.

El pobre de mi compañero abrió el libro y dijo en altas voces: —Este libro lo dice, y está impreso con licencia del Rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte, y, si no, midámoslo.

Y sacó el compás y empezó a decir: —«Este ángulo es obtuso...». Y entonces el maestro sacó la daga y dijo:

—Yo no sé quién es Angulo ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero, con ésta en la mano, le haré yo pedazos.

Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir, dando saltos por la casa, diciendo: —«No me puede dar, que le he ganado los grados del perfil».^[57] Metímoslos en paz el güésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y a mí con él. Cenamos y acostámonos todos los de la casa. Y, a las dos de la mañana, levántase en camisa y empieza a andar a oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme a mí y, no contento con esto, bajó al güésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo a la estocada sagita por la cuerda.^[58] El güésped se daba a los diablos de que lo despertase, y tanto lo molestó, que le llamó loco.^[59] Y con esto, se subió y me dijo que, si me quería levantar, vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes.^[60] Y decía que luego se la quería ir a enseñar al Rey, por ser en favor de los católicos.

En esto, amaneció. Vestímonos todos, pagamos la posada, hicímoslos amigos a él y al maestro, el cual se apartó diciendo que el libro que alegaba mi compañero era bueno, pero que hacía más locos que diestros, porque los más no le entendían.

CAPÍTULO SEGUNDO

De lo que le sucedió hasta llegar a Madrid, con un poeta

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por ir diferente jornada.^[1] Y ya que estaba apartado,^[2] volvió con gran prisa y, llamándome a voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído:

—Por vida de V. Md., que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento.

Yo le prometí de hacerlo. Tornóse a partir de mí, y yo empecé a reírme del secreto tan gracioso.

Con esto, caminé más de una legua que no topé persona.^[3] Iba yo entre mí pensando en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud,^[4] pues había menester tapar, primero, la poca de mis padres y, luego,^[5] tener tanta, que me desconociesen por ella.^[6] Y parecíanme a mí tan bien estos pensamientos honrados,^[7] que yo me los agradecía a mí mismo. Decía a solas: —«Más se me ha de agradecer a mí, que no he tenido de quien aprender virtud, ni a quien parecer en ella, que al que la hereda de sus agüelos».^[8]

En estas razones y discursos iba,^[9] cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de dónde venía. Yo le dije que de Alcalá.

—Maldiga Dios —dijo él— tan mala gente como hay en ese pueblo, pues falta entre todos un hombre de discurso.^[10]

Preguntéle que cómo o por qué se podía decir tal de lugar donde asistían tantos doctos varones. Y él, muy enojado, dijo:

—¿Doctos? Yo le diré a V. Md. qué tan doctos; que habiendo más de catorce años que hago yo en Majalahonda, donde he sido sacristán,^[11] las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento,^[12] no me premiaron en el cartel unos cantarcicos;^[13] y, porque vea V. Md. la sinrazón,^[14] se los he de leer, que yo sé que se holgará.

Y, diciendo y haciendo,^[15] desenvainó una retahíla de coplas pestilenciales; y por la primera, que era ésta, se conocerán las demás:

Pastores, ¿no es lindo chiste,^[16]
que es hoy el señor San Corpus Christe?

Hoy es el día de las danzas
en que el Cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas

y, entre estas bienaventuranzas,
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,^[17]
pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste?

—¿Qué pudiera decir más —me dijo— el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores*: ¡más me costó de un mes de estudio!

Yo no pude con esto tener la risa, que a borbollones se me salía por los ojos y narices,^[18] y, dando una gran carcajada, dije:

—¡Cosa admirable! Pero sólo reparo en que llama V. Md. *señor San Corpus Christe*. Y Corpus Christi no es santo, sino el día de la institución del Sacramento.^[19]

—¡Qué lindo es eso! —me respondió, haciendo burla—; yo le daré en el calendario,^[20] y está canonizado, y apostaré a ello la cabeza.

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma inorancia. Antes le dije cierto que eran dignas de cualquier premio y que no había oído cosa tan graciosa en mi vida.^[21]

—¿No? —dijo al mismo punto—, pues oya V. Md. un pedacito de un librito que tengo hecho a las once mil vírgines, adonde a cada una he compuesto cincuenta otavas,^[22] cosa rica.

Yo, por escusarme de oír tanto millón de otavas, le supliqué que no me dijese cosa a lo divino.^[23] Y así, me comenzó a recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalén.^[24] Decíame: —«Hícela en dos días, y éste es el borrador». Y sería hasta cinco manos de papel.^[25] El título era *El arca de Noé*.^[26] Hacíase toda entre gallos y ratones, jumentos, raposas, lobos y jabalíes, como fábulas de Isopo.^[27] Yo le alabé la traza y la invención,^[28] a lo cual me respondió:

—Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y, si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.

—¿Cómo se podrá representar —le dije yo—, si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?

—Ésa es la dificultad; que, a no haber ésa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado de hacerla toda de papagayos, tordos y picazas,^[29] que hablan, y meter para el entremés monas.

—Por cierto, alta cosa es ésa.

—Otras más altas he hecho yo —dijo— por una mujer a quien amo. Y vea aquí novecientos y un sonetos y doce redondillas —que parecía que contaba escudos por maravedís—^[30] hechos a las piernas de mi dama.^[31]

Yo le dije que si se las había visto él; y díjome que no había hecho tal por las órdenes que tenía, pero que iban en profecía los concetos.^[32]

Yo confieso la verdad: que, aunque me holgaba de oírle, tuve miedo a tantos versos malos y así comencé a echar la plática a otras cosas.^[33] Decíale que veía liebres, y él saltaba: —«Pues empezaré por uno donde la comparo a ese animal»; y empezaba luego. Y yo, por divertirlo,^[34] decía: —«¿No ve V. Md. aquella estrella que se ve de día?». A lo cual, dijo: —«En acabando éste, le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella;^[35] que no parece sino que sabe los intentos dellos».^[36]

Afligíme tanto con ver que no podía nombrar cosa a quél no hubiese hecho algún disparate, que, cuando vi que llegábamos a Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fue al revés, porque, por mostrar lo que era, alzó la voz en entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que, si los niños olían poeta, no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos de uno que lo fue y se recogió a buen vivir.^[37] Pidióme que se la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuímonos a una, donde él se acostumbraba apear, y hallamos a la puerta más de doce ciegos. Unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barahúnda de bienvenido; abrazólos a todos, y luego empezaron unos a pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sonoro, tal que provocase a gestos;^[38] otros pidieron de las ánimas. Y por aquí discurrió, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome:

—Más me han de valer de trecientos reales los ciegos,^[39] y así, con licencia de V. Md., me recogeré agora un poco para hacer alguna dellas, y, en acabando de comer, oiremos la premática.

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.^[40]

CAPÍTULO TERCERO

*De lo que hizo en Madrid, y lo que le sucedió
hasta llegar a Cercedilla, donde durmió*

Recogióse un rato a estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer. Comimos, y luego pidióme que le leyese la premática. Yo, por no haber otra cosa que hacer, la saqué y se la leí. La cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente a lo que se quiso reprehender en ella. Decía en este tenor:

Premática del desengaño
contra los poetas güeros, chirles y hebenes^[1]

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo y dijo:

—¡Hablara yo para mañana!^[2] Por Dios, que entendí que hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes.

Cayóme a mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo o moscatel.^[3] Dejé el prólogo y comencé el primer capítulo, que decía:

«Atendiendo a que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos,^[4] aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatilla^[5] haciendo otros pecados más inormes, mandamos que la Semana Santa recojan a todos los poetas públicos y cantoneros como a malas mujeres, y que los prediquen,^[6] sacando cristos para convertirlos.^[7] Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

»Iten, advirtiendo los grandes buchornos que hay en las caniculares y nunca anohecidas coplas de los poetas de sol, como pasas a fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas,^[8] les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados a las musas, como a la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que las dan.

»Iten, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados a perpetuo conceto,^[9] despedazadores del vocablo y volteadores de razones han pegado el dicho achaque de poesía a las mujeres,^[10] declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron en la manzana. Y, por cuanto el siglo está pobre y necesitado,^[11] mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas,^[12] para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales, como estatuas de Nabuco».^[13]

Aquí no lo pudo sufrir el sacristán y, levantándose en pie, dijo:

—¡Mas no, sino quitarnos las haciendas! No pase V. Md. adelante, que sobre eso pienso ir al Papa y gastar lo que tengo. Bueno es que yo, que soy eclesiástico, había de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas del poeta clérigo no están sujetas a tal premática y luego quiero irlo a averiguar ante la justicia.^[14]

En parte me dio gana de reír, pero, por no detenerme, que se me hacía tarde, le dije:

—Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad.

—¡Pecador de mí! —dijo muy alborotado—; avisara V. Md. y hubiérame ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe V. Md. lo que es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado y oír eso?^[15] Prosiga V. Md., y Dios le perdone el susto que me dio.

Proseguí diciendo:

«Iten, advirtiendo que, después que dejaron de ser moros —aunque todavía

conservan algunas reliquias—,^[16] se han metido a pastores, por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen,^[17] mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas a los amigos de soledad, y a los demás, por ser oficio alegre y de pullas, que se acomoden en mozos de mulas».^[18]

—¡Algún puto, cornudo, bujarrón y judío —dijo en altas voces— ordenó tal cosa!^[19] Y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira con tales coplas, que le pesara a él y a todos cuantos las vieran de verlas. ¡Miren qué bien le estaría a un hombre lampiño como yo la ermita!^[20] ¡O a un hombre vinajeroso y sacristando,^[21] ser mozo de mulas! Ea, señor, que son grandes pesadumbres ésas.

—Ya le he dicho a V. Md. —repliqué— que son burlas y que las oiga como tales.

Proseguí diciendo que por estorbar los grandes hurtos, mandábamos que no se pasasen coplas de Aragón a Castilla, ni de Italia a España,^[22] so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese y, si reincidiese, de andar limpio un hora. Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias,^[23] que, para enterrarle, no era menester más de estregársela encima. El manteo,^[24] se podían estercolar con él dos heredades.

Y así, medio riendo, le dije que mandaban también tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan y que, como a tales,^[25] no las enterrasen en sagrado, a las mujeres que se enamoran de poeta a secas.^[26] Y que, advirtiendo a la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido en estos años fértiles, mandaban que los legajos que por sus deméritos escapaban de las especerías fuesen a las necesarias sin apelación.^[27] Y, por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así:

«Pero advirtiendo, con ojos de piedad, a que hay tres géneros de gentes en la república tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin los tales poetas, como son farsantes,^[28] ciegos y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales públicos desta arte, con tal que puedan tener carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes,^[29] limitando a los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos,^[30] ni las comedias en casamientos,^[31] ni hagan las trazas con papeles o cintas.^[32] Y a los de ciegos, que no sucedan en Tetuán los casos,^[33] desterrándoles estos vocablos: *cristián, amada, humanal y pundonores*;^[34] y mandándoles que, para decir la *presente obra*, no digan *zozobra*.^[35] Y a los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil ni Pascual*,^[36] que no jueguen del vocablo,^[37] ni hagan los pensamientos de tornillo,^[38] que, mudándoles el nombre, se vuelvan a cada fiesta.

»Y, finalmente, mandamos a todos los poetas en común que se descarten de Júpiter,^[39] Venus, Apolo y otros dioses, so pena de que los tendrán por abogados a la hora de su muerte».

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella.^[40] Sólo el sacristanejo empezó a jurar por vida de las vísperas solenes, *introibo* y *Chiries*,^[41] que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que naide. Y últimamente dijo: —«Hombre soy yo que he estado en un aposento con Liñán y he comido más de dos veces con Espinel».^[42] Y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí,^[43] y que había visto a don Alonso de Ercilla mil veces,^[44] y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa,^[45] y que había comprado los greguescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía, y malos.^[46] Enseñólos, y dioles esto a todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos, y, como era forzoso el camino, salimos de Madrid. Yo me despedí dél, aunque me pesaba, y comencé a caminar para el puerto.^[47] Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topase con un soldado. Iba en cuerpo y en alma:^[48] el cuello en el sombrero, los calzones vueltos, la camisa en la espada, la espada al hombro, los zapatos en la faldriquera, alpargates y medias de lienzo,^[49] sus frascos en la pretina y un poco de órgano en cajas de hoja de lata para papeles.^[50] Luego trabamos plática.^[51] Preguntóme si venía de la Corte. Dije que de paso había estado en ella.

—No está para más —dijo luego—, que es pueblo para gente ruin. Más quiero, ¡voto a Cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta,^[52] hecho un reloj,^[53] comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien.^[54] Y en llegando a ese lugarcito del diablo, nos remiten a la sopa y al coche de los pobres en San Felipe,^[55] donde cada día, en corrillos, se hace Consejo de Estado y guerra en pie y desabrigada.^[56] Y en vida nos hacen soldados en pena por los cimiterios;^[57] y, si pedimos entretenimiento, nos envían a la comedia, y, si ventajas, a los jugadores.^[58] Y, con esto, comidos de piojos y güéspedes, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes con nuestros cuerpos.^[59]

A esto le dije yo que advirtiese que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte.

—¿Qué estiman? —dijo muy enojado—, si he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera,^[60] tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas.

Y quiso desatacarse;^[61] y dije:

—Señor mío, desatacarse más es brindar a puto que enseñar heridas.^[62]

Creo que pretendía introducir en picazos algunas almorranas.^[63] Luego, en los calcañares,^[64] me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos más que tengo, que habían sido sabañones. Y las balas pocas veces se andan a roer zancajos.^[65] Estaba derrengado de algún palo que le dieron porque se

dormía haciendo guarda y decía que era de un astillazo.^[66] Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara,^[67] que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos,^[68] que se la volvían mapa a puras líneas.

—Éstas me dieron —dijo— defendiendo a París,^[69] en servicio de Dios y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto;^[70] y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles —me dijo—, por vida del licenciado; que no ha salido en campaña, ¡voto a Cristo!, hombre, ¡vive Dios!, tan señalado.^[71]

Y decía verdad, porque lo estaba a puros golpes. Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles,^[72] que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él.^[73] Saltó en esto y dijo:

—¿Cómo lo que yo?, ¡voto a Dios!, ni lo que García de Paredes, Julián Romero y otros hombres de bien,^[74] ¡pese al diablo! Sé que entonces no había artillería, ¡voto a Dios!, que no hubiera Bernardo para un hora en este tiempo.^[75] Pregunte V. Md. en Flandes por la hazaña del Mellado y verá lo que le dicen.^[76]

—¿Es V. Md., acaso? —le dije yo.

Y él respondió:

—¿Pues qué otro? ¿No me ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto, que parece mal alabarse el hombre.^[77]

Yendo en estas conversaciones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga,^[78] que hacía lodos con ella,^[79] macilento y vestido de paño pardo.^[80] Saludamos con el *Deo gracias* acostumbrado, y empezó a alabar los trigos y, en ellos, la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo:

—¡Ah, padre!, más espesas he visto yo las picas sobre mí; y, ¡voto a Cristo!, que hice en el saco de Amberes lo que pude,^[81] ¡sí juro a Dios!

El ermitaño le reprehendió que no jurase tanto, a lo cual dijo:

—Padre, bien se echa de ver que no es soldado, pues me reprehende mi propio oficio.^[82]

Diome a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver que era algún picarón gallina,^[83] porque ya entre soldados no hay costumbre más aborrecida de los de más importancia, cuando no de todos. El ermitaño le dijo:

—Y ¿dónde dejó V. Md. el saco de Amberes, que ése me parece de las Navas, y que sería de más abrigo el de Amberes?^[84]

Rióse mucho el soldado de la pregunta, y el ermitaño de su desnudez. Y, con tanto, llegamos a la falda del puerto, el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas, de manera que, a cada avemaría, sonaba un cabe.^[85] El soldado iba

comparando las peñas a los castillos que había visto y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería. Yo iba mirando tanto el rosario del ermitaño, con las cuentas frisonas,^[86] como la espada del soldado.

—¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte deste puerto —decía— y hiciera buena obra a los caminantes!

—No hay tal como hacer buenas obras —decía el santero, y pujaba un suspiro por remate. Iba entre sí rezando a silbos oraciones de culebra.^[87]

En estas cosas divertidos,^[88] llegamos a Cercedilla.^[89] Entramos en la posada todos tres juntos, ya anochecido. Mandamos aderezar la cena —era viernes— y, entre tanto, el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos *avemarías*.^[90]

Y dejó caer de la manga el descuadernado.^[91] Diome a mí gran risa el ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.

Yo, cudicioso, dije que jugaría otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal tercio, acetó y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara,^[92] que eran hasta ducientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebersele,^[93] pero así le sucedan todos sus intentos al turco.

Fue el juego al parar,^[94] y lo bueno fue que dijo que no sabía el juego y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos y luego nos la dio tal, que no dejó blanca en la mesa.^[95] Heredónos en vida.^[96] Retiraba el ladrón con las ancas de la mano,^[97] que era lástima. Perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas.^[98] El soldado echaba a cada suerte doce *votos* y otros tantos *peses*, aforrados en *por vidas*. Yo me comí las uñas, y el fraile ocupaba las suyas en mi moneda.^[99] No dejaba santo que no llamaba. Nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre.^[100]

Acabó de pelarnos.^[101] Quisímosle jugar sobre prendas, y él, tras haberme ganado a mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento, dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos, y que no había de tratar de otra cosa.

—No juren —decía—, que a mí, porque me encomendaba a Dios, me ha sucedido bien.

Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca, creímoslo, y el soldado juró de no jurar más, y yo de la misma suerte.

—¡Pesía tal! —decía el pobre alférez (que él me dijo entonces que lo era)—, entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.

Él se reía a todo esto. Tornó a sacar el rosario para rezar. Yo, que no tenía ya

blanca, pedíle que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos, que íbamos *in puribus*.^[102] Prometió hacerlo. Metióse sesenta güevos;^[103] ¡no vital en mi vida! Dijo que se iba a acostar.

Dormimos todos en una sala con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza; y el soldado llamó al güésped y le encomendó sus papeles, en las cajas de lata que los traía, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos. El padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél. Durmió; yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero; el soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

Hízose hora de levantar. Pedí yo luz muy aprisa. Trujéronla, y el güésped, el envoltorio al soldado y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundió la casa a gritos, pidiendo que le diese los servicios. El güésped se turbó y, como todos decíamos que se los diese, fue corriendo y trujo tres bacines, diciendo:

—He ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios?^[104] —que él entendió que nos habían dado cámaras.^[105]

Aquí fue ella que se levantó el soldado con la espada tras el güésped,^[106] en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél, que se había hallado en la Naval,^[107] San Quintín y otras,^[108] trayendo servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él a tenerle y aun no podíamos. Decía el güésped:

—Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado a saber que, en lengua soldada, se llaman así los papeles de las hazañas.

Apaciguámoslos y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salímonos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés, digo con uno destos antecristos de las monedas de España,^[109] que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él. Todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón y si era bien dar dineros o no a Visanzón;^[110] tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero. A lo cual respondió, riéndose:

—Es un pueblo de Italia,^[111] donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma,^[112] a poner los precios por donde se gobierna la moneda.

De lo cual sacamos que en Visanzón se lleva el compás a los músicos de uña.^[113] Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio que le tenía más de sesenta mil escudos.^[114] Y todo lo juraba por su conciencia; aunque yo pienso que conciencia en mercader es como virgo en cantonera,^[115] que se vende sin haberle. Nadie, casi, tiene conciencia, de todos los

deste trato, porque, como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas pláticas, vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memoria, que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo y, a la entrada, vi a mi padre en el camino, aguardando ir en bolsas, hecho cuartos,^[116] a Josafad.^[117] Enternecíme y entré algo desconocido de cómo salí, con punta de barba, bien vestido.

Dejé la compañía y, considerando en quién conocería a mi tío, fuera del rollo,^[118] mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón dél, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta y a mi tío de las suyas.^[119] Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío, y él, muy haciéndose de pencas,^[120] con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba notando esto con un hombre a quien había dicho, preguntando por él, que era yo un gran caballero, veo a mi buen tío que, echando en mí los ojos —por pasar cerca—, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza. No volví a despedirme de aquel con quien estaba. Fuime con él, y díjome:

—Aquí te podrás ir mientras cumplo con esta gente;^[121] que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo.

Yo, que me vi a caballo y que en aquella sarta parecería punto menos de azotado, dije que le aguardaría allí. Y así, me aparté tan avergonzado, que, a no depender dél la cobranza de mi hacienda, no lo hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas, volvió y llevóme a su casa, donde me apeé y comimos.

CAPÍTULO CUARTO

*Del hospedaje de su tío, y visitas, la cobranza
de su hacienda y vuelta a la Corte*

Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador. Entramos en ella, y díjome: —«No es alcázar la posada,^[1] pero yo os prometo,^[2] sobrino, que es a propósito para dar expediente a mis negocios».^[3] Subimos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca.

Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo,^[4] que estaba con

otros de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpas y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba;^[5] yo le dije que no lo tenía de costumbre. Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío,^[6] el cual me dijo que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, que tenía convidados unos amigos.

En esto, entró por la puerta, con una ropa hasta los pies,^[7] morada, uno de los que piden para las ánimas;^[8] y, haciendo son con la cajita, dijo: —«Tanto me han valido a mí las ánimas hoy, como a ti los azotados: ¡enaja!».^[9] Hiciéronse la mamona el uno al otro.^[10] Arremangóse el desalmado animero el sayazo y quedó con unas piernas zambas en greguescos de lienzo,^[11] y empezó a bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando, Dios y enhorabuena,^[12] devanado en un trapo,^[13] y con unos zuecos, entró un chirimía de la bellota, digo, un porquero.^[14] Conocíle por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano.^[15]

Saludónos a su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco,^[16] un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal,^[17] la espada con más gavilanes que la caza del Rey, un colete de ante.^[18] Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada.^[19] Entró y sentóse, saludando a los de casa; y a mi tío le dijo:

—A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.^[20]

Saltó el de las ánimas y dijo:

—Cuatro ducados di yo a Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el burro y porque no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon.^[21]

—¡Vive Dios! —dijo el corchete—, que se lo pagué yo sobrado a Juanazo en Murcia, porque iba el borrico con un paseo de pato y el bellaco me los asentó de manera que no se levantaron sino ronchas.^[22]

Y el porquero, concomiéndose,^[23] dijo:

—Con virgo están mis espaldas.^[24]

—A cada puerco le viene su San Martín —dijo el demandador.^[25]

—De eso me puedo alabar yo —dijo mi buen tío— entre cuantos manejan la zurriaga,^[26] que, al que se me encomienda, hago lo que debo. Sesenta me dieron los de hoy y llevaron unos azotes de amigo, con penca sencilla.

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba mi tío,^[27] confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza. Echómelo de ver el corchete y dijo:

—¿Es el padre el que padeció el otro día,^[28] a quien se dieron ciertos empujones en el envés?^[29]

Yo respondí que no era hombre que padecía como ellos. En esto, se levantó mi tío y dijo:

—Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto.^[30]

Pidiéronme perdón y ofreciéronme toda caricia.^[31] Yo rabiaba ya por comer y por cobrar mi hacienda y huir de mi tío. Pusieron las mesas; y por una soguilla, en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subían la comida, de un bodegón que estaba a las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retacillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer, en cabecera el demandador. Diciendo: —«¡La Iglesia en mejor lugar! Siéntese, padre», echó la bendición mi tío, y, como estaba hecho a santiguar espaldas, parecían más amagos de azotes que de cruces.^[32] Y los demás nos sentamos sin orden. No quiero decir lo que comimos; sólo, que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Brindóme a mí el porquero;^[33] me las cogía al vuelo y hacía más razones que decíamos todos.^[34] No había memoria de agua, y menos voluntad della.^[35] Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro.^[36] Y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem aeternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes.^[37] Dijo mi tío:

—Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.

Vínoseme a la memoria. Ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos y quedéme con la costumbre;^[38] y así, siempre que como pasteles, rezo un *avemaría* por el que Dios haya.

Menudeóse sobre dos jarros; y era de suerte lo que hicieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales,^[39] que, trayendo un plato de salchichas (que parecía de dedos de negro),^[40] dijo uno:

—¡Qué mulata está la olla!

Ya mi tío estaba tal, que, alargando la mano y asiendo una, dijo, con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto:^[41]

—Sobrino, por este pan de Dios que crió a su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.

Yo, que vi al corchete que, alargando la mano, tomó el salero y dijo: —«Caliente está este caldo» y que el porquero se llevó el puño de sal, diciendo: —«Es bueno el avisillo para beber»,^[42] y se lo choclo en la boca,^[43] comencé a reír por una parte y a rabiar por otra.

Trujeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: —«Dios bendijo la limpieza»; y alzándola para sorberla, por llevarla a la boca se la puso en el carrillo y, volcándola, se asó en caldo y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. Él, que se vio así, fuese a levantar y, como pesaba algo la cabeza, quiso ahirmar sobre la mesa,^[44] que era destas movedizas,^[45] trastornóla, y manchó a los demás; y tras esto decía quel porquero le había empujado. El porquero

que vio quel otro se le caía encima, levantóse y, alzando el instrumento de güeso,^[46] le dio con él una trompetada. Asiéronse a puños y, estando juntos los dos y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en su juicio, decía que quién había traído a su casa tantos clérigos.^[47]

Yo, que los vi que ya, en suma, multiplicaban,^[48] metí en paz la brega, desasí a los dos y levanté del suelo al corchete, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché a mi tío en la cama, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía,^[49] pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él más tonadas, y que le quería tañer con el órgano.^[50] Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormían.

Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que ya era muerto y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné a casa a la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba a gatas por el aposento buscando la puerta y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle y dejé dormir a los demás hasta las once de la noche, que despertaron; y, esperezándose, preguntó mi tío que qué hora era. Respondió el porquero, que aún no la había desollado,^[51] que no era nada sino la siesta y que hacía grandes buchornos.^[52] El demandador, como pudo, dijo que le diesen su cajilla: —«Mucho han holgado las ánimas para tener a su cargo mi sustento».^[53] Y fuese, en lugar de ir a la puerta, a la ventana y, como vio estrellas, comenzó a llamar a los otros con grandes voces, diciendo quel cielo estaba estrellado a mediodía y que había un gran eclís.^[54] Santiguáronse todos y besaron la tierra.^[55] Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres.

Con estas vilezas y infamias que vía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros.^[56] Despachélos a todos uno por uno lo mejor que pude; acosté a mi tío, que, aunque no tenía zorra, tenía raposa;^[57] y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga,^[58] que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche. A la mañana, traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobralla.^[59] Despertó diciendo que estaba molido y que no sabía de qué. El aposento estaba, parte con las enjaguaduras de las monas, parte con las aguas que habían hecho de no beberlas,^[60] hecho una taberna de vinos de retorno.^[61] Levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin, le reduje a que me diera noticia de parte de mi hacienda,^[62] aunque no de toda, y así me la dio de unos trecientos ducados que mi buen padre había ganado

por sus puños y dejádoslos en confianza de una buena mujer a cuya sombra se hurtaba diez leguas a la redonda.

Por no cansar a V. Md., vengo a decir que cobré y embolsé mi dinero el cual mi tío no había bebido ni gastado,^[63] que fue harto para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que yo me graduaría con éste y que, estudiando, podría ser cardenal; que, como estaba en su mano hacerlos,^[64] no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes a quién parecer.^[65] Dinero llevas; yo no te he de faltar, que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero.

Agradecíle mucho la oferta.

Gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas a los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar a la taba mi tío, el porquero y demandador.^[66] Este jugaba misas como si fuera otra cosa.^[67] Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba y meciéndola en la muñeca, se la tornaban a dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed,^[68] porque había siempre un jarro en medio.

Vino la noche; ellos se fueron; acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había prevenido para mí un colchón. Amaneció, y, antes qué despertase, yo me levanté y me fui a una posada sin que me sintiese. Torné a cerrar la puerta por de fuera y echéle la llave por una gatera.

Como he dicho, me fui a un mesón a esconder y aguardar comodidad para ir a la Corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada que contenía mi ida y las causas, avisándole que no me buscase, porque eternamente no lo había de ver.

CAPÍTULO QUINTO

De su huida, y los sucesos en ella hasta la Corte

Partía aquella mañana del mesón un arriero con cargas a la Corte. Llevaba un jumento; alquilómele, y salíme a aguardarle a la puerta fuera del lugar. Salió, espetéme en el dicho y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo:^[1] —«Allá quedarás, bellaco, deshonorabuenos, jinete de gaznates».^[2]

Consideraba yo que iba a la Corte, adonde nadie me conocía,^[3] que era la cosa que más me consolaba, y que había de valerme por mi habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando y de sacar vestidos nuevos cortos al uso.^[4] Pero volvamos a las cosas quel dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

«Señor Alonso Ramplón:

»Tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme de delante a mi buen padre y tener a mi madre en Toledo, donde, por lo menos, sé que hará humo,^[5] no me faltaba sino ver hacer en V. Md. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje; que dos es imposible, si no vengo a sus manos y trinchándome,^[6] como hace a otros. No pregunte por mí ni me nombre, porque me importa negar la sangre que tenemos.^[7] Sirva al Rey, y adiós».

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos a mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha,^[8] y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante,^[9] con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto,^[10] el cuello abierto, más de roto que de molde,^[11] el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo:

—Irás V. Md., señor licenciado,^[12] en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato.

Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba atrás, dije:

—En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar quel del coche, porque, aunque V. Md. vendrá en el que trai detrás con regalo, aquellos vuelcos que da inquietan.

—¿Cuál coche detrás? —dijo él muy alborotado.^[13]

Y, al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía,^[14] la cual era tan sola que, tras verme muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que, de la camisa, no se vía sino una ceja y que traía tapado el rabo de medio ojo,^[15] le dije:

—Por Dios, señor, si V. Md. no aguarda a sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo también atacado únicamente.^[16]

—Si hace V. Md. burla —dijo él, con las cachondas en la mano—,^[17] vaya, porque no entiendo eso de los criados.

Y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó, a media legua que anduvimos, que, si no le hacía merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar adelante por ir cansado de caminar con las bragas en los puños;^[18] y, movido a compasión, me apeé y, como él no podía soltar las calzas, húbele yo de subir. Y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque, por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura.^[19] Él, que sintió lo que le había visto, como discreto, se previno diciendo:

—Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce. Debióle parecer a V. Md., en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos.^[20] ¡Cómo destas hojaldres cubren en el mundo lo que V. Md. ha tentado!^[21]

Yo le dije que le aseguraba de que me había persuadido a muy diferentes cosas de

las que vía.

—Pues aún no ha visto nada V. Md. —replicó—; que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí V. Md. un hidalgo hecho y derecho, de casa de solar montañés,^[22] que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir. Pero ya, señor licenciado, sin pan y carne, no se sustenta buena sangre, y, por la misericordia de Dios, todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada.^[23] Ya he caído en la cuenta de las ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no me quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas;^[24] pues, ¡decir que no tiene letras de oro!^[25] Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras,^[26] y de más provecho es. Y, con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero, que todos estos nombres tenía, se perdió en una fianza. Sólo el *don* me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante le tiene por postre, como el remendón, azadón, pendón, blandón, bordón y otros así.^[27]

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron. Preguntéle cómo se llamaba y adonde iba y a qué. Dijo que todos los nombres de su padre: don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán.^[28] No se vio jamás nombre tan campanudo, porque acababa en *dan* y empezaba en *don*, como son de badajo.^[29] Tras esto dijo que iba a la Corte, porque un mayorazgo roído, como él, en un pueblo corto olía mal a dos días y no se podía sustentar,^[30] y que por eso se iba a la patria común adonde caben todos y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros.^[31] —«Y nunca, cuando entro en ella, me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado,^[32] porque la industria en la Corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca».^[33]

Yo vi el cielo abierto y, en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes y de qué manera viven en la Corte los que no tenían, como él; porque me parecía dificultoso en este tiempo, que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas.

—Muchos hay dósos —dijo—, y muchos de estotros. Es la lisonja llave maestra, que abre a todas voluntades en tales pueblos. Y porque no se le haga dificultoso lo que digo, oiga mis sucesos y mis trazas y se asegurará de esa duda.^[34]

CAPÍTULO SESTO

*En que prosigue el camino y lo prometido
de su vida y costumbres*

—Lo primero, ha de saber que en la Corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas: que disimula los malos y esconde los buenos;^[1] y que en ella hay unos géneros de gentes, como yo, que no se les conoce raíz ni mueble ni otra cepa de la de que deciden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros, güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos.^[2]

Es nuestra abogada la industria.^[3] Pagamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas.^[4] Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, cáncer de las ollas y convidados por fuerza.^[5] Sustentámonos, así, del aire y andamos contentos.^[6] Somos gente que comemos un puerro y representamos un capón.^[7] Entrará uno a visitarnos en nuestras casas, y hallarán nuestros aposentos llenos de güesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo para honrarnos con ello de día.^[8] Reñimos en entrando el huésped: —«¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdone V. Md., que han comido aquí unos amigos, y estos criados...», etc. Quien no nos conoce cree que es así, y pasa por convite.

¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, vámosle a ver, y siempre a la hora de mascar,^[9] que se sepa que está en la mesa. Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento, etc. Si nos preguntan si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no. Si nos convidan, no aguardamos a segundo envite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes viglias.^[10] Si han empezado, decimos que sí; y, aunque parta muy bien el ave, pan o carne el que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos: —«Ahora deje V. Md., que le quiero servir de maestresala, que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque o conde), gustar más de verme partir que de comer». Diciendo esto, tomamos el cuchillo y partimos bocaditos, y al cabo decimos: —«¡Oh, qué bien güele! Cierto que haría agravio a la guisandera en no probarlo. ¡Qué buena mano tiene!»». Y, diciendo y haciendo,^[11] va en pruebas el medio plato: el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada.^[12] No la tomamos en público, sino a lo escondido, haciendo creer a los frailes que es más devoción que necesidad.

Es de ver uno de nosotros en una casa de juego, con el cuidado que sirve y despabila las velas, trai orinales, cómo mete naipes y soleniza las cosas del que gana; todo por un triste real de barato.^[13]

Tenemos de memoria, para lo que toca a vestirnos, toda la ropería vieja. Y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para

remendarnos. Son de ver, a las mañanas, las diversidades de cosas que sanamos; que, como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos, abiertas las piernas, a la mañana, a su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilachas de las entrepiernas.^[14]

Es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante;^[15] y solemos traer la trasera tan pacífica, por falta de cuchilladas,^[16] que se queda en las puras bayetas.^[17] Sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire y de subir por escaleras claras o a caballo.^[18] Estudiamos posturas contra la luz, pues, en día claro, andamos las piernas muy juntas y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque, si se abren las rodillas, se verá el ventanaje.

No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia.^[19] *Verbi gratia*: bien ve V. Md. —dijo— esta ropilla; pues primero fue greguescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras cosas.^[20] Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas;^[21] y, después de todo, los aprovechamos para papel y en el papel escribimos,^[22] y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos,^[23] que, de incurables, los he visto hacer revivir con semejantes medicamentos.

¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas?;^[24] que no hay más pelo en ellas que en un guijarro, que es Dios servido de darnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Pero, por no gastar con barberos, prevenimos siempre de aguardar a que otro de los nuestros tenga también pelambre y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: «Ayudaos como buenos hermanos».^[25]

Traemos gran cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados a andar a caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas;^[26] y obligados a ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla o trasera.^[27] Pero, si alguna vez vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesías, porque nos vean todos, y hablando a los amigos y conocidos, aunque miren a otra parte.^[28]

Si nos come delante de algunas damas,^[29] tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea. Si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte a tal parte y señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas. Si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos *sanctus*, aunque sea al *introibo*,^[30] levantámonos y, arrimándonos a una esquina en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos.

¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca. Encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores o estén muertos o muy lejos.

Y lo que más es de notar es que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*; [31] que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean. Y así, siempre andamos en recuesta: [32] con una bodegonera, por la comida; con la güéspedes, por la posada; con la que abre los cuellos, por los que trai el hombre. [33] Y aunque, comiendo tan poco y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas.

Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo ello le puede faltar a un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona y, después de haberle vuelto de una parte a otra, es de sustento, porque se cena el hombre en el almidón, con sus fondos en mugre, [34] chupándole con destreza. [35]

Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, [36] y con esto vive en la Corte; y ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya en el espital. [37] Pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey con poco que tenga.

Tanto gusté de las estrañas maneras de vivir del hidalgo y tanto me embebecí, [38] que, divertido con ellas y con otras, [39] me llegué a pie hasta las Rozas, [40] adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca y yo me hallaba obligado a sus avisos, [41] porque con ellos abrí los ojos a muchas cosas, inclinándome a la chirlería. [42] Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos. Abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó que habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor para introducirme en la Corte con los demás cofadres del estafón, y posada en compañía de todos. [43] Acetéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos. Los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, a obligarle a mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

LIBRO TERCERO Y ÚLTIMO DE LA PRIMERA PARTE DE LA VIDA DEL BUSCÓN

CAPÍTULO PRIMERO

*De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó
hasta que amaneció*

Entramos en la Corte a las diez de la mañana. Fuímonos a apeaar, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegó a la puerta. Llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada, rostro cáscara de nuez, mordiscada de faciones, cargada de espaldas y de años.^[1] Preguntó por los amigos, y respondió, con un chillido cresco,^[2] que habían ido a buscar.^[3] Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme a la profesión de la vida barata,^[4] y yo en atender a todo.

A las doce y media, entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies,^[5] punto menos de Arias Gonzalo,^[6] que al mismo Portugal empalagara de bayetas.^[7] Habláronse los dos en germanía,^[8] de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante, con diez y seis reales, y una carta, con la cual, diciendo que era licencia para pedir para una pobre, lo había allegado. Vació el guante y sacó otro, y doblólos a usanza de médico.^[9] Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes.^[10] A todo esto, noté que no se desarrebozaba y pregunté, como nuevo, para saber la causa de estar siempre envuelto en la capa; a lo cual respondió:

—Hijo, tengo en las espaldas una gatera acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite;^[11] que en mi ható, aunque caminéis a cualquiera parte, nunca saldréis de la Mancha,^[12] que parece que hago caravanas para lechuzas u que retozo con algunos candiles.^[13] Este pedazo de arrebozo lo disimula todo.^[14]

Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto. Yo pensé que eran calzas,^[15] porque eran a modo dellas, cuando él, para entrarse a espulgar, se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón que traía atadas a la cintura y encajadas en los muslos, de suerte que hacían apariencia debajo del luto;^[16] porquel tal no traía camisa ni greguescos, que apenas tenía qué espulgar según andaba desnudo.^[17] Entró al espulgadero y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías,^[18] que decía «Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias di a Dios, viendo cuánto dio a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.^[19]

—Yo —dijo mi buen amigo— vengo del camino con mal de calzas^[20] y, así, me habré menester recoger a remendar.

Preguntó si había algunos retazos; que la vieja recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel,^[21] para acomodar jubones incurables, ropillas tísicas y con dolor de costado de los caballeros. Dijo que no y que por falta de harapos se estaba, quince días había, en la cama, de mal de zaragüelles,^[22] don Lorenzo Íñiguez del Pedroso.^[23]

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo,^[24] con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados.^[25] Supo mi venida de los demás y hablóme con mucho afecto. Quitóse la capa y traía —¡mire V. Md. quién tal pensara!— la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco con sus fondos en sudor.^[26] No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo:

—Haráse a las armas y no se reirá.^[27] Yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.

Yo dije que por galantería y por dar lugar a la vista.

—Antes por estorbarla —dijo—. Sepa que es porque no tiene toquilla y que así no lo echan de ver.^[28]

Y, diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte y eran hechas por él mismo.^[29] Ponía la firma de quien le parecía, escribía nuevas que inventaba a las personas más honradas y dábalas en aquel traje,^[30] cobrando los portes.^[31] Y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño,^[32] larga hasta el medio valón,^[33] y su capa de lo mismo, levantado el cuello porque no se viese el anejo,^[34] que estaba roto. Los valones eran de chamelote,^[35] mas no era más de lo que se descubría, y lo demás de bayeta colorada. Éste venía dando voces con el otro, que traía valona por no tener cuello,^[36] y unos frascos por no tener capa,^[37] y una muleta con una pierna liada en trapajos y pellejos por no tener más de una calza.^[38] Hacíase soldado y habíalo sido en los alojamientos y hasta la mar.^[39] Contaba estraños servicios suyos^[40] y, a título de soldado, entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi greguescos:

—La mitad me debéis, o por lo menos mucha parte, y si no me la dais, ¡juro a Dios...!

—No jure a Dios —dijo el otro— que, en llegando a casa, no soy cojo y os daré con esta muleta mil palos.

Sí daréis, no daréis; y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro y, asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones, y no fue mucho. Metímoslos en paz y preguntamos la causa de la

pendencia. Dijo el soldado:

—¿A mí chanzas?^[41] ¡No llevaréis ni medio! Han de saber V. Mds. que, estando hoy en San Salvador,^[42] llegó un niño a este pobrete y le dijo que si era yo el alférez Joan de Lorenzana, y dijo que sí, atento a que le vio no sé qué cosa que traía en las manos. Llévomele y dijo, nombrándome alférez: —«Mire V. Md. qué le quiere este niño». Yo que luego entendí la flor,^[43] aceté. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí a su madre; que los inviaba a algún hombre de aquel nombre. Pídeme agora la mitad. Yo antes me haré pedazos otra vez que tal dé. Todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor. Sólo se le contradijo lo del sonar con ellos, mandándole que los entregase a la vieja para honrar la comunidad haciendo dellos unos cuellos y unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas; que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire u de saetilla a coz de dedo.^[44]

Era de ver, llegada la noche, cómo nos acostamos en dos camas, tan juntos que parecíamos herramienta en estuche.^[45] Pasóse la cena de en claro en claro. No se desnudaron los más, que, con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPÍTULO SEGUNDO

*En que prosigue la materia comenzada y
cuenta algunos raros sucesos*

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma.^[1] Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos,^[2] que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se viste.^[3] A cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas y la venía a hallar donde menos convenía asomada. Otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora se podía averiguar con él.^[4]

Acabado esto, que no fue poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcusirse debajo del brazo,^[5] estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, arremedando un cinco de guarismo,^[6] socorría a los cañones.^[7] Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un oville. No pintó tan estrañas posturas Bosco como yo vi,^[8] porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores,^[9] los cuales había traído el soldado.

Acabóse la hora del remedio —que así la llamaban ellos—,^[10] y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo

dije que antes trazasen mi vestido,^[11] porque quería gastar los cien reales en uno y quitarme la sotana.^[12]

—Eso no —dijeron ellos—. El dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado. Luego señalémosle su diócesi en el pueblo,^[13] adonde él solo busque y apolille.^[14]

Parecióme bien. Deposité el dinero, y, en un instante, de la sotanilla me hicieron ropilla de luto de paño;^[15] y acortando el herreruelo,^[16] quedó bueno. Lo que sobró de paño trocaron a un sombrero viejo reteñido;^[17] pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos.^[18] El cuello y los valones me quitaron,^[19] y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no más de por delante,^[20] que lados y trasera eran unas gamuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias,^[21] porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla; los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto.^[22] Pusiéronmele y dijeron:

—El cuello está trabajoso por detrás y por los lados.^[23] V. Md., si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol con el sol;^[24] si fueren dos y miraren por los lados, saque pies;^[25] y, para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente.^[26] Y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo.^[27]

Diéronme una caja con hilo negro y hilo blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una espuela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero,^[28] diciendo:

—Con esta caja puede ir por todo el mundo sin haber menester amigos ni deudos; en ésta se encierra todo nuestro remedio. Tómela y guárdela.

Señalaronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis;^[29] y así, empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros, aunque por ser nuevo me dieron, para empezar la estafa, como a misacantano,^[30] por padrino el mismo que me trujo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesías: a los hombres, quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo con sus capas;^[31] a las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas y con las paternidades mucho.^[32] A uno decía mi buen ayo: —«Mañana me traen dineros»; a otro: —«Aguárdeme V. Md. un día, que me trai en palabras el banco».^[33] Cuál le pedía la capa, quién le daba prisa por la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya.^[34] Andábamos haciendo culebra de una acera a otra por no topar con casas de acreedores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada y otro el de las

sábanas y camisas; de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula.^[35]

Sucedió, pues, que vio desde lejos un hombre que le sacaba los ojos, según dijo, por una deuda, mas no podía el dinero.^[36] Y, porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno,^[37] entre ermitaño y caballero lanudo,^[38] plantóse un parche en un ojo y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor como perro que se quiere echar; hacía más cruces que un ensalmador y fuese diciendo:^[39] —«¡Jesús!, pensé que era él. A quien bueyes ha perdido...», etc.^[40] Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo. Entróse en un portal a recoger la melena y el parche, y dijo:

—Éstos son los aderezos de negar deudas. Aprendé, hermano, que veréis mil cosas destas en el pueblo.

Pasamos adelante y, en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de alcotín y agua ardiente de una picarona,^[41] que nos lo dio de gracia después de dar el bienvenido a mi adestrador. Y díjome:

—Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy;^[42] y, por lo menos, esto no puede faltar.

Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliqué afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió:

—Poca fe tienes con la religión y orden de los caninos.^[43] No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos ni aun a los escribanos,^[44] ¿y había de faltar a los traspillados?^[45] Poco estómago tienes.^[46]

—Es verdad —dije—; pero temo mucho tener menos, y nada en él.

En esto estábamos, y dio un reloj las doce; y, como yo era nuevo en el trato,^[47] no les cayó en gracia a mis tripas el alcotín, y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria con la hora,^[48] volvíme al amigo y dije:

—Hermano, éste de la hambre es recio noviciado. Estaba hecho el hombre a comer más que un sabañón,^[49] y hanme metido a vigiliás.^[50] Si vos no lo sentís, no es mucho que, criado con hambre desde niño, como el otro rey con ponzoña, os sustentéis ya con ella.^[51] No os veo hacer diligencia vehemente para mascar,^[52] y así yo determino de hacer la que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios —replicó— con vos! Pues dan agora las doce, ¿y tanta prisa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No, sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales?^[53] No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes, de puro mal proveídos, no nos proveemos.^[54] Ya os he dicho que a nadie falta Dios. Y si tanta

prisa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo,^[55] adonde hay aquellos frailes de leche como capones,^[56] y allí haré el buche.^[57] Si vos queréis seguirme, venid, y si no, cada uno a sus aventuras.

—¡Adiós! —dije yo—; que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros. Cada uno eche por su calle.

Mi amigo iba pisando tieso y mirándose a los pies.^[58] Sacó unas migajas de pan que traía para el efeto siempre en una cajuela y derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido.^[59] Ya yo iba tosiendo y escarbando,^[60] por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo,^[61] jugando con el decenario, que lo era porque no tenía más de diez cuentas.^[62] Todos los que me vían me juzgaban por comido,^[63] y, si fuera de piojos,^[64] no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer a su costa quien vive de tripas horras en el mundo.^[65] Yo me iba determinando a quebrar el ayuno y llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero.^[66] Asomábase uno de a ocho tostado^[67] y, con aquel resuello del horno, tropezóme en las narices, y al instante me quedé, del modo que andaba, como el perro perdiguero con el aliento de la caza, puestos en él los ojos. Le miré con tanto ahínco, que se secó el pastel como un aojado.^[68] Allí es de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle;^[69] resolvíame otra vez a pagarlo.

En esto, me dio la una. Angustiéme de manera que me determiné a zamparme en un bodegón de los que están por allí.^[70] Yo, que iba haciendo punta a uno,^[71] Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla,^[72] amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo,^[73] con más barros que la cara de un sanguino,^[74] y tantos rabos,^[75] que parecía chirrión con sotana,^[76] pulpo graduado u mercader que cargaba para Italia.^[77] Arremetió a mí en viéndome, que, según estaba, fue mucho conocerme. Yo le abracé. Preguntóme cómo estaba; díjele luego:

—¡Ah, señor licenciado, qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa de que me he de ir esta noche y no habrá lugar.

—Eso me pesa a mí —replicó—, y, si no fuera por ser tarde, y voy con prisa a comer, me detuviera más, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Que aquí está mi soña Ana?^[78] Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado.^[79]

Abrí los ojos oyendo que no había comido. Fuime con él y empecéle a contar que, una mujercilla que él había querido mucho en Alcalá,^[80] sabía yo dónde estaba y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite, que fue industria tratarle de cosa de gusto.^[81]

Llegamos, tratando en ello, a su casa. Entramos. Yo me ofrecí mucho a su cuñado

y hermana, y ellos, no persuadiéndose a otra cosa sino a que yo venía convidado por venir a tal hora, comenzaron a decir que si lo supieran que habían de tener tan buen güésped que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que yo era de casa y amigo viejo y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento.

Sentáronse y sentéme. Y, porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba yo con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él y que le tenía en el alma y otras mentiras deste modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colete.^[82] Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda; sin malicia, pero con prisa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid, que le deshace en veinte y cuatro horas,^[83] que yo despaché el ordinario, pues fue con más prisa que un extraordinario el correo.^[84] Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla,^[85] la persecución de los güesos y el destrozo de la carne. Y, si va a decir verdad, entre burla y juego, empedré la faltriquera de mendrugos.^[86]

Levantóse la mesa. Apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha. Yo se lo facilité mucho. Y estando hablando con él a una ventana, hice que me llamaban de la calle y dije:

—¿A mí, señor? Ya bajo.

Pedíle licencia, diciendo que luego volvía. Quedóme aguardando hasta hoy, que desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha.^[87] Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él contándole mil embustes que no importan para el caso.

Fuime por las calles de Dios, llegué a la puerta de Guadalajara y sentéme en un banco de los que tienen en sus puertas los mercaderes.^[88] Quiso Dios que llegaron a la tienda dos de las que piden prestado sobre sus caras, tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo.^[89] Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego, para trabar conversación, a jugar del vocablo,^[90] de *tercio* y *pelado* y *pelo* y *apelo* y *pospelo*,^[91] y no dejé güeso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda y yo, como quien no aventuraba a perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon,^[92] diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de acetar unas telas que me habían traído de Milán,^[93] que a la noche llevaría un paje; que les dije que era mío por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido,^[94] no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban^[95] y, sin conocer

a ninguno, les hacía cortesías como si los tratara familiarmente. Ellas se cegaron con esto y con unos cien escudos en oro que yo saqué de los que traía con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió.^[96]

Pareciólas irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor y como en gracia un rosario engazado en oro,^[97] que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las había de ver a otro día sin falta.^[98] Regatearon dármele.^[99] Yo les ofrecía en prendas los cien escudos, y dijéronme su casa y, con intento de estafarme en más, se fiaron de mí y preguntáronme mi posada,^[100] diciendo que no podía entrar paje en la suya a todas horas por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor y, al entrar en la de las Carretas, escogí la casa que mejor y más grande me pareció. Tenía un coche sin caballos a la puerta. Díjeles que aquélla era y que allí estaba ella y el coche y dueño para servir las. Nombréme don Álvaro de Córdoba y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que, cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes, con gran autoridad, con la mano. Hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí; que así dije yo que lo había dicho. Y la verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para acompañar un difunto,^[101] y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, natural de Olías,^[102] había sido capitán en una comedia y combatido con moros en una danza.^[103] A los de Flandes decía que había estado en la China; y a los de la China, en Flandes. Trataba de formar un campo y nunca supo sino espulgarse en él.^[104] Nombraba castillos y apenas los había visto en los ochavos.^[105] Celebraba mucho la memoria del señor don Juan,^[106] y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que había sido honra de amigos.^[107] Nombraba turcos, galeones y capitanes; todos los que había leído en unas coplas que andaban desto.^[108] Y como él no sabía nada de mar, porque no tenía de naval más del comer nabos,^[109] dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fue un moro muy bravo, como no sabía el pobrete que era nombre del mar. Pasábamos con él lindos ratos.

Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada,^[110] lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo y que pidió porción doblada,^[111] diciendo que era para unas personas honradas y pobres.^[112] Quitáronselo a los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, siguiéronle y vieron que, en un rincón detrás de la puerta, estaba sorbiendo con gran valor. Y, sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para sí, se levantaron voces; y tras ellas, palos; y tras los palos, chichones y

tolondrones en su pobre cabeza.^[113] Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de palo que se la dio a oler con más prisa que convenía. Quitáronle la espada, salió a las voces el portero y aun no los podía meter en paz. En fin, se vio en tanto peligro el pobre hermano, que decía: —«¡Yo volveré lo que he comido!», y aun no bastaba; que ya no reparaban sino en que pedía para otros y no se preciaba de sopón.^[114]

—¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma,^[115] con más agujeros que una flauta y más remiendos que una pía y más manchas que un jaspe y más puntos que un libro de música^[116] —decía un estudiantón destos de la capacha,^[117] gorrónazo—;^[118] que hay hombre en la sopa del bendito santo que puede ser obispo u otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer!^[119] ¡Graduado estoy de bachiller en artes por Sigüenza!^[120]

Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio,^[121] que era decendiente de los godos y que tenía deudos.^[122] Aquí lo dejó,^[123] porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos.^[124]

CAPÍTULO TERCERO

*En que prosigue la misma materia hasta
dar con todos en la cárcel*

Entró Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidros,^[1] los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios.^[2] Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso,^[3] el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos a la suya,^[4] que no se la cubriera pelo al que la llevó, por ser desbarbada.^[5] Usaba éste quitarse la capa, como que quería jugar, y ponerla con las otras, y luego, como que no hacía partido,^[6] iba por su capa y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos.

Mas todo fue nada para ver entrar a don Cosme, cercado de muchachos con lamparones,^[7] cáncer y lepra, heridos y mancos, el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaduras y oraciones que había aprendido de una vieja.^[8] Ganaba éste por todos, porque si el que venía a curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en faldriquera, o no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino. Hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del Niño Jesús, entraba en las casas con *Deo gracias*, decía lo del «Espíritu Santo sea con todos»... Traía todo ajuar

de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de diciplina salpicada con sangre de las narices;^[9] hacía creer, concomiéndose,^[10] que los piojos eran silicios y que la hambre canina eran ayunos voluntarios.^[11] Contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía «Dios nos libre y nos guarde»; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos a las mujeres, pero las faldas sí.^[12] Con estas cosas, traía el pueblo tal, que se encomendaban a él, y era como encomendarse al diablo. Porque él era jugador y lo otro: *ciertos* los llaman y, por mal nombre, *fulleros*.^[13] Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío.^[14] ¿Pues en lo que toca a mujeres?, tenía seis hijos, y preñadas dos santeras.^[15] Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendía.

Vino Polanco, haciendo gran ruido, y pidió su saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla.^[16] Andaba de noche desta suerte, diciendo: —«Acordaos de la muerte, y haced bien para las ánimas...», etc. Con esto cogía mucha limosna y entrábase en las casas que veía abiertas. Si no había testigos ni estorbo, robaba cuanto había; si le topaban, tocaba la campanilla y decía con una voz quél fingía muy penitente: —«Acordaos, hermanos...», etc.

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí,^[17] por espacio de un mes, en ellos. Volvamos agora a que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle.^[18] La cual se iba por las casas diciendo que era de una doncella pobre y que se deshacía dél para comer. Y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza.^[19] Lloraba la vieja a cada paso, enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo;^[20] llamaba hijos a todos. Traía, encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo, un saco de sayal roto de un amigo ermitaño que tenía en las cuevas de Alcalá.^[21] Ésta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría.

Quiso, pues, el diablo, que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos, que yendo a vender no sé qué ropa y otras cosillas a una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya. Trujo un alguacil, y agarráronme la vieja, que se llamaba la madre Labruscas.^[22] Confesó luego todo el caso y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña.^[23] Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino a casa y halló en ella a todos mis compañeros, y a mí con ellos. Traía media docena de corchetes, verdugos de a pie,^[24] y dio con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vio en gran peligro la caballería.

CAPÍTULO CUARTO

En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada,

Echáronnos, en entrando, a cada uno dos pares de grillos y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo y, sacando un doblón,^[1] díjele al carcelero:

—Señor, óigame V. Md. en secreto.

Y para que lo hiciese, dile escudo como cara.^[2] En viéndolos,^[3] me apartó.

—Suplico a V. Md. —le dije— que se duela de un hombre de bien.

Busquéle las manos, y, como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles,^[4] cerró con los dichos veinte y seis,^[5] diciendo:

—Yo averiguaré la enfermedad y, si no es urgente, bajará al cepo.^[6]

Yo conocí la deshecha,^[7] y respondíle humilde. Dejóme fuera, y a los amigos descolgáronlos abajo.

Dejo de contar la risa tan grande que, en la cárcel y por las calles, había con nosotros; porque, como nos traían atados y a empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados,^[8] y otros aloques de tinto y blanco.^[9] A cuál, por asirle de alguna parte sigura, por estar todo tan manido,^[10] le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, según los tenía roídos la hambre. Otros iban dejando a los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y greguescos.^[11] Al quitar la sogá en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos.

Al fin, yo fui, llegada la noche, a dormir a la sala de los linajes.^[12] Diéronme mi camilla. Era de ver algunos dormir envainados, sin quitarse nada; otros, desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima, como culebras;^[13] cuáles jugaban. Y, al fin, cerrados, se mató la luz. Olvidamos todos los grillos. Era de ver a los que no tenían cama llegar y asir de los pies al acostado, y sacarlo arrastrando en medio de la sala y encajarse en la cama, y aquél asir de otro para acomodarse.

Estaba el servicio a mi cabecera.^[14] Vime forzado, a intercesión de mis narices, a decirles que mudasen a otra parte el vedriado.^[15] Y sobre si le viene muy ancho o no,^[16] como si me hubieran tomado la medida con el bacín, tuvimos palabras.^[17] Usé el oficio de adelantado,^[18] que es mejor a veces serlo de un cachete que de un reino,^[19] y metíle a uno media pretina en la cara.^[20] Él, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos a pretinazos a oscuras; y era tanto el mal olor, que hubieron de levantarse todos.

Alzóse el grito.^[21] El alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos,^[22] subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz y informóse del caso: condenáronme todos. Yo me disculpaba con decir que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos.^[23] El carcelero, pareciéndole que por no dejarme

zabullir en lo hondo le daría otro doblón,^[24] asíó del caso y mandóme bajar allá.^[25] Determinéme a consentir, antes que a pellizcar el talego más de lo que lo estaba. Fui llevado abajo; recibieronme con arbórbola y placer los amigos.^[26]

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fue notificado fue dar para la limpieza,^[27] como si en una noche lo hubiera yo ensuciado todo,^[28] so pena de culebrazo fino.^[29] Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así, quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohíno de cara,^[30] cargado de espaldas y de azotes en ellas. Traía más hierro que Vizcaya:^[31] dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán.^[32] Decía que estaba preso por cosas de aire;^[33] y así sospechaba yo si era por algunos fuelles, chirimías o abanicos,^[34] y decíale si era por algo desto. Respondía que no, que eran cosas de atrás.^[35] Yo pensé que pecados viejos quería decir; y averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas.^[36] Otras veces le amenazaba diciendo:

—¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo?^[37] Dios es Dios, que te vendimie de camino.^[38]

Había confesado éste y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas,^[39] como mastines, las traseras y no había quien se osase ventosear, de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas.

Éste hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado.^[40] Decía que estaba preso por liberalidades; y, entendido, eran de manos en pescar lo que topaba.^[41] Éste había sido más azotado que postillón:^[42] no había verdugo que no hubiese probado la mano en él. Tenía la cara con tantas cuchilladas, que, a descubrirse puntos, no se la ganara un flux.^[43] Tenía menos las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía.^[44]

A éstos se llegaban otros cuatro hombres, rapantes como leones de armas,^[45] todos agrillados, gente de azotes y galeras, chilindrón legítimo.^[46] Decían ellos que presto podrían decir que habían servido a su Rey por mar y por tierra.^[47] No se podrá creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.^[48]

Todos éstos, mohínos de ver que mis compañeros no contribuían,^[49] ordenaron a la noche de darlos culebra de cáñamo con una sogá dedicada al efeto.^[50]

Vino la noche. Fuímonos ahuchados a la postrera faldriquera de la casa.^[51] Mataron la luz. Yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron a silbar dos dellos, y otro a dar sogazos. Los buenos caballeros, que vieron el negocio de revuelta, se apretaron de manera las carnes ayunas —cenadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos—, que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en

cabellos o chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla; callaban los dichos. Los bellacos, que vieron que no se quejaban, dejaron el dar azotes y empezaron a tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fue ella que uno le halló el cogote a don Toribio y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos.^[52] Comenzó a dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones.^[53] Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fue el ver cómo, con la fuerza que hacían, les sonaban los güesos.

Acabaron su vida las ropillas. No quedaba andrajo en pie. Menudeaban tanto las piedras y cascotes, que, dentro de poco tiempo, tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta.^[54] Y no hallando remedio contra el granizo, viéndose, sin santidad, cerca de morir San Esteban,^[55] dijo que le dejasen salir, qué pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiónselo, y, a pesar de los otros, que se defendían con él, descalabrado y como pudo, se levantó y pasó a mi lado.

Los otros, por presto que acordaron a hacer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos.^[56] Ofrecieron para pagar la patente sus vestidos,^[57] haciendo cuenta que era mejor entrarse en la cama por desnudos que por heridos. Y así, aquella noche los dejaron y a la mañana les pidieron que se desnudasen, y se halló que, de todos sus vestidos juntos, no se podía hacer una mecha a un candil.

Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana,^[58] donde se espulgan todos. Empezaron luego a sentir el abrigo de la manta, porque había piojo con hambre canina y otro que, en un brazo ayuno dellos, quebraba ayuno de ocho días; habíalos frisiones y otros que se podían echar a la oreja de un toro.^[59] Pensaron aquella mañana ser almorzados dellos. Quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose a puras uñadas.

Yo salíme del calabozo, diciéndoles que me perdonasen si no les hiciese mucha compañía, porque me importaba no hacérsela. Torné a repasarle las manos al carcelero con tres de a ocho^[60] y, sabiendo quién era el escribano de la causa,^[61] inviéle a llamar con un picarillo.^[62] Vino, metíle en un aposento y empecéle a decir, después de haber tratado de la causa, cómo yo tenía no sé qué dinero. Supliquéle que me lo guardase y que, en lo que hubiese lugar, favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que, por engaño, había incurrido en tal delito.

—Crea V. Md. —dijo después de haber pescado la mosca—^[63] que en nosotros está todo el juego y que, si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde, por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí y crea que le sacaré a paz y a salvo.^[64]

Fuese con esto y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil,^[65] que importaba acallarle con mordaza de plata, y apuntóme no

sé qué del relator,^[66] para ayuda de comerse cláusula entera.^[67] Dijo:

—Un relator, señor, con arcar las cejas,^[68] levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido,^[69] hacer una acción,^[70] destruye a un cristiano.

Dime por entendido y añadí otros cincuenta reales. Y, en pago, me dijo que enderezase el cuello de la capa y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad del calabozo; y últimamente me dijo, mirándome con grillos:

—Ahorre de pesadumbre, que, con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que ésta es gente que no hace virtud si no es por interés.

Cayóme en gracia la advertencia. Al fin, él se fue, yo di al carcelero un escudo;^[71] quitóme los grillos.

Dejábame entrar en su casa.^[72] Tenía una ballena por mujer y dos hijas —del diablo— feas y necias, y de la vida,^[73] a pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero —se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moráez—^[74] vino a comer, estando yo allí, muy enojado y bufando. No quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó a él y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo:

—¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros,^[75] el aposentador,^[76] me ha dicho, teniendo palabras con él sobre el arrendamiento, que vos no sois limpia?

—¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?^[77] —dijo ella—; por el siglo de mi agüelo,^[78] que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo a sus criadas que me limpien?

Y volviéndose a mí, dijo:

—Vale Dios que no me podrá decir que soy judía como él, que, de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís, de hebreo.^[79] A fe, señor don Pablos, que si yo lo oyera, que yo le acordara de que tiene las espaldas en el aspa del San Andrés.^[80]

Entonces, muy afligido, el alcaide respondió:

—¡Ay, mujer, que callé porque dijo que en ésa teníades vos dos o tres madejas!^[81] Que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no lo comer.^[82]

—Luego, ¿judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís? ¡Buenos tiempos!^[83] ¿Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Esteban Rubio y Joan de Madrid,^[84] que sabe Dios y todo el mundo?

—¡Cómo! ¿Hija —dije yo— de Joan de Madrid?

—De Juan de Madrid el de Auñón.^[85]

—Voto a Dios —dije yo— que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo.^[86]

Y volviéndome a ellas:

—Joan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fue primo hermano de mi padre.

Y daré yo probanza de quién es y cómo; y esto me toca a mí. Y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco. Ejecutoria tengo en el pueblo, tocante a entrambos, con letras de oro.^[87]

Alegráronse con el nuevo pariente y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenía, ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido a quererse informar del parentesco por menudo. Yo, porque no me cogiese en mentira, hice que me salía de enojado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase más dello. Yo, de rato en rato, salía muy al descuido con decir:^[88] —«¡Joan de Madrid! ¡Burlando es la probanza que yo tengo suya!».^[89] Otras veces decía: —«¡Joan de Madrid, el mayor! Su padre de Joan de Madrid fue casado con Ana de Acevedo, la gorda». Y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas, el alcaide me daba de comer y cama en su casa, y el escribano, solicitado dél y cohechado con el dinero, lo hizo tan bien, que sacaron a la vieja delante de todos en un palafrén pardo a la brida,^[90] con un músico de culpas delante.^[91] Era el pregón: —«¡A esta mujer, por ladrona!». Llevábale el compás en las costillas el verdugo, según lo que le habían recetado los señores de los ropones.^[92] Luego seguían todos mis compañeros, en los overos de echar agua,^[93] sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos a la vergüenza, y cada uno, de puro roto,^[94] llevaba la suya de fuera.

Desterráronlos por seis años. Yo salí en fiado, por virtud del escribano. Y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo y ronco, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

CAPÍTULO QUINTO

De cómo tomó posada, y la desgracia que le sucedió en ella

Salí de la cárcel. Halléme solo y sin los amigos. Aunque me avisaron que iban camino de Sevilla a costa de la caridad,^[1] no los quise seguir.

Determinéme de ir a una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, a veces entremetida y a veces entresacada y salida.^[2] Zaceaba un poco.^[3] Tenía miedo a los ratones.^[4] Preciábase de manos y, por enseñarlas, siempre despabilaba las velas,^[5] partía la comida en la mesa; en la iglesia, siempre tenía puestas las manos;^[6] por las calles, iba enseñando siempre cuál casa era de uno y cuál de otro; en el estrado, de contino tenía un alfiler que prender en el tocado;^[7] si se jugaba a algún juego, era siempre el de pizpirigaña,^[8] por ser cosa de mostrar manos. Hacía que bostezaba, adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca.^[9] Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya a sus mismos

padres.

Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla,^[10] con muy buena ropa, a tres moradores. Fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida.

A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallármela en casa: di en poner en ella los ojos. Contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíalas nuevas, aunque nunca las hubiese; servíalas en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos y que era nigromante, que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas, como buenas creedoras,^[11] tragarón. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada,^[12] que, como no estaba tan bien vestido como era razón —aunque ya me había mejorado algo de ropa por medio del alcaide, a quien visitaba siempre, conservando la sangre a pura carne y pan que le comía—,^[13] no hacían de mí el caso que era razón.

Di, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar a mi casa amigos a buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno, el primero, preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre; porque los amigos me habían dicho que no era de costa mudarse los nombres y que era útil.^[14] Al fin, preguntó por don Ramiro, «un hombre de negocios rico, que hizo agora tres asientos con el Rey».^[15] Desconociéronme en esto las huéspedes y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico,^[16] pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre.

—Ese es —replicó— el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene a más de dos mil ducados.

Contóles otros embustes, quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida, que traía a cobrar en mí,^[17] de nueve mil escudos. Díjoles que me la diesen para que la acetase, y fuese.

Creyeron la riqueza la niña y la madre y acotáronme luego para marido.^[18] Vine yo con gran disimulación, y, en entrando, me dieron la cédula, diciendo:

—Dineros y amor mal se encubren,^[19] señor don Ramiro. ¿Cómo que nos esconda V. Md. quién es, debiéndonos tanta voluntad?

Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula y fuime a mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien, celebraban mis palabras, no había tal donaire como el mío. Yo, que las vi tan cebadas,^[20] declaréle mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

Apartámonos; y, una noche, di para confirmarlas más en mi riqueza: cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con sólo un tabique muy delgado, y, sacando cincuenta escudos, estuve contándolos en la mesa tantas veces, que oyeron

contar seis mil escudos. Fue esto de verme con tanto dinero de contado,^[21] para ellas, todo lo que yo podía desear, porque dieron en desvelarse para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba *o señor* Vasco de Meneses, caballero de la cartilla, digo de Christus.^[22] Traía su capa de luto,^[23] botas,^[24] cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por *dona* Berenguela de Robledo, que así se llamaba. Enamorábala sentándose a conversación y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma.^[25] Cantaba mal, y siempre andaba apuntado con él el catalán,^[26] el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió;^[27] comía a tercianas, de tres a tres días,^[28] y el pan tan duro, que apenas le pudiera morder un maldiciente.^[29] Pretendía por lo bravo, y si no era el poner güevos, no le faltaba otra cosa para gallina,^[30] porque cacareaba notablemente.^[31]

Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado;^[32] el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y a veces lo oía, pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin, la moza me hablaba y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «Este atrevimiento, su mucha hermosura de V. Md...»; decía lo de «me abraso», trataba de «penar», ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta... Al fin, llegamos a los túes,^[33] y yo, para alimentar más el crédito de mi calidad, salíme de casa y alquilé una mula y, arrebozado y mudando la voz, vine a la posada y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Vellorete.^[34] «Aquí vive —respondió la niña— un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo.» Y, por las señas, dije yo que era él y las supliqué que le dijese que Diego de Solórzana, su mayordomo,^[35] que fue de las depositarías,^[36] pasaba a las cobranzas y le había venido a besar las manos.^[37] Con esto me fui, y volví a casa de allí a un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor de Valcerrado y Villorete. Diéronme el recado. Con esto, la muchacha se remató, cudiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese a hablar a la una de la noche por un corredor que caía a un tejado, donde estaba la ventana de su aposento.

El diablo, que es agudo en todo, ordenó que, venida la noche, yo, deseoso de gozar la ocasión, me subí al corredor y, por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido, despertó la media casa y, pensando que eran ladrones —que son antojadizos dellos los deste oficio—,^[38] subieron al tejado. Yo, que vi esto, quíseme esconder detrás de una chimenea, y fue aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron a palos y me ataron a vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia.

Mas ella se reía mucho, porque, como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio y no acababa de reír.

Comenzó luego a hacer la causa^[39] y, porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas y, aunque las vio, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán, y rióse mucho. Yo, triste, que me había visto moler a palos delante de mi dama y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre, no sabía qué hacerme. Hincábame de rodillas, y ni por ésas ni por esotras bastaba con el escribano.

Todo esto pasaba en el tejado, que los tales, aun de las tejas arriba levantan falsos testimonios.^[40] Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caía a una pieza que servía de cocina.

CAPÍTULO SESTO

Prosigue el cuento, con otros varios sucesos

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el tejado, sino en las manos del escribano. Y cuando me acordaba de lo de las ganzúas y las hojas que había escrito en la causa,^[1] echaba de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano.^[2]

Pasé la noche en revolver trazas.^[3] Unas veces me determinaba a rogárselo por Jesucristo^[4] y, considerando lo que le pasó con ellos vivo, no me atrevía.^[5] Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego y levantábase a visitarme los nudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer y vistióse a hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios.^[6] Agarró la correa y tornóme a repasar las costillas, reprehendiéndome el mal vicio de hurtar como quien tan bien le sabía.

En esto estábamos, él dándome y yo casi determinado de darle a él dineros,^[7] que es la sangre con que se labran semejantes diamantes,^[8] cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida,^[9] que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar, por cómplices, en el proceso.^[10]

El portugués no lo pudo sufrir y tratóle algo mal de palabra, diciendo que él era un caballero «fidalgo de casa du Rey» y que yo era un «home muito fidalgo» y que

era bellaquería tenerme atado.^[11] Comenzóme a desatar y, al punto, el escribano clamó: —«¡Resistencia!»; y dos criados suyos, entre corchetes y ganapanes,^[12] pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al Rey.^[13] Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo:

—¡Voto a Dios que esto no se puede hacer conmigo y que, a no ser Vs. Mds. quien son,^[14] les podría costar caro! Manden contentar estos testigos y echen de ver que les sirvo sin interés.

Yo vi luego la letra:^[15] saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero, por no confesar que los había recibido, lo dejé y me fui con ellos,^[16] dando las gracias de mi libertad y rescate.

Entré en casa con la cara rozada de puros mojicones y las espaldas algo mohínas de los varapalos.^[17] Reíase el catalán mucho y decía a la niña que se casase conmigo, para volver el refrán al revés, y que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo.^[18] Tratábame de resuelto y sacudido,^[19] por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba a visitarlos, trataban luego de varear; otras veces, de leña y madera.

Yo, que me vi corrido y afrentado y que ya me iban dando en la flor de lo rico,^[20] comencé a trazar de salirme de casa;^[21] y, para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos,^[22] y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron la señalada y requirieron a la güéspeda que venían de parte del Santo Oficio y que convenía secreto.^[23] Temblaron todas, por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme a mí callaron; pero, al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena.

Dejáronles salir y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios y que yo tenía familiar.^[24] Y cuando les contaban del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era. De ninguna suerte persuadiéronse a ello.

Yo saqué mi ropa y comida horra.^[25] Di traza, con los que me ayudaron, de mudar de hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso,^[26] cuellos grandes y un lacayo en menudos.^[27] dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme a ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación, a título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la Corte; y aún añadieron que ellos me encaminarían parte conveniente y que me estuviese bien,^[28] y con algún arcaduz por donde se guiase.^[29] Yo, negro cudicioso de pescar mujer,

[30] determinéme. Visité no sé cuántas almonedas y compré mi aderezo de casar.^[31] Supe dónde se alquilaban caballos y espetéme en uno el primer día, y no hallé lacayo.^[32]

Salíme a la calle Mayor y púseme enfrente de una tienda de jaeces,^[33] como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual con su lacayo. Preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la prosa^[34] y, con mil cortesías, los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo un poco,^[35] y yo, que si no lo tenían a enfado, que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si viniesen allí mis pajes y un lacayo,^[36] que los encaminase al Prado. Di señas de la librea y metíme entre los dos y caminamos.^[37] Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible el determinar cuyos eran los lacayos ni cuál era el que no le llevaba.^[38]

Empecé a hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana,^[39] encarecíales mucho el Roldanejo que esperaba de Córdoba.^[40] En topando algún paje, caballo o lacayo, los hacía parar y les preguntaba cuyo era y decía de las señas y si le querían vender,^[41] hacía dar dos vueltas en la calle y, aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno y decía lo que había de hacer para remediarlo. Y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados^[42] y, a mi parecer, diciendo: —«¿Quién será este tagarote escuderón?»,^[43] porque el uno llevaba un hábito en los pechos y el otro una cadena de diamantes (que era hábito y encomienda todo junto),^[44] dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y a otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado y, en entrando, saqué el pie del estribo y puse el talón por defuera y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano.^[45] Mirábanme todos; cuál decía: —«Este yo le he visto a pie»; otro: —«¡Hola!, lindo va el buscón».^[46] Yo hacía como que no oía nada y paseaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos y pidiéronme que picardease un rato.^[47] Dejéles la parte de las mozas y tomé el estribo de madre y tía.^[48] Eran las vejezuelas alegres, la una de cincuenta y la otra punto menos.^[49] Díjelas mil ternezas, y oíanme; que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las vieses colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme, tras esto, que en qué me entretenía en la Corte.

Yo les dije que en huir de un padre y madre, que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote.^[50] —«Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros,^[51] que una judía poderosa, que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuatro mil ducados de renta^[52] y, si

salgo con un pleito que traigo en buenos puntos,^[53] no habré menester nada.» Saltó tan presto la tía:^[54]

—¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta, que le prometo que, con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina, con haberle salido ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote,^[55] pero no debe nada a nadie en sangre.^[56]

—Eso creo muy bien —dije yo.

En esto, las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar a mis amigos. Mirábase el uno a otro, y a todos tiembla la barba.^[57] Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes,^[58] por no tener con quien inviar a casa por unas cajas que tenía.^[59] Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen a la Casa del Campo al otro día,^[60] y que yo las inviaría algo fiambre. Acetaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mía. Y, con tanto, se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa.^[61]

Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronse y, por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar a buscar mis criados y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo y que, así, me diesen licencia.^[62] Fuime, quedando concertados de vernos a la tarde, en la Casa del Campo.

Fui a dar el caballo al alquilador y, desde allí, a mi casa. Hallé los compañeros jugando quinolicas.^[63] Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos de enviar la merienda sin falta y gastar docientos reales en ella.^[64]

Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que había de hacer con el dote. Y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa o darlo a censo,^[65] que no sabía yo cuál sería mejor y de más provecho.

CAPÍTULO SÉTIMO

*En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos
y desgracias que le sucedieron*

Amaneció, y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda.^[1] En fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo y no hay quien le pierda el respeto, pagádoselo a un repostero de un señor,^[2] me dio plata y la sirvió él y tres criados.

Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y a la tarde ya yo tenía alquilado mi caballito. Tomé el camino, a la hora señalada, para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles,^[3] como memoriales,^[4] y desabotonados seis botones de la

ropilla y asomados unos papeles.^[5] Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo.^[6] Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos,^[7] en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Filipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Filipe acá y don Filipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado con negocios de Su Majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir y que, así, las apercibía a merienda de repente.^[8]

En esto, llegó el repostero con su jarcia,^[9] plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador y aderezase allí,^[10] que entre tanto nos íbamos a los estanques.^[11] Llegáronse a mí las viejas a hacerme regalos,^[12] y holguéme de ver descubiertas las niñas,^[13] porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquélla en quien yo tenía asestado el matrimonio:^[14] blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos,^[15] buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita.^[16] La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura y dábame sospechas de hocihada.^[17]

Fuimos a los estanques, vímoslo todo y, en el discurso, conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes,^[18] por inocente.^[19] No sabía, pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro,^[20] procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas;^[21] que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien.^[22] Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y, al pasar una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróse un poco. Llegó la niña y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que inviase el cuello a su casa al otro día, que allá lo aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo; mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles y, estando en esto, vi venir un caballero con dos criados por la güerta adelante y, cuando no me cato,^[23] conozco a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí y, como estaba en aquel hábito,^[24] no hacía sino mirarme. Habló a las mujeres y tratólas de primas; y, a todo esto, no hacía sino volver y mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero, y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él.

Preguntóles, según se echó de ver después, mi nombre, y ellos dijeron: —«Don Filipe Tristán, un caballero muy honrado y rico». Véiale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos, se llegó a mí y dijo:

—V. Md. me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida a un criado, que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo.

—¡Jesús! —decía el don Diego—, ¿cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, hasta en esa señal de la frente, que en V. Md. debe de ser herida y en él fue un palo que le dieron entrando a hurtar unas gallinas.^[25] ¡No he visto tal cosa! Digo, señor, que es admiración grande y que no hay cosa tan parecida.

—Dolo al diablo —dije yo—;^[26] ¿y no ahorcaron ese ganapán?^[27]

Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que a un caballero tan principal se pareciese un pícaro tan bajo como aquél. Y, porque no sospechase nada dellas, dijo la una:

—Yo le conozco muy bien al señor don Filipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido, que fue gran amigo suyo, en Ocaña.

Yo entendí la letra,^[28] y dije que mi voluntad era y sería de servir las con mi poco posible en todas partes. El don Diego se me ofreció y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadía:

—No creerá V. Md.: su madre era hechicera y un poco puta;^[29] y su padre, ladrón; y su tío, verdugo; y él, el más ruin hombre y más mal inclinado tacaño del mundo.^[30]

Yo decía con unos empujoncillos de risa: —«¡Gentil bergantón!, ¡Hideputa pícaro!». Y, por de dentro, considere el pío letor lo que sentiría mi gallofería.^[31] Estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas.

Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta y que me quería casar con Anica, que se informase y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal a San Filipe.^[32] Nosotros nos fuimos a casa juntos, como la otra noche. Pidiéronme que jugase, cudiciosos de pelarme.^[33] Yo entendíles la flor y sentéme.^[34] Sacaron naipes; estaban hechos.^[35] Perdí una mano. Di en irme por abajo y ganéles cosa de treientos reales;^[36] y, con tanto, me despedí y vine a mi casa.

Topé a mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome, lo dejaron, cudiciosos de preguntarme lo que me había sucedido. Yo venía cariacontecido y encapotado;^[37] no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego y lo que me había sucedido. Consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto, supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar.^[38]

Entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas lindas.^[39] Determinámonos de ir a darles un muerto (que así se llama el enterrar una bolsa);^[40] invié los amigos delante, entraron en la pieza y dijeron si gustarían de jugar con un fraile que acababa de llegar a curarse en cas de unas primas suyas,^[41] que venía enfermo y traía talegos como el brazo y una calza de doblones.^[42] Crecióles a todos el ojo y clamaron:^[43]

—¡Venga el fraile norabuena!

—Es hombre grave en la orden —replicó Pero López— y, como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación.^[44]

—Venga, y sea por lo que fuere.

—No ha de entrar nadie de fuera, por el recato —dijo Brandalagas.

—No hay tratar deso —respondió el güésped—; ni criados.^[45]

Con esto, ellos quedaron ciertos del caso, y creída la mentira. Vinieron los acólitos,^[46] y ya yo estaba con un tocador en la cabeza,^[47] por disimular la corona y fingir la enfermedad;^[48] sahuméme con paja y afeitéme de tercianas,^[49] con una color de cera amarilla, y mi hábito de fraile,^[50] unos anteojos y mi barba,^[51] que por ser atusada no desayudaba.^[52] Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego. Ellos levantaban bien.^[53] Iban tres al mohíno, pero quedaron mohínos los tres,^[54] porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada que,^[55] en espacio de tres horas, me llevé más de mil y trescientos reales. Di baratos^[56] y, con mi «¡loado sea Nuestro Señor!», me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar,^[57] que era entretenimiento y no otra cosa. Los otros, que habían perdido cuanto tenían, dábanse a mil diablos.^[58] Despedíme, y salímonos fuera.

Venimos a casa a la una y media y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido y, a la mañana, me levanté a buscar mi caballo y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que había otros muchos como yo. Pues andar a pie pareciera mal, y más entonces, fuime a San Filipe y topéme con un lacayo de un letrado, que tenía un caballo y le aguardaba,^[59] que se había acabado de apear a oír misa. Metíle cuatro reales en la mano, porque, mientras su amo estaba en la iglesia, me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora.

Consintió, subí en el caballo y di dos vueltas calle arriba y calle abajo sin ver nada; y, al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo, que la vi y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería: dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase y, tirando dos coces, aprieta a correr y da conmigo por las orejas en un charco.^[60] Yo, que me vi así, y rodeado de niños que se habían llegado y delante de mi señora, empecé a decir:

—¡Oh, hi de puta! ¡No fuérades vos valenzuela!^[61] Estas temeridades me han de

acabar. Habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él.

Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego. Yo torné a subir, y, al ruido, se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo, que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo prisa, porque no saliese su amo y lo viese, que había de ir a Palacio.

Y soy tan desgraciado que, estándome diciendo el lacayo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo y, conociendo su rocín,^[62] arremete al lacayo y empieza a darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo a nadie. Y lo peor fue que, volviéndose a mí, dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo pasaba a vista de mi dama y de don Diego: no se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin, me hube de apear; subió el letrado y fuese. Y yo, por hacer la deshecha,^[63] quedéme hablando desde la calle con don Diego y dije:

—En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Filipe,^[64] y es desbocado en la carrera y trotón.^[65] Dije cómo yo le corría y hacía parar. Dijeron que allí estaba uno en que no lo haría, y era éste deste licenciado. Quise probarlo. No se puede creer qué duro es de caderas; y con mala silla, fue milagro no matarme.

—Sí fue —dijo don Diego—, y, con todo, parece que se siente V. Md. de esa pierna.

—Sí siento —dije yo—, y me querría ir a tomar mi caballo y a casa.

La muchacha quedó satisfecha y con lástima de mi caída, mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado, y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fue que, cuando llegué a casa, y fui a ver una arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y lo que había ganado, menos cien reales que yo traía conmigo, hallé quel buen licenciado Brandalagas y Pedro López habían cargado con ello y no parecían.^[66] Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: —«¡Malhaya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿Qué haré?». No sabía si irme a buscarlos, si dar parte a la justicia. Esto no me parecía bien, porque, si los prendían, habían de aclarar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca. Pues seguirlos, no sabía por dónde. Al fin, por no perder también el casamiento, que ya yo me consideraba remediado con el dote, determiné de quedarme y apretarlo sumamente.^[67]

Comí y a la tarde alquilé mi caballo y fuime hacia la calle; y, como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese, y, en pasando, partía detrás dél, haciéndole lacayo sin serlo, y, en llegando al fin de la calle, metíame detrás de la esquina hasta que volviese otro que lo pareciese, metíame detrás y daba otra vuelta.

Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fue la sospecha del caballo del letrado, u qué se fue, que don Diego se puso a inquerir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente,^[68] y él, acosado de ellas, que tenían deseo de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla, que fue el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros. Y éste, enojado de cómo yo no le había vuelto a ver,^[69] hablando con don Diego y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto y le había contado cómo me casaba riquísimamente.

No aguardó más don Diego y, volviéndose a su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y cadena amigos míos, junto a la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba y díjoles que se aparejasen y, en viéndome a la noche en la calle, que me magulasen los cascos;^[70] y que me conocerían en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse y, en entrando en la calle, topáronme y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvímonos en conversación, tratando de lo que sería bien hacer a la noche, hasta el avemaría.^[71] Entonces, despidiéndose los dos, echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos a San Filipe. Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

—Por vida de don Filipe, que troquemos capas,^[72] que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

—Sea en buen hora —dije yo.

Tomé la suya inocentemente y dile la mía. Ofrecíle mi persona para hacerle espaldas,^[73] mas él, que tenía trazado el deshacerme las mías, dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarearlo por una mujercilla,^[74] entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí. Yo di voces, y, en ellas y la cara, conocieron que no era yo. Huyeron, y yo quedéme en la calle con los cintarazos. Disimulé tres o cuatro chichones que tenía y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo. En fin, a las doce, que era a la hora que solía hablar con ella, llegué a la puerta; y, emparejando, cierra uno de los que me aguardaban por don Diego con un garrote conmigo y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo;^[75] y llega el otro y dame un trasquilón de oreja a oreja y quítanme la capa,^[76] y déjanme en el suelo, diciendo: —«¡Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos!».^[77]

Comencé a dar gritos y a pedir confesión. Y como no sabía lo que era —aunque

sospechaba por las palabras que acaso era el güésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huidos, y, al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela;^[78] pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era—, daba voces: —«¡A los capeadores!».^[79] A ellas vino la justicia; levantáronme y, viendo mi cara con una zanja de un palmo y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme dónde vivía y lleváronme allá.

Acostáronme, y quedé aquella noche confuso, viendo mi cara de dos pedazos y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía, robado y de manera que ni podía seguir a los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la Corte, ni estar fuera.

CAPÍTULO OTAVO

De su cura y otros sucesos peregrinos

He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la güésped de casa, vieja de bien, arrugada y llena de afeite, que parecía higo enharinado,^[1] niña si se lo preguntaban,^[2] con su cara de muesca entre chufa y castaña apilada,^[3] tartamuda,^[4] barbada y bizca y roma; no le faltaba una gota para bruja.^[5] Tenía buena fama en el lugar, y echábase a dormir con ella y con cuantos querían;^[6] templaba gustos y careaba placeres.^[7] Llamábase la Paloma;^[8] alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente.

Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse,^[9] lo primero enseñándola cuáles cosas había de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; a la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir;^[10] a la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedijas por el manto y la toca estremado;^[11] a buenos ojos, lindos bailes con las niñas y dormidillos,^[12] cerrándolos, y elevaciones, mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que, al entrar en sus casas, de puro blancas, no las conocían sus maridos.^[13] Enlucía manos y gargantas como paredes,^[14] acicalaba dientes, arrancaba el vello. Tenía un bebedizo que llamaba Herodes, porque, con él, mataba los niños en las barrigas y hacía malparir y mal empreñar.^[15] Y en lo que ella era más estremada era en arremedar virgos y adobar doncellas.^[16] En solos ocho días que yo estuve en casa, la vi hacer todo esto.^[17] Y, para remate de lo que era, enseñaba a pelar y refranes que dijese las mujeres.^[18] Allí les decía cómo habían de encajar la joya:^[19] las niñas, por gracia; las mozas, por deuda; y las viejas, por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco y pediduras para cadenas y sortijas.

[20] Citaba a la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y a la Plañoso, en Burgos, a Muñatones la de Salamanca.[21]

Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver a las manos que vine y se ponderen mejor las razones que me dijo. Y empezó por estas palabras, que siempre hablaba por refranes:[22]

—De donde sacan y no pon, hijo don Filipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras sin mirar que, durmiendo, caminamos a la güesa:[23] yo, como montón de tierra,[24] te lo puedo decir. ¡Qué cosa es que me digan a mí que has desperdiciado mucha hacienda sin saber cómo y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro y ya caballero, y todo por las compañías! Dime con quién andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja.[25] Sábetete, hijo, que de la mano a la boca se pierde la sopa.[26] Anda, bobillo, que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo,[27] en esta tierra, de esa mercadería y que me sustento de las posturas, así que enseño como que pongo,[28] y que nos damos con ellas en casa;[29] y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomadona,[30] que gasta las faldas con quien hace sus mangas.[31] Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado a mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos,[32] y así yo haya buen acabamiento, que aun lo que me debes de la posada no te lo pidiera agora, a no haberlo menester para unas candelicas y hierbas[33] —que trataba en botes,[34] sin ser boticaria, y, si la untaban las manos,[35] se untaba y salía de noche por la puerta del humo.[36]

Yo, que vi que había acabado la plática y sermón en pedirme, que, con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos hacen,[37] no me espanté de la visita,[38] que no me la había hecho otra vez mientras había sido su güésped, si no fue un día que me vino a dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos y que la quisieron prender y escondió la calle;[39] vínome a desengañar y a decir que era otra de su nombre.[40]

Yo la conté su dinero y, estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la venían a prender por amancebada y sabían que estaba el amigo en casa.[41] Entraron en mi aposento; como me vieron en la cama, y a ella conmigo, cerraron con ella y conmigo y diéronme cuatro o seis empellones muy grandes y arrastráronme fuera de la cama.[42] A ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcagüeta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida!

A las voces del alguacil y a mis quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dio a correr. Ellos, que lo vieron y supieron por lo que decía

otro güésped de casa que yo lo era,^[43] arrancaron tras el picaño y asiéronle, y dejáronme a mí repelado y apuñeado. Y con todo mi trabajo,^[44] me reía de lo que los picarones decían a la Guía;^[45] porque uno la miraba y decía: —«¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos a vuestro servicio!».^[46] Otro: —«Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes, para que entréis bizarra».^[47] Al fin, trujeron el picarón y atáronlos entrambos. Pidiéronme perdón y dejáronme solo.

Yo quedé algo aliviado de ver a mi buena güéspedada en el estado que tenía sus negocios; y así no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja.^[48] Aunque, según las cosas que contaba una criada que quedó en casa, yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar y otras cosas que no me sonaron bien.

Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero, porque los cien reales se consumieron en la cura, comida y posada; y así, por no hacer más gasto no teniendo dinero, determiné de salirme con dos muletas de la casa y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un colete de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso,^[49] mi gabán de pobre,^[50] remendado y largo, mis polainas y zapatos grandes,^[51] la capilla del gabán en la cabeza;^[52] un cristo de bronce traía, colgando del cuello, y un rosario.

Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendía de la arte mucho;^[53] y así, comencé luego a ejercitallo por las calles. Cosíme sesenta reales que me sobraron en el jubón; y, con esto, me metí a pobre, fiado en mi buena prosa.^[54] Anduve ocho días por las calles, aullando en esta forma, con voz dolorida y realzamiento de plegarias: —«¡Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo!».^[55] Esto decía los días de trabajo, pero los días de fiesta comenzaba con diferente voz y decía: —«¡Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los Ángeles, Madre de Dios, dalde una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor!».^[56] Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: —«¡Un aire corruto, en hora menguada,^[56] trabajando en una viña, me trabó mis miembros, que me vi sano y bueno como se ven y se vean,^[57] loado sea el Señor!».

Venían con esto los ochavos trompicando,^[58] y ganaba mucho dinero. Y ganara más, si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido: —«¡Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigado del Señor por sus pecados! ¡Dalde al pobre lo que Dios reciba!».^[59] Y añadía: —«¡Por el buen Jesús!»; y ganaba que era un juicio.^[59] Yo

advertí, y no dije más *Jesús*, sino quitábale la s y movía a más devoción.^[60] Al fin, yo mudé de frasecicas y cogía maravillosa mosca.^[61]

Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón,^[62] uno de los mayores bellacos que Dios crió. Estaba riquísimo y era como nuestro retor;^[63] ganaba más que todos, tenía una potra muy grande,^[64] y atábase con un cordel el brazo por arriba y parecía que tenía hinchada la mano y manca y calentura, todo junto.^[65] Poníase echado boca arriba en su puesto y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente,^[66] y decía: —«¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!». Si pasaba mujer, decía: —«¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánimo!». Y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: —«¡Ah, señor capitán!», decía; y si otro hombre cualquiera: —«¡Ah, señor caballero!». Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría, y si clérigo en mula, señor arcediano. En fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos. Y vine a tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto con que, en dos días, estuvimos ricos. Y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían;^[67] dábanle cuenta a él, y todo lo guardaba. Iba a la parte con dos niños de la cajuela en las sangrías que hacían dellas.^[68] Y tomé el mismo arbitrio, y él me encaminó la genticica a propósito.^[69]

Halléme en menos de un mes con más de docientos reales horros.^[70] Y últimamente me declaró, con intento que nos fuésemos juntos, el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos. Y era que hurtábamos niños cada día: entre los dos, cuatro o cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros a preguntar las señas y decíamos: —«Por cierto, señor, que le topé a tal hora, y que si no llego, que le mata un carro; en casa está». Dábannos el hallazgo,^[71] y veníamos a enriquecer de manera que me hallé yo con cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas.^[72]

Determiné de salirme de la Corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin, yo me determiné; compré un vestido pardo,^[73] cuello y espada, y despedíme de Valcázar, que era el pobre que dije, y busqué por los mesones en qué ir a Toledo.

CAPÍTULO NOVENO

En que se hace representante, poeta y galán de monja

Topé en un paraje una compañía de farsantes que iban a Toledo.^[1] Llevaban tres

carros, y quiso Dios que, entre los compañeros, iba uno que lo había sido mío del estudio, en Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba ir allá y salir de la Corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada y no hacía sino santiguarse de mi *per signum crucis*.^[2] Al fin, me hizo amistad,^[3] por mi dinero, de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos.

Íbamos barajados hombres y mujeres,^[4] y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció estremada sabandija.^[5] Acertó a estar su marido a mi lado, y yo, sin pensar a quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele:

—A esta mujer, ¿por qué orden la podremos hablar, para gastar con su merced unos veinte escudos, que me ha parecido bien por ser hermosa?

—No me lo está a mí el decirlo, que soy su marido —dijo el hombre—, ni tratar deso; pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo,^[6] ni tal juguetoncica.^[7]

Y diciendo esto, saltó del carro y fuese al otro, según pareció, por darme lugar que la hablase.

Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que éstos son de los que dijera algún bellaco que cumplen el preceto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen,^[8] torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, habléla, y preguntóme que adonde iba y algo de mi vida. Al fin, tras muchas palabras, dejamos concertadas para Toledo las obras. Íbamos holgando por el camino mucho.

Yo, acaso, comencé a representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho,^[9] y representélo de suerte que les di cudicia. Y sabiendo, por lo que yo le dije a mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si quería entrar en la danza con ellos. Encarecíéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenía necesidad de arrimo y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor.^[10] Hícele escritura de estar con él, y diome mi ración y representaciones.^[11] Y con tanto, llegamos a Toledo.

Diéronme que estudiar tres o cuatro loas y papeles de barba,^[12] que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo y eché la primera loa en el lugar. Era de una nave, de lo que son todas, que venía destrozada y sin provisión;^[13] decía lo de «éste es el puerto», llamaba a la gente «senado»,^[14] pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un víctor de rezado,^[15] y, al fin, parecí bien en el teatro.

Representamos una comedia de un representante nuestro;^[16] que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega. Y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos;^[17] que

me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega, y Ramón,^[18] no había otra cosa.

Al fin, hízose la comedia el primer día, y no la entendió nadie; al segundo, empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra y salía yo armado y con rodela,^[19] que, si no, a manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo.^[20] No se ha visto tal torbellino, y ello merecía la comedia, porque traía un rey de Normandía, sin propósito, en hábito de ermitaño y metía dos lacayos por hacer reír; y al desatar de la maraña, no había más de casarse todos,^[21] y allá vas. Al fin, tuvimos nuestro merecido.

Tratamos todos muy mal al compañero poeta, y yo principalmente, diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado y escarmentase. Díjome que, jurado a Dios, que no era suyo nada de la comedia, sino que, de un paso tomado de uno y otro de otro, había hecho aquella capa de pobre de remiendo y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido.^[22] Confesóme que los farsantes que hacían comedias todo les obligaba a restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado, y que era muy fácil, y que el interés de sacar trecientos o cuatrocientos reales les ponía aquellos riesgos. Lo otro, que, como andaban por esos lugares, les leían unos y otros comedias: —«Tomámoslas para verlas, llevámonoslas y, con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decimos que es nuestra». Y declaróme cómo no había habido farsante jamás que supiese hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné a ella por hallarme con algún natural a la poesía; y más, que tenía yo conocimiento con algunos poetas y había leído a Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar, pasaba la vida. Que pasado un mes que había que estábamos en Toledo, haciendo comedias buenas y enmendando el yerro pasado, ya yo tenía nombre, y habían llegado a llamarme Alonsete, que yo había dicho llamarme Alonso;^[23] y por otro nombre me llamaban *el Cruel*, por serlo una figura que había hecho con gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar.^[24] Tenía ya tres pares de vestidos y autores que me pretendían sonsacar de la compañía.^[25] Hablaba de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos a Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonito a Morales,^[26] pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias;^[27] si alguno venía a leer comedia, yo era el que la oía.^[28]

Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico y luego hice un entremés, y no pareció mal. Atrevíme a una comedia y, porque no escapase de ser divina cosa,^[29] la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba con chirimías, había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces, con su «bu, bu», al salir, y «ri, ri», al entrar; caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satán en las coplas y el tratar luego de si cayó del cielo y tal.^[30] En fin, mi

comedia se hizo, y pareció muy bien.

No me daba manos a trabajar,^[31] porque acudían a mí enamorados, unos por coplas de cejas y otros de ojos, cuál soneto de manos y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque, como había otras tiendas, porque acudiesen a la mía, hacía barato.^[32]

¿Pues villancicos? Hervía en sacristanes y demandaderas de monjas;^[33] ciegos me sustentaban a pura oración, ocho reales de cada una,^[34] y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez,^[35] grave y sonora, que provocaba a gestos.^[36] Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:^[37]

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
dame gracia virginal, etc.

Fui el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con «aquí gracia y después gloria», en esta copla de un cautivo de Tetuán:^[38]

Pidámosle sin falacia
al alto Rey sin escoria,
pues ve nuestra pertinacia,
que nos quiera dar su gracia
y después, allá, la gloria.
Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya a ser autor.^[39] Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado, para tener tapicería barata, en un arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas y colgarlos.^[40] Costáronme veinte y cinco o treinta reales, y eran más para ver que cuantos tiene el Rey, pues por éstos se veía de puro rotos y por esotros no se verá nada.^[41]

Sucedíome un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván, y allí me estaba y allí comía; subía una moza con la vianda y dejábamela allí. Yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado.^[42] Ordena el diablo que, a la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera, que era angosta y oscura, con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería y daba grandes gritos, componiendo mi comedia,^[43] y decía:

Guarda el oso, guarda el oso,
que me deja hecho pedazos
y baja tras ti furioso;

que entendió la moza —que era gallega—,^[44] como oyó decir «baja tras ti» y «me deja», que era verdad y que la avisaba.^[45] Va a huir y, con la turbación, písase la saya y rueda toda la escalera, derrama la olla y quiebra los platos y sale dando gritos a la calle, diciendo que mataba un oso a un hombre. Y, por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo preguntando por el oso; y aun contándoles yo como había sido ignorancia de la moza, porque era lo que he referido de la comedia, aun no lo querían creer. No comí aquel día. Supiéronlo los compañeros, y fue celebrado el cuento en la ciudad. Y destas cosas me sucedieron muchas mientras perseveraré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió, pues, que a mi autor —que siempre paran en esto—, sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron no sé por qué deudas y le pusieron en la cárcel,^[46] con lo cual nos desmembramos todos y echó cada uno por su parte. Yo, si va a decir verdad, aunque los compañeros me querían guiar a otras compañías, como no aspiraba a semejantes oficios y el andar en ellos era por necesidad, ya que me vía con dineros y bien puesto, no traté de más que de holgarme.

Despedíme de todos; fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha V. Md. por enojo, di en amante de red, como cofia,^[47] y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo,^[48] que es lo mismo que galán de monjas.^[49] Tuve ocasión para dar en esto porque una, a cuya petición había yo hecho muchos villancicos, se aficionó en un auto del Corpus de mí, viéndome representar un San Juan Evangelista (que lo era ella).^[50] Regalábame la mujer con cuidado y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante,^[51] porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero, y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla lo siguiente:

CARTA

«Más por agradar a V. Md. que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que, para mí, cualquiera sin la suya es soledad. Ya seré tanto más suyo, cuanto soy más mío. Avíseme cuándo habrá locutorio,^[52] y sabré juntamente cuándo tendré gusto», etc.

Llevó el billetico la andadera.^[53] No se podrá creer el contento de la buena monja

sabiendo mi nuevo estado. Respondióme desta manera:

RESPUESTA

«De sus buenos sucesos, antes aguardo los parabienes que los doy, y me pesara dello a no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí. No resta agora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy, pero no deje de venirse V. Md. a vísperas,^[54] que allí nos veremos, y luego por las vistas,^[55] y quizá podré yo hacer alguna pandilla a la abadesa.^[56] Y adiós», etc.

Contentóme el papel, que realmente la monja tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias; fuime derecho a la iglesia, recé y luego empecé a repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos, para ver si parecía, cuando, Dios y enhorabuena, que más era diablo y en hora mala, oigo la seña antigua:^[57] empieza a toser, y yo a toser; y andaba una tosidura de Barrabás. Arremedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimienta en la iglesia. Al fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma a la red una vieja tosiendo, y eché de ver mi desventura; que es peligrosísima seña en los conventos, porque, como es seña a las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor, y le sale después graznido de cuervo.

Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas. Oílas todas, que por esto llaman a los enamorados de monjas «solenes enamorados», por lo que tienen de vísperas,^[58] y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás.^[59] No se creará los pares de vísperas que yo oí.^[60] Estaba con dos varas de gazzate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver, gran compañero del sacristán y monacillo y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores y que comía virotos.^[61]

Fuime a las vistas,^[62] y allá, con ser una plazuela bien grande, era menester inviar a tomar lugar a las doce, como para comedia nueva:^[63] hervía en devotos.^[64] Al fin, me puse en donde pude. Y podíanse ir a ver, por cosas raras, las diferentes posturas de los amantes: cuál, sin pestañear, mirando, con su mano puesta en la espada y la otra con el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y estendidos los brazos, a lo Seráfico recibiendo las llagas;^[65] cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüña, sin hablar palabra, la enseñaba a su querida las entrañas por el gazzate;^[66] otro, pegado a la pared, dando pesadumbre a

los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como a macho;^[67] otro, con una cartica en la mano, a uso de cazador con carne, parecía que llamaba halcón. Los celosos era otra banda: éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando a ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón,^[68] pasaba por el terrero con una mujer de la mano;^[69] y cuál hablaba con una criada echadiza que le daba un recado.^[70]

Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda y una pared con deshilados,^[71] que ya parecía salvadera y ya pomo de olor.^[72] Estaban todos los agujeros poblados de brújulas;^[73] allí se veía una pepitoria,^[74] una mano y acullá un pie; en otra parte había cosas de sábado,^[75] cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; a otro lado se mostraba buhonería:^[76] una enseñaba el rosario, cuál mecía el pañizuelo, en otra parte colgaba un guante, allí salía un listón verde.^[77] Unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la seña de los sombrereros, como si sacara arañas, ceceando.^[78]

En verano, es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas a ellas tan crudas y a ellos tan asados.^[79] En invierno, acontece, con la humedad, nacerle a uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto, al cabo, es para ver a una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo. Es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla, y, si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan a cabezas:^[80] un paloteadico con los dedos.^[81] Hincan las cabezas en las rejas, y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. ¡Y verlos hablar quedito y de rezado!^[82] ¡Pues sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente! Y lo mejor es ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo quel verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo.^[83]

Al fin, yo llamaba ya «señora» a la abadesa, «padre» al vicario, «hermano» al sacristán, cosas todas que, con el tiempo y el curso, alcanza un desesperado. Empezáronme a enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme.^[84] Consideré cuán caro me costaba el infierno, que a otros se da tan barato y en esta vida por tan descansados caminos.^[85] Veía que me condenaba a puñados y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solía, porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas, juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente y hablaba como sacerdote que dice las palabras de la consagración.^[86] No me veía nadie que no decía: —«¡Maldito seas, bellaco monjil!»; y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado a dejar la monja,^[87]

aunque perdiese mi sustento. Y determinéme el día de San Juan Evangelista,^[88] porque acabé de conocer lo que son las monjas. Y no quiera V. Md. saber más de que las bautistas todas enronquecieron adrede y sacaron tales voces, que, en vez de cantar la misa, la gimieron. No se lavaron las caras y se vistieron de viejo. Y los devotos de las bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia, y muchos pícaros del rastro.^[89] Cuando yo vi que las unas por el un santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente dellos, cogiéndola a mi monja, con título de rifárselos,^[90] cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsicos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, temiendo que, si más aguardaba, había de ver nacer mandrágoras en los locutorios.^[91]

Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pío lector.

CAPÍTULO DÉCIMO

De lo que le sucedió en Sevilla hasta embarcarse a Indias

Pasé el camino de Toledo a Sevilla prósperamente, porque, como yo tenía ya mis principios de fullero y llevaba dados cargados con nueva asta de mayor y de menor y tenía la mano derecha encubridora de un dado (pues preñada de cuatro, paría tres),^[1] llevaba gran provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de morros y ballestilla,^[2] y así no se me escapaba dinero.

Dejo de referir otras muchas flores, porque, a decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre;^[3] y también, porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres. Mas quizá, declarando yo algunas chanzas y modos de hablar,^[4] estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.^[5]

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela.^[6] Guarda el naipe de tocamientos, raspados o bruñidos,^[7] cosa con que se conocen los azares.^[8] Y por si fueres pícaro,^[9] lector, advierte que, en cocinas y caballerizas, pican con un alfiler u doblan los azares para conocerlos por lo hendido.^[10] Si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fue concebido en pecado^[11] y que, con traer atravesado el papel, dice lo que viene.^[12] No te fíes de naipe limpio,^[13] que, al que da vista y retén,^[14] lo más jabonado es sucio. Advierte que, a la carteta,^[15] el que hace los naipes que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto.^[16] A la primera,^[17] mira no den de arriba las que descarta el que da y procura que no se pidan cartas u por los dedos en el naipe u por las primeras letras de las palabras.^[18]

No quiero darte luz de más cosas; éstas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo.^[19] *Dar muerte* llaman quitar el dinero,^[20] y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo,^[21] que de puro revesada no la entiende; *dobles* son los que acarrear sencillos para que los desuellen estos rastreros de bolsas;^[22] *blanco* llaman al sano de malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.^[23]

Yo, pues, con este lenguaje y con estas flores, llegué a Sevilla: con el dinero de las camaradas,^[24] gané el alquiler de las mulas; y la comida y dineros, a los güéspedes de las posadas. Fuime luego a apeaar al mesón del Moro,^[25] donde me topó un condicípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decía, por parecerle nombre de poco ruido, Matorral.^[26] Trataba en vidas y era tendero de cuchilladas,^[27] y no le iba mal. Traía la muestra dellas en su cara y, por las que le habían dado, concertaba tamaño y hondura de las que había de dar.^[28] Decía: —«No hay tal maestro como el bien acuchillado»;^[29] y tenía razón, porque la cara era una cuera,^[30] y él un cuero.^[31] Díjome que me había de ir a cenar con él y otros camaradas,^[32] y que ellos me volverían al mesón.

Fui; llegamos a su posada,^[33] y dijo:

—Ea, quite la capa vuacé y parezca hombre,^[34] que verá esta noche todos los buenos hijos de Jevilla.^[35] Y porque no lo tengan por maricón,^[36] ahaje ese cuello y agobie de espaldas;^[37] la capa caída, que siempre nosotros andamos de capa caída;^[38] ese hocico, de tornillo;^[39] gestos a un lado y a otro; y haga vucé de las *j*, *h* y de las *h*, *j*.^[40] Diga conmigo: *jerida*, *mojino*, *jumo*, *paiería*, *mohar*, *habalí* y *harro* de vino.^[41]

Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y, en lo largo, de comedimiento suyo no se llamaba espada, que bien podía.

—Bébase —me dijo— esta media azumbre de vino puro,^[42] que, si no da vaharada,^[43] no parecerá valiente.

Estando en esto, y yo, con lo bebido, atolondrado, entraron cuatro dellos, con cuatro zapatos de gotoso por caras,^[44] andando a lo columpio,^[45] no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos;^[46] los sombreros, empinados sobre la frente, altas las faldillas de delante, que parecían diademas;^[47] un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas;^[48] las conteras, en conversación con el calcañar derecho;^[49] los ojos, derribados;^[50] la vista, fuerte; bigotes buidos,^[51] a lo cuerno, y barbas turcas, como caballos.^[52]

Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego a mi amigo le dijeron, con voces mohínas, sisando palabras.^[53]

—Seidor.

—So compadre^[54] —respondió mi ayo.

Sentáronse; y, para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró a Matorrales y, abriendo la boca y empujando hacia mí el lado de abajo, me señaló. A lo cual, mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo. Y con esto, se levantaron todos y me abrazaron, y yo a ellos, que fue lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos.

Llegó la hora de cenar. Vinieron a servir unos pícaros, que los bravos llaman *cañones*.^[55] Sentámonos a la mesa; aparecióse luego el alcaparrón;^[56] empezaron, por bienvenido, a beber a mi honra, que yo, hasta que la vi beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, todo con apetitos de sed.^[57] Estaba una artesa en el suelo llena de vino, y allí se echaba de buces el que quería hacer la razón.^[58] Contentóme la penadilla.^[59] A dos veces, no hubo hombre que conociese al otro.

Empezaron pláticas de guerra. Menudeábanse los juramentos. Murieron, de brindis a brindis, veinte o treinta sin confesión, recetáronsele al Asistente mil puñaladas,^[60] tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón, derramóse vino en cantidad al ánima de Escamilla;^[61] los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al mal logrado Alonso Álvarez.^[62] Y a mi compañero, con estas cosas, se le desconcertó el reloj de la cabeza y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando a la luz:

—Por ésta, que es la cara de Dios,^[63] y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto.^[64]

Levantóse entre ellos alarido disforme y, desnudando las dagas, lo juraron. Poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa,^[65] y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:

—Así como bebemos este vino, hemos de beberle la sangre a todo acechador.^[66]

—¿Quién es este Alonso Álvarez —pregunté—, que tanto se ha sentido su muerte?

—Mancebito —dijo el uno—,^[67] lidiador ahigadado,^[68] mozo de manos y buen compañero.^[69] ¡Vamos, que me retientan los dimoños!

Con esto, salimos de casa a montería de corchetes.^[70] Yo, como iba entregado al vino y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar,^[71] donde encaró con nosotros la ronda.^[72] No bien la columbraron,^[73] cuando, sacando las espadas, la embistieron. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malditas ánimas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies y apeló por la calle arriba dando voces.^[74] No lo pudimos seguir por haber cargado delantero.^[75] Y, al fin, nos acogimos a la Iglesia Mayor,^[76] donde nos amparamos del rigor de la justicia y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascós. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me

espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huido, el alguacil, de un racimo de uvas, que entonces lo éramos nosotros.

Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque, al olor de los retraídos,^[77] vinieron ninfas,^[78] desnudándose para vestirnos.^[79] Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores.^[80] Súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajal hasta morir.^[81] Estudié la jacarandina,^[82] y en pocos días era rabí de los otros rufianes.^[83]

La justicia no se descuidaba de buscarnos. Rondábanos la puerta, pero, con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados.^[84] Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella^[85] a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.^[86]



Página anterior: retrato de Quevedo en el frontispicio de la edición de *Epicteto y Phocílides en español con consonantes* (Madrid, 1635).

NOTICIA DE FRANCISCO DE QUEVEDO Y «LA VIDA DEL BUSCÓN»

POR
FERNANDO CABO ASEGUINOLAZA

EL AUTOR

Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid el año 1580 en el seno de una familia de ascendencia montañesa; tanto su madre como su padre procedían de la Montaña santanderina, concretamente del valle de Torenzo. No obstante, su medio más próximo fue el de la Corte, en donde sus padres, y antes algunos de sus antepasados, ejercieron lo que podríamos considerar como puestos de funcionarios palaciegos de grado medio (azafata de la reina, escribano de cámara...), aunque con una posición suficiente como para poder acudir en los momentos difíciles a sus buenas relaciones con algunos de los principales personajes de la época. Estas circunstancias, la procedencia hidalga y su relación intensa con el medio cortesano, definirían algunos de los aspectos básicos de su visión del mundo y también de sus preocupaciones y vaivenes biográficos, siempre en relación con el ámbito del poder social y político.

La educación de Quevedo se ajustó de hecho a lo que se podría esperar de sus circunstancias. Fue alumno de los jesuitas en Ocaña (1597-1596), en donde adquirió la base de una sólida formación humanística, y después se matriculó en la Universidad de Alcalá de Henares. Allí alcanzó, tras cuatro años de estudios, el grado de bachiller en Artes, y también allí, de acuerdo a lo que parece una hipótesis probable, trabó amistad con el futuro duque de Osuna, con el cual quizá viajó a Sevilla huyendo de algún tropiezo con la justicia. Si es así, tenemos ya reunidos algunos de los lugares más relevantes del *Buscón*: la Corte madrileña, la Alcalá universitaria y Sevilla.

Poco después del traslado de la Corte a Valladolid (1600), Quevedo se mudó también a la ciudad del Pisuerga con el propósito de proseguir sus estudios universitarios. Ya que su madre había muerto poco antes (el padre falleció en 1586), su estancia en Valladolid se realiza bajo la tutela de Agustín de Villanueva, pariente del escritor y hombre de gran influencia en la Corte. Y allí estará hasta que, alcanzada la mayoría de edad, deje Valladolid para seguir a la Corte a su nuevo emplazamiento madrileño, en 1606.

Fueron estos años una etapa de tanteos en lo que se refiere a la carrera literaria. Quevedo no publica nada, excepción hecha de algunas apariciones

esporádicas como poeta en obras ajenas o en las *Flores de poetas ilustres* (1605) de Pedro de Espinosa, una antología que recogía textos de los mejores ingenios contemporáneos. Ello nos muestra a un Quevedo que empezaba a labrarse una notable reputación, al menos como poeta. Había comenzado a darse a conocer, de hecho, durante sus años de estudiante en Alcalá de Henares. Pero recién iniciada la tercera década de su vida fue en Valladolid donde conocería el mundillo literario y también sus primeros éxitos como poeta de vario registro. Mantuvo entonces correspondencia con Justo Lipsio, el gran referente intelectual del momento, y, en un orden diferente que nunca será incompatibilidad, empieza a ganar fama con su talento burlesco difundiendo opúsculos de este cariz.

Son sólo un conjunto de noticias aisladas las que tenemos de este período. Datos escasos de una trayectoria literaria y vital que no resuelven el problema cronológico del *Buscón*. Lo que debe ser señalado, a pesar de ello, es el carácter sin ninguna duda extraordinario que tiene un texto como el que nos interesa en fechas anteriores a 1605. Hasta entonces ninguna obra extensa; en prosa, nada más que papeles burlescos, como puedan ser la *Premática que este año de 1600 se ordenó*, las *Premáticas y aranceles generales*, la *Premática contra los poetas güeros* o las *Capitulaciones de la vida de la Corte*. Y es innegable que ciertos motivos, numerosas imágenes e incluso textos casi completos, como el referido a los poetastros, serían retomados en el *Buscón*. Pero parece también difícil de negar que, al hacerlo, se produce un salto cualitativo que convoca todos estos materiales en una estructura diferente y, sobre todo, más ambiciosa, tanto por su extensión como por su coherencia interna y grado de elaboración.

La primera obra en prosa de alguna mayor ambición, escrita por Quevedo todavía en la etapa vallisoletana, fue el *Sueño del juicio* (hacia 1605), que se apresuró a dedicar, según las copias, al duque de Lerma y al conde de Lemos; esto es, los aristócratas de mayor influencia en este momento. Ya en Madrid, a partir de 1606, desarrolló su vida en el ambiente cortesano al tiempo que velaba por sus intereses económicos, especialmente los relativos a sus derechos sobre el señorío de La Torre de Juan Abad, y ampliaba cada vez más su espectro literario. Así, por ejemplo, incidió de lleno en las preocupaciones políticas y morales con su *Discurso de las privanzas*, escrito seguramente en estos primeros años en Madrid; en la erudición polémica con su *España defendida* (1609); en las traducciones filológicas del Pseudo-Phocílides, de Anacreonte o de Jeremías. Y también dio continuidad en esta época a la serie de los *Sueños* y conoció un éxito extraordinario, a partir de 1611, con las jácaras, de tono germanesco y protagonistas patibularios, en

donde se afina hasta el extremo su capacidad para la agudeza grotesca. Pero en esos mismos años estaba escribiendo también el extraordinario conjunto de poemas morales que agruparía en la colección *Heráclito cristiano*, cuarenta poemas que enviaría a su tía Margarita en 1613.

Los años siguientes (1613-1618) fueron fundamentales para Quevedo, aunque aparentemente decreciese su productividad literaria. Llamado por su antiguo amigo el duque de Osuna, entonces virrey de Sicilia, marchó a Italia y allí ejerció con intensidad su ambigua posición como hombre de confianza del de Osuna. Viajó incluso a Madrid como emisario suyo, entre otras cosas con el objeto de allanar el camino para el nombramiento del duque como virrey de Sicilia. Y cuando éste cayó en desgracia, tras la subida al trono de Felipe IV, el escritor atravesó igualmente por momentos difíciles y, cabe suponer, de una notable desorientación e inseguridad en sus relaciones con la Corte.

Con todo, en seguida volvió a la actividad literaria. Ya en 1620 publicó, por encargo de los agustinos recoletos, un epítome biográfico sobre Tomás de Villanueva. Tiene un particular interés este dato porque nos lleva a considerar el hecho de que se trata de la primera obra de su pluma que vio la letra impresa, excepción hecha, claro es, de los poemas sueltos en los preliminares de distintos volúmenes o antologados por Espinosa en sus *Flores*. Hasta entonces parecía suficiente la difusión manuscrita de sus textos, que podía hacer llegar a los lectores más pertinentes o dejar circular sin mayor responsabilidad por su parte. Ahora sería un motivo tan especial como la beatificación del religioso de Villanueva de los Infantes lo que daría lugar a la primera excepción de la regla.

En los años inmediatos a la muerte de Felipe III (1621) Quevedo cerró el ciclo de los *Sueños* con el *Sueño de la muerte*, terminó una de sus obras más ambiciosas, *Política de Dios*, y escribió los *Grandes anales de quince días*, en los que narraba los hechos que se sucedieron en las jornadas posteriores a la muerte del rey, hechos de los que había sido, además, testigo directo y muy interesado.

Prueba de su progresiva acomodación a la corte del nuevo monarca y de su aproximación al nuevo valido, el Conde-Duque de Olivares, es que se las arregló para acompañar a la expedición real que viajó a Andalucía en 1624, pernoctando en sus posesiones manchegas de La Torre de Juan Abad; y volvió a integrarse en la comitiva que acompañó a Felipe IV en el viaje a Aragón de 1626. Se ha presumido que llevó consigo alguna de sus obras, y lo cierto es que al poco de su estancia en Zaragoza aparecieron impresos, aunque sin su autorización explícita, varios textos suyos. Algo que, como

hemos visto, resulta extremadamente inusual en su proceder. Excluir su participación, o al menos tolerancia tácita, en esta repentina actividad editorial no parece verosímil. El caso es que en Zaragoza se editaron en el mismo 1626 *Política de Dios* y el *Buscón*, y en 1627 vieron la luz en Barcelona los *Sueños* junto a otros opúsculos de tipo festivo. ¿Refleja todo ello la confianza de Quevedo en su situación, al mismo tiempo que la prudencia de publicar los textos fuera de Castilla? ¿O es la simple consecuencia de la circulación incontrolada de manuscritos entre los cortesanos que acompañan al rey? Más bien parece lo primero, aunque sea difícil afirmar nada con total seguridad. En todo caso, y dejando ahora de lado el *Buscón*, obsérvese que son todas obras recientes, con la excepción de cuatro de los *Sueños*, aun cuando el último, que cierra la serie, lo sea también, y justifica la vigencia y el interés de la publicación de los restantes. Además, como veremos en seguida, esta relación con la imprenta le acarrearía muy pronto problemas. Y si en el caso de las otras obras se da la circunstancia de que Quevedo las acabó publicando en ediciones autorizadas, respecto al *Buscón* nunca dijo ni hizo nada, al menos de forma directa y explícita. Ni siquiera cuando Luis Pacheco de Narváez denunció, hacia 1630, ante el Santo Oficio el *Buscón* junto a otras obras de su pluma que habían aparecido publicadas en los años previos. En el *Indice* inquisitorial de 1632 se incluía entre las prohibidas un conjunto de obras «impresas antes de 1631, hasta que por su verdadero autor, reconocidas y corregidas, se vuelvan a imprimir». Entre ellas, hay que suponerlo, el *Buscón*. El relato sobre Pablos quedó de nuevo al margen, y en el *Indice* de 1640 se vería reducido, por eliminación, al difuso conjunto de «libros, tratados impresos y manuscritos» que su autor repudia.

Además de las denuncias y dificultades con la Inquisición, los años que siguen hasta la muerte de Quevedo no arrojan más claridad sobre su relación con el *Buscón*, aunque fueron muy fértiles desde el punto de vista literario. Después de escribir *El chitón de las tarabillas* (1630), la etapa de proximidad al Conde-Duque de Olivares parece terminar. De hecho, la animadversión hacia él se reflejaría en textos como *La hora de todos* y la *Execración contra los judíos* (1633). Se inicia así un período que condujo a su detención fulminante y encierro en San Marcos de León (1639-1643). Recobró la libertad con la salud quebrantada, para morir el 8 de septiembre de 1645 en Villanueva de los Infantes.

LA OBRA

De estas peculiares circunstancias, en especial de la reserva de Quevedo respecto al *Buscón*, se deriva la dificultad, hasta ahora irresoluble, para datar la obra. No hay por el momento ningún dato conocido que permita resolver esta incógnita. A diferencia de lo que ocurre con otros textos suyos que también circularon en forma manuscrita, carecemos con relación al *Buscón* de referencias concretas de tipo externo, como podría ser la datación directa o indirecta de los manuscritos. Tampoco contamos con menciones explícitas de terceros: de hecho ni siquiera se relaciona a Quevedo abiertamente con el *Buscón* hasta la primera publicación impresa en 1626. De otro lado, la impronta de esta obra en la literatura española de la época sólo se ha reconocido de forma nítida en textos posteriores a 1619 (año del regreso definitivo de Nápoles): entre otros casos, el *Pedro de Urdemalas*, de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, o el *Lazarillo de Manzanares* (ambos de 1620).

Así las cosas, parece digna de consideración la hipótesis de que el *Buscón* fuese objeto de varias revisiones y que su primera versión sea menos juvenil de lo que viene siendo común suponer entre la crítica. Se descubre en él la influencia de la Segunda parte del *Guzmán* (1604) y hay referencias internas, nunca diáfanas, que hacen pensar en un período posterior, al menos, a 1606.

Porque lo cierto es que resulta ser un relato de una gran complejidad literaria y de una no menor heterogeneidad compositiva. La tensión básica de la escritura de Quevedo —que su primer biógrafo, Pablo Antonio de Tarsia, resumió en un «En cuanto escribió, quiso singularizarse»— queda bien patente también en esta ocasión. No hace falta insistir en su relación con la tradición picaresca, que se había reavivado a partir del enorme éxito del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, publicado en 1599, al que muy pronto siguieron numerosos émulos con diferentes perspectivas acerca de este atractivo modelo literario. Sin embargo, también se congregan en el texto quevediano otros géneros y formas menores, de carácter agudo y festivo por lo general, que le dan un carácter extremadamente peculiar. Se ha hablado incluso de miscelánea en este aspecto, dada la tendencia de la obra a incluir modelos y tradiciones formales diversos, algo que, en otro nivel, es también propio del *Guzmán* y de otras muchas obras narrativas contemporáneas. Pero lo peculiar de Quevedo posiblemente sea la extraordinaria densidad de estas inserciones, que a veces son de un detallismo muy minucioso. En el nivel superior, y como simple muestra, cabe apreciar las distintas voces que irrumpen en el relato de Pablos, a veces a partir de encuentros del protagonista con orates como el arbitrista, el maestro

de esgrima o el soldado, que constituyen una galería inolvidable de seres que parecen encerrados en su propio discurso, sin posibilidad alguna de salir de él: idiotas en el sentido estricto del término. En otras ocasiones se trata, en cambio, de verdaderos «microgéneros» que se incrustan con gran eficacia y pertinencia en el desarrollo narrativo. Recuérdese la *Premática contra los poetas hueros* (II, 3), la hilarante carta de Alonso Ramplón (I, 7) o incluso las explicaciones de don Toribio a modo de guía y aviso sobre la vida en la Corte (II, 6), que concilian diversos modelos y géneros burlescos autónomos.

La relación del *Buscón* con la realidad contemporánea es sobre todo literaria y textual. Puede considerarse, pues, una relación mediata o indirecta si se quiere, pero en absoluto irrelevante. El grueso del material literario del que parte Quevedo son los géneros bajos, del ámbito de lo risible y burlesco, como, para mencionar una tradición suficientemente expresiva, la comedia del Quinientos, que proporciona algunos patrones básicos para figuras como la del millón o la del ermitaño. Se trata de un material que remite a un proceso prolongado de conformación, por cauces y con manifestaciones muy heterogéneas, que debe entenderse como el resultado de una labor modalizadora de largo alcance, perceptible ahora desde la perspectiva proporcionada por textos como el nuestro.

Si tomamos como muestra el célebre jamelgo del rey de gallos (I, 2), percibiremos la presencia de una amplia tradición descriptiva que, además de a nombres como Teófilo Folengo, nos lleva a algunos de los principales representantes de la rica poesía burlesca del siglo XVI: ahí están Cristóbal de Castillejo y Sebastián de Horozco. En el episodio pupilar de Alcalá (I, 3) subyace una tópica estudiantil bien surtida de antecedentes, como los de Juan Arce de Otálora, Horozco, Luis de Pinedo, Cristóbal de Villalón, Francisco Narváez de Velilla y, por supuesto, Mateo Alemán. Si atendemos, en cambio, a personajes como el ama de Alcalá (I, 6) o el sacristán coplero y su composición al Señor San Corpus Christe (II, 2), topamos con algún recuerdo de Horacio y con tradiciones humanísticas como la de la ironía sobre la santa ignorancia, asociadas, a su vez, a ciertas formulaciones, como las del santoral facticio y burlesco, que conducen hasta la Edad Media. Casi en cualquier dirección que nos movamos surge este cúmulo de motivos, personajes y temas, cuyo precedente inmediato radica en el siglo anterior, pero que con frecuencia hunde sus raíces en la época clásica.

Habría que añadir, por supuesto, todo el acervo de cuentos tradicionales, facecias y apotegmas, un sustrato sin el cual serían impensables obras como el *Buscón*. Sin olvidar tampoco la crítica de costumbres —como modos de

vestir, tratamientos, formas de religiosidad, juramentos— que fue formalizándose en misceláneas, diálogos o tratados específicos como, por poner un caso, el *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco (1593). Y qué decir de la poesía erótica, que surge, inopinada, en el juego del vocablo —«de tercio y pelado y pelo y apelo y pospelo»— que Pablos desarrolla maliciosamente ante unas damas tapadas (III, 2).

No obstante, lo más reconocible de la narración quevedesca es el presentarse como la relación autobiográfica ficticia de un individuo escandalosamente deshonroso, de hecho un criminal, y de raigambre social despreciable; hablando siempre, claro está, desde la perspectiva literaria e ideológica de Quevedo. Con distintos matices, en ello hay una radicalización y posiblemente también una subversión de la novedad fascinante que supuso el *Lazarillo* a mediados del siglo anterior y que continuó, con talante distinto, el *Guzmán*. Hacia esos textos mira con especial intensidad el *Buscón*, tanto a través de algunos episodios y personajes como, en un nivel más general, mediante ciertos aspectos llamativos de la organización de la autobiografía: genealogía deshonrosa, servicio a amos —sólo uno en el caso de Pablos—, proceso de aprendizaje, etcétera. E incluso en el hecho de dejar suspendida la conclusión de su peripecia vital.

Esta obra de Quevedo ha sido también objeto de frecuentes reproches, especialmente a la luz de su comparación con el *Lazarillo* y el *Guzmán*. Muchas veces se le ha afeado, incluso ya en su propio tiempo pero sobre todo por parte de la crítica decimonónica, su querencia por los elementos escatológicos o la virulencia y la crueldad de muchos pasajes. Contemporáneamente, sustituyendo el reproche moral o pudibundo por el formalista, se ha lamentado un aparente desvío de la tradición que conduciría hasta la verosimilitud de la novela decimonónica. Y también se le ha achacado a su autor el dejarse llevar por el puro juego verbal en detrimento de valores más hondos de la construcción literaria. Muchas de estas observaciones señalan, al cabo, que el *Buscón* no encaja en los modelos literarios y estéticos que se atribuyen a lo que para nosotros es la novela picaresca y en la que se presupone que tiene su lugar el relato de Pablos. Empero la vena literaria del *Buscón* no es la del realismo decimonónico, al menos según su entendimiento más estereotipado, sino que tiene más que ver con el ámbito de lo que, también modernamente, se entiende como grotesco, con un notable componente burlesco y paródico. Es en esa línea precisamente como adquieren su sentido la mayor parte de los aspectos del *Buscón* que de otro modo sólo se pueden entender como excesos, desviaciones o prontos típicos de la irreflexividad juvenil.

Dentro de la propia obra de Quevedo, las afinidades más relevantes en lo que se refiere al diseño del narrador y protagonista de la obra se encuentran en los lugares donde construye una primera persona abiertamente ficticia. Textos, en suma, como las *Cartas del Caballero de la Tenaza* o las jácaras del ciclo de Escarramán, en donde irrumpe con una gran eficacia burlesca e ideológica una forma de expresión en primera persona que subraya la degradación del supuesto enunciador y que actúa como cauce para el exhibicionismo más descarnado. Lo mismo que sucede, dentro de nuestra obra, con la carta de Alonso Ramplón (I, 7). Se trata de una forma radicalmente autodescalificadora, en la que se sobreponen de modo muy patente, aunque siempre implícitos, los acentos de la voz autorial. Es una voz impostada la de estos personajes. Un resultado al que se llega a través de una estilización muy agresiva o, con otras palabras, abiertamente manipuladora. Desde el punto de vista literario, éste es uno de los logros fundamentales del arte de Quevedo.

La voz de su narrador no se concibe desde el efecto de perspectiva ni a partir de la pretensión de verosimilitud psicológica, sino sobre la base de este espeso entramado de tradiciones descriptivas, agudezas y apodos, géneros burlescos, parodias de modelos discursivos, que, en el bastidor de una trayectoria biográfica más bien simple, convergen en una creación sin duda muy intencionada.

Es aquí donde cobra un inusitado relieve la figura de don Diego Coronel de Zúñiga, que, tras mucho tiempo de haber sido considerada como la contrafigura positiva de Pablos, ha terminado por revelar una turbiedad de intención que tiñe buena parte del texto. La clave para ello ha sido la consideración del linaje de los Coronel bajo el prisma de su origen converso y del hecho de que Quevedo coincidiese con algunos de sus miembros. Y no es sólo que el significado del desvelamiento de la verdadera identidad de Pablos por parte de su antiguo amo en el libro III se vuelva dudoso, sino que el mismo comportamiento de don Diego y sus supuestas primas adquiere unas connotaciones al menos equívocas. En efecto, las primas de don Diego casi actúan como busconas, haciéndose invitar por Pablos, y ya no pasa desapercibido el desmedido afán por casar a las niñas que muestran sus mayores. De otro lado, el hecho de que don Diego sea tratado de *primo* por las doncellas, eufemismo para referirse a menudo al amante o incluso al rufián, y el que compartan además residencia, fomenta la desconfianza sobre la verdadera naturaleza de su relación, especialmente si consideramos lo peculiar de la actitud recelosa y vigilante del pretendido hidalgo. Extraña también es la actitud de los amigos de don Diego, quienes, tras haber atraído

a Pablos junto a las damas, tan pronto escurren el bulto ante la posibilidad de aflojar la bolsa como juegan con cartas marcadas o se muestran dispuestos a apalearse nocturna y alevosamente a Pablos. Por no hablar del intrigante episodio del intercambio de capas y la paliza subsiguiente.

Por primera y única vez, el lector tiene la sensación de que lo que en verdad está ocurriendo va mucho más allá de lo que Pablos percibe, o al menos de lo que cuenta: considérense, por ejemplo, los comentarios de la Paloma, cuando Pablos se recupera de sus heridas, refiriéndose a don Diego, su amigo y las dos muchachas («un pícaro y otro pícaro ... una alcorzada y otra redomadona»). Y seguramente lo más importante de todo esto es que se hace patente que más allá de la facilidad para el mote, para la violencia verbal explícita o al menos transparente, hay también en el *Buscón* una capacidad alusiva más indirecta, y por ello más difícil de captar. Así, por ejemplo, no dejan de ser interesantes las perspectivas abiertas ante el dato de que la familia de los Villanueva, a la que pertenecían Agustín de Villanueva —pariente político y tutor de Quevedo durante su etapa en Valladolid— y su hijo Jerónimo de Villanueva, tenía ascendencia conversa y era conocida como Cabra.

Esta capacidad para la alusión y la introducción de aspectos no inmediatos ni evidentes ha visto dificultada su percepción por la rotundidad y efectismo del estilo y por la violencia y agresividad de las burlas más aparentes. Algo semejante se podría decir de la coherencia estructural del texto: su distancia del patrón valorativo que se ha venido aplicando a la tradición novelística ha impedido muchas veces el apreciar del todo la presencia de otros principios organizativos. Es patente, por ejemplo, que Pablos describe una trayectoria en la que tanto su pretensión de ascender socialmente como el sentimiento obsesivo de vergüenza constituyen un sustrato determinante. Pero no es necesario recurrir a explicaciones psicoanalíticas ni preconizar la consistencia psicológica del personaje para justificarlas. Parecen más bien motivos claves en la interpretación quevediana de la picaresca, y precisamente por ello el discurso de Pablos los integra de una forma recurrente. En esa misma dirección adquieren sentido las reiteraciones que a lo largo de toda la obra hacen hincapié en la familia del personaje como un recordatorio permanente de su identidad. Sin embargo, las repeticiones pueden ser también indicio de diferencias y cambios. Son varias las veces en que se reiteran determinados motivos quizá para mejor resaltar que el papel de Pablos ha variado, pasando de testigo o incluso víctima a participante activo. Si Pablos criticaba al clérigo poeta como hacedor de «coplas pestilenciales» y componedor de oraciones

como la del «Justo Juez» con que proporcionar material a los ciegos, él mismo acabará por dedicarse al negocio (III, 9) ya casi al cabo de su narración. Si se vio engañado por la apariencia santurrón de un ermitaño que lo terminó desplumando con la baraja, más tarde Pablos se disfrazará de fraile para, repitiendo el ardid, aligerar mejor la bolsa de sus compañeros de partida. Por último, el banquete grotesco al que asistió asombrado en la residencia de su tío el verdugo tendrá su réplica en el singular simposio en el que compartirá mantel, como uno más de ellos, con los desuellacaros sevillanos.

El *Buscón* es, en fin, una obra de enorme densidad literaria en la que la fuerza de algunos de sus componentes anima con demasiada frecuencia las lecturas reductivas. Con seguridad, carecemos aún de muchas de sus claves e incluso de la perspectiva adecuada para aproximarnos a una obra que, a pesar de recurrir constantemente a otros textos y tradiciones previas, tiene una indudable originalidad. La cuestión decisiva es la de la peculiaridad del modo de representación propio de este texto tan estudiado y, aún hoy, irreductible en buena medida al asedio crítico.

EL TEXTO

El texto del *Buscón* que aquí se edita es, con mínimas alteraciones, el correspondiente a uno de los tres manuscritos que, además de las ediciones que se suceden a partir de 1626, nos han transmitido esta obra de Quevedo: concretamente el manuscrito que se guarda en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid y se conoce como *B* o *Bueno*, por haber sido Juan José Bueno, bibliotecario de la Universidad de Sevilla en el siglo XIX, su primer poseedor conocido. La razón básica para la elección de este testimonio radica en su calidad —es una copia muy cuidada, con toda probabilidad muy próxima al autor— y en la plausible hipótesis de que se trate de la última versión de la obra.

Los otros dos manuscritos son conocidos como *S* y *C*, el primero por hallarse en Santander, en la Biblioteca Menéndez Pelayo, y el segundo porque formó parte del archivo de la Catedral de Córdoba (actualmente se encuentra entre los fondos de la Real Academia Española). Ambos parecen corresponder a estadios anteriores en la realización del *Buscón*.

Todo ello sugiere un proceso extenso en la elaboración del *Buscón*, a lo largo del cual Quevedo habría vuelto sobre el texto para modificarlo de forma sustancial. En este proceso acaso haya que incluir también algunas de las ediciones, las cuales, aunque nunca fueron autorizadas explícitamente por

Quevedo, podrían acaso transmitir intervenciones directas del autor. Sería el caso hipotético de la *princeps* de Zaragoza de 1626(E) y, según algunos estudiosos, el de una edición contrahecha publicada en Barcelona en 1628. Y téngase en cuenta también que es muy posible que el manuscrito *B* sea de hecho posterior a las primeras ediciones impresas.

Como se puede apreciar, la situación es extraordinariamente compleja, en especial por la falta de consenso crítico entre los especialistas. De otro lado, hay que insistir una vez más en el hecho de que no hay ninguna constancia de que Quevedo se haya referido nunca de manera directa a su obra, a pesar de que todo indica que la tuvo muy presente en distintos momentos de su vida. Como desde luego la tuvieron sus enemigos, que tomarían el *Buscón* como uno de los blancos predilectos para sus ataques.

La cuestión remite en último término a las prácticas de escritura de Quevedo, entre las que destaca su afán de revisión y reelaboración de textos, motivos y hallazgos verbales, y a su relación no siempre clara con la imprenta, entre otras cosas por las responsabilidades a que daba lugar.

La tradición editorial de la obra conoce distintas fases que dependen de la mayor o menor atención a los manuscritos y a las distintas valoraciones de que éstos han sido objeto. Hasta 1852, las ediciones del *Buscón* parten de la *princeps*, o más exactamente de las dos ediciones de Madrid de 1648, a su vez dependientes de la de Zaragoza de 1626. Posteriormente, y durante casi sesenta años, el de Aureliano Fernández Guerra será el *Buscón* por excelencia. En su edición se hizo patente por primera vez una preocupación textual rigurosa, aunque no fuese don Aureliano más allá de corregir las presuntas deficiencias de *E* (la *princeps*) a la luz de otras ediciones antiguas. A partir de 1917, los manuscritos empezarán a ser utilizados en la labor editorial. Ese año el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc editó la obra con la novedad de haberse servido de una copia, al parecer incompleta, de la lista de variantes del manuscrito *B* elaborada por Aureliano Fernández Guerra, para corregir las lecturas que éste consideraba erróneas en la *princeps*, que seguía siendo el texto de referencia. En 1927 Américo Castro realizó una edición de la obra basada en el manuscrito *S*. La siguiente nueva edición no se hizo esperar: en el mismo año de 1927 Robert Selden Rose dio a conocer la suya, en la que, aun utilizando *E* como soporte básico, tenía en cuenta tanto el elenco de variantes de *B* como el manuscrito *S*. Y en 1932 Luis Astrana Marín añadía, en la preparación del texto para su edición de las *Obras completas* de Quevedo, una fuente inédita, como era una copia del códice perteneciente a la catedral de Córdoba (manuscrito *C*).

Pero el hito fundamental de la tradición editorial moderna del *Buscón* fue indudablemente la edición crítica realizada en 1965 por Fernando Lázaro Carreter. Frente a la situación tan confusa que se había creado con el uso irregular y un tanto arbitrario de los distintos testimonios, acometió un pormenorizado examen de las variantes de los impresos y manuscritos primitivos y concluyó que Quevedo había realizado dos versiones del texto: la más antigua sería la identificada con el manuscrito *B*, mientras que la segunda redacción, considerada como definitiva, es a la que apuntaría el arquetipo [X], que Lázaro trató de reconstruir con la ayuda de los que consideraba sus tres testimonios básicos: *S*, *C* y *E*. Al mismo tiempo desestimaba la intervención del escritor en las primeras ediciones de su obra.

La unanimidad a que dio lugar el trabajo de Lázaro se rompió con la edición realizada por Edmond Cros en 1988, donde con argumentos de distinta índole invertía el estado de cosas aceptado, al postular *B* como segunda versión de la obra, y por tanto referencia fundamental para una edición adecuada del texto quevediano. Poco después, en 1990, Pablo Jauralde hacía pública su propia edición del manuscrito Bueno, que consideraba transmisor de la única versión que se podría atribuir a Quevedo. A partir de ese momento, el manuscrito *B* parece haber alcanzado un papel editorial conforme al prestigio que tuvo ya desde las primeras noticias que circularon sobre él. No obstante, las cuestiones abiertas en el debate sobre el texto del *Buscón* siguen siendo numerosas y de hondo calado. Las fundamentales son las siguientes: primero, ¿a qué momento de la carrera literaria de Quevedo corresponde *B*?; segundo, ¿en qué medida intervino el escritor en los demás testimonios y qué clase de relación guardan entre sí?; tercero, ¿han de ser consideradas algunas de las ediciones como resultado de la intervención de autor sobre su texto?; y por fin, ¿cuándo escribió Quevedo el *Buscón*?

LA CRÍTICA

La presente edición se basa en la publicada en la «Biblioteca Clásica» de Editorial Crítica en 1993, donde se recoge mi argumentación en favor de la posterioridad e idoneidad del manuscrito Bueno y se incluye un análisis detenido de los asuntos sólo esbozados aquí. Con respecto a la cuestión crucial del texto de la obra deben tenerse en cuenta, conjuntamente con las

introducciones de las ediciones ya mencionadas y los trabajos en que Cros y Jauralde adelantaban sus planteamientos, los argumentos expuestos por Alfonso Rey en una serie de publicaciones que se inicia el año 1991. Puede verse, por ejemplo, «Para una nueva edición crítica del *Buscón*», *Hispanic Review*, LXVII (1999), pp. 34-35, y «Las variantes de autor en las obras de Quevedo», *La Perinola*, IV (2000), pp. 309-339, en donde se da noticia de sus anteriores trabajos. Pablo Jauralde reitera y contextualiza su posición en el marco de una interpretación general de la obra en «Enmiendas ideológicas al *Buscón*», *La Perinola*, II (1998), pp. 87-103. Es también muy apreciable, especialmente por su anotación, la edición de Ignacio Arellano (Espasa Calpe, Madrid, 1993).

Resulta de gran interés en numerosos puntos la visión general de la obra que plantea Paul J. Smith en *Quevedo. El buscón*, Grant & Cutler, Londres, 1991. Sobre la biografía de Quevedo y otras muchas cuestiones conexas es ahora ineludible el libro de Pablo Jauralde *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Castalia, Madrid, 1998.

Si las disparidades a la hora de establecer la fecha o el texto son grandes, no lo son menos las que afectan a la interpretación y valoración del sentido último de la obra. Leo Spitzer, en «El arte de Quevedo en el *Buscón*» (recogido en Gonzalo Sobejano, ed., *Francisco de Quevedo*, Taurus, Madrid, 1978, pp. 123-184), y Fernando Lázaro Carreter, en su trabajo de 1961 «Originalidad del *Buscón*» (reimpreso sin notas como estudio preliminar de la edición de la «Biblioteca Clásica»), defendieron el ingenio, especialmente desde una perspectiva lingüística, como el factor decisivo de la obra, aunque el primero insistía en relacionarlo con el desengaño barroco y el segundo destacaba su gratuidad. Esta concepción va de la mano, por lo general, de una datación temprana del texto, como ya hicieron en su tiempo estudiosos como Narciso Alonso Cortés (1918) o Robert Selden Rose (1927). Precisamente para situar el ingenio lingüístico quevedesco en su contexto histórico, social y literario son fundamentales los libros de Maxime Chevalier *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Crítica, Barcelona, 1992, y el de Monique Joly *La bourle et son interprétation*, Université de Lille III, Lille, 1986. Un punto de vista contrario, proclive incluso al entendimiento alegórico de la obra y más centrado en el análisis de la acción que en el estilo, defendieron autores británicos como Alexander Parker, en *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España (1599-1753)*, Gredos, Madrid, 1975, o Terence E. May, «Good and Evil in the *Buscón*: A Survey», *Modern Language Review*, XLV (1950), pp. 319-335.

A propósito de la construcción interna del *Buscón* siguen resultando muy

sugerentes los libros de C.B. Morris *The Unity and Structure of Quevedo's «Buscón»*, University of Hull, Hull, 1965, y de Gonzalo Díaz-Migoyo *Estructura de la novela. Anatomía del «Buscón»*, Fundamentos, Madrid, 1978. Muchas observaciones relevantes, aunque en sentido contrario a las anteriores, se encuentran también en el artículo de Domingo Ynduráin «El Quevedo del *Buscón*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXII (1986), pp. 77-136. Ejemplo de una posición que también disiente como cuestión de principio de la proyección de categorías críticas y teóricas contemporáneas a una obra como la de Quevedo son las observaciones de Pablo Jauralde en «El *Buscón* como relato», en Jean Canavaggio, ed., *La invención de la novela*, Casa de Velázquez, Madrid, 1999, pp. 213-231.

En relación con lo anterior se sitúan asimismo los esfuerzos por ahondar en la figura del narrador y en su relación con el autor. Como muestra de este lugar crítico que ha requerido la atención de gran parte de quienes se han aproximado a la obra, cabe mencionar un trabajo de Edward Williamson, «The Conflict between Author and Protagonist in Quevedo's *Buscón*», *Journal of Hispanic Philology*, II (1977), pp. 45-60, y otro de William Clamurro, «Interpolated Discourse in the *Buscón*», *Revista de Estudios Hispánicos*, XV (1981), pp. 443-458. Ambos inciden en la presencia de tendencias contradictorias en la articulación interna de la obra.

Jenaro Talens, desde el ámbito español, fue pionero en el planteamiento de una interpretación política del texto de Quevedo en *Novela picaresca y práctica de la transgresión*, Júcar, Madrid, 1975. René Quérillacq ha apuntado en una dirección semejante, aunque insistiendo en el alineamiento del escritor con los puntos de vista nobiliarios, en «Des leçons du *Buscón*», *Mélanges offerts à Maurice Molho*, Éditions Hispaniques, París, 1988, pp. 479-490.

Con una orientación no tan unívocamente política, pero decisiva para entender aspectos cruciales de la naturaleza literaria y también ideológica del *Buscón*, deben tenerse en cuenta los trabajos de Edmond Cros, con su insistencia en la dimensión carnavalesca de la obra. Destacan en este aspecto sus libros *L'Aristocrate et le carnaval des gueux. Étude sur le «Buscón» de Quevedo*, CERS (Université Paul Valéry), Montpellier, 1975, e *Ideología y genética textual. El caso del «Buscón»*, Planeta-Cupsa, Madrid, 1980. En este sentido, las consideraciones sobre las peculiaridades de la risa que el texto solicita y sobre el sentido último de su componente burlesco han ocupado un lugar cada vez más importante en la reflexión crítica. En este terreno ha destacado Maurice Molho, con varios ensayos en los que, entre otras cosas, ha puesto de relieve la capacidad extrañante y distanciadora de

la burla quevedesca: *Introducción al pensamiento picaresco*, Anaya, Salamanca, 1972; «Más sobre el picarismo de Quevedo: *Buscón* y *Marco Bruto*», *Mester*, IX (1980), pp. 75-93.

Ya Molho había relacionado la obra de Quevedo con la disolución del «pensamiento picaresco». Francisco Rico, por su parte, lo situó en el marco de la pérdida de pertinencia de los hallazgos formales y estructurales del *Lazarillo* y el *Guzmán* en *La novela picaresca y el punto de vista*, Seix-Barral, Barcelona, 1970 (nueva edición ampliada en 2000). Otros estudiosos, como Michel y Cécile Cavillac («A propos du *Buscón* et du *Guzmán de Alfarache*», *Bulletin Hispanique*, LXXV, 1973, pp. 114-131) o Richard Bjornson («Quevedo's Anihilation of the Picaro», *Iberoromania*, IV, 1974, pp. 41-66), han insistido en la inversión de los presupuestos de los relatos picarescos previos por parte de la obra de Quevedo.

Mención aparte merece la consideración de aspectos concretos del texto que abrieron nuevas vías para la interpretación de la obra. Seguramente el más llamativo de todos ellos es el que gira en torno a la desconcertante figura de Diego Coronel de Zúñiga. Dos trabajos de mediados de los años 70 que recordaban el origen converso de este linaje tuvieron una gran influencia sobre la crítica posterior: Carrol B. Johnson, «*El Buscón*: D. Pablos, D. Diego y D. Francisco», *Hispanófila*, LI (1974), pp. 1-26, y Agustín Redondo, «Del personaje de don Diego a una nueva interpretación del *Buscón*», *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*, Burdeos, 1977, vol. II, pp. 699-711. Volvió así a un primer plano de atención la evidente insistencia de la obra en la cuestión de la pureza de sangre, como demuestra el trabajo de Henry Ettinghausen «Quevedo's Converso Picaro», *Modern Language Notes*, CII (1987), pp. 241-254.

Como revisión general de las cuestiones que sigue suscitando la obra destaca el trabajo de Carlos Vaíllo (también editor destacado del *Buscón*) «*El Buscón*, la novela picaresca y la sátira: nueva aproximación», en S. Fernández Mosquera, coord., *Estudios sobre Quevedo*, Universidade de Santiago, Santiago de Compostela, 1995, pp. 265-279.

A continuación se incluyen seis fragmentos de comentarios e interpretaciones del *Buscón* en los que se pueden reconocer algunos de los problemas básicos señalados por la crítica, pero también algunas de las principales orientaciones y patrones valorativos de la obra. A veces éstos se expresan de una forma ciertamente radical e incluso reductiva; sin embargo, siempre resultan iluminadores por su capacidad para resaltar distintos aspectos del conjunto. El contraste que su lectura sucesiva provoca no es la

consecuencia menos interesante de la selección. El primer pasaje es contemporáneo de la obra: se trata del texto preliminar dirigido «Al lector» y situado al frente de la edición de Zaragoza, 1626. El segundo de los fragmentos, de Fernando Lázaro («Originalidad del *Buscón*», pp. xxiii-xxiv), expresa con rotundidad una de las líneas interpretativas del *Buscón*: la que lo entiende como juego de ingenio desrealizado, por utilizar un término orteguiano. En el tercero, Gonzalo Díaz-Migoyo (*Estructura de la novela*, pp. 55-56) apunta a la debatida falta de calor humano del personaje y trata de explicarla como un efecto estructural propio de la estrategia narrativa. Carroll B. Johnson («*El Buscón*: D. Pablos, D. Diego y D. Francisco», p. 9) señala el efecto de ciertas recurrencias de la trama y las preguntas que se plantean ante uno de los episodios más desconcertantes de la obra, preguntas que aluden al contexto extraliterario. En el quinto pasaje seleccionado, Edmond Cros (*Ideología y genética textual*, p. 156) recuerda alguna de las claves de su interpretación de la obra a partir de la postulación de determinadas prácticas rituales y de la relación del *Buscón* con la literatura carnavalesca. El peso decisivo de la tradición literaria y del afán de sobrepujamiento de Quevedo es, por último, lo que destaca como guía interpretativa Domingo Ynduráin («El Quevedo del *Buscón*», p. 78).

Qué deseoso te considero, lector o oidor (que los ciegos no pueden leer), de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona. Aquí hallarás en todo género de picardía (de que pienso que los más gustan) sutilezas, engaños, invenciones y modos nacidos del ocio para vivir a la droga; y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento. Y cuando no lo hagas, aprovéchate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres. Dale aplauso, que bien lo merece, y, cuando te rías de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer; que tiene más deleite saber vidas de pícaros, descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación. Su autor ya le sabes; el precio del libro no le ignoras, pues ya le tienes en tu casa, si no es que en la del librero le hojeas, cosa pesada para él y que se había de quitar con mucho rigor, que hay gorriones de libros como de almuerzos y hombre que saca cuento leyendo a pedazos y en diversas veces y luego le zurce. Y es gran lástima que tal se haga, porque éste mormura sin costarle dineros: poltronería bastarda y miseria no hallada en el Caballero de la Tenaza. Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda.

La conclusión de cuanto estamos diciendo es obvia: lo que don Francisco hizo en su *Buscón*, más que un «libro de burlas», fue un libro de ingenio. Ambas cosas existen: hay burla de aquella humanidad extravagante fuera de los límites de la convención, la ley y la norma que el autor respeta. Pero esto ocurre en mínima proporción. Domina en el *Buscón*, sobre todo, una burla de segundo grado, una burla por la burla misma, reflexivamente lograda, que no se dirige al objeto —con todas sus consecuencias sentimentales—, sino que parte de él en busca del concepto. El perfil novelesco del libro es sólo el marco, dentro del cual el ingenio de Quevedo —«¡las fuerzas de mi ingenio!»— alumbra una densa red de conceptos. Para ello desnuda, desvitaliza de toda intención no ingeniosa el campo de operaciones, para aplicar en seguida sobre todos sus puntos el recurso a la agudeza. Desbridado el tejido, cortadas sus conexiones, hincó el bisturí a fondo, sin emoción. Ésta existe, claro, pero no en el camino que media entre el espectáculo y el observador, sino en el que, desde el ojo, conduce a la mente. Aquí es, en la tarea de elaborar el dato, mutarlo y asociarlo, donde la emoción se instala. Quevedo experimenta un sentimiento puro de creador; digámoslo sin rodeos: un sentimiento estético. El *Buscón* es una novela estetizante. FERNANDO LÁZARO CARRETER

La insensibilidad de Pablos impide que su conducta narrada vaya acompañada de los cambiantes estados de ánimo normales en sus ficticias circunstancias. A pesar de su constante presencia en escena, a pesar de las rigurosas desventuras a que está sujeto y a pesar de la evidente urgencia y seriedad de su deseo, Pablos no pasa de ser un personaje *plano*, como los llamaba E.M. Forster. Parece un «tour de force à rebours» el someter a un personaje a la variedad de experiencias a que está sometido éste y, sobre todo, a una tensión anímica tan fructífera como la consistente en la obtención de una idea en contradicción flagrante con su condición original, sin dotarle de rasgos humanizadores. Querido o involuntario por parte del autor —pero ¿por qué no del narrador?—, el hecho es que Pablos ni se presta a efusiones de lectura ni tiene calor humano. El vacío que ello crea alrededor del personaje es demasiado conspicuo, es un silencio a voces. El texto parece interesado en presentar al actor bajo cierto tipo exclusivo de iluminación. Lo que le ocurre a Pablos no le está ocurriendo a un hombre, sino a una figura literaria, a una entelequia. El símil del actor es perfectamente aplicable al personaje del *Buscón*: se trata en él de un papel sin actor textualmente

discernible, un fantasma, un vacío, que soporta ciertas actuaciones. GONZALO DÍAZ-MIGOYO

La acción del capítulo 20 [III, 7] se culmina con el castigo de Pablos ordenado por don Diego y a cargo de los «amigos» que ya conocemos, precedido por el tantas veces pasado por alto castigo intentado para don Diego y a cargo de no sabemos quién. Vale la pena insistir sobre este doble castigo, porque constituye el remate de todo el proceso de mutuos engaños y explotaciones, por otro nombre «amistad», que hemos visto elaborarse en torno a Pablos y don Diego, empezando por lo de «Llámale Poncio Pilato y echa a correr» [I, 2], Cuando don Diego le dice: «Por vida de don Felipe, que troquemos capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan», lo que es pura verdad, está repitiendo aquella primera actuación de tantos años antes. Lo que haya hecho con la mujercilla (¿la clásica seducción engañosa bajo palabra de esposo?) guarda relación de analogía con su deseo de infamar al pobre Poncio Aguirre, y es igual en los dos casos su deseo de que Pablos sufra las consecuencias de ello. Pablos, el explotable, empieza su relación con don Diego evitándole un castigo y proporcionándole un placer sádico, y la termina de la misma manera. Y como de costumbre, no sabe dónde echar la culpa: «y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela (pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era)». El quebrantamiento del punto de vista narrativo, que tanto nos preocupa como críticos literarios, es explicable en función de un conflicto entre el Quevedo pensador socio-político y el Quevedo artista. Por una parte, el desenlace de la ficción, que debe narrarse en primera persona para no salirse de las normas del género picaresco, exige que Pablos sea destruido por la inevitable acumulación de su pasado. Por otra, Quevedo quiere hacer entrever que la familia de don Diego Coronel, y sobre todo el mismo don Diego, no son todo lo que parecen ser. Las dos exigencias necesitan que el lector sepa más acerca de don Diego de lo que Pablos pudiera saber; de ahí que éste describa conversaciones y acontecimientos que no presencia.

CARROLL B. JOHNSON

Se presenta la obra de Quevedo como una expresión original dentro de la literatura carnavalesca (una especie de revés del Carnaval). En este caso, el tema del hambre está desconectado de cualquier contexto socioeconómico: no es más que un motivo folklórico tratado de manera original. Esta ausencia

de toda la problemática de la pobreza y de los vagabundos en que se fundamenta en parte el discurso reformista de *Guzmán de Alfarache* y que se nota en la programación genética del texto de *Lazarillo de Tormes* representa un primer desplazamiento ideológico significativo dentro de la novela picaresca. Nos remite a la postura reaccionaria de Quevedo en el campo de la reforma de la beneficencia, tal como está expresada en *La constancia y paciencia de Job* y en *Virtud militante*, en donde está valorizada la figura del *Sanctus Pauper* y la concepción tradicional del valor redentor de la limosna. Tal vacío semiológico sitúa de una vez el *Buscón*: trátase en efecto de la temática de la pobreza, o —como lo veremos más adelante— de la macroestructura del texto narrativo, del punto de emergencia de la voz del narrador o del estatuto del signo, los indicios de los mecanismos de inversión del *Buscón* con arreglo a sus dos ilustres precedentes hacen del texto de Quevedo una *contra-picaresca* que, a su vez, permite entender mejor las dos anteriores. Como escribe Jean Vilar: «Reaccionario, el mensaje oculto de la violenta alegoría pseudopicaresca inventada por Quevedo no es menos significativo a la larga que la esperanza constructiva más moderna que brilla debajo de las cenizas de las maceraciones de Guzmán. Son complementarios para quien quiere tratar de interpretar —sin que se espere jamás acertar en ello— el inagotable tesoro de las mentalidades españolas del Siglo llamado de Oro». EDMOND CROS

A mi entender, sólo desde la tradición literaria, y, simultáneamente, desde las creaciones contemporáneas se puede no ya valorar, sino comprender el sentido de la obra que nos ocupa. Quevedo sólo trata temas ya elaborados en otros textos anteriores pero que siguen siendo utilizados en obras coetáneas, próximas. La utilización de dichos temas por nuestro autor no supone imitación emuladora, sino competencia: se trata de superar lo hecho por otros dejando la marca personal en determinados planteamientos, tipos y figuras de manera que no sólo incluya —y neutralice— los antecedentes, sino que cualquier reelaboración posterior resulte imposible o caiga en la imitación directa de su *Buscón*. Esto implica que el valor de los logros quevedescos hay que percibirlo en relación con los antecedentes, en el grado de modificación y transformación intensificadora a que los somete.

Ahora bien, la presencia de los textos *contra* los que Quevedo escribe es tan fuerte que sólo en relación con ellos pueden entenderse ciertas partes del *Buscón*; me refiero a los errores, descuidos, contradicciones, olvidos, etc., pues en definitiva son elipsis fácilmente reconstituibles si se tienen en la

cabeza los modelos completos que ofrecen todos los elementos de relación, sintácticos y lógicos ... Pero no sólo esto, lo que constituía el mayor mérito de las dos primeras novelas picarescas, la trabazón argumental, el desarrollo progresivo de la historia, la articulación de los sucesos, puede ser casi eliminada por Quevedo precisamente porque remite y se apoya en ellas.

DOMINGO YNDURÁIN

BIBLIOGRAFÍA CITADA

La presente lista recoge las referencias bibliográficas citadas con mayor frecuencia en las notas al pie.

- Arellano, Ignacio, «Sobre Quevedo: cuatro pasajes satíricos», *Revista de Literatura*, XLIII (1981), pp. 165-179.
- , *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1984.
- , y Lía Schwarz, eds., F. de Quevedo, *Poesía selecta*, PPU, Barcelona, 1989.
- Autoridades: Diccionario de Autoridades*, ed. facsímil, Gredos, Madrid, 1963.
- Castellanos, Basilio Sebastián, ed., F. de Quevedo, *Vida del gran tacaño*, en *Obras de D. Francisco Quevedo Villegas*, II, Imprenta de Mellado, Madrid, 1841.
- Castro, Américo, «El gato y el ladrón en el léxico de Quevedo», *Archivo Glottologico Italiano* (nuova serie), I (1926), pp. 140-142.
- , ed., F. de Quevedo, *El Buscón*, La Lectura, Madrid, 1927; Espasa-Calpe, Madrid, 1973
- Ciruelo, Juan, ed., F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1990.
- Colón, Germán, «Una nota al *Buscón* de Quevedo», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, LXXXII (1966), pp. 451-457.
- Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. Luis Combet, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, Université de Bordeaux, Burdeos, 1967.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. facs. C. Bravo-Villasante, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1978.
- Gargano, Antonio, ed., F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, Planeta, Barcelona, 1982.
- Herrero García, Miguel, *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, Castalia, Madrid, 1977.
- Ife, Barry W., ed., F. de Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, Pergamon, Oxford, 1977.
- Iventosh, Hermán, «Onomastic Invention in the *Buscón*», *Hispanic Review*, XXIX (1961), pp. 15-32.
- Jauralde Pou, Pablo, ed., F. de Quevedo, *El buscón*, Castalia, Madrid, 1990.
- Johnson, Carroll B., «*El Buscón*: D. Pablos, D. Diego y D. Francisco», *Hispanófila*, LI (1974), pp. 1-26.
- , «Quevedo in Context: Personality, Society, Ideology», *Mester*, IX (1980), pp. 3-16.

- Lázaro Carreter, Fernando, ed., F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1965.
- Léxico: Alonso Hernández, José Luis, *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1977.
- Petit Caro, Carlos, *Sevilla en la obra de Quevedo*, Sevilla, 1946.
- Rey Hazas, Antonio, ed., F. de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1983.
- Rodríguez Marín, Francisco, ed., M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Atlas, Madrid, 1947-1949, 10 vols.
- Rose, R. Selden, ed., F. de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, Hernando, Madrid, 1927.
- Schwartz, Lía, *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*, Taurus, Madrid, 1983.
- , *Quevedo: discurso y representación*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1986.
- , «El letrado en la sátira de Quevedo», *Hispanic Review*, LIV (1986), pp. 27-46.
- Vaíllo, Carlos, ed., F. de Quevedo, *El Buscón*, Bruguera, Barcelona, 1980; reed. Ediciones B, Barcelona, 1988.
- Vilanova, Antonio, «Fuentes clásicas y erasmianas del episodio del Dómine Cabra», en *Homenaje a Quevedo*, ed. Víctor García de la Concha, Universidad de Salamanca, 1982, pp. 355-388.
- , «Quevedo y Erasmo en el *Buscón*», en *Quevedo in Perspective*, ed. J. Iffland, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, Newark, 1982, pp. 139-179.
- Ynduráin, Domingo, ed., F. de Quevedo, *El Buscón*, Cátedra, Madrid, 1980.

Notas

[1] La narración de Pablos, como la de Lázaro y al contrario de la de Guzmán, se dirige dirigida a un narratario individualizado; en este caso una mujer, aludida indistintamente con el término *señora* o con el tratamiento de cortesía *vuestra merced*. <<

[2] Se trata de una fórmula ponderativa, semejante a otras del estilo de *tal como bueno*, aunque en este caso resulta ambigua y con propósito chistoso, ya que lo que se diría sobre Clemente Pablo, y que su hijo confirma ahora de modo indirecto, no tendría presumiblemente intención elogiosa alguna. <<

[3] *se corría*: ‘se avergonzaba’. <<

[4] *tundidor*: ‘operario encargado de igualar el pelo de los paños con unas tijeras’. Se trata de dos perífrasis de carácter eufemístico con una clara connotación que apunta hacia el verdadero quehacer del padre de Pablos en cuanto expoliador de sus clientes: *sastre* y *tundidor* son términos asociados, en el ámbito de la germanía, con cierto tipo de ladrones, y aun con el latrocinio en general. Además, y en tercer lugar, ambas expresiones delatan la verdadera y ridícula naturaleza de sus *altos pensamientos*. <<

[5] La abundancia de ‘santos’ entre los apellidos de los antepasados maternos de Pablos denuncia su procedencia conversa. Los *sobrenombres*, referidos algo más abajo, son los ‘apellidos’, en un sentido general; *cristiana vieja*: ‘la que no tiene sangre judía o morisca’. <<

[6] *rota*: ‘harapienta, vestida con ropa remendada o rasgada’. El verla con *canas* la confirma, en sentido estricto, como ‘vieja’; y el *ir rota*, como pobre, al contrario de lo que tópicamente se atribuía a los conversos. <<

[7] *esforzar*: ‘argumentar una opinión, apoyándola con razones’.
«gloria» aparece sustituido por «letanía» en X. <<

[8] Además de referirse a la apariencia física, *parecer* era el ‘dictamen de un hombre de leyes (*letrado*) sobre determinada cuestión legal’. <<

[9] *hasta los tres del alma*: esto es, ‘el mundo, el demonio y la carne’. <<

[10] La posible ironía sobre *persona de valor* ('que tiene precio, prostituta') se conjuga con la expresión peyorativa *conocida por quien era*, que se refiere, con reticencia, al conocimiento general por parte de sus convecinos de la verdadera conducta y condición de Aldonza.

En X, puede leerse, en vez de «para letrado ... era», lo siguiente: «y fue tan celebrada, que, en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella». <<

[11] *trabajos*: ‘penalidades’. <<

[12] El padre de Pablos es tildado de ladrón —introducía dos dedos (*bastos*) para robar dinero (*as de oros*)— y quizá, más remotamente, de cornudo consentido (*basto: 'pene'*). <<

[13] *a su salvo*: ‘sin perjuicio propio’; *faldriquetas*: ‘bolsillos; bolsas, cosidas al sayo, donde usualmente se guardaba el dinero’. <<

[14] Se evitaba por lo general el castigo público de los delincuentes infantiles, mientras que a los de más edad se les infligía a lomos de un asno que recorría las principales calles del lugar. <<

[15] «Esto es, que ‘se hacía agradable a todos’ y, al mismo tiempo, que ‘robaba a todos hasta la voluntad’» (A. Rey Hazas). Las referencias aparecidas en las notas de esta edición remiten a la lista bibliográfica de las páginas finales. <<

[16] *niñerías*: si bien parece aludir a la escasa relevancia de los hurtos de Clemente, apunta también al empleo de menores para sus delitos. <<

[17] *hombre*: 'uno', como indefinido. <<

[18] ‘en silla con borrenes y largos estribos’, según una de las dos principales escuelas de equitación; pero hay que entender la expresión irónicamente: ‘llevaba los pies colgando, sin apoyo de estribos’, o bien ‘iba el asno conducido por el ronzal’. Véanse las notas [8] de I, 7 y [90] de III, 4. <<

[19] ‘con serenidad y confianza’. <<

[20] *suela* se refiere metonímicamente, por ser ambas de cuero, a la ‘penca o azote del verdugo’, que éste maneja con la misma propiedad que el *pintor* el pincel. <<

[21] Es decir, ‘doscientos azotes de los mejores’. <<

[22] *ropilla*: ‘chaleco corto que se llevaba encima del jubón’. <<

[23] Irónica alusión a la sangre derramada con motivo de los azotes. Los condenados, desnudos de medio cuerpo, eran paseados a lomos de un asno por ciertas calles establecidas, mientras el verdugo los azotaba y el pregonero hacía saber a voz en grito los delitos que eran castigados de tal modo, deteniéndose la comitiva para ello en lugares también prefijados. La serenidad y desparpajo con que recibe Clemente el castigo remiten a la tradicional jactancia de los jaques.

En vez de «y rigores ... colorado», se puede leer en *X* lo siguiente: «aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron docientos cardenales, sino que a ninguno llamaban “señoría”. Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della». <<

[24] Aquellos que Aldonza recompone a quienes quieren pasar por vírgenes o *doncellas* son los *virgos amanecidos*, los cuales, tras haber prestado su servicio, se convierten en *virgos puestos*, o desaparecidos, como soles.

El fragmento «Y decía ... puestos» no aparece en X, donde se lee en cambio: «Sólo diz que se dijo no sé qué de un cabrón y volar, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público». <<

[25] Esto es, según una práctica frecuente, ‘hacía y colocaba pantorrilleras’ para disimular la delgadez de las pantorrillas de galanes y damas. <<

[26] ‘pese a que a nadie se la cubría pelo, puesto que eran unos desventurados, sólo las calvas encontraban solución a su desgracia —y, por tanto, se la cubría pelo—, merced a las pelucas de Aldonza’. Juego, no del todo claro, con la frase hecha *no cubrir pelo*, que, además de en su sentido inmediato, se refiere a la persona que ha sufrido una desgracia o es, en general, desventurada. Téngase en cuenta, por demás, que, en este tipo de contextos, la calvicie suele ser tomada por síntoma de haber padecido enfermedades venéreas. <<

[27] *remendona de cuerpos*: por cuanto daba remedio a sus deficiencias con distintas prótesis; pero, secundariamente, también ‘alcahueta’. Falta en *X* el fragmento «empreñaba ... cuerpos». <<

[28] *algebrista* es el ‘componedor de huesos’; *enflautar* es la acción de ‘introducir una cosa en otra’, sin que sea ajeno al término un notable eco erótico (*flauta*: ‘pene’). La base de las distintas imágenes, que motejan a Aldonza de alcahueta, se halla en la idea de la unión de dos personas por intermediación de una tercera.

El paso «otros, junta ... carnes» falta en X. <<

[29] *tercera*, además de ser un ordinal, puede referirse a la ‘medianera o alcahueta’, así como designar una suerte perteneciente a un juego de cartas; *primera* o *prima* puede entenderse igualmente como ordinal, pero también tiene la acepción bien conocida de ‘prostituta’, y cabe entender por *primera*, asimismo, tanto un juego de cartas como un lance especial de su desarrollo. Por su parte, la palabra *flux*, frecuentemente empleada en forma metafórica, tiene aquí el sentido de lance ganador en la partida de naipes. Por tanto, «ser “flux para los dineros de todos” equivale a sacarles los dineros a todos, tanto a los que ella sirve de tercera [alcahueta] como de primera [prostituta]» (G. Colón). <<

[30] Clemente trata de convencer a su hijo de que sus *pensamientos de caballero* —en el sentido de ‘deseos de llegar a ser caballero’— no constituyen obstáculo para el ejercicio del robo, puesto que éste no debe ser considerado una ocupación artesanal (*arte mecánica*), cuya práctica hacía decaer de la nobleza, y no supone, por tanto, desdoro alguno a sus pretensiones. <<

[31] Tras esta apostilla, *liberal* debe entenderse como ‘ágil, veloz, hábil’, resultando así un chiste dilógico. Véase la nota [41] de III, 4. <<

[32] *batanado*: ‘bataneado, golpeado’. De *batán*: ‘artefacto hidráulico compuesto de grandes mazos de madera que, movidos por un eje, golpean los paños para darles cuerpo’. <<

[33] Esta afirmación será motivo de uno de los cargos contra Quevedo incluidos en la virulenta invectiva *El tribunal de la justa venganza* (1635): «como a irreverente y sin respecto a los que gobiernan y nos conservan en justicia». <<

[34] Alusión al asilo eclesiástico que sustraía de la acción de la justicia a los delincuentes acogidos en una iglesia, y, quizá también, al robo de bolsas y cepillos en el lugar sagrado. <<

[35] Se refiere al *asno* en que se paseaba a los condenados por la justicia mientras eran azotados por el verdugo, y al instrumento de tortura conocido como *potro*, donde se les hacía confesar (*cantar*). <<

[36] *esteraran el tragar*: ‘ahorcasen’; ya que si *esterar* es ‘poner una estera o esteras en el suelo’, cuando se habla de la garganta —*el tragar*—, hemos de pensar, metonímicamente, en una soga de cáñamo; *pedigüeño en caminos* es una forma burlesca y agermanada de motejar al salteador. Quizá el número *dieciséis* (16) sugiera la imagen de la horca. <<

[37] *industria*: ‘ingenio’; *mantenido*: ‘alimentado’. <<

[38] ‘vasijas con pócimas y ungüentos’, propias de brujas y boticarios. <<

[39] *rapar*: ‘afeitar o cortar el pelo con navaja’, y metafóricamente, «tomar alguna cosa con fuerza, violencia o engaño» (Covarrubias). <<

[1] 'Al día siguiente'. <<

[2] *hablar* se utiliza aquí como verbo transitivo. <<

[3] *palmatoria*: ‘pequeña vara de la que se servían los maestros, a veces añadiéndole unas cuerdas, para azotar a los muchachos’; *ganar la palmatoria* era el ‘privilegio, que tenía el que primero llegaba, de aplicar la palmatoria a los compañeros acreedores de tal castigo’; pero, de forma lexicalizada, es equivalente a ‘llegar el primero’ a cualquier lugar. <<

[4] *caricias*: ‘favores, halagos’. <<

[5] *juntaba meriendas*, que alude a una antigua costumbre infantil, puede referirse igualmente a la coincidencia de ambos en los mismos intereses. <<

[6] *punto*: ‘presunción, orgullo’. <<

[7] Una de las acusaciones más frecuentes de las que recaían sobre las brujas era la de sorber sangre de niños. <<

[8] *gato*: ‘ladrón’, en germanía; *zape* y *miz*: ‘apelativos que sirven para rechazar y atraer a los gatos’ y, por lo tanto, para tratar como a gato, esto es, ladrón, al interpelado. <<

[9] Esto es, ‘cuando fue condenada a la vergüenza pública’; quizá en un auto inquisitorial por hechicera, o quizá por la justicia ordinaria con el cargo de alcahueta. La práctica de cubrir la cabeza de los condenados con una coraza, donde figuraban sus culpas, y la semejanza de aquélla con una mitra explican el chiste. Era costumbre, por otro lado, que los curiosos, especialmente los niños, arrojasen todo tipo de hortalizas a su paso. <<

[10] *royéndome los zancajos*: ‘murmurando sobre mí’; *zancajos*, en sentido estricto, son los talones, y ello permite el equívoco en *no me faltaron*, que puede entenderse, dependiendo del sujeto, como ‘nunca me ofendieron los compañeros’ o, literalmente, como ‘nunca me quedé sin los talones’. <<

[11] *me corría*: ‘me avergonzaba’, pero también ‘me escapaba’. «El segundo sentido, y base del chiste, se fundamenta en la frase anterior» (B. Ife). <<

[12] En lugar de «no me diera por entendido», dice X: «no me pesara». <<

[13] En *X*, entre «y» y «roguéla», se lee: «dije: —“Ah, madre, pésame sólo de que ha sido más misa que pendencia la mía”. Preguntóme que por qué, y díjela que porque había tenido dos evangelios». <<

[14] Dado que *escote* es la ‘parte que corresponde a cada una de las personas implicadas en un gasto común’, el chiste sugiere la dudosa paternidad de Clemente Pablo, haciendo de Pablos ‘hijo pegadizo’. <<

[15] 'noramala, en hora mala'. <<

[16] El término *novillo* apunta, indirectamente, a los ‘cuernos’ de Clemente Pablo. El toro, padre del novillo, así como en general los animales de cuerna, son símbolo frecuente del marido engañado.

El paso «y dime ... matrimonio» falta en X. <<

[17] «El adverbio *naturalmente* sugiere algo así como ‘por naturaleza’ o ‘por mi alegre natural’, pero lo que viene después indica bien a las claras que *naturalmente* aquí quiere decir ‘porque yo le daba de lo mío sin exigirle nada, y a todos nos gusta recibir algo a cambio de nada’» (C. B. Johnson). <<

[18] *peones*: ‘peonzas’. <<

[19] *confeso*: ‘cristiano nuevo, descendiente de judíos’. <<

[20] *luego*: ‘en seguida, al punto’; *desatacar*: ‘desatar las calzas del jubón’, al cual se hallaban *atacadas* por unos cordones, de cabos metálicos, llamados agujetas. <<

[21] La anécdota es adaptación de un cuentecillo tradicional. <<

[22] *firma*: «llaman en las escuelas de niños a un papel firmado que suele dar el maestro a algún muchacho en que le perdona el castigo por una, dos o tres veces» (*Autoridades*). <<

[23] La frase falta en X. <<

[24] Se trata de una costumbre eminentemente escolar que llevaba a los estudiantes a salir, normalmente el domingo de Carnaval, en procesión burlesca por las calles, así como a *correr gallos*, esto es, apedrear o cortar la cabeza de uno de estos animales, para lo cual era colgado de una cuerda. Uno de los muchachos era elegido, o, como en este caso, sorteado, jefe de los demás con el título de *rey de gallos*, y normalmente montaba un caballo o bien un asno. <<

[25] Era frecuente el empleo del cuero de caballo para recubrir cofres: se apunta, pues, a lo ralo del pelo del rocín. <<

[26] *Roberto del Diablo*, personaje legendario de origen medieval, hijo de los duques de Normandía, fue concebido por mediación del diablo y llevó, durante la primera parte de su existencia, una vida de tropelías y desmanes hasta la conversión que hace de él hombre de Dios, y ya no del Diablo. <<

[27] *rucio* es el ‘caballo de color pardo claro o grisáceo’. Si además tiene manchas de color más oscuro, se dice que es *rucio rodado*. Hay aquí, sin embargo, un equívoco, al aplicarse el último adjetivo al jinete, que rueda por los suelos a cada paso. Los ‘malos’ *pasos* de la frase anterior constituyen, por tanto, una silepsis, ya que, aplicados a Roberto del Diablo, se refieren a sus andanzas, y, cuando se relacionan con el caballo, sugieren su calidad de cojitranco. <<

[28] Es proverbial la edad avanzada de los caballos de panadero. <<

[29] Ya que los judíos tenían, según la tradición antisemita, fama de cobardes y timoratos. <<

[30] *aderezados*: ‘disfrazados’, y quizá también ‘provistos de cencerros y almireces con que alborotar’.

Es de notar que todo el pasaje anterior —«uno como caballo ... aderezados»— presenta en *X* una versión distinta: «un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; tuerto de un ojo y ciego del otro; en cuanto a edad, no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin, él más parecía caballete de tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto y echábansele de ver las penitencias y ayunos: sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja. Lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues, a tener una cerradura, pareciera un cofre vivo.

»Yendo, pues, en él, dando vuelcos a un lado y otro como fariseo en paso, y los demás niños todos aderezados tras mí —que, con suma majestad, iba a la jineta sobre el dicho pasadizo con pies—». <<

[31] ‘dada la extremada longitud del gáznate del animal, el repollo hubo de hacer tan largo recorrido antes de llegar a su destino, que no pudo por menos que demorarse’.

<<

[32] *pícaros*: ‘mozos, ganapanes’. <<

[33] *garrofales* y *frisonas* son dos adjetivos, muy del gusto de Quevedo, que encarecen el tamaño del objeto al que se refieren; *garrofal* o *garrafal* se aplica a un ‘cierto tipo de guindas de buen tamaño’; deriva, en último término, de *garrofa* (algarroba); *frisón*, por su parte, se refiere a una ‘raza de caballos procedente de Frisia (Holanda) y conocida por la espectacular alzada de sus ejemplares’. <<

[34] Juego de palabras basado en la homofonía, y, dada la época, también en la falta de una diferenciación gráfica estricta entre las voces *nabal*, de *nabo*, y *naval*, de *nave*.

<<

[35] Irónica disculpa por lo que se supone una expresión poco decorosa. <<

[36] *privada*: 'letrina', pero también «plasta grande de suciedad o excremento echada en el suelo en la calle» (*Autoridades*). El escatológico va ser uno de los núcleos semánticos del libro. <<

[37] Juego de palabras, puesto que *necesaria*, como sustantivo, significa 'letrina'. <<

[38] *por gala*: ‘como adorno’. <<

[39] La supuesta confusión de Pablos se debe a la costumbre de emplumar a las brujas: «cuando se las sacaba a la vergüenza, se las ponía una caperuza llena de plumas de gallo, y desnudándolas las espaldas y untándoselas de miel, se las montaba en un borrico, se las paseaba así por las calles, yendo el verdugo echándolas a puñados plumas de aves de las que llevaba su criado en una espuerta, de suerte que las llenaba de ellas» (B. Castellanos). <<

[40] Una *legua* equivale a algo más de cinco kilómetros y medio. A pesar de haberse referido reiteradamente al equino con el nombre de *caballo*, ahora Pablos lo llama *rocín*, apelativo más acorde con el reticente «como caballo» utilizado en primera instancia: «Rocín es el potro que, o por tener edad o estar maltratado o no ser de buena raza, no llegó a merecer el nombre de caballo» (Covarrubias). <<

[41] No parece, en efecto, que Pablos vaya desencaminado. El desdén de la nobleza, o de cierta nobleza, hacia las letras venía de antiguo; de ahí que la impericia en la escritura y la lectura de los caballeros fuese censurada frecuentemente en los siglos XVI y XVII, y también objeto de sátira y burla. <<

[42] ‘desde ese mismo momento’. <<

[1] El *pupilaje* consistía en poner al estudiante bajo la tutela de un bachiller o licenciado que también hacía las veces de administrador y huésped del joven. <<

[2] Se ha notado la frecuente utilización de nombres de animales para denominar a varios de los personajes de la obra, según unos como marca de ascendencia judía, según otros, y no necesariamente en forma contradictoria con lo anterior, como recurso humorístico. <<

[3] *en poder de la hambre viva*: «conceptuoso juego de palabras, basado, por una parte, en una alusión burlesca al Dómine Cabra como encarnación viviente del hambre personificada, y por otra en el hecho de que allí donde no es posible matar el hambre, por no haber nada que comer, se está evidentemente en poder del hambre viva» (A. Vilanova). <<

[4] *laceria*: 'misericordia, penalidad'. <<

[5] *cerbatana*: ‘pieza de artillería de poco calibre; especie de culebrina’ y, de forma translaticia, ‘todo lo que es hueco, estrecho y largo’. De otro lado, obsérvese el característico procedimiento quevediano de utilizar un sustantivo para adjetivar a otro. <<

[6] *largo*: ‘alto’, pero también ‘dávioso’. De ahí el chiste dilógico. <<

[7] *cuévanos*: ‘cestos de mimbre, de gran tamaño y de anchura decreciente, que se emplean, sobre todo, en la vendimia’. Por otra parte, la lobreguez de las tiendas era tópica. <<

[8] Porque a las momias les falta característicamente la nariz.
El apodo «de cuerpo ... pico» falta en X. <<

[9] «Tenía la nariz aplastada (*roma*) y desfigurada como si hubiese padecido la sífilis o el mal francés (*Francia*)» (A. Castro). Aunque —observa Rey Hazas— «a renglón seguido, dice que no debió ser por esta enfermedad (*vicio*), ya que cuesta dinero, sino por un resfriado (o *romadizo*, de ahí el juego *Roma-Francia*)». <<

[10] *búas*: ‘bubas’. <<

[11] El destierro era, junto a los azotes y las galeras, una de las penas reservadas a los vagabundos, según recogen distintas disposiciones legales desde principios del siglo XVI. <<

[12] Los tenedores de la época tenían dos púas. <<

[13] *espacioso*: 'reposado'. <<

[14] ‘tres tablillas, unidas por un cordel, de cuyo sonido, al ser agitadas, se valen los leprosos para pedir limosna y advertir de su presencia’. <<

[15] *ética*: 'cierto tipo de calentura'. Uno de sus síntomas es el tener «la habla delgada» (*Menor daño*). <<

[16] *bonete*: ‘birrete eclesiástico’, pero también, por su semejanza, ‘fortificación exterior en las plazas o castillos con forma de cola de golondrina’. De ahí el juego de palabras con *guarniciones*: ‘adorno o gala’, pero asimismo ‘dotación de soldados para la defensa de una fortificación’; *ratonado*: ‘roído por los ratones’; *gateras*: ‘orificios en puertas o paredes para que puedan entrar y salir los gatos’, y por extensión ‘rotos o agujeros en las prendas de vestir’ (véase la nota [11] de III, 1). <<

[17] *fondos en*: «parece tomado del lenguaje de la fabricación de paños, donde es el campo sobre el que se tejen, o bordan, o pintan las labores en las telas» (I. Arellano).

<<

[18] La concepción del color de la sotana del dómine como una ilusión parece sustentarse irónicamente en la tradición aristotélica. <<

[19] *ceñidor*: ‘cinto o cordón para la cintura, frecuente en muchos hábitos religiosos’. El desaliño indumentario de Cabra, en especial la falta de ceñidor, pudiera ser indicio de lujuria, o, más probablemente, de hipocresía. <<

[20] *teatino*: ‘religioso perteneciente a la orden fundada por San Cayetano de Thiene y Juan Pedro Caraffa’; solían ser los encargados de acompañar a los condenados a muerte en sus últimos momentos; *lanudo*: ‘de lanas’, como ciertos animales. <<

[21] «Cuando queremos encarecer la estatura grande de un hombre, decimos que es un filisteo» (Covarrubias). Quizá por identificar a ese pueblo con Goliath. <<

[22] Dignidades imaginarias, o meras formas de intensificación por los prefijos, según el modelo de *protonotario* o *archidiácono*. Adviértase, además, su carácter recapitulatorio y conclusivo del retrato recién expuesto, según lo exigido por la tradición escolar. <<

[23] El juego de palabras con *gastar* es común. <<

[24] Tal era la costumbre. <<

[25] *refitorio*: ‘refectorio, comedor’; *celemín*: ‘medida de capacidad equivalente a la doceava parte de una fanega, esto es, 4,62 litros, y el cajón usado para tomarla’. Se implica, pues, la angostura, y quizá la forma, del comedor de Cabra. <<

[26] Las costumbres relajadas de los jerónimos, en lo que toca a comer y beber, eran tópicas.

Esta pregunta maliciosa se omite en la otra versión de la obra. <<

[27] *susté*: ‘asusté’; *lezna*: ‘punzón muy agudo utilizado por los zapateros’; *afeitar*: ‘ponerse afeites’; *diaquilón*: ‘ungüento medicinal’, cuya pertinencia en este pasaje tiene que ver, probablemente, con su color blanco. Quiere decirse que los pupilos se hallaban extremadamente delgados y pálidos. <<

[28] No tanto porque la comida fuese casi inexistente como porque no tenía ni entrante, o ante —*principio*—, ni postre —*fin*—, a pesar de que los pupileros estaban obligados a incluirlos en el menú. <<

[29] *Narciso*: ‘joven que despreciaba el amor, mas que, al ir a beber en una fuente y contemplar su propio rostro, se enamoró de sí mismo e, indiferente ya al resto del mundo, se dejó morir’. <<

[30] *suelo*: ‘fondo de la escudilla’. Las anécdotas y chistes que aquí se incluyen son tradicionales. <<

[31] *olla*: ‘guisado en el que la carne es el elemento fundamental’. Nótese que esa ‘olla’ es el transparente líquido que antes Pablos llamaba ‘caldo’. <<

[32] *pavonada*: ‘de color azul oscuro’, como el de la cola del pavón o pavo real. <<

[33] *decía yo entre mí*: ‘decía para mí’. <<

[34] *a vueltas de la carne*: ‘en medio de la carne’; *apenas*, porque casi no la había. El *nabo* es manjar que menudea en los pupilajes. <<

[35] Parece una clara reminiscencia, y aun sobrepujamiento, del *Lazarillo*. Dice el escudero al llegar Lázaro con una uña de vaca: «Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa». <<

[36] Es decir, por el mango, ya que éstos se hacían de cuerno. <<

[37] *cordiales*: ‘beneficiosos para el corazón’.

Todo el pasaje «Y, tomando ... legumbres» falta en X. <<

[38] Además del ante y postre, que Cabra omite, un almuerzo o comida normal se componía del caldo u olla y un plato de carne. <<

[39] *consumió*: ‘agotar, gastar’; pero *consumir* es también «tomar el sacerdote el cuerpo y la sangre de Cristo» (Covarrubias). Por tanto, «si se consume todo no queda nada para otros comulgantes, que quedan descomulgados, “sin poder comulgar, porque no ha quedado nada”. El uso de *descomulgar* se provoca por la dilogía de *consumir*, y una vez que se utiliza, el floreo verbal atrae *de participantes*, otra vez con juego literal de la expresión religiosa, relativa a la excomunión de los que tratan con excomulgados» (Ignacio Arellano). <<

[40] El anuncio de Cabra, dada la calidad de la comida, se vuelve amenaza para el estómago hambriento de Pablos. <<

[41] *se repapile*: ‘se harte, se sacie’. <<

[42] Posiblemente a propósito de la risa descompuesta de Pablos, ya que era un comportamiento frecuentemente censurado como, entre otras cosas, propio de hombres vanidosos. <<

[43] En efecto, se consideraba perjudicial el beber en ayunas. <<

[44] «Parte de la antigua liturgia de la misa en la que el oficiante, tras haber preparado el cáliz y pronunciado las palabras del caso —“Offerimus tibi, Domine, calicem...”—, lo cubre, sin haber llegado a beber de él, incienso el pan y el vino y se lava las manos» (R. S. Rose). <<

[45] *espiritado*: ‘el que, por ser muy delgado, parece que consta sólo de espíritu’. <<

[46] *brindar*: ‘convidar o incitar a beber’; *hacer la razón*: ‘corresponder al brindis, bebiendo’. No es necesario, pues, suponer que Pablos hubiese llegado a beber algo. Más bien se sugiere lo desaconsejable de un lugar donde, a pesar de ser incitadas a hacerlo, las tripas no llegan a probar el líquido. <<

[47] *proveer*: ‘defecar’. <<

[48] Véase la nota [\[37\]](#) de I, 2. <<

[49] *váguido*: ‘vaguido, que padece vahídos’. <<

[50] Juego de palabras con el término *bendición*. *Hacer alguna cosa con bendición* es ‘hacerla a gusto y satisfacción de todos’.

En la otra versión, en vez del fragmento «y la cena ... bendición», se lee: «cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa». <<

[51] El ocultar la avaricia o la miseria so capa de higiene o virtud es un tópico afín a la tradición picaresca desde el *Lazarillo*. <<

[52] Por la creencia clásica, y de hecho generalizada, de que las tribulaciones diurnas eran el asunto primordial de los sueños nocturnos. <<

[53] Esta poliptoton no ha quedado sin eco. Así, se lee en el *Gregorio Guadaña*: «hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna». <<

[54] *trazando*: ‘tramando’; véase la nota [36] de I, 6 <<

[55] *cuenta de perdones*: ‘cuenta a modo de las del rosario, pero más grande, a la que se le supone capacidad de indulgencia en sufragio de las ánimas del purgatorio’; *altar privilegiado*: ‘porque mediante la misa celebrada en él se logra indulgencia plenaria para el alma del difunto a quien se dedica’. <<

[56] Añade X: «ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas, amarillos, vestidos de desesperación». <<

[57] Hay una disemia en el empleo del verbo *comer*, que, además de en su acepción primaria, se utiliza en el sentido de ‘omitir sílabas o palabras hablando confusamente’. <<

[58] Nueva disemia; aquí *comían* debe entenderse también en el sentido de ‘picaban’. X añade, más arriba, tras «diciendo que»: «él había visto meter en casa, recién venido, dos frisonos y que, a dos días, salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vio meter mastines pesados y, a tres horas, salir galgos corredores; y que...», continuando a partir de aquí como B. <<

[59] ‘la recitamos, o quizá aprendimos, de memoria, de coro’. <<

[60] La fórmula *no sé qué*, extendidísima en la época, es empleada frecuentemente en la obra a modo de reticencia irónica. <<

[61] Como es sabido, a los judíos no les está permitido comer cerdo, por lo que su consumo servía, por contra, para blasonar de cristiano viejo. <<

[62] *salvadera*: ‘útil de escritorio, agujereado en su parte superior, con arenilla para enjuagar la tinta fresca’. <<

[63] *pernil*: 'muslo del cerdo'. <<

[64] *no haber hecho de nuestras personas*: ‘no haber defecado’. <<

[65] *melecina*: ‘lavativa, enema’, y también la jeringa con que se aplica. <<

[66] El doble significado de *melecina* —‘purga y jeringa’— hace que el texto parezca aquí incongruente. *S* y *E*, quizá con afán corrector, añaden, al *tenía una* anterior, los términos *jeringa* y *receta*, respectivamente. <<

[67] Lo mismo que 'melecinas'. <<

[68] *atajóse*: ‘se cortó, por vergüenza o miedo’. Parece indicarse que don Diego no mantuvo la postura requerida. <<

[69] Chiste con términos propios del vestir: *guarnición* es el ‘adorno externo a modo de gala’ (véase la nota [16]) y *aforro*, lo mismo que ‘forro’, esto es, ‘tela que reviste internamente una pieza de ropa por abrigo o refuerzo’. <<

[70] Véase la nota [\[22\]](#) de I, 1. <<

[71] El rosario es el aditamento t3pico de la hipocresía de las viejas medianeras y amas. Como muestra, véase el ama de Alcalá en I, 6. <<

[72] Esta parece ser la acentuación normal en la época; *etiope*: ‘negro’. <<

[73] *viernes ... güevos*: recuérdese que el viernes era día de abstinencia de carne; *corregimiento u abogacía*: el principal distintivo físico del tipo satírico del letrado era la larga barba. <<

[74] *badil*: ‘pala propia para recoger las brasas y cenizas de chimeneas o braseros’; el ama, pues, lo usaba en vez del cucharón. Cuando se miga o se hacen sopas en la escudilla, se dice que esta está *empedrada*; por tanto, se sugiere en este caso que flotaban en el caldo inmundicias. <<

[75] *sabandijas*: ‘reptiles e insectos de pequeño tamaño’; *estopa*: ‘los desechos más bastos del lino o el cáñamo tras el rastrillado’. Se apunta a la tradicional suciedad de las amas de pupilaje, en especial en lo referido a sus manipulaciones culinarias. <<

[76] *trabajo*: ‘penuria’. Recuérdese que Pablos y don Diego habían llegado al pupilaje el «primero domingo después de Cuaresma»: parece cumplirse ahora un año de estancia con Cabra. <<

[77] *platicante*: ‘practicante, aprendiz de médico en prácticas’; *ganar por la mano*: ‘adelantarse, anticiparse’. La capacidad mortífera de los galenos, y, como vemos, incluso la de los practicantes, es un componente fundamental del tipo satírico. <<

[78] *asombrados*: ‘espantados’. <<

[79] Se sobreentiende que porque no los reconocía, tal era su aspecto. <<

[80] Es apodo que tacha a Cabra de ruin y miserable. <<

[81] *sillas*: ‘sillas de manos’. <<

[82] Por *Trinidad*, se refiere a la orden de los trinitarios, que, como los mercedarios, se ocupaban de recoger dinero con que liberar a los presos en poder del turco. <<

[¹] *trabajo*: véase la nota [11] de I, 1; *imperial*: «se toma muchas veces por especial y grande en su línea» (*Autoridades*). <<

[2] *zorras*: ‘zorros; colas de zorro, o en general tiras de piel, unidas a un mango, utilizadas para sacudir el polvo’; *retablo de duelos*: se dice de la ‘persona en que se acumulan muchos trabajos y miserias’. <<

[3] *sustancia* es el ‘caldo que se da al enfermo que no puede tomar alimentos sólidos’, y *pisto*, ‘la *sustancia* que se extrae del ave’. Se trata de la alimentación característica del convaleciente. <<

[4] *almendrada*: ‘leche de almendras’; *luminarias*: ‘luces que se ponen en torres y ventanas como señal de regocijo’. <<

[5] *alforzadas*: ‘dobladas hacia dentro, acortadas’; *alhorza* o *alforza* es el ‘dobladillo con que se rematan algunas prendas de vestir’. <<

[6] *hacer pino* significa ‘ponerse en pie’; de ahí que, con el diminutivo plural, *pinitos* o *pinicos*, se designe el caminar vacilante del niño o del convaleciente de alguna enfermedad. *Padres del yermo*: ‘eremitas’, tales como los de la Tebaida. <<

[7] *costa*: ‘gasto de manutención’. <<

[8] Estamos ante una muestra de un juguete de ingenio procedente de la tradición aguda del XVI: la paradoja del pecador; en este caso, la del avariento que, beneficiándose de una interpretación laxa del quinto mandamiento, se acoge a él para autorizar burlescamente su mezquindad. <<

[9] Las funciones que se reservan a este criado son, más que las de *ayo*, las de *mayordomo* o administrador, según será considerado más abajo, pero en ocasiones ambos empleos tienden a confundirse. Por *cédulas* hay que entender ‘pagarés’. En *Julián Merluza* tenemos otra muestra de apellido animalesco; véase la nota [2] de I, 3. <<

[10] *Baranda*: «deriva del caló *baranda* ... de *barandar* ... ‘castigar’, ‘azotar’, en alusión a la autoridad del mayordomo» (Iventosch). <<

[11] *a la tardecica*: ‘a la caída de la tarde’. <<

[12] Famosa venta situada en el camino de Madrid a Alcalá, de gran tradición literaria. Gran parte de su renombre es debido a las gentes de mal vivir que, al parecer, la frecuentaban. Obsérvese, de otra parte, la incoherencia del texto al suponer que don Diego y compañía pudieran haberla alcanzado en tan poco espacio. No se olvide que parten de Segovia. <<

[13] *perro*: ‘morisco’, peyorativamente. Sobre *gato* y la acepción de ‘ladrón’, véase la nota [8] de I, 2. <<

[14] *ministros*: ‘mozos, ayudantes’; *ir horros*: «estar o ponerse de acuerdo varios para ir contra otros» (*Léxico*). <<

[15] *mujercillas*: ‘prostitutas’, por eufemismo; *al olor*: es decir, ‘atraído por la presencia de las mujeres’ (véase el texto correspondiente a la nota [77] de III, 10). Este último es uno de los comentarios considerados reprensibles por el *Tribunal de la justa venganza*. <<

[16] *mantellina*: ‘especie de capa corta propia de fregonas y estudiantes pobres’; *panzas al trote*: ‘gorriones’. Se trata de estudiantes cuyo modo de vida es el servicio a los compañeros de más posibles.

Esta presentación de los huéspedes que don Diego y Pablos encuentran en la venta aparece aquí más desarrollada que en *X*, donde se lee: «y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones, de los de mantellina, buscando trazas para engullir». <<

[17] *lo* se refiere a *criados*. <<

[18] *poyo*: ‘banco arrimado a la pared’. <<

[19] *desvanecerse*: ‘ufanarse, vanagloriarse’. <<

[20] Esto es, Pablos y Baranda, el mayordomo. <<

[21] 'hace diez años'. <<

[22] «El truco de ayudar a servir la mesa era el más socorrido para invitarse: Quevedo lo repetirá en III, 6» (P. Jauralde). <<

[23] ‘sin que don Diego se hubiese dirigido a ellos’. <<

[24] ¿Posible referencia a la supuesta capacidad anafrodisíaca de la lechuga?

En la otra versión, el pasaje quizá apoya más esta interpretación: «[Un agüelo tuvo V. Md., tío de mi padre,] que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan cabal!». <<

[25] Si tal refrán existe, no he podido documentarlo. Parece creación de Quevedo. Este fragmento («diciendo ... aves») falta en X. <<

[26] El hambre aparejada a la vida estudiantil es un tópico bien conocido. De otro lado, esta justificación irónica de la carencia presente en virtud de la preparación para un futuro de nuevas carencias parece asimismo tradicional. <<

[27] *parlando*: ‘de charloteo’. <<

[28] *caja*: «se utiliza casi siempre como recipiente de comida» (P. Jauralde); pero también puede ser el tambor con que se atrae a los deseosos de alistarse en el ejército. De ahí el *hacía gente*. <<

[29] *alcorzas*: ‘especie de tortas recubiertas por una pasta dulce’. <<

[30] *tarazón*: ‘trozo’.

En este caso, la versión del manuscrito *B* morigera notablemente el contenido escatológico del texto. En *X*, en vez de «y encima ... teja», se dice: «luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones». <<

[31] *la* se refiere, evidentemente, a *bota*. <<

[32] *capilla*: ‘capuchón’; *gabán*: ‘capote rústico’. La *capilla* se utilizaba con frecuencia a modo de bolsa. <<

[33] A algunas piedras se les atribuían propiedades curativas, si bien solía tratarse de piedras preciosas. <<

[34] *reales*: ‘monedas de plata’; eran la base del sistema monetario. Los oficiales artesanos, hacia 1627, raramente superaban el salario de seis reales por jornada. <<

[35] *Juan de Leganés* era un mozo rústico, sin formación alguna, y muy popular por su habilidad natural para el cálculo. <<

[36] Es decir, ‘no pide ni siquiera un ochavo más de lo que es justo’; *ochavo*: ‘moneda de cobre de poco valor’. <<

[37] *estar algún asunto en mano* indica que se tiene por resuelto o bien encauzado. <<

[38] *sustados*: ‘asustados’.

Todo el pasaje —desde «No pide más» hasta «gasto»— aparece muy ampliado respecto a *X*: «Como hemos de servir a v. m. en Alcalá, quedamos ajustados con el gasto». <<

[39] *Arriedro vayas*: como 'vade retro'. Según se aclara en seguida, tratan al viejo de endemoniado. <<

[40] *enjaguar*: ‘enjuagar’, por metátesis. <<

[41] El vino es *salvaje* por metáfora, ya que el retrato tradicional del ‘hombre salvaje’, frecuente en relatos de caballerías, sentimentales y pastoriles, lo representa como un ser veloso y barbado. <<

[42] En la otra versión, el borrico era sólo uno. Y a ello había objetado el *Tribunal de la justa venganza* por considerar indigno del sacerdote la comunidad de cabalgadura con los estudiantes. <<

[43] *dar vaya*: 'dar matraca'. <<

[44] *estrenas*: ‘iniciaciones, estrenos’. <<

[45] *decírselo de misas* es una locución irónica común para declinar el pago de una deuda o la devolución de un favor. Y más irónica aún en boca de un cura. <<

[46] *coman*: véase la nota [58] de I, 3. <<

[47] «*sarna de V.Md.* es aquí una expresión contrahecha a partir de la fórmula ‘servidor de v. m.’, con la que antes, por cierto, se había jugado» (B. Ife); adviértase además la inmediatez de la dilogía con el verbo *comer*, que explica el chiste: el estudiante se declara, como la sarna, dispuesto a comer a costa de don Diego. <<

[1] La *puerta de Santiago*, hoy desaparecida, se encontraba en las cercanías de la calle e iglesia del mismo nombre, al norte de la ciudad. Por *patio de estudiantes*, habrá que entender ‘manzana de edificios habitados por estudiantes con un patio común’; ésta se refiere a *casa*. <<

[2] En la otra versión de la obra, aparece además el siguiente comentario: «que hay muy grande cosecha desta gente, y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino; digo esto confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha». <<

[3] Equívoco en los términos *condición* y *ley*; *condición* se refiere tanto a la naturaleza o carácter de una persona como a su nacimiento; y *tener buena ley* se dice de las personas fieles y leales, pero también alude a los principios religiosos o ley divina.

<<

[4] *patente*: 'tributo que el novato debe entregar a los veteranos'. <<

[5] Es imagen que se repite en otros textos. <<

[6] Esto es, 'de veterano'. <<

[7] *general*: «En Salamanca las aulas se llaman generales por ser comunes y admitirse en ellas todos los que quieren entrar a oír liciones» (Covarrubias). <<

[8] Alusión al Lázaro evangélico, que fue resucitado cuatro días después de su muerte; *olisca*: ‘huele mal, hiede’. <<

[9] «Es decir, Pablos paga al estudiante con la misma moneda, achacándole el mal olor que le han atribuido a él» (A. Rey Hazas). <<

[10] *escarrar*: ‘esgarrar’; *tocar al arma*: ‘tocar a rebato’. La imagen se fundamenta en el ruidoso carraspeo estudiantil. <<

[11] *hízome alarde*: ‘me mostró’; *alarde* significa ‘la formación militar en que se exhibe y hace reseña de la tropa y armamento’. <<

[12] Esto es, Pablos iba a decir «mate», cuando fue interrumpido.

La lectura transcrita «—Juro a ... *te*» es la de *S*; la de *B* es la siguiente: «Juro a Dios que me a ... Iba a decir “te”». <<

[13] *batería*: ‘estrago causado por proyectiles’; en este caso, gargajos. <<

[14] En *blanco* hay una dilogía entre la acepción que lo identifica con un color determinado —con el que Quevedo identifica comúnmente la saliva— y la que lo hace sinónimo de ‘diana, objetivo hacia el que se dispara’. Obsérvese además la sucesión de imágenes militares: *tocar al arma, batería, alarde*. <<

[15] ¿‘en el entrecejo’? <<

[16] *afeite*: ‘adorno, cosmético’, en sentido irónico, por supuesto; *negra*: ‘color del tejido’, y también ‘desventurada’. <<

[17] *zufaina*: ‘jofaina, palangana’; y, más específicamente, ‘escupidera’. <<

[18] *trapajo*: «el paño vil con que se limpian las mesas y los bancos» (Covarrubias); quizá aquí tenga el sentido de ‘gargajo’. <<

[19] *Ecce homo* son las palabras con que Pilatos, habiéndose lavado las manos, alude a Jesús (San Juan, 19, 5). Pablos, por tanto, moteja al huésped de judío, al identificarlo con los participantes en la Pasión de Cristo. Es preciso atender también al sentido coloquial que en español tiene *Ecce homo*: ‘persona lacerada y de aspecto lastimoso’.

<<

[20] *ayuda de costa*: ‘cantidad suplementaria al salario entregada para cubrir gastos extraordinarios’; aquí se refiere, claro está, a la paliza del huésped que se ha añadido a la humillante novatada estudiantil. El *manteo* es una ‘especie de capa larga, propia de clérigos y estudiantes’, que se llevaba sobre la *sotana*, asimismo larga y propia de escolares y clérigos. Véase la nota [16], de I, 4. <<

[21] Es ésta la primera vez que se menciona el nombre del protagonista, cuyas connotaciones distan de enaltecedoras. <<

[22] *trabajos*: véase la nota [11] de I, 1. <<

[23] *pañizuelo*: ‘pañuelo moquero’; *en paso*: esto es, ‘en las representaciones iconográficas de la Pasión que se portan en andas en las procesiones de Semana Santa’. Pablos, pues, está motejando de judíos a los estudiantes. <<

[24] Refrán que advierte de la necesidad de tomar conciencia de una realidad nueva. Marca, según se ha advertido, uno de los momentos fundamentales de la vida del pícaro. <<

[25] Probable eco de los *catenati labores* de Marcial (*Epigramas*, I, 15). <<

[26] El procedimiento irónico de encarecer alguna acción cruel atribuyéndola a infieles o herejes lo utiliza Quevedo en otras ocasiones. <<

[27] *retor*: «El rector de la Universidad, elegido en el Colegio de San Ildefonso cada año, tenía a su cargo el mantenimiento del orden» (C. Vaíllo). <<

[28] *azote con hijos*: 'látigo de varias colas'. Este tipo de bromas nocturnas eran tradicionales entre pajes y criados. <<

[29] *frazadas*: ‘mantas’. <<

[30] *proveyó*: véase la nota [47] de I, 3. <<

[31] Es expresión frecuente para hacer notar la situación de quien se encuentra sin escapatoria posible. En vez de «cogido», *B* lee por error «cegado». <<

[32] *necesaria*: véase la nota [37] de I, 2. <<

[33] *achaque*: «la excusa que damos para no hacer lo que se nos pide o demanda» (Covarrubias). <<

[34] *matemático*: ‘astrólogo’, el capaz de inquirir de las estrellas lo que para los demás es insondable. Se supone que se trata de algún estudiante de tal disciplina, entonces no bien diferenciada de las matemáticas. <<

[35] Esto es, 'por afianzarlo en la burla'. <<

[36] *servicio*: ‘especie de bacín en el que proveerse; bacinilla’. <<

[37] *mal de corazón*: ‘desmayo’. <<

[38] *visajes*: ‘gestos, muecas’. <<

[39] Se trata de un chiste, ya que *palominos* son los ‘pequeños restos de excremento que pueden quedar en la ropa’. <<

[40] Porque era creencia popular que existía una relación directa entre ese dedo, el tercero de la mano izquierda, y el corazón, a cuyo mal funcionamiento se atribuían por lo general los desmayos. <<

[41] *dar garrote* es ‘constreñir un miembro o articulación, rodeándolo con una cuerda y tirando después de ella’; esto es, ‘hacer un torniquete’. Era remedio indicado contra los desmayos y la apoplejía. <<

[42] *gualdrapa*: ‘especie de cobertor que se pone sobre el lomo y ancas de las cabalgaduras para proteger al jinete del sudor y pelo de éstas’. Parece indicarse, pues, que Pablos lavó la sotana como prenda que estaba sucísima. <<

[43] *parlar*: véase la nota [27] de I, 4; *dar vaya*: véase la nota [43] de I, 4. <<

[44] *Avisión*: ‘Atención’. Véase la nota [24] de este mismo capítulo. <<

[1] *de puro...* (o *a puro*): ‘a fuerza de...’. Aparece la construcción repetidamente en este capítulo. <<

[2] Esta declaración de Pablos parece señalar la culminación de todo un período de su vida. Obsérvese que el término *bellaco* ha sido utilizado reiteradamente durante el capítulo anterior para referirse a los agresores del protagonista. <<

[3] *envásole*: 'le hundo la espada hasta el puño'. <<

[4] *acogotamos*: ‘apuntillamos’. <<

[5] *espiraron*: ‘expiraron, murieron’. <<

[6] Normalmente los jergones se rellenaban de paja. <<

[7] El paso «y nos ... barriga» falta en X. <<

[8] ‘a salir en mi defensa’. <<

[9] Es decir, Pablos aduciría el hambre, común entre estudiantes, como descargo de su acción y amparo frente a sus consecuencias penales, del mismo modo que los delincuentes buscan la protección eclesiástica (*el sagrado*), refugiándose en los templos. Se trata de un juego de palabras, a partir de expresiones hechas como ‘llamarse aldana (antana)’ o ‘llamarse (a) iglesia’. Véase la nota [34] de I, 1. <<

[10] ‘os acostumbráis, os adaptáis’. Sin duda esta acomodación de Pablos al nuevo ambiente debe relacionarse con el final del capítulo precedente. <<

[11] *dos al mohíno*: ‘cuando dos personas se confabulan contra una tercera’; en este caso, figuradamente, la despensa; *despensa*: ‘gasto ordinario’. <<

[12] *despensero*: ‘administrador y encargado de la compra diaria’. Existe el refrán «Desde Judas el traidor, todo despensero es ladrón». Judas era, de entre los apóstoles, el encargado de esa tarea, y parece que mostraba en su desempeño cierta tendencia a la *sisa* (‘robo’, aunque en rigor es un ‘cierto tipo de impuesto’). Las *botas* y la *bolsa*, ésta ya en los evangelios, son dos motivos tradicionalmente vinculados a la figura del Iscariote. <<

[13] Parece referirse Pablos a la *dispositio* y, concretamente, a la conveniencia para el orador de utilizar primero los argumentos más débiles y reservar los de mayor relevancia para el final de su parlamento, creando así un clímax. O quizá, en el mismo sentido, a la ordenación por extensión e intensidad creciente de los miembros de un período. <<

[14] Hay una antítesis entre *carnal* —el tiempo del año que se come carne, o, más específicamente, el que la come— y *penitente* —aquel que practica la abstinencia, sobre todo en Cuaresma—. <<

[15] *cosa magra*: 'carne sin grasa, de primera'. <<

[16] *cercenar*: ‘detraer, sisar’.

«Era cercenadora ... moneda» falta en X. <<

[17] *olla*: véase la nota [31] de I, 3. Porque son flacas —sin carne—, están éticas las ollas. Se invierte así la relación normal causa-efecto, en la que es la calentura quien determina la delgadez del enfermo. Véase la nota [15] de I, 3. <<

[18] *por el cabo*: ‘en extremo’. Recuérdese la escasa higiene del ama de Cabra: nota [75] de I, 3. <<

[19] *pabilo*: ‘cordón que está en el centro de la vela para que arda y alumbre’.
Este pasaje —«y así decía ... día»— no aparece en la otra versión de la obra. <<

[20] *de por junto*: ‘al por mayor’. <<

[21] *cuarto*: ‘moneda de cobre equivalente a cuatro maravedís’. <<

[22] Aquí, como en la oración anterior, *saber* tiene el sentido de ‘informarse de algo, averiguar’. <<

[23] *de ocho a ocho días*: posiblemente, ‘cada poco, continuamente’. <<

[24] Recuérdese el rosario del ama de Cabra: véase la nota [71] de I, 3; *barato*: ‘fácil, cómodo’. <<

[25] *cuentas de perdones*: véase la nota [\[55\]](#) de I, 3. <<

[26] *espumar*: ‘retirar la espuma que se forma en la olla al hacerse’. <<

[27] Tampoco aparece este pasaje —desde «que hacían ruido»— en la otra versión de la obra. <<

[28] Como se sabe, los ciegos eran grandes rezadores de oficio. Y parece que lo hacían de forma no del todo inteligible y con tendencia a la extremosidad expresiva. <<

[29] Se trata de oraciones bien conocidas en la época y, propias, en especial la primera, de los ciegos. *Conquibules*: deformación de «Quicumque vult salvus esse...», primeras palabras del Credo de San Atanasio. <<

[30] *por fingirse inocente*: ‘para hacerse la tonta’, que era conducta frecuentemente achacada a los hipócritas. El latín, insinúa Pablos, le permitía al ama deformar, no sin malicia, las oraciones. <<

[31] *conqueridora*: ‘conquistadora’; *corchete*: ‘cierre, broche’ y, metafóricamente, ‘el ayudante del alguacil que prende a los delincuentes’. Véase la nota [28] de I, 1. <<

[32] Eso se creía vulgarmente; *lamparones*: ‘escrófula, inflamación de los ganglios del cuello’. <<

[33] Véase la nota [33] de I, 3. <<

[34] *se descubriera la hilaza*: ‘saliese a la luz el verdadero trasfondo de una persona o un asunto’. <<

[35] En vez de «Esta ha de ser ... perros», se lee en X la siguiente facecia, que constituye la variante más extensa de todo el texto: «Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una. Tenía doce o trece pollos grandecitos, y un día, estando dándoles de comer, comenzó a decir: —“¡Pío, pío!”; y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé a dar voces y dije: —“¡Oh, cuerpo de Dios, ama, no hubiérades muerto un hombre o hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir! ¡Malaventurado de mí y de vos!”.

»Ella, como me vio hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: —“Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más”. —“¡Cómo burlas, pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque, si no, estaré descomulgado”. —“¿Inquisición?”, dijo ella; y empezó a temblar. “Pues, ¿yo he hecho algo contra la fe?” —“Eso es lo peor” —decía yo—; “no os burléis con los inquisidores; decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato”. Ella, con el miedo, dijo: —“Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?”. Respondíle: —“No, porque sólo os absolverán”. —“Pues yo me desdigo” —dijo—, “pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las almas de mis difuntos”. —“¿Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga, que el desacato es tal que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis a los pollos: *pío, pío*; y es Pío nombre de papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papaos el pecadillo”.

»Ella quedó como muerta, y dijo: —“Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fue con malicia. Yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición”. —“Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo, asegurado, podré dejar de acusaros; pero será necesario que estos dos pollos, que comieron llamándoles por el santísimo nombre de los pontífices, me los deis para que yo los lleve a un familiar [‘ministro de la Inquisición’] que los queme, porque están dañados. Y, tras esto, habéis de jurar de no reincidir de ningún modo”. Ella, muy contenta, dijo: —“Pues llévatelos, Pablos, agora, que mañana juraré”. Yo, por más asegurarla, dije: —“Lo peor es, Cipriana” —que así se llamaba— “que yo me voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo pardiez que temo”. —“Pablos” —decía cuando me oyó esto—, “por amor de Dios que te duelas de mí y los lleves, que a ti no te puede suceder nada.”

»Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin —que era lo que quería—, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: —“Mejor se ha hecho que yo pensaba. Quería el familiarcito venirse tras mí a ver la

mujer, pero lindamente te le he engañado y negociado”. Diome mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuime con él adonde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo; el ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera. Y, de enojo, no estuvo dos dedos —a no tener por qué callar— de decir mis sisas». <<

[36] *trazas*: ‘ardides, procedimientos ingeniosos’; como se aclara algo más abajo, *correr* quiere decir, en argot de estudiantes, ‘robar al descuido, huyendo con el botín a la carrera’. <<

[37] *cofín*: ‘cesta de esparto o mimbre utilizada, por lo general, para el transporte de la fruta’; *tablero*: ‘mostrador’. <<

[38] *hora menguada*: ‘hora infeliz, desgraciada’, astrológicamente; *aire corrupto*: ‘mal aire’ al que se le atribuían, como aún se hace popularmente, ciertos tipos de parálisis. Eran fórmulas comunes entre los mendigos y pedigüños. <<

[39] *desgañifando*: ‘desgañitando, gritando hasta enronquecer’. <<

[40] La *estocada* es un ‘golpe que se da de punta con el *estoque*, que es una espada larga, clavándolo’. <<

[41] *revesado*: ‘oscuro, difícil’. Esto es, ‘en la jerga estudiantil’. <<

[42] *pretina*: ‘especie de cinturón o faja, donde se usaba guardar ciertos objetos’. Se alude a la costumbre existente en los conventos de dar de beber a quien lo solicitaba.

<<

[43] «Entiéndase: fui el iniciador, el que provocó que las monjas no diesen nada sin la previa entrega de una prenda» (J. Ciruelo). Véase la nota [2] de III, 3. <<

[44] *ronda*: ‘patrulla nocturna, formada por corchetes, alguaciles y, a veces, el corregidor, encargada de evitar desórdenes, para lo cual solía requisar las armas de los noctámbulos’. <<

[45] *columbrando*: ‘viendo’, en germanía. <<

[46] *corregidor*: ‘regidor de la ciudad por delegación real’. <<

[47] *prisión*: ‘captura, detención’. <<

[48] Los corchetes estaban subordinados a los alguaciles, quienes portaban a modo de insignia, como símbolo de su autoridad, una vara. <<

[49] *saltearlos*: ‘asaltarlos’. <<

[50] La palabra *espía* tenía género gramatical femenino, independientemente del sexo de la persona referida. <<

[51] Antonio Pérez, antiguo secretario de Felipe II, había sido encarcelado, tras caer en desgracia por sospechas de traición, bajo la acusación de complicidad en el asesinato de Escobedo, secretario del rey. Después de su huida en 1590, se refugió primero en Aragón y más tarde, a partir de 1593 y hasta su muerte en 1611, en Francia. Se le consideraba principal inspirador, desde su refugio francés, de una red de espionaje.

<<

[52] *casa pública*: ‘casa llana o mancebía’. <<

[53] *rodela*: ‘protección que se colocaba en el pecho’. <<

[54] Puesto que estaba vedado el llevar armas en las mancebías. <<

[55] Las *dagas* tienen una marcada connotación rufianesca; otras dagas en II, 1 y III, 10. <<

[56] Obsérvese el anacoluto. <<

[57] *di cantonada*: ‘les di esquinazo, desaparecí súbitamente de su vista’. *La Victoria* es un convento frente a cuya fachada principal desemboca la calle del mismo nombre, cerca de la puerta de Santa Ana. «La mancebía quizá se hallaba extramuros» (A. Castro). <<

[58] *retor*: véase la nota [27] de I, 5. <<

[59] *tocador*: ‘gorro de dormir’; *cristo*: ‘crucifijo’. <<

[60] *remitirle*: ‘entregarlo a la justicia ordinaria’. <<

[61] «aunque fuese hijo de un grande» se dice en X. <<

[62] *solenizar*: ‘celebrar, encarecer’. <<

[63] *hacía monte*: ‘robaba, me quedaba con todo cuanto podía atrapar’ <<

[64] *pensiones*: ‘tasas, rentas’, irónicamente; *habares*: ‘terrenos sembrados de habas’. Al parecer, estas incursiones por las huertas cercanas eran otro lugar común de la vida estudiantil. <<

[1] *pliego*: aquí ‘sobre o paquete con cartas’. <<

[2] Entiéndase: ‘por lo muy allegado que era...’; *justicia*: ‘cierta virtud’, pero también ‘ejecución’. <<

[3] Esto es, 'competente en grado sumo'. <<

[4] No falta quien sugiera otras razones algo más comprometedoras, y literales, para que Ramplón llame a Pablos *hijo*. <<

[5] *negra*: ‘trabajosa, que exige grandes esfuerzos’. <<

[6] *hombre*: ‘nadie’; véase la nota [17] de I, 1. <<

[7] *lo guindó*: ‘lo ahorcó’, en germanía. <<

[8] Ya que el asno no los tenía; véase la nota [18] de I, 1. <<

[9] *sayo baquero*: ‘especie de bata o hábito que se cerraba por detrás’. Además de ser útil para cabalgar, era la vestimenta característica de los condenados a muerte. Una vez más, como en I, 1, se incide en la prestancia y desparpajo, e incluso coquetería, de los condenados a suplicio público. <<

[10] ‘nadie de los que lo veían pasar precedido por los crucifijos lo tomaba por el condenado’; *cristo*: véase la nota [59] de I, 6; *ahorcado*: ‘el condenado a morir en la horca’. <<

[11] ‘se los peinó dos veces’. Los bigotes, tanto más si largos y dirigidos hacia arriba, eran atributo de valentones. <<

[12] 'la horca', por su forma semejante: dos maderos verticales unidos por uno horizontal. <<

[13] *hígado*: ‘ánimo, valor’. <<

[14] El condenado se sentaba en la parte superior de la escalera que llevaba al madero superior de la «N de palo», o en la misma viga, desde donde era precipitado al vacío. Véase la nota [2] de II, 5. <<

[15] Véase la nota [\[20\]](#) de I, 3. <<

[16] *Hícele cuartos*: ‘lo descuarticé’. Los cadáveres de algunos condenados a muerte eran, como castigo suplementario, descuartizados y expuestos en los caminos, normalmente en la entrada de las ciudades. <<

[17] *mesa franca*: ‘comida ofrecida libremente a quien la desee’. <<

[18] Esto es, en los *pasteles de a cuatro*: ‘especie de empanadillas, hojaldradas y, por lo general, rellenas de carne, que costaban cuatro maravedís’. Eran los pasteles más baratos; por ello, en la literatura de la época abundan las insinuaciones, o bien acusaciones directas, sobre la dudosa calidad y naturaleza del relleno. Véase la nota [37] de II, 4. <<

[19] De nuevo se juega con el sentido lexicalizado y literal de una frase hecha: *desenterrar los muertos* es ‘murmurar de los difuntos’. Pablos apunta al empleo por parte, de su madre de distintas partes de los cadáveres para sus prácticas hechícenles. X añade: «Dícese que daba paz cada noche a un cabrón en el ojo que no tiene niña».

<<

[20] *milagros*: figuradamente, ‘exvotos; objetos —frecuentemente reproducciones en cera de miembros del cuerpo— que se depositan en los templos como testimonio, y agradecimiento, de alguna curación milagrosa’. <<

[21] *sobrevirgos*: ‘virgos falsos o contrahechos’; *contrahacer doncellas*: ‘falsificar vírgenes’. Véase la nota [24] de I, 1. <<

[22] Equívoco, favorecido por el verbo *representar*, entre ‘auto de fe’, en el que sí había de intervenir Aldonza, y ‘auto sacramental’; *cuatrocientos de muerte*: ‘pena consistente en cuatrocientos azotes, que normalmente ocasionaba la muerte del condenado’. <<

[23] Sólo irónicamente cabe entender tal currículum para un verdugo. <<

[24] Nueva referencia a la ambición social de Pablos (*pensamientos*), así como nueva expresión de un deseo de cambiar su actitud vital. No se olviden los cuatrocientos ducados que espera heredar. Véase la nota [\[30\]](#) de I, 1. <<

[25] Nuevo, y brutal, equívoco: *tener alguien su piedra en el rollo* vale por ‘ser respetable y de consideración’; pero *rollo*, en sentido estricto, significa ‘picota u horca de piedra’. <<

[26] «Recuérdese el refrán “más estirado que don Rodrigo en la horca”» (A. Rey Hazas). La dilogía se fundamenta en el ‘estiramiento’ del cuello del ahorcado, de un lado, y en la acepción de *estirado* como «el fantástico y pulido, que procura estirar el cuerpo todo y ir muy derecho» (Covarrubias). <<

[27] Es decir, ‘lo hicieron cuartos’; véase la nota [21] de I, 6. <<

[1] *apasionados*: ‘aficionados, bien inclinados’, y también ‘acongojados, afligidos’. Debe entenderse como adjetivo de *amigos*. La dilogía que entraña prepara el chiste con que culmina el párrafo. <<

[2] 'no quedaba nada, sino mi sombra, en la posada'. <<

[3] *trampista*: ‘sablista, mal pagador’; «como si fuera Pablos, y no D. Diego o el mayordomo, quien pagara el salario al ama y el arrendamiento al huésped» (D. Ynduráin). <<

[4] La base del chiste es tradicional. <<

[5] ‘arroyo que desemboca en el río Henares entre Alcalá y Torrejón’. Era usual en la lengua antigua que los nombres de los ríos no llevarsen artículo. Más abajo: «el agua de Tajo». <<

[6] ‘mulo de carga’; *albarda*: ‘pieza acolchada del aparejo de las bestias de carga que les protege el lomo’. <<

[7] *hablando entre sí*: ‘hablando solo’; *embebecido*: ‘absorto, distraído’. <<

[8] ‘veía’; es la forma etimológica. <<

[9] ‘después que nos hubimos respondido’. <<

[10] Los rumores sobre los movimientos del turco en el Mediterráneo, reavivados de vez en cuando, fueron incesantes durante más de un siglo, hasta convertirse en asunto predilecto para conversaciones ociosas e, incluso, en sinónimo de charla vana e intrascendente. Por ello se califica más abajo la que aquí se desarrolla como ‘propia de pícaros’. Véase la nota [\[56\]](#) de II, 3. <<

[11] Argel, como capital floreciente de los corsarios berberiscos, fue motivo de preocupación constante durante todo este período para el imperio español, que intentó su conquista de forma tan repetida como infructuosa. <<

[12] Pablos define al arbitrista como especie o tipo de demente; *repúblico*: «el hombre que trata del bien común» (Covarrubias), aunque aquí es adjetivo. Se inicia con esta figura una galería de locos que incluirá, inmediatamente, al diestro esgrimidor y al sacristán coplero. <<

[13] *Aquí fue ello que*: ‘he aquí que’; modismo para llamar la atención sobre lo que se va a contar. <<

[14] *Ostende*: ‘ciudad flamenca que resistió un asedio de tres años, hasta septiembre de 1604, mantenido por fuerzas españolas al mando del marqués de Spínola, que hubo de afrontar el socorro marítimo que prestaba la armada inglesa a la ciudad’. El régimen con la preposición *a* del complemento directo de cosa no era extraño; algo más abajo: «mirando a un libro». Y también lo contrario; igualmente en este capítulo: «venía a ver una parienta suya». <<

[15] *faldriqueras*: véase la nota [13] de I, 1. <<

[16] *risada*: ‘carcajada, risotada’. Véase la nota [42] de I, 3. <<

[17] ‘no tiene vuelta de hoja’; *apurado*: ‘aclarado, averiguado’. Véase más abajo: «apuremos cuál es verdadera destreza». <<

[18] El *estado* es una medida empleada para medir calados o alturas, equivalente, de manera aproximada, a la estatura de un hombre. <<

[19] *Joanelo*: ‘Juanelo Turriano’, arquitecto, matemático y relojero lombardo que ideó un artificio hidráulico con el que subir el agua desde las cercanías del puente de Alcántara al Zocodóver toledano. <<

[20] 'Y aclarado el procedimiento' <<

[21] ‘por encanto, con prontitud extraordinaria y de modo desconocido’; *ensalmo*: ‘curación supersticiosa por medio de oraciones y bendiciones’. Una vez más, se juega aquí con el sentido literal y fraseológico de la expresión. <<

[22] *encomienda*: ‘dignidad u honor que llevaba aparejada la percepción de una renta’, por ejemplo, la admisión en una orden militar. <<

[23] *ejecutoria*: ‘certificado de hidalguía’, que se otorgaba tras litigar por ella el interesado y era requisito para la concesión de alguna encomienda. El *muy honrada* que la califica no deja de arrojar la sombra de una duda sobre ella. <<

[24] *Torrejón*: 'localidad situada entre Alcalá y Madrid'. <<

[25] Es un modismo común, casi vulgar, sin un sentido muy preciso: 'he aquí que; fue ello que'. <<

[26] Véase la nota [\[33\]](#). <<

[27] ‘no calculé bien la distancia...’; *medio de proporción*: en esgrima, depende de la medida o alcance de las espadas. La jerga geométrica que emplea para describir algo tan trivial como el error de cálculo al subirse a la mula delata de entrada al desconocido como un delirante maestro de esgrima. <<

[28] *cúya*: ‘de quién’. El interés del diestro por la espada es más técnico que patrimonial: la pregunta inquiriere «por el nombre del espadero» (A. Castro); de lo cual se deduce que Pablos, a juzgar por su respuesta, no la ha comprendido. Los malentendidos, según vemos, son uno de los fundamentos de la fuerza satírica de estos diálogos. <<

[29] *gavilanes*: ‘los hierros cruzados que resguardan la empuñadura de la espada, formando la *guarnición*’; *reparar*: ‘defenderse de los golpes contrarios’; *tajos*: en esgrima, ‘cortes que se dan con la espada de derecha a izquierda’. <<

[30] *parola*: ‘palabrería banal y de poco sentido’. <<

[31] Debe entenderse en sentido académico; esto es, ‘qué disciplina enseñaba o cultivaba’. Se trata de una burla patente de la pedantería del personaje; aunque un capítulo del *Libro de las grandezas de la espada*, de Luis Pacheco de Narváez, lleva por título: «Las partes y señales en lo exterior y compostura en los miembros que ha de tener el que la hubiere de profesar [la verdadera destreza]». Véase la nota [37]. <<

[32] *diestro*: ‘maestro de esgrima’; *que lo haría bueno*: ‘que estaría dispuesto a demostrarlo’. <<

[33] Se refiere Pablos a los *círculos*, o *cercos*, que brujos y brujas trazaban en el suelo para conjurar al diablo. <<

[34] *se me ofreció*: ‘se me ocurrió’; *treta*: en esgrima, ‘golpe’, como, por ejemplo, el tajo, el revés y la estocada; *cuarto círculo*: ‘la cuarta parte del círculo que, imaginariamente, rodea la espada del contrario’, esto es, a la altura del pecho; *compás*: ‘movimiento de pies’. <<

[35] Tales afirmaciones del diestro también están inspiradas en pasajes del *Libro de las grandezas de la espada*, donde no se duda en afirmar, por ejemplo, que la destreza «alumbra el entendimiento y lo satisface con sus demostraciones evidentes». <<

[36] La sátira contra los médicos y la medicina les atribuía una capacidad eminentemente homicida. <<

[37] Luis Pacheco de Narváez, enemigo personal de Quevedo y probable inspirador de la figura del «diestro verdadero», publicó el año 1600 el *Libro de las grandezas de la espada*, especie de método de esgrima para aprender «a solas, sin necesidad de maestro que le enseñe». Fue sólo uno de los libros que sobre esa materia escribió. <<

[38] *asadores*: ‘varas de metal terminadas en punta para ensartar y poner al fuego lo que se quiere asar’. <<

[39] Véase la nota [\[36\]](#). <<

[40] Evidentemente, el diestro ha tomado *dotor* en un sentido diferente que Pablos. <<

[41] Los ángulos que forman el brazo con la espada o con el cuerpo son un elemento básico de la doctrina de Pacheco de Narváez, expuesta por lo general en jerga geométrica. <<

[42] *compás*: véase la nota [34]; *gano los grados del perfil*: ‘gano la posición, cuando el contrario me opone un flanco’. <<

[43] *movimiento remiso* es el que consiste en apartar la espada hacia un lado, y *movimiento natural* es el de bajar la espada, en línea con el brazo, disponiéndola para la acometida. <<

[44] Son golpes con la espada. <<

[45] *tretas*: véase la nota [34]. «Como Pablos permanece inmóvil, su figura recuerda al maniquí con que hacían sus prácticas los esgrimidores; pero, como el arma es un cucharón, el maniquí se transforma en una olla. Las estocadas del espadachín, pues, semejan el modo en que el cocinero remueve la olla con la cuchara para evitar que se derrame» (B. Ife). Recuérdense los gestos del ama de Alcalá cuando espumaba la olla con el cucharón (I, 6): resultaban bendiciones. <<

[46] Los mulatos tenían reputación bien ganada de valentones; *presas*: ‘los colmillos’, se dice de las fieras. <<

[47] *guardasol*: ‘parasol, sombrilla’; *coletto*: ‘especie de chaleco corto y muy escotado’; los *de ante* eran muy apreciados por resistir bien las cuchilladas. Sobre *ropilla*, véase la nota [22] de I, 1; *cintas*: ‘cordones de seda que, a diferencia de las agujetas, que son de cuero, se llevan por gala’. Tanto el sombrero, que es *enjerto en guardasol* por las largas faldas o alas que lo aproximan a una sombrilla, como el *coletto de ante* son piezas características de la vestimenta de valentones y bravos. Hubo premáticas que limitaban su uso. Véanse las notas [17] y [18] de II, 4 y [47] de III, 10. <<

[48] «Las piernas están torcidas hacia adentro, como las de la figura estilizada del águila heráldica» (L. Schwartz Lerner). El andar zambo estaba también relacionado con la figura del valentón. <<

[49] ‘cuchillada, chirlo’. Era expresión corriente tomada de la forma de persignarse: «Per signum crucis, de inimicis nostris libera nos...». Obsérvese que en el texto se sustituye *nostris* por *suis*. Véase más abajo la nota [2] de III, 9. <<

[50] *ganchos*: ‘gavilanes de la daga o espada en forma de S’; *guardamano*: ‘cazoleta de la guarnición de la espada que protege la mano que la empuña’. Se implica, pues, la forma y tamaño desmesurados de la barba y bigote del mulato. Véase la nota [\[11\]](#) de I, 7. <<

[51] Hay una silepsis en el término *rejas*: ‘herrajes de la guarnición de la espada’; pero también ‘barrotes que separan a las monjas de sus visitantes en los locutorios’. Compárese esta descripción con la del corchete mulato de II, 4. <<

[52] Esto es, era un maestro de esgrima, ya que estaba en posesión de la *carta* de examen que lo acreditaba como tal. Pacheco de Narváez «en 1624 consiguió del rey el título de Maestro Mayor de las Armas y obtuvo la merced de que se le nombrase examinador de todos los demás maestros de esgrima» (R. Selden Rose). <<

[53] *panes*: 'trigales'. <<

[54] *blanca*: ‘la espada de verdad, que, al contrario de la *negra* (utilizada en las prácticas), tenía punta’. <<

[55] Repárese en que el diestro no ha dado muestra de ceñir espada alguna hasta el momento. <<

[56] *apuremos*: véase la nota [17]. <<

[57] Véase la nota [\[42\]](#). <<

[58] *Objeto fijo* debe entenderse como ‘blanco inapelable’; *estocada sagita*: ‘tipo de estocada que se emplea como contragolpe’; en términos geométricos, la *sagita* es la ‘porción de recta comprendida entre el punto medio del arco del círculo y el de su cuerda’; *cuerda*: en sentido geométrico: ‘recta que une los dos extremos de un arco’. Es, pues, un tipo de acometida, descrito en términos geométricos, que el diestro juzga irreparable. <<

[59] Véase la nota [\[12\]](#). <<

[60] «Hay un capítulo en el libro de Pacheco que enseña “cómo se defenderá el que trajere espada de un turco y su alfanje”. Es punto muy importante y curioso» (A. Castro). <<

[1] 'por llevar distinto camino'. <<

[2] *Y ya que...*: 'y una vez que...'. <<

[3] ‘caminé durante más de una legua sin encontrar a nadie’. Recuérdese que la *legua* equivale a algo más de cinco kilómetros y medio; *persona* actúa aquí como pronombre indefinido. <<

[4] *entre mí pensando*: ‘reflexionando, pensando para mí’. <<

[5] Aquí, excepcionalmente, 'después, en segundo lugar'. <<

[6] *que me desconociesen por ella*: ‘que, merced a ella, no me reconociesen’. Esta declaración debe entenderse en el contexto de la creciente vergüenza familiar del protagonista al tiempo que como una prolongación de las ideas que sobre estos particulares expone Pablos desde el principio de la obra. <<

[7] Los pensamientos de Pablos no son *honrados* porque sean virtuosos, sino porque tienen por asunto la honra. Véase la nota [23] de II, 1. <<

[8] Vindicación tónica de la virtud personal, que debe entenderse de forma irónica. <<

[9] *discursos*: ‘meditaciones, cavilaciones’. <<

[10] Esto es, ‘un hombre razonable, sensato’. <<

[¹¹] *Majalahonda*: ‘Majadahonda’. Al parecer, a sus habitantes se los suponía necios; lo mismo que a los sacristanes. <<

[12] *chansonetas*: ‘cancioncillas con estribillo, al modo de las letrillas y villancicos, de asunto religioso y tono regocijado’; como los villancicos navideños tradicionales. <<

[13] *cartel*: ‘escrito en que se hacía público, en este caso, el resultado de las justas poéticas convocadas con motivo de alguna celebración’. <<

[14] ¿La de quienes no se los premiaron, o la de los ‘cantarcicos’? <<

[15] ‘dicho y hecho’; es la forma corriente de la expresión en la época. <<

[16] *chiste*: ‘un cierto tipo de composición poético-musical’. <<

[17] *sacabuche*: ‘instrumento musical, de funcionamiento semejante a un trombón’, y muy a propósito para la «música alegre y regocijada» (Covarrubias) que acompaña a las chanzonetas. <<

[18] *a borbollones*: ‘a borbotones, atropelladamente y de forma incontenible’. Véase la nota [42] de I, 3. <<

[19] No cabe mayor exponente de la necedad del clérigo que el de confundir con un santo el Corpus Christi; y que aún porfíe. Los miembros del *Tribunal de la justa venganza* reprocharán a Quevedo las palabras de Pablos, al remitir éste descuidadamente al día y no al cuerpo de Cristo. <<

[20] *le daré en el calendario*: ‘lo encontraré en el calendario, dando así razón segura de su existencia’. <<

[21] *le dije cierto*: ‘le dije con seguridad y aire convincente’; *tan graciosa*: ‘con tanto donaire’ y a la vez ‘tan de chacota’. <<

[22] *oya*: ‘oiga’; es forma arcaica. Las *once mil vírgenes* son las santas mártires, compañeras de Santa Úrsula, que, volviendo de Roma, fueron muertas por los hunos en Colonia. Nótese que el poema resultante supera el medio millón de octavas. <<

[23] 'de tema sacro'. <<

[24] *jornadas*: ‘los actos de una determinada pieza dramática’, y también ‘los días de viaje que requiere un itinerario’. <<

[25] Tal desafuero es tópico en la figura del mal poeta de comedias. Cada *mano* está formada por veinticinco pliegos. «En su *Arte nuevo de hacer comedias*, Lope constata que, todavía en su niñez, escribió obras de a pliego la jornada, de modo que la extensión de la pieza del clérigo resulta verdaderamente amedrentadora» (B. Ife).

<<

[26] Uno de los reproches más extendidos en relación al tipo satírico del comediógrafo es el de rebuscar sus asuntos en la Historia Sagrada. <<

[27] Esopo. <<

[28] *la traza y la invención: 'el plan de la obra y la ocurrencia'*. <<

[29] *picazas*: ‘urracas’. <<

[30] Es decir, ‘parecía como si contase en maravedís una cantidad que ascendía a escudos’, por lo desorbitado del número. Téngase en cuenta que, a principios del siglo XVII, un escudo equivalía a unos cuatrocientos maravedís. <<

[31] Lo cual confirma la extravagancia suma de este poeta, por ser las piernas materia vedada por el decoro a la lírica amorosa, al menos en esos términos. <<

[32] *en profecía*: aquí, ‘por adivinación, carentes de base real’, o quizá ‘por adelantado, anticipándose a los hechos’; *conceitos*: ‘conceptos, símiles e imágenes agudos’. Se habían convertido, como se sabe, en uno de los procedimientos poéticos fundamentales. Recuérdense, por ejemplo, los *Conceptos espirituales y morales* (1600, 1606 y 1612), de Alonso de Ledesma. <<

[33] ‘cambiar de conversación’. <<

[34] ‘desviar su atención’. <<

[35] Esto es, ‘la comparo o la identifico metafóricamente con una estrella’; véase la nota [8] de II, 3. <<

[36] *intentos*: ‘propósitos, fines’. <<

[37] *premática*: ‘pragmática, ordenanza legal’. La referencia al poeta loco seguido por los niños parece deudora de Horacio (*Epístola a los Pisones*, vv. 455 y ss.). <<

[38] Véanse las notas [28] y [29]29 de I, 6. <<

[39] Era frecuente que los poetas compusiesen coplas especialmente destinadas a los ciegos, quienes quedaban obligados a entregar a aquéllos una parte de sus ganancias. La del ciego, especialmente en su actividad como rezador y recitador público, era una figura particularmente denostada. Véase el texto correspondiente a la nota [34] de III, 9. <<

[40] Véase la nota [\[12\]](#) de II, 1. <<

[1] Las premáticas burlescas constituyen uno de los géneros paródicos de origen oral con más éxito desde mediados del siglo XVI, y también de los que más popularidad dieron al autor del *Buscón*. En este caso concreto, se trata de la adaptación de un texto anterior del propio Quevedo.

güeros, *chirles* y *hebenes*: ‘vanos e insustanciales’, metafóricamente; *güero* es el ‘huevo sin fecundar’; los *chirles* son los ‘excrementos del ganado lanar’, pero *chirle*, como adjetivo, se emplea despectivamente con el sentido de ‘inútil y sin sustancia’; *hebenes* se dice de unas ‘uvas silvestres y de poco jugo que se dan en racimos largos y ralos’. Más abajo (II, 6): «unos nos llamamos caballeros hebenes; otros, güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos». <<

[2] ‘¡Haberlo dicho!’ «Expresión con que se reconviene a uno después que ha explicado una circunstancia que antes omitió» (L. de Montoto). <<

[3] Se refiere Pablos, llevado por las palabras del sacristán, a otros tipos de uvas más apreciadas que las hebenes, dando a entender la alta opinión que el poeta tenía de sí mismo. Aunque *albillo* puede tomarse también por ‘inocente o ignorante’; y *moscatel* «llaman al hombre que fastidia por su falta de noticias e ignorancia» (*Autoridades*).

<<

[4] *sabandijas*: aquí con el sentido de ‘gente despreciable e insignificante’. <<

[5] Se refiere a las prendas y recuerdos de la amada que estos poetas ‘melibeos’ convierten, en virtud de la retórica cortés, en objeto de adoración; *listones*: ‘cintas’.

<<

[6] Tal era, en efecto, lo usado con las prostitutas: se las reunía en cuaresma para sermonearlas y después, a las que lo solicitaban, se las conducía a algún convento de ‘arrepentidas’ (véase más abajo); *poetas públicos y cantoneros*: «creación quevedesca hecha a imitación burlesca de *mujeres públicas y cantoneras* (prostitutas), para sugerir que trafican con sus versos como las putas con su carne» (A. Rey Hazas). <<

[7] Entre otros extremos a los que recurrían los predicadores para mejor lograr sus fines estaba el de exhibir calaveras y crucifijos. También era costumbre que los predicadores diesen a besar un crucifijo a las arrepentidas. <<

[8] Alusión al abuso formulístico de imágenes y símiles con astros lucíferos en la descripción de la amada dentro del marco de la tradición petrarquista. <<

[9] *seta*: ‘secta’; *conceto*: véase la nota [32] de II, 2. Es perceptible el tono ‘inquisitorial’ de esta premática, que identifica a los poetas chirles con pecadores, herejes, idólatras y, ahora, sectarios; si bien todo ello forma parte de la tradición burlesca. <<

[10] *volteadores*: ‘malabaristas’. <<

[11] *el siglo*: ‘el mundo terreno’. <<

[12] *frangas*: ‘piezas tejidas con oro y otras materias valiosas para adorno’; se solían quemar cuando estaban ya ajadas para recuperar parte de los materiales con que se habían confeccionado. <<

[13] *Nabuco*: ‘Nabucodonosor’. Se alude al episodio bíblico, narrado en Daniel, 2, del sueño de Nabucodonosor, monarca de Babilonia, con una estatua cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, las caderas de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro y barro. Las damas que los poetas pergeñan son, pues, como ídolos con los pies de barro. <<

[14] «En la protesta del sacristán hay toda una alusión a las sinuosas relaciones Iglesia-Estado, y a las exenciones tributarias del estamento religioso» (P. Jauralde).

<<

[15] *hombre*: véase la nota [17] de I, 1; *de contado*: ‘al menos, con certeza’. <<

[16] *reliquias*: ‘restos, vestigios’; y aquí también ‘resabios’. <<

[17] Hace referencia la premática a las modas sucesivas del romancero morisco y pastoril y se burla de las convenciones de este último; *embebecidas*: véase la nota [7] de II, I. <<

[18] Tradicionalmente se les atribuía a los *mozos de mulas* —‘mozos que acompañaban a los viajeros al cuidado de las caballerías’—, y, en general, a carreteros, cocheros, viajeros y gente del camino, una especial afición y maestría para echar *pullas* —‘burlas orales frecuentemente obscenas o escatológicas’—. <<

[19] *bujarrón*: ‘maricón’. <<

[20] Ya que el principal atributo físico del ermitaño en la tradición literaria era su barba luenga. <<

[21] Estos adjetivos son creación de Quevedo. El primero es, quizá, un cruce de «vinajeras» y «vinagroso» ('de mal carácter, avinagrado'); o puede que sea, más probablemente, un adjetivo de nuevo cuño que califica al sacristán por su frecuentación de las vinajeras, al modo de otros tan quevedescos como «dineroso», «aguanoso», «vinoso»... <<

[22] Alusión de tono purista a la imitación de la poesía italiana y a la influencia, sobre la castellana, de la poesía de la escuela aragonesa.

Obsérvese la manera anómala de construir el estilo indirecto, que, aun utilizando formas de imperfecto, mantiene la primera persona del verbo. <<

[23] *cazcarrias*: ‘las manchas de lodo que se adhieren a los bajos de las prendas de vestir’. <<

[24] *manteo*: véase la nota [20] de I, 5. <<

[25] *desesperados*: eufemísticamente, 'suicidas'. <<

[26] ¿‘el poeta que no tiene otra actividad’? <<

[27] Esto es, ‘que aquellos papeles que, por su deplorable calidad, no fueran útiles ni siquiera como envoltorio de las especias en los comercios del ramo se empleasen inexcusablemente en las letrinas como papel higiénico’. Para envolver las especias se solía utilizar el papel viejo de desecho. <<

[28] *farsantes*: 'gente de teatro'. <<

[29] *carta de examen*: véase la nota [52] de II, 1, y nótese que trata a los poetas como a practicantes de un oficio mecánico o artesano; *cacique*: ha de entenderse, más que en su sentido actual, en el original de ‘señor de vasallos en tierras bárbaras’. Casi en un destello, presenta a los poetas como indígenas de una tierra extraña: *en aquellas partes*. <<

[30] *poetas de farsantes*: ‘autores dramáticos’. El señalado era el característico final regocijado y tumultuoso de los entremeses, y que también tópicamente les era achacado. <<

[31] Lo cual constituía un desenlace no menos socorrido que el anterior. <<

[32] Es decir, ‘que no fundamenten el enredo a partir de billetes amorosos o cintas, como prendas de amor, que equivocan su destinatario’; *trazas*: véase la nota [28] de II, 2. <<

[33] Se refiere a las coplas de cautivos, muy frecuentes en boca de los ciegos. Véase la nota [38] de III, 9. <<

[34] En la obra de Quevedo, se satiriza con cierta frecuencia el léxico de estas coplas, que buscaba sobre todo facilitar la rima. Véase una ilustración en III, 9. <<

[35] Alusión a la recitación descuidada de muchos ciegos. <<

[36] Nombres rústicos de pastores habituales en la tradición pastoril, ya desde Juan del Encina, y en su versión a lo divino. <<

[37] ‘que no hagan juegos de palabras’. <<

[38] *pensamientos de tornillo*: ‘conceptos de ida y vuelta, desertores o de varios usos’; como los llamados *soldados de tornillo*, quienes se fugaban de su regimiento, tras cobrar la paga de enganche, para, en ocasiones, enrolarse en otro y cobrar de nuevo.

<<

[39] *que se descarten*: propiamente, ‘que desechen cartas en el juego’; y aquí, ‘que renuncien, que prescindan’. <<

[40] *traslado*: ‘copia’. <<

[41] Una vez más toma términos litúrgicos por nombres de personajes o santos, como antes «San Corpus Christe». Véase la nota [19] de II, 2. <<

[42] Pedro Liñán de Rianza (muerto en 1607) fue un poeta muy celebrado y uno de los creadores del romancero nuevo. Vicente Espinel (1550-1624) fue poeta, músico y autor (aunque sin duda años después de haber comido con el sacristán) del *Marcos de Obregón*. <<

[43] Lope de Vega (1562-1635) era sin duda alguna el literato más popular del momento. <<

[44] Alonso de Ercilla (1533-1594) debe su renombre fundamentalmente a la obra *La Araucana*. <<

[45] Francisco de Figueroa (hacia 1530-1588 o 1589), que pasó gran parte de su vida en Italia, fue un poeta muy apreciado por sus contemporáneos. <<

[46] Los *greguescos* eran una especie de calzones holgados. Y verdaderamente debían de estar ya ‘malos’ los de Pedro de Padilla (1550-1594), fraile carmelita y autor del *Jardín espiritual* (1585), puesto que su entrada en la orden se produjo en el año 1584. No se olvide el aspecto desaliñado y la avanzada edad del sacristán. <<

[47] El de Fuenfría, que atraviesa el Guadarrama. <<

[48] *Iba en cuerpo y en alma*: ‘Iba miserablemente, sin abrigo ni aparato alguno’ y, no obstante, ‘llevaba todo encima’. <<

[49] *alpargates*: ‘alpargatas’. <<

[50] *frascos*: posiblemente, ‘los recipientes donde los arcabuceros guardaban la pólvora’: *pretina*: véase la nota [42] de I, 6; *órgano ... para papeles*: ‘los tubos de metal donde los soldados llevaban las fes (o fees) —informes, certificaciones— de sus servicios de armas’, y que constituían uno de los elementos más característicos de la apariencia del soldado pretendiente.

Todo este pasaje —«Iba en cuerpo ... papeles»— no figura en X. <<

[51] ‘Inmediatamente entablamos conversación.’ <<

[52] *a la cinta*: ‘por la cintura’. <<

[53] *hecho un reloj*: ‘armado hasta los dientes’, «armado y amenazador como las figuras que en los relojes de torre daban la hora» (A. Castro). <<

[54] *supercherías*: conserva el sentido original italiano de ‘abuso, desmán, atropello’.

<<

[55] *la sopa*: ‘la sopa boba, la comida que cada día se entregaba en los conventos a los necesitados’; *coche de los pobres en San Felipe*: ‘las gradas del monasterio de San Felipe el Real, en la entrada de la Calle Mayor’, que acogían un célebre mentidero y lugar de reunión de ociosos, entre ellos muchos soldados. <<

[56] Referencia irónica al Consejo de Estado, el órgano consultivo más importante del Reino, y a la guerra ‘de verdad’ (*en pie y desabrigada*) a partir de las charlas y cambios de impresiones sobre cuestiones militares y de ‘alta política’ que mantendrían los malinformados contertulios de San Felipe. Véase la nota [\[10\]](#) de II, 1. <<

[57] *soldados en pena*: ‘soldados errantes y desasosegados, que andan lamentándose como almas en pena’. <<

[58] *entretenimiento*: ‘pensión, subsidio’, y también ‘diversión’; *ventajas*: ‘prebendas, mejoras sociales o económicas’, y ‘ganancia anticipada que se concede al jugador menos avezado’. Se explica así la dilogía sarcástica del pasaje. <<

[59] *en este pelo*: ‘así de desasistidos, con esta precariedad’.

Es éste —«Y en llegando ... cuerpos»— un nuevo fragmento que no aparecía en la otra versión. Véase el comentario a la variante anterior. <<

[60] Es decir, ‘solicitando que me asignasen el mando de una compañía’. <<

[61] ‘bajarse los greguescos’; veáse la nota [20] de I, 2. <<

[62] *brindar a puto*: ‘incitar o tentar a los homosexuales’. Véase la nota [46] de I, 3.

<<

[63] ‘trataba de hacer pasar por heridas de pica (*picazos*) lo que no eran sino almorranas’.

Tampoco estas líneas —«y quiso desatacarse ... almorranas»— forman parte de *X*, donde en cambio se lee: «Y enseñóme una cuchillada de a palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro». <<

[64] *calcañares*: ‘talones o zancajos’. <<

[65] De nuevo se juega con el sentido recto y fraseológico de la expresión. Véase la nota [10] de I, 2. <<

[66] Además del ‘golpe dado por un fragmento de lanza al romperse’, *astillazo* es el nombre que recibe un determinado tipo de fullería. Quizá no mienta, pues, el soldado y deba la quiebra a sus malas artes en el juego.

Una vez más estamos ante un pasaje —«Y las balas ... astillazo»— que no figura en X. <<

[67] Los *puntos* servían para medir tanto la talla del calzado como el tamaño de las cicatrices, según los que habían sido necesarios para suturar la herida. De ahí el chiste, que sustituye el *de pie* esperado por *de cara*. <<

[68] *chirlos*: ‘cuchilladas en el rostro’, características de valentones y rufianes. <<

[69] *a París*: véase la nota [14] de II, 1. «Iría el alférez con las tropas de Alejandro Farnesio, que obligaron al hugonote a levantar el sitio de París en 1590» (A. Castro).

<<

[70] *gesto*: 'rostro'. <<

[71] *hombre*: véase la nota [6] de I, 7; *señalado*: ‘destacado’, y también ‘marcado por las cicatrices’. <<

[72] No debe pasar desapercibida la ironía con que se emplea el término *cañones* —‘cilindros metálicos en que se guardan las fes de los servicios prestados (*papeles*)’—, que contrapone la actividad del soldado como pretendiente a la de militar. <<

[73] El Cid y Bernardo del Carpio son héroes de la Edad Media cuya fama se extendió fundamentalmente a través de sendos ciclos de romances, hasta el punto de convertirse en paradigmas proverbiales de la antigua valentía española. <<

[74] *Diego García de Paredes* (1466-1530) alcanzó gran fama por su fuerza física y valor militar, exhibidos sobre todo bajo las órdenes del Gran Capitán; participó en las batallas de Seminara, Ceriñola y Garellano. *Julián Romero* se distinguió en las Guerras de Flandes bajo el mando de don Luis de Requesens; participó en el saco de Amberes. <<

[75] Esta idea había alcanzado carácter tópico. <<

[76] *Mellado* es nombre harto sospechoso por su frecuencia entre gente hampona. De hecho la relación entre la figura del soldado y la del rufián valentón es una de las claves de este episodio. <<

[77] *hombre*: véase la nota [17] de I, 1. En efecto, ‘alabarse a uno mismo envilece’, según un adagio latino. <<

[78] Véase la nota [\[20\]](#). <<

[79] *hacía lodos con ella*: ‘de tan larga que era, se le adhería el barro del camino’. <<

[80] Se refiere al sayal, tela muy basta con que se hacía el saco, que era la vestimenta predilecta de estos penitentes. Véanse las notas [16] y [21] de III, 3. <<

[81] Alude al asalto y saqueo de Amberes, realizado en noviembre de 1576 por las tropas españolas que, tras la muerte de Luis de Requesens, se habían quedado sin mando y sueldo durante varios meses. El *hice ...lo que pude* del alférez no deja de resultar irónico, dada la naturaleza del episodio. <<

[82] El jurar de continuo es uno de los rasgos caracterizadores del soldado fanfarrón y, en general, de los personajes de la vida airada. Estas connotaciones explican el comentario inmediato de Pablos. <<

[83] «Al cobarde decimos *gallina* por ser medrosa» (Covarrubias). <<

[84] Aludiendo a la batalla de las Navas de Tolosa (1212), el ermitaño bromea con dos sentidos de la palabra *saco* —‘saqueo’ y ‘prenda de vestir tosca’—, sugiriendo el aspecto desastrado del militón.

Esta intervención del santero no forma parte de *X*. <<

[85] *cabe*: ‘el choque de una bola con otra en el juego de la argolla, de manera que la impulse más allá de la raya que delimita el campo de juego’. Véase la nota [71] de I, 3. <<

[86] *frisonas*: véase la nota [33] de I, 2. <<

[87] *entre sí*: ‘para sí’. Quizá sea pertinente recordar la creencia popular en la capacidad hipnótica del silbo de las serpientes para atraer a sus víctimas. En este caso, el ermitaño tahúr utiliza sus costumbres piadosas, como la serpiente su silbido, para encandilar a aquellos a quienes se apresta a desplumar.

«No hay tal ... culebra» falta así mismo en la otra versión. <<

[88] *divertidos*: ‘distráidos’. <<

[89] Entre los puertos del Guadarrama y Navacerrada, a cinco leguas y media de Segovia. <<

[90] Quizá, ‘juguemos con las cuentas del rosario (*avemarías*) a modo de fichas’. Téngase en cuenta lo que dice Pablos inmediatamente y que el soldado propone jugar ‘en serio’, con dinero. Era propio de fulleros el proponer jugar sin dinero para después, una vez aficionados los concurrentes, poder dejarlos sin blanca. <<

[91] *el descuadernado*: 'la baraja'. <<

[92] *por no hacer mal tercio*: ‘por no perjudicar o estorbar [‘la pretensión de jugar en tercio, esto es, jugar entre tres’]’; *el aceite de la lámpara*: ‘el dinero que daban los fieles para su provisión’. <<

[93] Es creencia popular que las lechuzas beben aceite. <<

[94] Es un juego de envite, especialmente favorable a todo tipo de fullerías, en el que se apuesta sobre la carta que saldrá antes. Véase más abajo: «Nuestras cartas eran como el Mesías...». <<

[95] ‘se quedó con todo’; *blanca*: ‘moneda de muy poco valor’. <<

[96] 'Nos dejó sin nada'. <<

[97] Metáfora que equipara la parte baja de la palma de la mano con las ancas de un animal. El ermitaño iba haciendo a un lado el dinero que ganaba empujándolo con la parte inferior de la mano, quizá de forma desdeñosa. <<

[98] «Los adjetivos se refieren más al jugador que a las jugadas: él perdía una mano como un simple, para infundir confianza a sus compañeros, y a continuación ganaba maliciosamente, con trampas, las doce siguientes» (B. Ife). <<

[99] Las *uñas* son el símbolo máximo de la rapiña y el robo. Véase más abajo la nota [113]. <<

[100] La creencia judía de que el Mesías está todavía por venir ha sido empleada tradicionalmente para motejar a los conversos de tales. <<

[101] ‘dejarnos sin blanca, arruinarnos’. <<

[102] 'desnudos, sin nada'. <<

[103] La razón de que la cena consista en huevos radica en ser el viernes día de abstinencia (véase la nota [73] de I, 3), pero más difícil es explicar la enorme cantidad de ellos que toma el ermitaño. <<

[104] Es evidente la confusión chistosa entre dos acepciones del término *servicios*: ‘hojas o fes de las actividades militares’ y ‘bacines u orinales’. <<

[105] *cámaras*: ‘diarrea, descomposición’. <<

[106] *Aquí fue ella que*: véase la nota [13] de II, 1. <<

[107] 'la batalla de Lepanto, en 1571'. <<

[108] La batalla de San Quintín tuvo lugar en 1557. Si tenemos en cuenta todos los hechos de armas en que el alférez dice haber tomado parte, resulta la suya una carrera extraordinariamente larga que situaría el encuentro con Pablos, de aceptar los veinte años que dice llevar al servicio del Rey, como mucho en el año 1577, lo cual no parece plausible: «Se trata de una hipérbole que pone de manifiesto lo fantástico de las hazañas del supuesto soldado» (D. Ynduráin). <<

[109] Desde la segunda mitad del siglo XVI, Génova se había convertido en el centro financiero de Europa, y la Corona española, dado lo irregular de los ingresos americanos y lo costoso de las continuas guerras, hubo de recurrir al crédito —los famosos *asientos*— de los banqueros genoveses, como anteriormente a los de los alemanes, para conseguir liquidez. Pablos los llama *antecristos* por ser ‘perseguidores’ *de las monedas de España*, como los anticristos lo son de los buenos creyentes. <<

[110] Besanzón, capital del Franco-Condado y en la zona de influencia económica de Lyon, fue sede de importantes ferias internacionales de valores entre 1536 y 1568. <<

[111] No se trata de un error. Aun cuando se seguía utilizando con frecuencia el nombre de Besanzón, los genoveses habían trasladado sus ferias a Plasencia (Piacenza), en Italia, en donde los 'banchieri di conto' se reunían cuatro veces al año para fijar el curso de los cambios. <<

[112] ‘jugadores de ventaja que se hacen con el dinero ajeno mediante contratos y triquiñuelas financieras en los despachos (*pluma*), y no con la baraja y en los garitos’.

<<

[113] La *uña*, relacionada con sustantivos como *gato* o *gatada* y verbos como *aruñar*, es en la literatura de la época, y especialmente en Quevedo, símbolo del hurto y la rapiña. Véase la nota [8] de I, 2. <<

[114] *cambio*: ‘cambista o prestamista’, y, a veces, ‘banco’. <<

[115] *cantonera*: 'prostituta callejera'. <<

[116] *en bolsas, hecho cuartos*: véase la nota [27] de I, 7. <<

[117] El valle de Josafat es el escenario anunciado del Juicio Final. <<

[118] Véase la nota [25] de I, 7. <<

[119] *precursor de la penca*: ‘pregonero’, por cuanto precede, anunciándolos, al verdugo y al reo: muy probablemente la expresión es remedo paródico de *precursor de Cristo*, apelativo que se aplica por antonomasia a Juan el Bautista; *penca* es el ‘azote de cuero’ que emplea el verdugo (véanse las notas [20] y [23] de I, 1); *hacer de garganta*: ‘vocear el pregón con las culpas de los azotados’; y *a mi tío [hacer] de las suyas*: lo que, en su caso, es tanto como ‘azotar’. Por eso puede Pablos ‘oírlo hacer’, de acuerdo con las imágenes de tipo musical que siguen. <<

[120] *haciéndose de pencas*: fraseológicamente, ‘haciéndose de rogar’, pero aquí, jugando con la expresión, ‘aplicando el castigo con lenidad’, ya que, como veremos (nota [21] de II, 4), había sido sobornado para ello. <<

[121] Hay que suponer, por lo que dice Pablos a continuación, que su tío con estas palabras le está indicando una montura para que pueda acompañar el cortejo. No se olvide que los condenados solían montar también, aunque asnos o machos de albarda. Se explica así la resistencia de Pablos a figurar en la *sarta*. <<

[1] Véase la nota [\[100\]](#) de III, 2. <<

[2] *prometo*: 'aseguro'. <<

[3] Como quedará claro más adelante, y se anuncia ahora con la descripción del lugar que habita, Alonso Ramplón se halla plenamente inmerso en el submundo de la delincuencia. El matadero solía atraer la presencia de rufianes y valientes, sin entrar en la pésima reputación de los jiferos y matarifes. Además, la de aguador era considerada una ocupación vil. <<

[4] *penca*: véase la nota [119] de II, 3. <<

[5] Pablos todavía viste a lo estudiante. Véase la nota [20] de I, 5. <<

[6] Es decir, ‘cómo me encontraba yo viendo la infamia tan patente de mi tío’. <<

[7] *ropa*: ‘especie de sobretodo’; solía ir por encima del *sayo* (véase la nota [11]). <<

[8] O lo que es lo mismo y como se dice más abajo: un *animero*, el ‘encargado de reunir dinero con que ofrecer misas en sufragio de las ánimas del purgatorio’. <<

[9] ‘¡chócala!’ <<

[10] Se dice *mamona* a un gesto de menosprecio y a veces, como en este caso, de carácter amistoso que consiste en coger la cara del otro con la mano, aplastándole la nariz con el índice. <<

[11] El *sayo* o *sayón* era un ‘vestido de hombre con faldas’, que podía, en especial cuando se trata del *sayón*, llegar hasta los tobillos. Recuérdese, por otra parte, que también era zambo el espadachín mulato de II, 1. En determinados contextos, tal rasgo físico, por identificarse con el modo de andar característico de los monos, connotaba lujuria. <<

[12] Véase la nota [\[25\]](#) de II, 1. <<

[13] *devanado*: ‘envuelto, liado’. <<

[14] Lo llama *chirimía de la bellota* por el cuerno que los porqueros hacían sonar para reunir a sus animales. A él se alude inmediatamente. <<

[15] Añade X: «y para andar al uso, sólo erró en no traelle encima de la cabeza». <<

[16] *mulato*: véase la nota [46] de II, 1. El ser *zurdo* y *bizco* lo prejuzga negativamente, especialmente si, como veremos, resulta ser un corchete; véase la nota [22]. <<

[17] *falda*: ‘el ala del sombrero que tendía hacia abajo’. <<

[18] *gavilanes*: véase la nota [29] de II, 1; *coletto de ante*: véase la nota [47] de II, 1.

<<

[19] *cara de punto*: véase la nota [67] de II, 3; la expresión metafórica *hilvanada a chirlos* —nota [68] de II, 3— se crea sobre la frase hecha *coser a puñaladas*. Obsérvese que se repiten los rasgos fundamentales del mulato de II, 1, aunque aquí el retrato se basa en el equívoco sistemático y no en el apodo. <<

[20] Nombres de carácter marcadamente germanesco. *Romo* pudiera aludir al efecto de alguna pendencia o quizá de la sífilis sobre la nariz del personaje (véase la nota [9] de I, 3); *Garroso* remite a ‘garras’ y, por tanto, a las ideas de rapiña y latrocinio. La frase en su conjunto es equívoca: en un primer momento parece decir que ambos delincuentes ‘han expiado suficientemente sus crímenes’, pero, más tarde, se impone el sentido de ‘han sobornado con una cantidad elevada’ al agente de la justicia. <<

[21] Con el adecuado soborno, el verdugo podía apremiar el paso de la cabalgadura, con lo cual se reducía el tiempo del paseo ‘por las calles acostumbradas’ y, en consecuencia, el número de azotes que recibía el penado; y, como se ve, hasta podía emplear una u otra penca según el caso; *palmearon*: eufemismo por ‘azotaron’. <<

[22] ‘se lo pagué yo en vano a Juanazo, porque el borrico fue con paso lento y cansino y recibí los azotes estipulados’. Nótese el juego entre *los asentó* y *no se levantaron*; además, *ronchas* tiene el sentido añadido de ‘perjuicios económicos mediante engaño’, y *levantar ronchas*, el fraseológico de ‘mortificar o causar pesadumbre’. No debe extrañar que el paseado sea corchete, dada la mala fama de los ministros de la justicia. <<

[23] *concomiéndose*: por burla, ‘moviendo los hombros y la espalda como el que se restriega a causa de alguna comezón’. <<

[24] Es decir, 'sin rastro de azote'. <<

[25] ‘limosnero, el que pide por Dios para los pobres, las ánimas o alguna obra pía’; en este caso, ‘animero’. <<

[26] *zurriaga*: 'látigo, penca'. <<

[27] Obsérvese el uso transitivo de *hablar*. Véase la nota [2] de I, 2. <<

[28] El mulato se dirige a Pablos tratándolo como a clérigo, sin duda por haberlo tomado por tal a causa del manto y sotanilla estudiantiles que lleva (véase la nota [20] de I, 5). Entre otros eufemismos, se utiliza el verbo *padecer* para referirse al suplicio o los azotes a que la justicia sometía a los delincuentes. <<

[29] *empujones en el envés*: eufemísticamente, ‘azotes’. <<

[30] *supuesto*: ‘persona importante, de elevada posición’; ya que *suposición* puede entenderse como ‘dignidad, lustre’. <<

[31] *caricia*: véase la nota [4] de I, 2. <<

[32] *santiguar espaldas*: ‘azotar’, por los movimientos del brazo, hasta cierto punto similares. Esta metáfora burlesca prepara el comentario inmediato, que invierte el parangón: ahora es la bendición lo que se asemeja a los azotes.

El pasaje «Diciendo ... cruces» falta en la otra versión de la obra. <<

[33] *Brindóme*: véase la nota [46] de I, 3. <<

[34] Pasaje difícil por su concentración y contenido metafórico: «Teniendo en cuenta que todo el paso juega con el doble sentido de *razón* ('correspondencia a brindis' y 'cosa razonable') mi propuesta sería de reconstruirlo de la siguiente forma: el porquero brindaba a Pablos, pero, antes de que éste pudiese corresponderle, él mismo se hacía la razón; así que el porquero hacía más razones ('bebía') de cuantas razones ('cosas razonables') decían los demás comensales» (A. Gargano). Por tanto, *las* se refiere catafóricamente a *razones*, en el doble sentido expuesto; de ahí el *me las cogía al vuelo* ('entendía' y 'anticipaba'). Véase la nota [46] de I, 3. <<

[35] «Nótese la serie: razón [entendimiento], memoria y voluntad» (D. Ynduráin); es decir, las potencias del alma. <<

[36] Véase la nota [\[18\]](#) de I, 7. <<

[37] Se insiste, llevándola al extremo, en la tradición sobre los sospechosos rellenos de los pasteles de a cuatro; aquí, como se ve enseguida, no sólo se sugiere abiertamente que éstos incluyen carne humana, sino que, de forma algo más velada, Ramplón insinúa inmediatamente que se trata de la del padre de Pablos. <<

[38] *suelos*: las ‘bases de los pasteles’, que eran de hojaldre (compárese con la nota [30] de I, 3); «*suelo*, al ser la primera persona singular del verbo *soler*, sugiere *costumbre*» (B. Ife). <<

[39] *las suyas*: ‘sus ánimas’. <<

[40] Hay chistes similares en otros textos de Quevedo. <<

[41] *un ojo medio acostado*: ‘un ojo entreabierto’, o, si se prefiere, ‘medio cerrado’; a partir de la frase hecha *dormir los ojos* (‘entreabrirlos’); *el otro nadando en mosto*: dada la gran cantidad ingerida, el vino es el fluido que recorre el cuerpo del borracho.

<<

[42] *avisillo*: ‘aperitivo’, porque despierta (avisa o llama) la sed. <<

[43] *se lo chocló*: ‘se lo embutió’. *Choclar*, en el juego de la argolla, es ‘pasar el bolo por el aro dispuesto al efecto’. <<

[44] *ahirmar*: ‘apoyarse, afirmarse’. <<

[45] *movedizas*: ‘portátiles’; téngase en cuenta que no existía el comedor como dependencia y conjunto de muebles específicos. <<

[46] 'el cuerno'. <<

[47] Nueva referencia a Pablos, que se cubre con un manteo; véase la nota [28]. Evidentemente, el plural *clérigos* se justifica por los efectos multiplicadores de la borrachera del verdugo. <<

[48] Hay un equívoco: *en suma* puede entenderse como ‘definitivamente’ y ‘al sumar’. «El sentido de la frase es que el verdugo no sólo *suma* (ve doble), sino que multiplica (*tantos clérigos*)» (D. Ynduráin). <<

[49] *velador*: 'candelerero'. <<

[50] *órgano*: posiblemente es una referencia burlesca al cuerno. <<

[51] *desollar la zorra* es ‘dormir la mona o la borrachera’. <<

[52] Los propios del sofoco producido por la ingestión alcohólica. <<

[53] ‘Demasiado han descansado ya las ánimas, habida cuenta de que depende de ellas mi sustento’. <<

[54] Forma vulgar de 'eclipse'. Los eclipses eran tenidos por signos de mal agüero. <<

[55] A manera de conjuro. <<

[56] *por puntos*: 'inconteniblemente'. <<

[57] Manera reticente y chistosa de decir que estaba borracho. Partiendo de que *zorra*, en una de sus acepciones, significa ‘borrachera’, el que es su sinónimo en la acepción recta —*raposa*— pasa, burlescamente, a serlo también en la otra. <<

[58] Los verdugos tenían derecho a las vestimentas de los ajusticiados. <<

[59] *reconocer*: ‘establecer y admitir el monto de una deuda’. <<

[60] Esto es, ‘entre vómitos y orines’; *enjaguaduras*: ‘el agua sucia después de fregar con ella’; *monas*: ‘borracheras’. <<

[61] ‘de vinos devueltos (vomitados y orinados)’. <<

[62] *le reduje*: 'lo forcé, logré de él'. <<

[63] Teniendo en cuenta que en la carta de I, 7 se hablaba de ‘hasta cuatrocientos ducados’, Ramplón se ha bebido y gastado alrededor de cien. <<

[64] Equívoco muy corriente entre la dignidad eclesiástica y las ronchas que levantaba Alonso Ramplón. Véase la nota [23] de I, 1. <<

[65] Nótese el sarcasmo, ya que, al principio de II, 2, se lamentaba Pablo por no haber tenido «de quien aprender virtud, ni a quien parecer en ella». <<

[66] La *taba* es el astrágalo; y también el juego en el que se emplea el de un carnero, tirándolo al aire, de manera que según la forma en que caiga gana uno u otro de los jugadores. <<

[67] Véase la nota [\[90\]](#) de II, 3. <<

[68] *fábrica de la sed*: burlescamente, ‘el dinero para comprar el vino que bebían entre todos’, ya que *fábrica* es el ‘fondo que suele haber en las iglesias para gastos del culto’; hay que suponer, pues, que con el dinero de los que iban perdiendo se mantenía lleno el jarro. <<

[1] *entre mí diciendo*: véase la nota [\[33\]](#) de I, 3. <<

[2] *jinete de gaznates*: ‘verdugo’, porque solía éste montarse a horcajadas sobre los hombros del ahorcado para acelerar su muerte. <<

[3] El buscar el anonimato, en este caso de la Corte, para mejor lograr su intento es una de las notas comunes en la representación de los medradores. <<

[4] Esto es, ‘cambiar el ropaje estudiantil por uno más adecuado para la nueva vida en la Corte’. <<

[5] Pablos da por seguro que será condenada por la Inquisición a morir en la hoguera. Véase la nota [\[22\]](#) de I, 7. <<

[6] ‘y me trincha (hace cuartos)’. Es un anacoluto característico del estilo oral del *Buscón*. <<

[7] Véase la nota [6] de II, 2. <<

[8] Se trata de uno de los pasajes más debatidos de la obra, al haberse querido ver en él una referencia al *Quijote*. <<

[9] *de portante*: ‘apresuradamente, de prisa’. <<

[10] El viajero va vestido como caballero a la moda y aun con cierto lujo. El llevar la *espada ceñida* es un signo externo de hidalguía, frente a, por ejemplo, la manera de llevarla los rufianes y jaques. Las *calzas atacadas*, que cubrían toda la pierna y se unían al jubón mediante las agujetas (véase la nota [20] de I, 2), eran un signo de distinción social; lo mismo que las *botas*, sujetas incluso a imposición cuando rebasaban determinada altura. <<

[11] *el cuello abierto*: los cuellos adquirieron a principios del siglo XVII grandes proporciones y se puso de moda el abrirlos, es decir, componerlos, de acuerdo, por ejemplo, con las caprichosas formas de los cuellos de lechuguilla, utilizando para ello unos moldes especiales; se explica así la apostilla *más de roto que de molde*. <<

[12] *señor licenciado*: «se llama vulgarmente al que viste hábitos largos o anda en traje de estudiante» (*Autoridades*). <<

[13] Significativa reacción que posiblemente haya que relacionar con el hecho de que viniese *de portante*. <<

[14] Véase la nota [\[10\]](#). <<

[15] Es decir, ‘traía medio culo (*rabo*) al aire, porque le faltaba una parte de la *camisa*’, la cual se vestía en contacto directo con el cuerpo. «Sólo se ve una *ceja* (y no las *cejas*, que eran ‘ciertas guarniciones que echan a los vestidos en los extremos’), y ello porque únicamente tiene un trozo de camisa» (A. Rey Hazas); *tapado ... de medio ojo*: ‘a medio tapar’, como las mujeres que cubrían sólo parte de su rostro, dejando el ojo izquierdo visible. <<

[16] Posiblemente, 'con una sola agujeta'. <<

[17] *cachondas*: vulgarmente, ‘calzas’. <<

[18] A pesar de no ser un sinónimo exacto, aquí *bragas* vale, igual que antes *cachondas*, por ‘calzas’. <<

[19] *cuchilladas*: ‘cortaduras que se hacían en las calzas para dejar ver la *entretela* o forro, normalmente de color y tejido distintos’. <<

[20] El conde de Irlos o conde Dirlos es un personaje del romancero, perteneciente al ciclo carolingio. <<

[21] Recuérdese que el hojaldre es lo que recubre el contenido de los pasteles o empanadillas. Véase la nota [\[18\]](#) de I, 7. <<

[22] Se proclama, por tanto, 'hidalgo de sangre'. La Montaña santanderina era considerada la cuna por excelencia de la nobleza e hidalguía españolas; y la pretensión de proceder de ella, por tópica y generalizada, fue objeto corriente de sátira. <<

[23] *hijo de algo*: 'hidalgo'. <<

[24] *ejecutoria*: véase la nota [23] de II, 1. <<

[25] En efecto, a veces las ejecutorias se pintaban con letras de oro. Véase la nota [87] de III, 4. <<

[26] Las píldoras se doraban por fuera para disimular su sabor amargo. <<

[27] La burla del abuso del *don*, en principio reservado a la nobleza de sangre, es muy frecuente en las letras de la época. El juego de palabras, de hecho, puede considerarse tradicional. <<

[28] *Toribio* es un nombre de sugerencias burlescas; particularmente, se asocia en la obra de Quevedo al ‘montañés pelón’. <<

[29] También puede considerarse tradicional el chiste. <<

[30] Nótese la anfibología. <<

[31] *mesa franca*: véase la nota [17] de I, 7; *estómagos aventureros*: ‘gorrones’,
recuérdese la expresión *panzas al trote* en I, 4. <<

[32] *refocilo*: ‘alegría, disfrute’. <<

[33] *industria*: ‘ingenio o destreza que tiene como fin el engaño’. Véase la nota [37] de I, 1. <<

[34] *trazas*: véase la nota [36] de I, 6. <<

[1] Se trata de afirmaciones que abundan en el tópico quinientista que pinta la Corte como lugar de confusión y mundo abreviado. <<

[2] *hebenes*, *güeros*, *chirles*: véase la nota [1] de II, 3; *chanflones*: ‘falsos, contrahechos’, como puedan serlo ciertas monedas; *traspillados*: ‘desfallecidos, consumidos por la falta de alimento’; *caninos*: ‘famélicos’. A la luz de estas palabras de don Toribio, parecen poco verosímiles sus afirmaciones anteriores a propósito de *la casa de solar montañés*. <<

[3] Véase la nota [33] de II, 5. <<

[4] *trabajo*: véase la nota [11] de I, 1. <<

[5] Son todas metáforas que ponen de manifiesto el carácter parásito de los caballeros chanflones. <<

[6] De ahí la frecuente equiparación del necesitado con el camaleón, que, según se creía, se alimentaba del aire. <<

[7] *representamos*: ‘aparentamos’. <<

[8] *de parte de noche*: ‘de noche, por la noche’. <<

[9] *mascar*: vale vulgarmente por ‘comer de forma ansiosa y descompuesta’. <<

[10] *vigilias*: ‘abstinencias de carne’, o, más en general, ‘ayunos’. <<

[11] Véase la nota [\[15\]](#) de II, 2. <<

[12] *aplazada*: ‘citada, convocada’; esto es, ‘tenemos cita concertada con la sopa boba’. Véase la nota [55] de II, 3. <<

[13] En la época era habitual el orinar en público, a no ser en presencia de damas; *soleniza*: ‘celebra, encarece’; *barato*: ‘el dinero que el que gana en el juego reparte entre quienes le han prestado algún servicio e, incluso, entre los mirones’. <<

[14] El utilizar la sombra a modo de espejo es una costumbre que Quevedo ridiculiza en otras ocasiones.

En la otra versión, el objeto de la exposición al sol con las piernas abiertas es más evidente por cuanto se añade: «y con unas tijeras las hacemos la barba a las calzas. Y como siempre se gastan tanto las entrepiernas». <<

[15] *cuchilladas*: véase la nota [19] de II, 5. <<

[16] Evidente chiste dilógico con el término *cuchilladas*, utilizado aquí en su sentido recto frente al indumentario de la frase anterior. <<

[17] La *bayeta* es un género de tela ligera que se utiliza para el luto y también para servir de forro o entretela a las calzas atacadas (véase la nota [19] de II, 5). Parece indicar don Toribio, entonces, que la parte de atrás de las calzas se quedaba con sólo el forro, puesto que la tela más aparente se utilizaba para remendar la parte de delante. <<

[18] *escaleras claras*: quizá, las ‘escaleras que entre escalón y escalón tienen un espacio vacío’, de manera que, desde debajo de ellas, se puede ver al que sube. <<

[19] Estas metamorfosis de las prendas, que Quevedo convierte en genealogía, constituyen un tópico satírico de la caracterización de pobretones y miserables. <<

[20] *ropilla*: véase la nota [22] de I, 1; *greguescos*: véase la nota [46] de II, 3; *capuz*: ‘especie de capote cerrado por delante, con capucha’; *soleta*: ‘plantilla de la media, para reforzarla’. <<

[21] *escarpines*: ‘especie de calcetines’; *pañizuelo*: ‘pañuelo’. Nótese que las distintas prendas tienen, lógicamente, una extensión inversamente proporcional a la proximidad del parentesco con las que efectivamente lleva don Toribio. <<

[22] Se fabricaba el papel a partir de telas y lienzos de desecho. <<

[23] Los *zapatos*, por su tufo, se asemejan a cadáveres que deben ser resucitados. Véase la nota [8] de I, 5. <<

[24] El *herreruelo* es un tipo de capa corta, caracterizado por tener un pequeño cuello en lugar de la capucha tradicional. <<

[25] Las llamadas a la fraternidad son frecuentes en las distintas epístolas del Nuevo Testamento, especialmente en las de San Pablo y San Pedro, más que en los Evangelios propiamente dichos. <<

[26] Esto es, 'aunque sea como condenados expuestos a la vergüenza pública'. Véase la nota [23] de I, 1. <<

[27] *arquilla*: ‘pequeño compartimento para llevar el equipaje, situado en la *trasera*, o parte de atrás, del coche’. <<

[28] *estribo*: «asiento y ventanilla correspondientes a la portezuela del coche, y la misma portezuela» (A. Castro). El mejor lugar, por tanto, para ser visto desde fuera.

<<

[29] ‘Si sentimos picor’, a consecuencia de la picadura de algún parásito. Véase la nota [58] de I, 3. <<

[30] ¿‘nos santiguamos aunque sea en el *introito...*’? <<

[31] *pane lucrando*: ‘por interés’. <<

[32] *en recuesta*: ‘galanteando, requiriendo en amores’. <<

[33] *abra los cuellos*: véase la nota [11] de II, 5; *hombre*: véase la nota [17] de I, 1. <<

[34] *el hombre*: véase la nota [17] de I, 1; *fondos en mugre*: véase la nota [17] de I, 3.

<<

[35] No se olvide que el almidón «es una cierta pasta que se hace del trigo remojado, lavado y exprimido, como leche que se cuaja» (Covarrubias). <<

[36] *faltas*: equívoco entre las acepciones ‘defectos o carencias’ y ‘ausencia de la menstruación en el embarazo’. <<

[37] *espital*: ‘asilo, hospital’. <<

[38] Véase la nota [7] de II, 1. <<

[39] *divertido*: ‘distráido’; véase la nota [34] de II, 2. <<

[40] A unos veinte kilómetros al noroeste de Madrid. <<

[41] *avisos*: ‘consejos, advertencias’. <<

[42] *chirlería*: neologismo burlesco para referirse al ‘modo de vida peculiar de los caballeros chirles’. Obsérvese que los reiterados ‘pensamientos de caballero’ de Pablos parecen encontrar su desenlace con este ingreso en la «chirlería». <<

[43] *cofadres*: ‘cofrades’. <<

[1] Nuevo retrato de vieja, en todo adecuado al tipo satírico. Recuérdense las amas de I, 3 y I, 6.

En X, en vez del pasaje «rostro ... años», se lee simplemente: «y muy vieja». <<

[2] *crespo*: ‘irritado, destemplado’, figuradamente. <<

[3] *buscar*: «en el sentido que hoy se da vulgarmente a ‘buscarse la vida’ ... De este sentido de *buscar*, sale *buscón*: ‘caballero de industria’» (A. Castro). <<

[4] Adviértase el sentido religioso de ‘profesión’ y que los caballeros chanflones aparecían caracterizados como una cofradía; *vida barata*: ‘chirlería’. <<

[5] *estantigua*: ‘fantasma, visión demoníaca’, y, por metáfora, ‘espantajo, ser de aspecto grotesco’; *bayeta*: ‘tela típica del luto’, véase la nota [\[17\]](#) de II, 6. <<

[6] Personaje del romancero que representa el honor y dignidad de la ciudad de Zamora tras el asesinato de Sancho II, sitiador de la plaza, a manos del traidor Vellido Dolfos. A causa de su avanzada edad, no pudo responder personalmente al reto de Diego Ordóñez, lugarteniente del difunto rey, pero envió a sus cinco hijos, todos los cuales encontraron la muerte. <<

[7] Dada la fama de melancólicos y tristes que tenían en la época los portugueses, a quienes además se les atribuía gran afición a las largas capas de bayeta.
El doble parangón amplificatorio comprendido en el fragmento «punto ... bayetas» falta en X, que lee: «más raída que su vergüenza». <<

[8] *germanía*: ‘la jerga de jaques y germanes o rufianes’. <<

[9] El llevar los guantes doblados en la mano era uno de los atributos del tipo satírico del médico. <<

[10] *para tener guantes*: «la expresión era disémica ‘para parecer poseerlos’ y, en lenguaje figurado, ‘para tener gratificaciones, regalos’ como los médicos» (J. Ciruelo); *guantes*, en efecto, puede tener el sentido de ‘agasajo, gratificaciones’ o incluso ‘soborno’. <<

[¹¹] *gatera*: véase la nota [16] de I, 3; *lanilla*: ‘tela ligera de lana, para vestidos de verano’. <<

[12] Chiste que juega con el nombre de la región castellana; muy vinculado a la tradición burlesca sobre vestimentas precarias. <<

[13] *hago caravanas*: ‘hago méritos’. Recuérdese la creencia que supone a las lechuzas grandes bebedoras de aceite (véase la nota [93] de II, 3). <<

[14] Todo el pasaje «que en mi hato ... algunos candiles» es exclusivo del manuscrito *B*. Por otra parte, en la oración que sigue, *X* lee, en vez de «disimula todo», «cubre, y así se puede andar». <<

[15] Véase la nota [10] de II, 5. Las calzas, cuya aparatosidad llegó a ser objeto de burla y reprensión, eran prenda obligada para un caballero que se preciase. <<

[16] *luto*: ‘el capuz (véase la nota [20] de II, 6) o capa larga, hasta el suelo, de bayeta en que consistía el traje de luto’. <<

[17] Ya que lo que se espulgaba era, fundamentalmente, la ropa; de modo que, paradójicamente, el pretender hacerlo, cuando no hay qué espulgar, se convierte en una afectación hipócrita. <<

[18] *espulgadero*: ‘la habitación donde se espulgaban’; *tablilla*: ‘cartel, rótulo’. «La tablilla de la puerta del espulgadero se parecía a las que ponen en las sacristías que dicen: “Hoy se saca ánima”, etc.» (A. Castro). <<

[19] *industria*: véase la nota [33] de II, 5. <<

[20] mal de calzas: eufemística e irónicamente, ‘con las calzas rotas’. <<

[21] Véase la nota [\[22\]](#) de II, 6. <<

[22] Véase la nota [\[20\]](#); *zaragüelles*: una especie de ‘calzones’, de carácter humilde.

<<

[23] La apariencia aristocrática del nombre debe aquilatarse a la luz del valor en germanía de *pedro*: ‘vestido afelpado propio de ladrones nocturnos’ y ‘cerrojo de puertas o ventanas’. <<

[24] Las *botas de camino* y el *vestido pardo*, en contraste con el negro habitual en la Corte, señalan que el recién llegado viste como si llegara de un viaje. <<

[25] *faldas*: véase la nota [17] de II, 4. <<

[26] Sobre la construcción *fondos en*, véase la nota [17] de I, 3. <<

[27] *Haráse a las armas*: véase la nota [10] de I, 6. <<

[28] *toquilla*: 'la cinta perteneciente al sombrero'. <<

[29] *de porte*: ‘de gastos de envío’, que, como se ve, debían ser pagados por quien recibe la carta. <<

[30] *honradas*: «‘distinguidas’: entregaba las cartas, como diríamos hoy, en ‘las mejores casas’» (A. Castro); *en aquel traje*: recuérdese que va vestido «de camino».

<<

[31] Era usual en la época servirse de los viajeros para llevar el correo; ello explica el engaño. Se trata de una estafa bastante común. <<

[32] *ropilla*: véase la nota [22] de I, 1. <<

[33] ‘hasta el muslo’: el *valón* es un ‘tipo de calzones o greguescos, procedentes de Valonia (Bélgica)’. <<

[34] ‘tela basta, de la usada para los cuellos’. Se traía de Anjou (o Angeo). <<

[35] ‘tejido de seda lujoso, normalmente estampado o con aguas’. <<

[36] ‘traía un cuello sencillo por no tener para uno abierto o de lechuguilla’; *valona*: ‘adorno sencillo consistente en una tira de lienzo que caía sobre hombros y espalda’.

<<

[37] *frascos*: véase la nota [50] de II, 3. Hay que suponer que el llevar frascos, aparentando así ser soldado, lo eximía de la capa. <<

[38] *trapajos*: ‘trapos’, despectivamente. Véanse las notas [18] de I, 5 y [110] de III, 2.

<<

[39] *alojamientos*: ‘los lugares, frecuentemente casas particulares, en que posaban las tropas, mientras no entraban en acción’. Es decir, había sido soldado de tornillo o churrullero (véase la nota [38] de II, 3) que desertaba al llegar al puerto de embarque. En la otra versión, en vez de la apostilla «en los alojamientos y hasta en la mar», se leía, con sentido equivalente, «pero malo y en partes quietas». <<

[40] *servicios*: véase la nota [104] de II, 3. <<

[41] *chanzas*: ‘argucias, triquiñuelas’. Véase la nota [4] de III, 10. <<

[42] La plazuela situada antaño ante el templo del mismo nombre en la calle Mayor, zona de encuentro ciudadano. <<

[43] *flor*: ‘engaño, embeleco’ y, más estrictamente, ‘fullería’. <<

[44] *u de saetilla a coz de dedo*: ‘o con un capirotazo’. En vez de estas palabras, encontramos en *X* lo que sigue: «y las más veces sorbimiento, cosa de sustancia y ahorro. Quedó esto así». <<

[45] ‘pequeña caja portátil para determinados instrumentales’, normalmente de costura o cirugía. <<

[1] ‘nos preparamos para combatir’ y, figuradamente, ‘nos metimos en faena’. <<

[2] *hallado*: ‘a gusto’; *como si todos fuéramos hermanos*: de hecho, constituyen una cofradía, aunque paródica. <<

[3] Puesto que también las vestiduras sagradas del sacerdote se componen de doce piezas, cada una con valor simbólico. De «alusión descompuesta y desvergonzada» se califica en el *Tribunal de la justa venganza*. Obsérvese que es sólo una más entre las comparaciones y términos que hacen, ya desde los capítulos precedentes, de la cofradía de caballeros chirles un remedo de orden religiosa. <<

[4] *averiguar con él*: ‘entender con el jubón’. <<

[5] *culcusir*: ‘coser o remendar de mala manera’. <<

[6] *arremedando*: ‘semejando, remedando’. <<

[7] *cañones*: ‘medias largas con pliegues a modo de gala’. Pero nótese la presencia de términos del ámbito militar, utilizados en sentido figurado, desde el inicio del capítulo: «ponerse en arma», «empuñaron», «socorría a los cañones». <<

[8] *Bosco*: Jerónimo van Aeken (1419-1516), conocido como el Bosco por ser natural de Hertogenbosch (Holanda). Algunas de sus obras se hallaban en El Escorial, donde pudo haberlas contemplado Quevedo. Se refiere a él en varias ocasiones. <<

[9] *arrapiezos*: 'harapos, andrajos'. <<

[10] «como si fuera una hora canónica. Recuérdese lo que había dicho don Toribio a Pablos: “Y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remediarnos” (II, 6)» (A. Gargano). <<

[11] *trazasen*: ‘ideasen ingeniosamente’. Vease la nota [36] de I, 6. <<

[12] Junto al *manteo*, formaba la indumentaria estudiantil que aún llevaba Pablos. Véanse las notas [20] de I, 5 y [28]de II, 4. <<

[13] *diécesi*: ‘diócesis, distrito’. <<

[14] *apolille*: ‘se busque la vida a costa ajena’; recuérdese que *polilla* tenía el sentido general de ‘parásito’. Véase la nota [5] de II, 6. <<

[15] *ropilla*: véase la nota [22] de I, 1. <<

[16] *herreruelo*: véase la nota [24] de II, 6. <<

[17] *trocaron a*: ‘cambiaron por’. <<

[18] *toquilla*: véase la nota [28] de III, 1; *algodones de tintero*: ‘especie de mecha, no necesariamente de algodón, que se introducía en el tintero para regular la tinta tomada por la pluma y evitar que se derramase’. No se olvide que se pretende vestirlo de negro, como, por otra parte, corresponde al traje cortesano. <<

[19] *valones*: véase la nota [33] de III, 1. <<

[20] *calzas atacadas con cuchilladas*: véanse las notas [10] y [19] de II, 5. <<

[21] Las calzas, cuando no eran enteras, consistían en *muslos* —la parte superior— y *medias* o *medias calzas*, que debían llegar hasta la rodilla. <<

[22] Véase la nota [\[11\]](#) de II, 5. <<

[23] *trabajoso*: ‘defectuoso, deteriorado’.

«El cuello está trabajoso» no figura en *B*. <<

[24] *la flor del sol*: 'el girasol'. <<

[25] *sacar pies* es 'retirarse hacia atrás sin volver la espalda'. <<

[26] *falda*: véase la nota [17] de II, 4. <<

[27] Juego entre el sentido fraseológico, equivalente a ‘andar con la cabeza alta, sin recato ni temor’, y literal de *andar con la cara descubierta*. <<

[28] *pretina*: véase la nota [42] de I, 6; *eslabón*: ‘pieza de metal en forma de doble anillo con que se percute el pedernal para hacer chispa’. <<

[29] *cuartel*: lo que antes *diócesi*, ‘distrito’. La zona de la calle *San Luis*, en las cercanías de la Puerta del Sol, y más concretamente la llamada *Red de San Luis*, tenía una reputación picaresca bien acreditada. <<

[30] *misacantano*: ‘el sacerdote recién ordenado que celebra misa por primera vez, en la cual normalmente actúa como padrino aquel otro que lo ordenó’. Véase la nota [3]. Este pasaje fue también reprobado, al juzgarlo irreverente, por el *Tribunal de la justa venganza*. <<

[31] Se trata de un equívoco muy repetido en la época. <<

[32] Malicioso juego dilógico con los términos *reverencias* y *paternidades*. El primero, además de referirse a ‘cortesías’, apunta al ‘título que se da a sacerdotes y religiosos’, concertando así con el segundo término. Pero éste añade aún la acepción de ‘calidad genética de padre’. <<

[33] *me trai en palabras*: ‘me da largas’. <<

[34] Parece ser un chiste tradicional. <<

[35] Las mulas de alquiler tenían muy mala fama y son un término de comparación de carácter marcadamente degradatorio. <<

[36] Entiéndase: ‘sacarle el dinero’. <<

[37] ‘quedó con melena’; *nazareno*: ‘especie de anacoreta judío que vive retirado del mundo y se deja crecer cabello y barba’; «y así llamamos cabellera nazarena a la que traen algunos ermitaños o peregrinos, que les cae sobre los hombros» (Covarrubias).

<<

[38] *ermitaño*: véase la nota [20] de II, 3; *caballero lanudo*: véase la nota [20] de I, 3.
En vez de «ermitaño», *X* lee «Verónica». <<

[39] *ensalmador*: ‘el curandero que se vale de rezos y bendiciones para sanar’. Véase la nota [21] de II, 1. <<

[40] *A quien bueyes ha perdido, cencerros le suenan en el oído*, dice una de las variantes del refrán aludido, sugiriendo que el dueño cree hallar lo perdido por doquier. El texto parece aquí contradictorio: apenas se entiende la sorpresa del acreedor, ya que éste no había llegado a ver al acompañante de Pablos antes de su transformación. <<

[41] *alcotín*: es un término sin documentar y, por tanto, sin un significado conocido preciso; quizá algún tipo de ‘fruta confitada’. De hecho, el aguardiente junto al dulce confitado constituía el desayuno tradicional. Era habitual la presencia de vendedores callejeros que ofrecían estos productos. <<

[42] *hombre*: véase la nota [17] de I, 1. <<

[43] Véase la nota [\[3\]](#). <<

[44] Probable eco del versículo evangélico: ‘Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta’ (San Mateo, 6, 26). Hay, de otro lado, una asimilación de los escribanos con aves como cuervos y grajos mediante la dilogía implícita del término *plumas*, el instrumento laboral por antonomasia de aquéllos. <<

[45] Sobre *caninos* y *traspillados*, véase la nota [2] de II, 6. Más allá del significado recto de los términos, se alude a los miembros de esta orden o cofradía paródica de buscavidas; como podría decirse ‘dominicos’ o ‘jerónimos’. <<

[46] 'Eres poco sufrido, tienes poco valor'. <<

[47] *trato*: ‘negocio, oficio’. <<

[48] Ya que las doce era la hora de comer por excelencia. <<

[49] *el hombre*: véase la nota [17] de I, 1; *comer más que un sabañón*: véase la nota [58] de I, 3. <<

[50] *noviciado, vigili*as: véase la nota [3]. Véase, asimismo, la nota [10] de II, 6. <<

[51] «Se cuenta que Mitrídates, rey del Ponto (132-63 a.C.), se familiarizó con los venenos más violentos, para inmunizarse contra su efecto» (A. Castro). Nótese la traslación semántica que hace del hambre algo que puede servir de alimento y sustentar. <<

[52] Véase la nota [9] de II, 6; y más abajo, como plasmación del sentido del verbo, la «prisa tan fiera» y los «tragos fieros» de Pablos cuando se hace invitar a comer. <<

[53] Véase la nota [\[51\]](#) de I, 3. La disimulación de la miseria tras esta clase de argumentos especiosos forma parte de una tradición satírica con antecedentes como los puestos en boca del escudero del *Lazarillo*. <<

[54] Véase la nota [\[47\]](#) de I, 3. <<

[55] Esto es, 'la sopa boba del convento de San Jerónimo'. <<

[56] ‘rollizos como capones cebados con harina disuelta en leche’. Véase la nota [\[26\]](#) de I, 3. La comparación maliciosa se sustenta en el color del hábito, formado por túnica blanca con escapulario, capilla y manto pardos. <<

[57] ‘comeré’. <<

[58] *pisando tieso*: ‘pisando firme y reciamente’. El andar airoso es motivo frecuente en la descripción de estos caballeros famélicos. <<

[59] Las migajas sobre el vestido ya habían sido indicio o sospecha de haber comido en I, 3, cuando Cabra se fundamenta en ellas para despedir a su criado «un viernes por la mañana». <<

[60] *escarbando*: ‘hurgando en la dentadura con un palillo o mondadientes’. Es uno de los motivos más célebres en torno a los hidalgos empobrecidos, aunque sean falsos o chanflones. <<

[61] Parece recordarse el famoso pasaje del *Lazarillo* en el que se presenta al escudero al salir de casa, ciñendo «un sartal de cuentas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho ... echando el cabo de la capa sobre el hombro». <<

[62] El *decenario* es un 'rosario abreviado formado por diez cuentas pequeñas y otra más gruesa, además de una cruz de remate y un anillo con que sujetarlo al dedo'.
¿Sugiere Pablos que el suyo no era sino un trozo de rosario? <<

[63] Véase la nota [\[49\]](#). <<

[64] En *B* se lee «fueran» en lugar de «fuera». <<

[65] *horras*: ‘libres’ y, por ello, ‘exentas de cualquier pago’. <<

[66] Hay testimonios literarios de la época referentes a la venta de pan en esta calle.

<<

[67] Esto es, ‘un pastel de ocho maravedís’. Véase la nota [\[18\]](#) de I, 7. <<

[68] ‘como alguien afectado por el mal de ojo’, cuyo síntoma más claro suele ser el súbito adelgazamiento y debilitamiento que experimenta la víctima. <<

[69] *las trazas que yo daba*: ‘los recursos o procedimientos ingeniosos que se me ocurrían’. <<

[70] *zamparme*: ‘meterme de golpe’. <<

[71] ‘enfilándolo’; «*hacer punta*, propiamente, es ‘volar el halcón en diversas direcciones, subiendo y bajando, antes de lanzarse sobre la presa’» (A. Castro). <<

[72] También se llamaba Flechilla el verdugo de Ocaña mencionado en II, 4. <<

[73] *haldeando*: ‘moviendo el manteo, como licenciado que era, al andar’. Véase la nota [20] de I, 5. <<

[74] *barros*: ‘salpicaduras de lodo’ y también, por dilogía, ‘manchas rojizas del rostro’;
sanguino: ‘hombre de complexión sanguínea, colorado’. <<

[75] *rabos*: ‘deshilachaduras o flecos que cuelgan de las ropas largas, como el manteo o la sotana estudiantiles’ y también ‘las salpicaduras de lodo que se adhieren a ellas’. Evidentemente, son signos del desaliño y de la carencia de cabalgadura de aquellos a quienes adornan. <<

[76] *chirrión*: ‘carro de dos ruedas, muy frecuente en las calles madrileñas’. Se utilizaba para el transporte de la basura; de ahí la imagen. <<

[77] *pulpo graduado*: partiendo de que *rabos* son también las ‘extremidades del pulpo’, observa Covarrubias que «cuando alguno trae el manteo desharrapado por bajo y lleno de lodos, decimos *traer más rabos que un pulpo*»; y ya que el que lo trae es un universitario, y viste como tal, se explica el adjetivo *graduado*. No entiendo el tercer parangón.

El fragmento «pulpo ... Italia» falta en X. <<

[78] *soña*: 'señora'. <<

[79] Recuérdese aquí que el ‘comer en casas ajenas’ forma parte de la vida chanflona expuesta por don Toribio en II, 6. De hecho, los invitados gorriones constituyen un tipo ampliamente extendido en la literatura de la época. <<

[80] *mujercilla*: véase la nota [15] de I, 4. <<

[81] *envite*: aquí, figuradamente, ‘ofrecimiento’; *industria*: véase la nota [37] de I, 1.

<<

[82] Chiste dilógico a partir de la acepción de *ante* como ‘entrada o primer plato’ en un menú y como ‘piel curtida de alce o búfalo’ con que se hacían los *coletos*. Véanse las notas [28] de I, 3 y [47] de II, 1. <<

[83] Era la creencia popular que la tierra del cementerio de Nuestra Señora de la Antigua había sido traída de Tierra Santa por los cruzados, y se le atribuía la propiedad de descomponer en muy poco tiempo los cadáveres allí enterrados. <<

[84] Hay en este pasaje una sucesión de silepsis; *despachar* puede significar ‘resolver o tramitar un negocio’ o ‘enviar’, y, metafóricamente, ‘comer, engullir’; *ordinario*, en relación con lo anterior, puede entenderse como ‘lo que se come normalmente en una casa’ —o quizá ‘el plato principal’ en oposición al ante y al postre— y al tiempo como ‘el correo ordinario que llega con periodicidad semanal’. De ahí el parangón: *extraordinario* se refiere al ‘envío postal que exige especial celeridad’. <<

[85] Recuérdense los «fieros bocados» con que el escudero daba cuenta del pan cedido por Lázaro en la obra anónima. <<

[86] *empedr  la faltriquera de mendrugos*: uso figurado a partir de la expresi3n *empedrar la escudilla del caldo* ('cubrirla de sopas de pan'); véase la nota [74] de I, 3; *faltriquera*: véase la nota [13] de I, 1. <<

[87] Alusión al refrán *El pan comido y alzada la mesa, la compañía deshecha*, que se aplica a los ingratos. <<

[88] *La puerta de Guadalajara*, correspondiente a una zona de la calle Mayor, en sí misma centro comercial por excelencia, era famosa por los mercaderes y plateros allí instalados. Los cuales atraían, como se verá inmediatamente, la presencia de busconas (*las que piden prestado sobre sus caras*), tratando de hacerse regalar joyas u otras cosas por algún galán incauto. <<

[89] *tapadas de medio ojo*: véase la nota [15] de II, 5. Se trata de dos busconas, como parece indicar esa referencia a *su vieja y pajecillo*, ‘alcahueta y recadero’, compañía tópica de daifas. <<

[90] Véase la nota [\[37\]](#) de II, 3. <<

[91] *pelado*: ‘calvo’, quizá a causa de la sífilis, y también ‘pobre’; *pospelo*: ‘contrapelo’. «Es un juego del vocablo típico de matracas, pullas y figas» (A. Rey Hazas). Probablemente debamos imaginar un juego de palabras procaz, a modo de insinuación sexual (*libertad*). <<

[92] *regatearon*: 'rehusaron'. <<

[93] Las telas de Milán eran especialmente estimadas. <<

[94] *de partes*: ‘de buenas prendas, dotado de virtudes y cualidades’. <<

[95] *oidores*: ‘jueces de los más altos tribunales’. <<

[96] *con achaque*: ‘con el pretexto’; véase la nota [33] de I, 5. <<

[97] *engazado*: ‘engarzado’. <<

[98] *en prendas*: ‘en fianza, como garantía’. <<

[99] *Regatearon*: véase la nota [92]. <<

[100] *preguntáronme mi posada*: ‘me preguntaron por mi casa, por mi residencia’. <<

[101] Se solía, en ocasiones, recurrir a mendigos para que llevaran las hachas de cera, dando así más lustre a los cortejos fúnebres. <<

[102] Quizá Olías del Rey, en la provincia de Toledo; y puede que haya una referencia chistosa al hedor desprendido por el militón. <<

[103] Hay que suponer que en una ‘danza de espadas’ o, más específicamente, en una ‘morisca’; esto es, en bailes en que se finge una lucha con espadas o bastones. <<

[104] *campo*: además del sentido corriente, conviene que se tenga presente también el sentido de ‘ejército en campaña’. <<

[105] En el anverso de los ochavos, monedas de muy poco valor (dos maravedís), figuraba un castillo. <<

[106] 'don Juan de Austria'. Recuérdense las pretensiones similares del alférez Mellado en II, 3. <<

[107] Luis Méndez de Quijada fue ayo de don Juan de Austria y ocupó cargos de relieve en la corte de Carlos V. Murió en 1570 luchando en la campaña de las Alpujarras. <<

[108] Véase la nota [\[33\]](#) de II, 3. <<

[109] Véase la nota [\[34\]](#) de I, 2 <<

[110] *entrapajada*: ‘vendada con trapos’; véase la nota [38] de III, 1. <<

[111] *sopa*: véase más arriba la nota [55]. <<

[112] Esto es, 'pobres vergonzantes'. <<

[113] *tolondrones*: lo mismo que ‘chichones’. <<

[114] *sopón*: ‘el que frecuenta la sopa boba y come de limosna’. <<

[115] Puesto que los *pasteles* tenían relleno de carne, no podían tomarse durante el período de abstinencia; véase la nota [18] de I, 7. <<

[116] *pía*: ‘el caballo de piel a manchas, como si fuesen remiendos’; *puntos*: ‘notas de la escritura musical’ y ‘pequeñas roturas en las medias’. Se trata de un parangón en equívocos de ascendencia oral que sigue la técnica de retratos como el del mulato en II, 4. <<

[117] ‘espuerta o cesta de mimbre’; *destos de la capacha*: ‘que se dedica a pordiosear’, por alusión a los ‘hermanos de la capacha’, los frailes de San Juan de Dios, que pedían, acompañándose de una cesta, limosna para los necesitados. <<

[118] De *gorrón*: ‘capigorrón, estudiante pobre que frecuentemente se empleaba como criado de alguno más rico, o bien pedía limosna’. <<

[119] *un don Peluche*: ‘un pelanas, un don Nadie’. <<

[120] El de bachiller era el grado inferior de entre los universitarios, previo a los de licenciado, doctor y maestro. Y la de Sigüenza era una de las universidades menores; su desprestigio fue terreno abonado para la sátira o, simplemente, la ironía. <<

[121] ‘a la sopa boba’; *brodio*: ‘el caldo de berzas y mendrugos, hecho de restos, que solían repartir entre los pobres algunas comunidades religiosas’ y, en general, cualquier ‘caldo chirle’. <<

[122] En vez de «de los godos» en *X* se dice «del Gran Capitán». <<

[123] La mayor parte de las ediciones acentúan *dejo*. <<

[124] *estaba ya fuera*: y, por tanto, lejos de las iras del pretencioso anciano, gracias a la intercesión, tardía y ya poco arriesgada, del portero; recuérdese que los demás sopones lo habían descubierto, todavía dentro del convento, «en un rincón detrás de la puerta».

En *B* se lee «desamprensando», y no «desaprensando». <<

[1] *pretina*: véase la nota [42] de I, 6; *búcaros*: ‘vasos de barro oloroso muy apreciados, en los que el agua adquiere su fragancia’; *vidros*: ‘vasos de vidrio’. <<

[2] Obsérvese que anteriormente (I, 6) Pablos se atribuía en propia persona esta estratagema para hurtar los recipientes, en su caso jarras, de las monjas. <<

[3] *sacóle de la puja*: ‘lo dejó chiquito, lo sobrepujó’; *Lorenzo del Pedroso*: véase la nota [23] de III, I. Téngase en cuenta la precariedad indumentaria de este cofrade en aquel momento. <<

[4] *trocado* ... a: véase la nota [17] de III, 2; por sinécdoque, *mesa de trucos* debe entenderse aquí —a veces se dice sólo el nombre del juego— como ‘el recinto en el que se juega a los trucos’; *trucos*: juego de habilidad semejante al billar’. <<

[5] *no se la cubriera pelo*: se juega de nuevo con el sentido literal y fraseológico de la expresión; véase la nota [26] de I, 1. <<

[6] ‘como si no llegase a un acuerdo para jugar’; *partido*: ‘acuerdo, avenencia’. <<

[7] Véase la nota [\[32\]](#) de I, 6. <<

[8] *ensalmador*: véase la nota [\[39\]](#) de III, 2; *santiguaduras*: ‘bendiciones supersticiosas o santiguos’, de *santiguar*. Era frecuente la figura de la vieja ensalmadora, o *santiguadora*, con resabios de hechicera. <<

[9] También el *rosario* del ermitaño tenía las *cuentas frisonas* (véase la nota [86] de II, 3 y la nota [71] de I, 3); *diciplina*: ‘disciplina, flagelo’. <<

[10] Véase la nota [\[23\]](#) de II, 4; <<

[11] *silicios*: ‘cilicios’. <<

[12] El uso fraseológico del verbo *levantar*, al deslexicalizarse, sustenta tanto éste como otros chistes quevedianos. Véase la nota [6] de III, 6. <<

[13] *y lo otro*: esto es, sobre ser aficionado al naípe, era *cierto o fullero* ('jugador de ventaja, tramposo'). <<

[14] Los juramentos y blasfemias, agravados frecuentemente por estar puestos en boca de religiosos o supuestos devotos, aparecen tradicionalmente ligados al vicio del juego. <<

[15] *santeras*: ‘beatas, ermitañas’; como sus colegas masculinos, de pésima reputación. <<

[16] *saco pardo*: véase la nota [80] de II, 3; *barba larga postiza*: véase la nota [20] de II, 3. <<

[17] *trazas*: véase la nota [36] de I, 6. <<

[18] *por su cuenta y razón*: ‘a su conveniencia’. Nótese el juego de palabras con las cuentas del rosario, reforzada por la repetición *conté, cuento, cuenta*. <<

[19] *trapaza*: ‘artificio comercial fraudulento’. <<

[20] *enclavijaba las manos*: ‘entrelazaba los dedos de las manos’; *de lo amargo*: ‘con aflicción’. <<

[21] *un saco de sayal*: véase la nota [80] de II, 3; presumiblemente, *amigo* debe ser considerado un eufemismo, dadas la patente hipocresía de la vieja y la reputación pésima de los ermitaños. <<

[22] El nombre parece apuntar a las borracheras de la vieja; la *labrusca* es una ‘especie de uva silvestre’. <<

[23] Según la construcción ‘aves de rapiña’; *rapiña*: ‘robo, expoliación’. <<

[24] *verdugos de a pie*: ‘verdugos de pacotilla, de poca monta’; recuérdese que el verdugo era llamado también *jinete de gatzates* (véase la nota [2] de II, 5). <<

[1] *doblón*: ‘moneda de oro, que podía tener distintos valores’. Aquí se alude, según se verá, al ‘doblón de a dos [escudos de oro]’ o ‘doblón sencillo’; los había también de ‘a cuatro’, de ‘a ocho’ y de ‘a diez’. <<

[2] *dile escudo como cara*: ‘puse el dinero por delante’. Figuradamente, *escudo* se refiere al doblón mencionado, ya que los doblones tenían por una cara el escudo de Castilla y León, y por la otra, la cruz de Borgoña; *cara*, además, sugiere, teniendo en cuenta el empleo del verbo *dar*, el giro *dar la cara*. <<

[3] Esto es, ‘los dos escudos que constituyen el valor del doblón’. <<

[4] *palmas*: ‘las de la mano’ y, secundariamente, ‘las de la palmera’; *dátiles*: ‘los frutos de la palmera’, pero aquí, fundamentalmente, por el juego semántico con *palmas*, ‘dádivas, sobornos’. <<

[5] Es decir, ‘los veintiséis reales que valía el doblón’. <<

[6] El carcelero, preparando el terreno, contesta, amenazante, como si Pablos hubiese alegado alguna enfermedad para no bajar al calabozo; *cepo*: ‘instrumento hecho de dos maderos con unos orificios donde se prenden los pies’, por seguridad o, como aquí, por castigo. <<

[7] ‘fingimiento, disimulación’; *hacer la deshecha*: ‘disimular’. <<

[8] Véase la nota [\[116\]](#) de III, 2; pero nótese que aquí *pías* funciona como adjetivo. <<

[9] ‘en parte tapados, en parte al aire’; *aloque*: ‘clarete, frecuentemente mezcla de vino blanco y tinto’. En la lengua burlesca de Quevedo funciona como sinónimo de ‘mezcolanza’ o incluso, cuando actúa como calificativo, de ‘manchado, impuro’. <<

[10] *manido*: «ajado, pasado» (A. Castro). Dado que *manir* es ‘macerar, adobar o, simplemente, guardar la carne para que se ponga tierna’, es posible un juego de palabras con *las puras carnes*. <<

[¹¹] *ropillas*: véase la nota [22] de I, 1; *greguescos*: véase la nota [46] de II, 3. <<

[12] Irónicamente, por oposición a los calabozos, ‘el lugar mejor acomodado destinado a los condenados por delitos menos graves o bien a los nobles’; sin olvidar que «la nobleza en la prisión consiste en la buena bolsa» (*Desordenada codicia*). <<

[13] Referencia al cambio de piel, o 'camisa', de las culebras. Era lugar común (Plinio, *Historia natural*, VII, XXXV). <<

[14] Véase la nota [104] de II, 3. A continuación, se lee en X: «y, a la media noche, no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio, pensando que eran truenos, empecé a santiguarme y llamar a Santa Bárbara. Mas, viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama. Unos traían cámaras y otros aposentos». <<

[15] *vedriado*: ‘pieza de barro vidriada’, en este caso ‘orinal’ o, como se dice más abajo, ‘bacín’. <<

[16] *le viene muy ancho*: «es más que lo que él merece» (Covarrubias); los demás presos parecen reprocharle chulescamente a Pablos sus excesivas pretensiones. E inmediatamente se añade un chiste a partir del sentido literal del giro. <<

[17] ‘discutimos acaloradamente’. <<

[18] ‘gobernador de una provincia, por lo general fronteriza’; y, en sentido literal, ‘anticipado, prevenido’. <<

[19] *cachete*: ‘puñetazo’.

En vez de «un reino», en *X* se dice «Castilla». <<

[20] *pretina*: véase la nota [42] de I, 6. <<

[21] ‘Subió de tono el griterío.’ <<

[22] *alcaide*: ‘gobernador de la cárcel’, pero también ‘castellano de un castillo’; de ahí el irónico empleo del término *vasallos*. <<

[23] Se añade inmediatamente en *X*: «a puro abrir los suyos», creando de ese modo un zeugma dilógico al entender por *ojos* ‘anos’. <<

[24] *zabullir*: ‘zambullir, meter de golpe’; *lo hondo*: ‘la zona de los calabozos’, más segura y menos confortable. <<

[25] *asíó del caso*: ‘aprovechó la oportunidad’. <<

[26] *arbórbola*: ‘griterío, algazara’. <<

[27] *dar para la limpieza* (o *para el aceite*): eufemismo por ‘pagar la patente o contribución que hacen, en este caso, los presos recién llegados a los más veteranos’. De nuevo, Pablos ironiza tomando el término en su sentido inmediato. <<

[28] En lugar de la apostilla «como si ... todo», en *X* se dice: «y no de la Virgen sin mancilla». <<

[29] *culebrazo*: de *culebra*, ‘la paliza de correazos, frecuentemente nocturna, que recibe el preso novato que no se aviene con los veteranos’. <<

[30] ‘mal encarado, de gesto airado’; *mohíno*: ‘colérico’. <<

[31] Por la fama, casi proverbial, de las minas de hierro vizcaínas. <<

[32] En germanía *jayán* es equivalente de ‘rufián respetado por los demás, valentón’; sugiere, como es el caso, un aspecto físico imponente. <<

[33] Confluyen varios sentidos, todos ellos por vía de figura, dando lugar al equívoco: ‘cosas sin importancia, naderías’, ‘delaciones de un soplón’ y ‘relaciones homosexuales’. <<

[34] Por su relación con el aire, son todos estos términos de germanía para ‘soplones’ que difunden las culpas ajenas. <<

[35] Nuevo equívoco de tono reticente; esta vez, según se aclara a continuación, entre ‘asuntos del pasado’ y ‘sodomía’. <<

[36] *botiller*: ‘el encargado de la bodega y, en general, la despensa del señor, despensero’; *depositario*: ‘aquel bajo cuya custodia se deja algo mientras no se hace cargo de ello su propietario’. Esto es, tilda al alcaide de servidor o subordinado del verdugo y de responsable de tenerle siempre a punto aquellos a quienes infligir el castigo. Véase la nota [24] de III, 3. <<

[37] La pena por sodomía era la hoguera. Advierte al alcaide que se guarde de aquel que no tiene nada que perder. <<

[38] *que te vendimie*: en germanía, ‘que te mate’; *de camino*: ‘de paso’. <<

[39] *carlanca*: ‘collar de púas para preservar a los mastines de las dentelladas de los lobos’. <<

[40] Téngase en cuenta que *tropa* es ‘la paliza que se da por castigo’ y que, en ese contexto, el nombre de *Robledo*, que en sí mismo tiene fuertes connotaciones germanescas, podría sugerir los bastones con que había sido golpeado. <<

[41] *liberalidades ... de manos*: véase la nota [31] de I, 1. <<

[42] ‘más golpeado que un jamelgo (para hacerlo andar)’; *postillón*: «se llama también al rocín flaco y trotón» (*Autoridades*). <<

[43] Nueva dilogía con el término *puntos*; esta vez con las acepciones ‘puntada con que se sutura una herida’ y ‘valor de las cartas de la baraja en el juego’; *flux*: véase la nota [29] de I, 1. <<

[44] ‘Le faltaban las orejas’, por castigo de algún robo o, acaso, por reincidente; *pegadas*: ‘cosidas, con cicatriz’, pero también hay que tener en cuenta, y así el zeugma dilógico, la construcción *pegar [dar] a uno una cuchillada*. <<

[45] *rapantes*: ‘rapaces, ladrones’, de *rapar* (véase la nota [39] de I, 1); al tiempo, se produce la atracción paronímica, quizá también de etimología burlesca, de *rampantes*, que es el término heráldico que se refiere a los animales erguidos y con las garras tendidas de los escudos de armas. <<

[46] ‘el no va más’; *chilindrón*: ‘combinación de sota, caballo y rey, que es la suerte ganadora del juego del mismo nombre’; metafóricamente la emplea Quevedo para referirse a ‘cualquier cosa que consta de tres diferentes y sobrepuja a otras de su clase’. Aquí probablemente se aplica a la serie *agrillados*, *gente de azotes* y *galeras*. El fragmento «gente de ... legítimo» no aparece en *X*, que incluye, en cambio: «y condenados al hermano de Rómulo». <<

[47] Se decía ‘servir al rey en galeras’, y los presos adoptan irónicamente el lenguaje oficial. <<

[48] 'su envío a galeras'. <<

[49] *mohínos*: véase la nota [30]. <<

[50] *culebra*: véase la nota [29]. <<

[51] ‘Fuimos reunidos en el rincón más recóndito’; *ahuchados*: ‘guardados, metidos’; de ahí el juego verbal con *faldriquera* (‘bolsillo’). <<

[52] *pantorrilla*: figuradamente, ‘chichón’. <<

[53] *prisiones*: aquí, ‘grillos’. <<

[54] *golpes*: además de su acepción más evidente, debe tenerse en cuenta la de ‘cortes que se practicaban en las telas de los vestidos para dejar ver la entretela’; *ropilla abierta*: quizá, la ‘ropilla con los dichos cortes, presumiblemente en las mangas’. <<

[55] *San Esteban*: como es sabido, murió lapidado. Nótese la adverbialización del nombre propio. <<

[56] *chollas*: vulgarmente, ‘cabezas’. <<

[57] Véase la nota [4] de I, 5; y, más arriba, la nota [27]. <<

[58] *ruana*: ‘manta de pésima calidad, raída’, «de que los pobres se sirven en sus camas, y especialmente para espulgarse» (*Autoridades*). <<

[59] *frisones*: véase la nota [33] de I, 2. <<

[60] *tres de a ocho*: ‘tres reales de a ocho’ o, lo que es lo mismo, ‘veinticuatro reales’, esto es, ‘tres escudos de plata’. Recuérdese que antes le había entregado veintiséis reales (véase la nota [\[5\]](#)). <<

[61] *escribano*: ‘el oficial público encargado de dar fe en los documentos y procesos legales’. En este caso, sin duda se trata de uno de los llamados *escribanos del crimen*, que entendían de los procesos —o *causas*— civiles. <<

[62] *picarillo*: ‘mozo’, en régimen de lo comido por lo servido. <<

[63] ‘tras haber cogido el dinero’; *mosca*: en germanía, ‘dinero’. <<

[64] La denuncia de la corrupción y venalidad de los representantes de la justicia en todos sus niveles, y concretamente en relación con la vida carcelaria, es muy frecuente en la literatura de la época. <<

[65] Otro *Diego García, alguacil* aparece en un baile de Quevedo. <<

[66] *relator*: ‘letrado encargado de la relación de la causa’. <<

[67] *ayuda de comerse*: por analogía con *ayuda de costa*, ‘soborno para que omitiese ciertos pasajes en la relación de la causa’. Véase la nota [57] de I, 3. <<

[68] *arcar*: ‘arquear, levantar’. <<

[69] 'distráido'. <<

[70] ‘poner énfasis mediante un movimiento o ademán, accionar’. <<

[71] Véase la nota [\[2\]](#). <<

[72] El alcaide solía gozar de vivienda aneja a la prisión, y no era extraordinario que permitiese el acceso a ella de algunos presos principales. <<

[73] 'prostitutas'. <<

[74] Los apellidos son harto sospechosos; sobre *San Pablo*, véase la nota [5] de I, 1; y sobre Moráez recuerda en exceso términos como *moro* o *morisco*. <<

[75] *bellaco ladrón*: expresión agresiva y de carácter lexicalizado limitada en general a los contextos interlocutivos. <<

[76] ‘el encargado de buscar alojamiento en la Corte a los funcionarios’. <<

[77] *rabos*: véase la nota [75] de III, 2. Evidentemente, Ana Morález prefiere tomar el comentario del aposentador en sentido literal. <<

[78] ‘por vida de mi abuelo’. <<

[79] *cuartos*: equívoco entre ‘cuartas partes’, ‘cuarteles del blasón’ y ‘moneda equivalente a cuatro maravedís’. <<

[80] *aspa del San Andrés*: «la cruz en aspa del martirio de este apóstol, pero también el aspa colorada cosida al saco amarillo o *sambenito* que debían llevar los penitenciados por la Inquisición y que se colgaba luego en las iglesias con los nombres infamados» (C. Vaíllo). <<

[81] El *aspa* era también ‘el utensilio empleado para formar *madejas* con lo hilado’; de ahí el equívoco. <<

[82] Evidente zeugma dilógico con *puerco*. Véase la nota [61] de I, 3. <<

[83] *buenos tiempos*: «por reprehensión, con ironía, se aplica a los relajados y malos»
(*Autoridades*) <<

[84] El nombrar a dos progenitores masculinos puede ser «quizá, un chiste malicioso; al igual que Pablos, Ana ha sido también hecha a escote» (F. Lázaro Carreter). De ser así, no deja de resultar irónica, a su vez, la apostilla inmediata de la buena mujer. <<

[85] *Auñón* es un pueblo; pero lo más relevante pudiera ser la atracción paronímica respecto a *uña* y sus derivados. Véase la nota [113] de II, 3. <<

[86] Recuérdese una serie de insultos similar a ésta en II, 3 (nota [19]). <<

[87] *Ejecutoria ... letras de oro*: véanse las notas [24] y [25] de II, 5. <<

[88] *al descuido*: ‘con descuido fingido’. <<

[89] Y así es, cosa de burlas, en efecto; pero aparenta querer decir: 'no es una nimiedad la prueba que yo tengo de su hidalguía'. <<

[90] *en un palafrén pardo*: irónicamente, ‘en un asno’; *a la brida*: véase la nota [18] de I, I. <<

[91] *músico de culpas*: ‘el pregonero’, que antecede al grupo de culpados entonando sus crímenes. Véase la nota [\[119\]](#) de II, 3. <<

[92] ‘los jueces’, por sus togas o *ropones*. <<

[93] ‘jumentos color melocotón, o quizá a manchas, de los aguadores’. <<

[94] Véase la nota [\[6\]](#) de I, 1. <<

[1] ‘pidiendo limosna’. <<

[2] De modo indirecto, se implica la promiscuidad sexual de la moza; *entremetida*: ‘entrometida, impertinente’. La adición, a partir de este término, de *entresacada* despierta las evidentes connotaciones sexuales de los verbos *meter* y *sacar*, las cuales son corroboradas por la añadidura de *salida*: ‘con apetito carnal desaforado’. <<

[3] *Zaceaba*: 'Ceceaba', por afectación. <<

[4] Debe entenderse como otro melindre propio de la coquetería de la moza. <<

[5] *despabilaba*: ‘quitaba la parte ya quemada del pabilo o mecha’. <<

[6] ‘tenía las manos juntas, a la altura del pecho, en actitud de oración’. <<

[7] *estrado*: ‘tarima sobre la que las mujeres se sientan en cojines y, por extensión, la habitación en la que se encuentra, y donde normalmente se recibían las visitas’; *de continuo*: ‘continuamente’. <<

[8] «juego de niños; uno de ellos pellizca las manos a los demás y dice: “Pizpirigaña, / mata la araña, / un cochinito / muy peladito / ¿quién lo peló?...”» (A. Castro). <<

[9] El hacer ostensibles de modo afectado manos y dientes por parte de la mujer era considerado, en el contexto satírico, como una dameraía enfadosa; y es un lugar común satírico el referir los subterfugios para exhibirlos. <<

[10] ‘tenían como negocio el hospedar...’. <<

[11] *buenas creedoras*: ‘crédulas o creederas’, quizá en implícita contraposición con *buenas creyentes*. <<

[12] ‘Gané el agradecimiento de todos, pero no el amor.’ <<

[13] *conservando la sangre*: «anfibológicamente, ‘la de Pablos’, por cuanto allí se alimentaba, y ‘la de Ana Moráez’, por sus pretensiones de cristiana vieja» (P. Jauralde). <<

[14] *no era de costa*: ‘no costaba nada’. No es la primera vez, y tampoco la última, en que Pablos busca un nombre más sonoro para acreditarse. Se trata de un paso más en la serie de suplantaciones que éste ha llevado a cabo desde su conocimiento de don Toribio. <<

[15] *asientos*: ‘contratos, frecuentemente de tipo crediticio’. <<

[16] *roto*: véase la nota [6] de I, 1. <<

[17] *cédula de cambio*: ‘pagaré’ (véase la nota [9] de I, 4); *a cobrar en mí*: ‘que yo debía hacer efectiva’. <<

[18] *acotáronme*: ‘me tomaron, me reservaron’. <<

[19] Es refrán. <<

[20] ‘tan encandiladas, tan prendadas’, por cuanto habían acudido al *cebo*, que, por figura, también se entiende como ‘fomento o pábulo que se da a un afecto o pasión’.

<<

[21] *de contado*: véase la nota [15] de II, 3. <<

[22] «La Orden de Cristo era una orden militar portuguesa; pero con *christus* se indicaba también “la cruz que precede al abecedario o alfabeto en la cartilla, y enseña que en su santo nombre se han de empezar todas las cosas” (*Autoridades*)» (A. Gargano). El chiste se burla indirectamente de las pretensiones de hidalguía y tratamiento atribuidas tradicionalmente a los portugueses. <<

[23] *capa de luto*: véase la nota [16] de III, 1. <<

[24] El gusto por las botas es otro de los rasgos indumentarios de la figura del portugués tradicional. <<

[25] Otro carácter t3pico en la figura chistosa del portugu3s es el de su alma enamoradiza, as3 como la expresi3n tierna y l3nguida de ese amor. <<

[26] *apuntado*: ‘enemistado, picado’. Téngase en cuenta que los dos parecen competir, con estilo bien diferente, por la joven posadera. <<

[27] Parece haber una tradición que apunta a la miseria y pobreza catalanas; recuérdese la mención dantesca a «l'avara povertà di Catalogna» (*Paradiso*, VIII, 77); *crió*: 'creó'. <<

[28] Porque las *tercianas* son unas fiebres intermitentes que sobrevienen al enfermo cada tres días. <<

[29] *morder*: además del sentido recto, ‘murmurar, hablar mal de alguien en su ausencia’. <<

[30] *gallina*: véase la nota [83] de II, 3. <<

[31] *cacareaba*: ‘fanfarroneaba, baladroneaba’; alusión al dicho *cacarear y no poner huevos* (‘mucho ruido y pocas nueces’). <<

[32] *pícaro*: aquí quizá lo mismo que ‘picaño’, «el andrajoso y despedazado» (Covarrubias); *desarropado*: ‘desarrapado’. <<

[33] 'llegamos al tuteo', en cuanto es indicio de gran confianza y trato familiar, aunque no necesariamente de intimidad amorosa. <<

[34] Se trata de un señorío imaginario. <<

[35] El mayordomo solía ser el encargado de administrar la hacienda del señor (véase la nota [9] de I, 4). <<

[36] ‘que venía de las depositarías’; *depositaría* : ‘lugar donde se depositan y guardan caudales, tesorería’. <<

[37] *cobranzas*: se supone que ‘las de algunos censos o las de rentas de su señorío’. <<

[38] Esto es, 'los escribanos'. <<

[39] *causa*: véase la nota [61] de III, 4. <<

[40] La frase admite varias interpretaciones: ‘incluso por encima de los tejados levantan falsos testimonios’ o ‘incluso difaman a la divinidad’; *tejas arriba*: lo divino, frente a *tejas abajo* (‘lo mundano’): nótese, además, la dilogía de *levantar*, según se considere en sentido recto o como parte de la frase hecha *levantar falso testimonio*. Véase la nota [6] de III, 6. <<

[¹] *causa*: véase la nota [61] de III, 4. <<

[2] El fragmento «echaba de ver ... escribano» falta en *B* <<

[3] Véase la nota [36] de I, 6. <<

[4] *Unas*: en *B*, «una». <<

[5] Pablos identifica a los *escribanos*, para tildarlos de judíos, con los *escribas* evangélicos. <<

[6] De nuevo —véanse las notas [12] de III, 3 y [40] de III, 5—, se hace un chiste a partir de los sentidos recto y fraseológico de *levantar*. <<

[7] Nótese el juego dilógico con *dar*. <<

[8] Dada la creencia popular de que los diamantes sólo podían labrarse utilizando, bien otro diamante, bien sangre caliente de cabrón, entiéndase: «la dureza del escribano sólo puede quebrarse con la sangre del soborno» (J. Ciruelo). <<

[9] *querida*: 'novia, amiga'. <<

[10] *desenvainando ... espetar*: adviértase la equiparación de la *pluma* del escribano con una arma ofensiva, en este caso, una espada. <<

[11] Las protestas del portugués son otra muestra de la puntillosidad que en cuestiones de honor se les atribuía tradicionalmente. Véase la nota [22] de III, 5. <<

[12] Entiéndase, ‘buenos para todo, mas, en cualquier caso, infames’. Por si no bastase la mala fama de los *corchetes*, los *ganapanes* —‘esportilleros o mozos de cuerda’— eran tenidos por gente holgazana y de mal vivir. <<

[13] Esto es, 'solicitaban a gritos la intervención de otros representantes de la justicia'.

<<

[14] A pesar del antecedente en plural, era corriente el uso de la forma singular *quien*.

<<

[15] ‘me percaté inmediatamente del sentido de lo que decía’. Véase la nota [28] de III, 7. <<

[16] *ellos* puede referirse tanto a ‘los palos que no se decidió a devolver’ como a ‘sus salvadores’. <<

[17] *mojicones*: ‘puñadas, puñetazos’. <<

[18] ‘Tras cornudo, apaleado, y mandábanle bailar, y aun dicen que baila mal’; tal es el refrán en versión de Correas. <<

[19] *sacudido*: equívoco entre el sentido más patente y el de ‘desenfadado, desenvuelto’. <<

[20] Es decir, 'ya iban descubriendo lo falaz de mi riqueza'. Véase la nota [43] de III, 1. <<

[21] *trazar*: véase la nota [54] de I, 3. <<

[22] Tanto el lugar de nacimiento del licenciado como su nombre parecen aludir al papel que desempeñará en seguida como falso agente inquisitorial. <<

[23] *la señalada*: esto es, ‘la noche señalada’; *requirieron*: ‘advirtieron como agentes de la autoridad; intimaron’. <<

[24] *familiar*: ‘demonio personal que acompaña y sirve’. <<

[25] *horra*: ‘libre, sin detrimento económico’; véase la nota [65] de III, 2. <<

[26] *calza de obra*: quizá ‘de punto’, pero más probablemente ‘bordada’. Era prenda de cierto lujo y vistosa. <<

[27] *lacayo*: probablemente ‘cinta larga de adorno’, y no, según su sentido usual, ‘mozo de espuelas’; *en menudos*: ‘en calderilla, en fracción’. <<

[28] *encaminarían*: ‘proporcionarían’ (véase la nota [69] de III, 8); *parte conveniente*: aquí posiblemente ‘un buen partido’. <<

[29] *arcaduz*: ‘cangilón de la noria’ y, figuradamente, ‘medio o expediente adecuado para llevar algo a buen fin’. <<

[30] *negro*: ‘astuto, taimado’, pero también ‘desventurado’ e, incluso, ‘ansioso’ o ‘afanoso’; véase la nota [16] de I. 5. <<

[31] *almonedas*: ‘lugares en que se procedía a la venta de distintos bienes mediante subasta pública’. <<

[32] *lacayo*: frente al pasaje anterior, ‘mozo de espuelas que acompaña a pie al señor, que va a caballo’. Era aditamento imprescindible para aparentar señorío. <<

[33] La *calle Mayor* era la calle comercial por excelencia (véase la nota [88] de III, 2); *jaeces*: ‘adornos para el caballo’. <<

[34] ‘solté la lengua’; *prosa*: ‘palabrería, labia’. <<

[35] *Prado*: ‘el paseo que se extendía desde lo que hoy es plaza de Cibeles hasta la actual glorieta de Atocha’; era lugar famoso de galanteo, sobre todo al anochecer, cuando las damas acudían frecuentemente en coche de caballos, según se verá; *a bureo*: ‘a divertirse’. <<

[36] Se trata, por supuesto, de un fingimiento para darse aires de gran señor. <<

[37] *librea*: ‘traje con ciertos distintivos que los grandes señores daban a sus criados para que fuesen reconocidos como suyos’; *caminamos*: ‘nos dirigimos hacia allí’, no se olvide que van a caballo. <<

[38] *cuyos*: véase la nota [28] de II, I. <<

[39] *hablar muy recio*: el hablar en alta voz, junto a, por ejemplo, la mala letra (nota [41] de I, 2), era uno de los atributos satíricos de la figura del caballero; *cañas*: el juego de cañas consistía en una ‘pugna deportiva aristocrática, a modo de combate entre varias cuadrillas a caballo, en que se utilizaban las cañas o bohordos como proyectiles; *porcelana*: ‘de color blanco azulado’. <<

[40] *Roldanejo*: probablemente sea el nombre de un caballo, ‘diminutivo de Roldán’.

<<

[41] *cúyo era*: ‘de quién era [se supone que el caballo]’; véase la nota [28] de II, I. <<

[42] *embelesados*: ‘pasmados, perplejos’. <<

[43] 'fantoche muerto de hambre'. <<

[44] *hábito*: ‘insignia de una orden militar’; *que era hábito y encomienda todo junto*: comentario irónico sobre el poder de la riqueza; *encomienda*: véase la nota [22] de II, 1. <<

[45] El llevar la capa sobre el hombro debía de ser un signo de prestancia; recuérdese el momento en que Pablos se esforzaba por aparentar haber comido: «Ya yo iba tosiendo y escarbando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo» (II, 2). <<

[46] Debe suponerse que *lindo*, que suele ser despectivo, se refiere al afectado modo de vestir de Pablos y su pretenciosidad. Es la única vez que el protagonista recibe en la obra el apelativo de *buscón*; véase la nota [3] de III, 1. <<

[47] *picardease*: ‘tontease, enredase’. <<

[48] *estribo*: véase la nota [28] de II, 6. <<

[49] ‘poco menos’. Pero nótese que se utiliza un léxico propio de los juegos de cartas; *cincuenta* puede entenderse como una suerte particular consistente en tal suma de *puntos* por una combinación específica de cartas. <<

[50] *dote* tenía género masculino en la época. <<

[51] *limpia*: ‘limpia de sangre’; *en cueros*: ‘sin nada, sin dote’ y ‘desnuda’. <<

[52] *al pie de*: ‘casi, cerca de’; *ducado*: ‘moneda de cuenta que equivalía a once reales de plata (374 maravedís)’; como referencia, recuérdense los trescientos ducados que heredó de su padre. Se trata de una cantidad ciertamente capaz de despertar la codicia de las damas. <<

[53] ‘con buenas perspectivas’. <<

[54] *tan*: aquí con el sentido de ‘muy, extremadamente’. <<

[55] No tan pobre: véase la nota [\[52\]](#); claro que, en cuestión de dotes, el mentir o el exagerar eran frecuentes. <<

[56] ‘no tiene nada que envidiar a nadie en cuestión de linaje’, pero admite otras interpretaciones menos favorables. <<

[57] Son dos versos del romance fronterizo *A la muerte de don Alonso de Aguilar*. <<

[58] *echaba menos*: ‘echaba de menos’. <<

[59] *cajas*: por excelencia, ‘las que contienen alimentos o confituras’; véase la nota [28] de I, 4. <<

[60] Además de zona de caza real, la Casa de Campo, al oeste de la ciudad, era un lugar de recreación muy frecuentado por los madrileños a partir del arreglo de sus jardines en el año 1556, y sitio predilecto para citas y convites entre enamorados. <<

[61] *caminar*: véase la nota [37]. <<

[62] *martelo*: 'galanteo'. <<

[63] *quinolicas*: ‘quínolas, juego de cartas parecido a la primera’. <<

[64] Se trata de una cantidad considerable; compárese con los pequeños sobornos al carcelero o al escribano, o con lo que constituía el jornal de un peón de la construcción de Valladolid en los primeros años del siglo XVII: entre cuatro reales y cuatro reales y medio. <<

[65] Esto es, 'cederlo a otra persona a cambio de una renta'. <<

[1] *dar traza en*: ‘resolver con alguna argucia lo relativo a’; véase la nota [36] de I, 6. Las *meriendas* no eran, como se verá por los preparativos de Pablos, un compromiso irrelevante; además la merienda solía ser ocasión típica de escaramuzas amorosas. <<

[2] *repostero*: ‘encargado, en casa de los señores, del servicio de la mesa y de la plata correspondiente’. <<

[3] *pretina*: véase la nota [42] de I, 6. <<

[4] ‘como si fuesen documentos de negocios’; *memorial*: ‘escrito dirigido al juez o a alguna autoridad en que se solicita alguna gracia o se insta a la resolución de algún asunto pendiente’. <<

[5] *ropilla*: véase la nota [22] de I, 1. <<

[6] *y todo*: ‘también’. <<

[7] Una familiaridad acaso excesiva, lindante en lo despectivo y grosero; era tratamiento reservado a inferiores, como criados y mozos, y en ocasiones a amigos íntimos. <<

[8] ‘las prevenía para una merienda improvisada’, como las comedias o los versos de repente. <<

[9] *jarcia*: ‘enseres, aparejo’. <<

[10] *cenador*: ‘en los jardines, espacio ameno normalmente cubierto por una enramada o un tejadillo y a menudo con algún lugar donde poder sentarse’. <<

[11] Los que había en la Casa de Campo; véase la nota [\[60\]](#) de III, 6. <<

[12] *regalos*: ‘halagos, atenciones’. <<

[13] Entiéndase: ‘sin el rebozo que les tapaba la cara’, en señal de confianza y quizá por coquetería. Véase la nota [89] de III, 2. <<

[14] *asestado*: ‘dirigido ofensivamente’; nótese el uso del verbo *asestar*, que convierte *matrimonio* en equivalente a una arma ofensiva. <<

[15] *esposos*: ‘apretados, muy juntos’. <<

[16] Al parecer, estaban de moda las manos grandes; *zazosita*: ‘ceceante, por afectación’ (véase la nota [3] de III, 5). <<

[17] *desenvoltura* tenía sentido peyorativo, cercano al de ‘desvergüenza’; *holicada*: ‘besuqueada’, esto es, ‘experimentada en las lides amorosas’. <<

[18] *desposada*: ‘prometida’. <<

[19] Entiéndase: 'por boba'. <<

[20] *bufonas*: en este caso, ‘discretas, entendidas’. Este tipo de apreciaciones, que relacionan discreción con fealdad y hermosura con bobería, es muy característico de la misoginia de Quevedo. <<

[21] *de buenas partes*: ‘de buenas prendas’ y también, en sentido sexual, ‘bien dotada’; *arte de las ofensas*: ‘trato carnal’. <<

[22] Nótese el juego dilógico con *saber*. <<

[23] ‘cuando me quiero dar cuenta, de forma inesperada’. <<

[24] ‘vestido de aquella manera’. <<

[25] El fragmento «hasta en esa ... gallinas» falta en X. <<

[26] *Dolo*: 'Doylo'. <<

[27] Tampoco forma parte de X esta intervención de Pablos. <<

[28] Véase la nota [\[15\]](#) de III, 6. No deja de resultar sorprendente la rapidez con que la señora se apresta a corroborar la ficción de Pablos. Y por cierto que la mención a Ocaña no parece inocente. <<

[29] «y un poco puta» es comentario que sólo aparece en *B*. <<

[30] *tacaño*: ‘taimado, bellaco’.

X lee: «y más mal inclinado que Dios tiene en el mundo». <<

[31] Nótese que ha cambiado el destinatario de la narración de Pablos; *gallofería*: ‘vida poltrona, bellaquería’; parece referirse con tal término al conjunto de su vida anterior, que ahora le interesa ocultar.

En vez del pasaje «Yo decía ... gallofería», se lee en *X*: «¿Qué sentiría yo oyendo decir de mí, en mi cara, tan afrentosas cosas?». <<

[32] Esto es, en la zona de la Puerta del Sol; actualmente la calle del Arenal discurre entre ésta y la plaza de la Opera (véase la nota [55] de II, 3). Obsérvese el empleo del verbo *ser* para indicar posición. <<

[33] Véase la nota [\[101\]](#) de II, 3. <<

[³⁴] *flor*: véase la nota [43] de III, I. <<

[35] *hechos*: ‘amañados, marcados’. <<

[36] *irme por abajo*: probable referencia a la trampa conocida como *ida*. <<

[37] *encapotado*: ‘ceñudo’. <<

[38] Véase la nota [94] de II, 3. <<

[39] ‘conocía innumerables fullerías y tenía barajas estupendas de cartas marcadas’; *flor*: véase la nota [43] de III, 1; *mayo*: ‘árbol adornado con flores y frutas en torno al cual se festeja la primavera’; *barajas hechas*: véase la nota [35]. <<

[40] En la jerga de los fulleros, éstas, como otras similares en torno al verbo *matar*, son expresiones equivalentes de ‘quitar el dinero’. Véase el texto correspondiente a la nota [20] de III, 10. <<

[41] *cas*: casa. De manera más específica, *X* lee «fraile benito» en el lugar de «fraile».

<<

[42] *talego*: ‘bolsa de tela alargada y estrecha en que se solía llevar el dinero’; *calza*: en este caso, sinónimo de ‘talego’.

«Talegos como ... doblones» es una variante respecto a *X*, que lee, menos enfáticamente: «mucho del real de a ocho y escudo». <<

[43] *Crecióles ...el ojo: 'se alegraron, codiciosos'*. <<

[44] *conversación*: ‘plática, trato’ y, eufemísticamente, ‘juego’. <<

[45] Entiéndase: ‘no entrarán ni los criados’. <<

[46] 'los que acompañan al oficiante en el altar'; y aquí, paródicamente, los 'cómplices' o 'compinches' que colaboran con Pablos. <<

[47] *tocador*: véase la nota [\[59\]](#) de I, 6. <<

[48] *corona*: 'tonsura'. <<

[49] ‘me maquillé para aparentar que estaba enfermo de tercianas’; *tercianas*: véase la nota [28] de III, 5. <<

[50] Todo el fragmento «por disimular ... amarilla, y» falta en *X*; además, y según ocurría más arriba, también *X* especifica aquí «fraile benito». <<

[51] *antojos*: ‘anteojos’. <<

[52] *atusada*: ‘cortada muy ceñidamente, rapada’; ya que «era la costumbre cortar el pelo y la barba del enfermo para conservar su fuerza» (B. Ife.) <<

[53] *levantaban*: quizá ‘alzaban, cortaban la baraja’, lo cual tenía una incidencia directa sobre la posibilidad de ser mano y sobre las cartas que tocaban a cada jugador. Este momento era terreno abonado para las fullerías. <<

[54] Hay un juego de palabras. *Iban tres al mohíno*: ‘estaban compinchados [contra Pablos]’ (vease la nota [11] de I, 6); pero *mohínos* en sentido estricto significa ‘disgustado, airado’. <<

[55] *gatada*: «el hurto que se hace con engaño, astucia y simulación» (*Autoridades*).

<<

[56] *baratos*: véase la nota [13] de II, 6. <<

[57] *encargándoles*: ‘encareciéndoles’. <<

[58] Recuérdese el episodio del ermitaño de II, 3; parece como si Pablos hubiese invertido a su favor la situación de entonces. Por otra parte, el hacerse pasar los tahúres por hombres de religión para mejor lograr sus fines es procedimiento bien acreditado. <<

[59] *tenía* [el lacayo]: ‘sujetaba, cuidaba’; *le* se refiere, por supuesto, al letrado. <<

[60] Se repite lo sucedido en el episodio del rey de gallos. <<

[61] Puesto que probablemente se trata de un *no* enfático, entiéndase: ‘¡Ojalá fueseis un valenzuela!’; *valenzuela*: ‘casta de caballos, muy apreciada en la época por su capacidad para la carrera y por su pronta y precisa acomodación a las órdenes del jinete’. <<

[62] Nótese el tono despechado de Pablos; *rocín*: véase la nota [40] de I, 2. <<

[63] ‘por enmendar el entuerto, disimulando’; véase la nota [7] de III, 4. <<

[64] *overo*: véase la nota [93] de III, 4. <<

[65] *desbocado*: «el caballo que no obedece el freno y, puesto en la carrera, no sabe parar» (Covarrubias); *trotón*: ‘hecho a andar al trote’. Pablos se las da de buen jinete, capaz de corregir los vicios o limitaciones de su montura. <<

[66] ‘aparecían’. <<

[67] *apretarlo*: ‘apresurar su resolución’. <<

[68] Esto es, ‘trataba de forzar un compromiso de matrimonio por escrito’; *papeles*: «escrituras» (Covarrubias). <<

[69] Probablemente haya que entender: ‘enojado por la manera en que lo había dejado plantado’ en casa de su hermana (III, 2). <<

[70] *magulassen*: ‘magullassen’. <<

[71] *el avemaría*: ‘el anochecer’, pues a esa hora se tocaban las campanas y rezaba el ángelus. <<

[72] La capa, sobre todo si era de color, era una referencia de primer orden para reconocer a alguien, ya que el modo de vestir de la época permitía ocultar totalmente el rostro. <<

[73] ‘protegerlo, encubrirlo’. <<

[74] *cintarearlo*: ‘darle cintarazos, golpes con la espada envainada o de llano’ y, por extensión, también con otros objetos. <<

[75] *cierra ... conmigo*: ‘me acomete, arremete contra mí’. <<

[76] *trasquilón*: aquí, ‘cuchillada’. <<

[77] *embustidores*: ‘embusteros, embaucadores’. <<

[78] 'atribuírsele'. <<

[79] *capeadores*: ‘ladrones de capas’, por lo general nocturnos. <<

[1] Por lo arrugado, *higo*; y, por el *afeite* o ‘maquillaje’, *enharinado*. <<

[2] El de las «ancianas incrédulas de años» que pretenden pasar por niñas es uno de los motivos predilectos de la sátira quevediana contra las viejas. <<

[3] *chufa y castaña apilada*: parangones del rostro arrugado de la huésped; *castaña apilada*: ‘la que se ha secado al fuego para conservarla’. <<

[4] Considérese como equivalente de ‘enfadosa, insufrible’. <<

[5] En lugar de «arrugada y llena de afeite... bruja», X lee: «edad de marzo — cincuenta y cinco— con su rosario grande y su cara hecha en orejón o cáscara de nuez, según estaba arada». <<

[6] Recuerdo del refrán «Cobra buena fama y échate a dormir para perderla» (Correas). <<

[7] Es decir, ‘era alcahueta’; *templaba*: posiblemente en el sentido figurado de ‘acordar las cuerdas de un instrumento’; *carear*: ‘poner frente a frente’. Véase la nota [28] de I, 1. <<

[8] En la versión de X, recibe el nombre de «tal de la Guía». <<

[9] *ensayaba*: ‘adiestraba’ la Paloma a la muchacha; *en el taparse*: véanse las notas [15] de II, 5 y [89]89 de III, 2. <<

[10] Véase la nota [\[9\]](#) de III, 5. <<

[11] *vedijas*: ‘mechones, matas de pelo’. <<

[12] *dormidillos*: ‘gestos para entornar lánguidamente los párpados por coqueteo’. <<

[13] *cuervos*: figuradamente, ‘mujeres de tez oscura’. <<

[14] La comparación satírica del maquillaje con el revocar fachadas y paredes era usual; *enlucir*: ‘enjalbegar’. <<

[15] Los chistes y motes a partir de Herodes y la matanza de los inocentes abundan en Quevedo. Véase el texto correspondiente a la nota [\[19\]](#) de III, 7.
El fragmento «Enlucía manos ... empreñar» falta en X. <<

[16] Véase la nota [\[24\]](#) de I, 1. <<

[17] La Paloma, también «bruja y un poco puta», alcahueta, experta en cosmética, asesora de seducciones y restauradora de virgos, se asemeja mucho a la propia madre de Pablos a través del común trasfondo celestinesco. Véanse las notas [24] y siguientes de I, 1. <<

[18] *pelar*: véase la nota [101] de II, 3; los *refranes* eran el rasgo estilístico fundamental de las viejas como tipo literario, según atestiguan, entre otras, *Celestina*, *Muñatones* o *Gerarda*. <<

[19] *encajar la joya*: ‘pedir o hacerse regalar la joya’ por sus galanes. <<

[20] *pediduras*: ‘maneras de pedir’; *dinero seco*: ‘dinero contante y sonante’. <<

[21] *concurrente*: ‘colega’.

En vez de «a Muñatones la de Salamanca», se incluye en *X* la aposición «mujeres de todo embustir». <<

[22] Como se ha indicado (nota [\[18\]](#)), los refranes son un importante elemento caracterizador de estas viejas taimadas, pero han de entenderse a la luz de su palpable intención satírica. <<

[23] *no me espanto*: ‘no me maravillo, no me extraño’; *güesa*: ‘huesa, tumba’. <<

[24] «Dícese por los muy viejos» (Correas); evidentemente, partiendo de una célebre metáfora bíblica. <<

[25] Explica *Autoridades* «que cada uno se contenga en su estado ... sin pretender ser mayor». De otro lado, el refrán anterior —*Dime con quien...*— parece contradecirse con éste, y, en todo caso, nótese que las palabras de la vieja arrojan una luz nada favorable sobre los caballeros (más abajo: *un pícaro y otro pícaro*) y damas (*una alcorzada y otra redomadona*) con quien trató Pablos en el capítulo precedente. <<

[26] El refrán «da a entender la poca seguridad que hay aun en lo que parece que está en la mano» (*Autoridades*). <<

[27] *fiel*: ‘inspectora, supervisora’; en sentido estricto, *el fiel* es el ‘encargado de velar por la correcta utilización de pesos y medidas por los comerciantes, así como por la calidad del género’. <<

[28] ‘me mantengo tanto de los gestos que enseñó para atraer a los clientes como de los precios que fijó para los servicios de las prostitutas’. Nótese la silepsis de *posturas*, en especial a través del *que enseñó*, que apunta a varias acepciones posibles como ‘afeites o emplastos’, ‘gestos provocativos de las prostitutas’ o ‘posiciones en el acto sexual’; *posturas (...que pongo)*: «el precio en que se pone alguna cosa venal» (Covarrubias). <<

[29] ‘porque hay de sobra, ellas [las mujeres] son baratas en mi casa’; *danse con ellas*: «cuando las cosas abaratan» (Correas). <<

[30] *alcorzada*: ‘meliflua, melindrosa’ y puede que ‘cubierta de afeites’, ya que alcorza era ‘la pasta de azúcar y almidón con que se recubrían distintos dulces’; *redomadona*: ‘astuta, taimada’ y quizá también ‘aficionada a los potingues’, a partir de *redoma*. <<

[31] Quizá, ‘estafa o despluma a aquel que recibe sus favores’. <<

[32] *entenados*: léase aquí en el sentido más amplio de ‘antepasados’. <<

[33] Elementos necesarios para sus prácticas hechíceriles.
«para unas candelicas y hierbas» falta en el manuscrito *B*. <<

[34] *botes*: véase la nota [38] de I, 1. <<

[35] 'si le daban dinero'. <<

[36] ‘se aplicaba, como bruja que era, ungüentos alucinógenos y abandonaba la casa por la chimenea (*puerta del humo*)’. <<

[37] *tema*: ‘obsesión’, pero también ‘la proposición o *thema*, normalmente una cita de la Biblia, que se situaba en el comienzo de los sermones cultos y se desarrollaba, a continuación, a partir de la *divisio*’. <<

[38] *espanté*: véase la nota [23]. <<

[39] *escondió la calle*: quizá haya que suponer que ocultó por arte nigromántica su calle a los ojos de quienes iban a detenerla. <<

[40] Lee X: «que era otra Guía; y no es de espantar que, con tales guías, vamos todos desencaminados». Véase la nota [8]. <<

[41] El amancebamiento estaba, en efecto, castigado por ley. <<

[42] *cerraron con ella y conmigo*: véase la nota [75] de III, 7. <<

[43] Entiéndase: ‘que yo era un huésped’. <<

[44] *trabajo*: véase la nota [11] de I, 1. <<

[45] Nótese que el nombre atribuido a la vieja hasta ahora es *Paloma*; veánse las notas [8] y [40]. <<

[46] *mitra*: burlescamente, ‘coroza’; véase la nota [9] de I, 2. <<

[47] Véase la nota [\[39\]](#) de I, 2; «*Bizarro* era sobre todo el traje de los soldados, en el cual destacaba el sombrero con plumas» (A. Gargano). <<

[48] Sumándose, por tanto, a los lanzadores de frutas y hortalizas contra la bruja y amancebada, aunque extraña, por inusual, el proyectil elegido para ello. <<

[49] *coletto*: véase la nota [47] de II, 1. <<

[50] *gabán*: véase la nota [32] de I, 4; *de pobre*: por los remiendos, que afectan necesidad para mover a la limosna. <<

[51] *polainas*: ‘especie de medias rústicas’. <<

[52] *capilla*: véase la nota [32] de I, 4. <<

[53] *frases*: ‘frasis, modos de expresión’, y aquí concretamente ‘fórmulas bribiáticas’.

<<

[54] *prosa*: véase la nota [34] de III, 6. <<

[55] Frase que expresa cuidado, fatiga o afán y que era utilizada como fórmula por los mendigos. <<

[56] *aire corruto ... hora menguada*: véase la nota [38] de I, 6. <<

[57] Es una sabia práctica en estas peticiones el desear el bien del que el mendigo carece. <<

[58] *ochavos*: ‘monedas de cobre de valor escaso’. <<

[59] 'que era cosa admirable'. <<

[60] «La pronunciación *Jesú* es regresión de *Jesucristo*, y se usó mucho en la Edad Media ... En la exclamación vulgar andaluza *¡Jozú!* sobrevive esa pronunciación» (A. Castro). <<

[61] *mosca*: véase la nota [63] de III, 4. <<

[62] ‘de los que piden por las esquinas’. <<

[63] *Estaba riquísimo*: el atribuir la posesión de importantes cantidades de dinero a algunos de estos pobres es un nuevo lugar común.

y *era como nuestro retor*: conviene recordar en este punto el personaje de Micer Morcón en el *Guzmán* (I, III, 3), a quién tenían los pobres romanos nada menos que por «generalísimo». <<

[64] *potra*: 'hernia'. <<

[65] Estamos ante otro motivo bien conocido de la literatura bribiática: el fingimiento de taras físicas o enfermedades. <<

[66] ‘adorno de piedra esférico en los antepechos de los puentes’. <<

[67] El alquiler de niños es otra de las prácticas aparejadas a la mendicidad. <<

[68] *niños de la cajuela*: ‘niños postulantes con fines píos’; *cajuela*: ‘cepillo, especie de hucha’, recuérdese la *caja* del animero en II, 4. <<

[69] *encaminó*: véase la nota [28] de III, 6. <<

[70] *horros*: 'limpios, ahorrados'. <<

[71] *hallazgo*: entiéndase ‘la recompensa por el hallazgo’. <<

[72] Véase la nota [\[110\]](#) de III, 2. <<

[73] Es decir, ‘de viaje’; véase la nota [\[24\]](#) de III, 1. <<

[1] *paraje*: «parador, mesón» (A. Castro). La compañía es de las denominadas *de la legua* o ambulantes, mucho más relajadas en su organización y actividades que las *de título* u oficiales. Solían ser aquéllas, además, refugio de gente perdida. <<

[2] Nótese la ambigüedad de la construcción, que permite entender *per signum crucis* literalmente o como sinónimo de ‘cuchillada’; véase la nota [49] de II, 1. <<

[3] ‘me hizo merced o favor’, pero atiéndase a la intencionalidad de la apostilla inmediata. <<

[4] *barajados*: 'entremezclados'. <<

[5] Véase la nota [4] de II, 3; aunque aquí *sabandija* tiene evidentemente otro sentido, quizá con la connotación de ‘inquieta, revoltosa’. <<

[6] *suelo*: 'mundo'. <<

[7] El cinismo del comediante es propio de la figura del *sufrido* o *consentidor*, y téngase también en cuenta la libertad de costumbres achacada a los faranduleros. <<

[8] ‘Dígoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran’ (I Corintios, 7, 29). La alusión a San Pablo desapareció en la edición impresa de 1626. <<

[9] Hay una *Comedia de San Alejo* de carácter escolar, publicada por Juan López de Ubeda en su *Cancionero general de la Doctrina Christiana* (1579), y que, como tal, fue objeto de representaciones infantiles. <<

[10] ‘el director y empresario de la compañía’. <<

[11] Era habitual la concertación entre el autor y el actor de las condiciones de la entrada de éste en la compañía; *ración*: ‘cantidad fija diaria durante el tiempo del contrato’; *representaciones*: ‘cantidad por representación’. <<

[12] *loas*: ‘composiciones breves a modo de prólogo, recitadas generalmente por un solo actor, que, desarrollando frecuentemente un símil, se planteaban al modo de una solicitud de atención, silencio y benevolencia para la obra que venía a continuación y los actores que la representaban’; *papeles de barba*: ‘papeles graves, de rey, padre u hombre mayor’. <<

[13] En efecto, el t3pico de la nave en mar proceloso era muy del uso en las loas. <<

[14] Una de las apelaciones al público más repetidas en las loas, las más de las veces enfáticas y laudatorias en este punto. <<

[15] ‘hubo un murmullo no muy entusiasta de aprobación’; *víctor*: «exclamación aprobatoria, correspondiente al moderno *¡bravo!*» (A. Castro); *de rezado*: ‘murmurado’. Véase el texto correspondiente a la nota [\[82\]](#). <<

[16] *representante*: 'actor'. <<

[17] La actividad como poetas de autores y representantes era, en efecto, algo habitual, al menos desde Lope de Rueda. <<

[18] El mercedario fray Alonso Remón (1561-1632) fue escritor dramático muy encomiado en su época; y sus trabajos fueron «los más después de los del gran Lope», dejó escrito Cervantes. <<

[19] *rodela*: véase la nota [53] de I, 6. <<

[20] *badea*: ‘especie de melón de mala calidad’. <<

[21] Véase la nota [\[31\]](#) de II, 3. <<

[22] Otro de los tópicos sobre los poetas, y en especial sobre los de comedias, era el acusarlos de plagio. Por otro lado, parece que era especialmente habitual en las compañías de la legua. <<

[23] Nuevo nombre fingido, que contrasta notablemente con los anteriores: don Ramiro de Guzmán y don Felipe Tristán. <<

[24] *mosqueteros*: ‘el público masculino de menor poder adquisitivo, que veía en pie la obra desde el fondo del patio’; de ellos, y de sus ruidosos juicios, dependía en buena medida el éxito o fracaso de la representación. <<

[25] *tres pares de vestidos*: entiéndase ‘tres vestidos’, y no ‘seis’; *par*, o en su caso *pares*, tenía con frecuencia un valor puramente enfático o intensivo. <<

[26] Son, los tres, actores muy famosos de la primera mitad del siglo XVII. <<

[27] Entiéndase: ‘se requería mi opinión acerca de la escenografía y sus recursos técnicos’; *apariencias*: ‘efectos escénicos, tramoyas’; más concretamente, se refiere a las ‘apariciones sorprendidas sobre el escenario de algún actor o figura’. <<

[28] Entre los que merodean en torno a los miembros de las compañías, además de aspirantes a actores y enamorados de las actrices, abundan los poetas sin suerte buscando la oportunidad de leer sus comedias. <<

[29] Evidente dilogía de *divina*, que significa ‘de asunto religioso’ y también, irónicamente, ‘excelsa’. <<

[30] *bu, bu... ri, ri*: «voces como de interjección de rabia o de aullido por modo gracioso, puestas en la boca del diablo cuando representa» (*Autoridades*). Pablos utiliza todos los estereotipos propios de las ‘comedias de santos’ en la realización de su obra, particularmente el del diablo que irrumpe ruidoso y vociferante.

Satán: Quevedo ironiza en alguna otra ocasión acerca de esta forma, relacionándola con el lenguaje amanerado y repetitivo de algunos autos sacramentales, villancicos y oraciones (nota [37]).

En lugar de «caíale», *B* lee «caíle». <<

[31] *No me daba manos*: ‘No daba abasto’. <<

[32] 'hacía rebaja en el precio'. <<

[33] *demandaderas de monjas*: ‘recaderas de los conventos’. <<

[34] Véase la nota [\[39\]](#) de II, 2. <<

[35] Véase la nota [29] de I, 6 y el texto correspondiente a la nota [38] de II, 2. <<

[36] Nótese que son casi los mismos términos que los utilizados en II, 2. <<

[37] Sobre el particular vocabulario de estas oraciones y coplas, véase la nota [34] de II, 3. <<

[38] Entiéndase ‘sobre un cautivo en Tetuán’; véase la nota [33] de II, 3. <<

[39] *autor*: véase la nota [10].

B lee «*espiraban*» en vez de «*aspiraban*», que es lectura de *X*. <<

[40] Esto es, Pablos utiliza como *reposteros* ('tapices, a menudo con las armas del señor, que cubren las paredes de los aposentos para adornarlos y aislarlos del frío, o también las cabalgaduras por adorno') las telas que se acostumbraba a poner a modo de puerta en la entrada de las tabernas, cuya calidad, como se puede suponer, era ínfima. <<

[41] Nuevo equívoco; *ser para ver* puede entenderse como ‘ser dignos de admiración’ o ‘servir para ver a su través’. <<

[42] *tablado*: ‘escenario’. <<

[43] *en un paso de una montería*: ‘en un pasaje sobre una cacería’. <<

[44] De Galicia eran oriundas, tópicamente, las mozas de las posadas; y además tal procedencia solía tomarse en mala parte. <<

[45] Debe verse aquí no sólo ingenuidad en la muchacha, sino también lo que hay de desafortado e irregular en el mal poeta de comedias que es Pablos. <<

[46] *ejecutaron*: entiéndase ‘el embargo de bienes’. <<

[47] Por las rejas o celosías de los locutorios conventuales, semejantes a las redecillas de los tocados femeninos. <<

[48] Véase la nota [\[109\]](#) de II, 3. <<

[49] Puede considerarse como una figura corriente en la época y, hasta cierto punto, tolerada socialmente. Téngase en cuenta la relajación de la vida conventual y el número muy elevado de monjas enclaustradas sin una vocación decidida. <<

[50] Esto es, ‘la monja era evangelista’ o, lo que es lo mismo, ‘pertenecía a la facción, de las monjas de su convento, devota de San Juan Evangelistas y hostil a San Juan Bautista y sus devotas, que constituían otra facción’. Hay constancia de estas pugnas, que se harán explícitas algo más abajo, a través de una tradición satírica que remite al siglo XVI. <<

[51] *farsante*: ‘hombre de teatro’. <<

[52] ‘estancia para las entrevistas de los monjes con los ajenos a la comunidad’, pero aquí, particularmente, el ‘tiempo fijado para dichas entrevistas’. <<

[53] *andadera*: lo mismo que ‘demandadera’; véase la nota [33]. <<

[54] *vísperas*: ‘una de las horas canónicas, que se reza hacia el anochecer’. <<

[55] «Se llaman las galerías o ventanas desde donde se ve. Dícese especialmente de los conventos de monjas» (*Autoridades*). <<

[56] *hacer alguna pandilla a la abadesa*: ‘engañarla, jugársela’. <<

[57] 'consabida'. <<

[58] Porque se decía ‘vísperas solemnes’, ya que se rezaban con especial solemnidad. Recuérdese que el sacristán de Majadahonda juraba por ellas (II, 3). <<

[59] Esta frustración última de los galanes de monjas, condenados a no consumir su amor, es uno de los aspectos más resaltados por Quevedo en su visión del tipo. <<

[60] *pares*: véase la nota [25]. <<

[61] *asadores*: véase la nota [38] de II, I; *virotas*: ‘especie de saeta’; «*tragavirotas* llamamos a los hombres muy derechos y muy severos, con una gravedad necia, que no les compete a su calidad» (Covarrubias). <<

[62] Véase la nota [\[55\]](#). <<

[63] Era a las doce cuando se abrían al público los corrales, aunque la obra no empezaba hasta las dos, en invierno, o las cuatro, en verano. <<

[64] *devotos de monjas*: así eran conocidos los galanes de convento. <<

[65] Esto es, remedando la figura de San Francisco de Asís, el Seráfico, al recibir los estigmas mientras oraba en el monte Alverna. <<

[66] *querida*: 'amada'. <<

[67] ‘por el buen paso, por el andar ligero’ (véase la nota [9] de II, 5); *macho*: ‘de albarda’. <<

[68] *dar picón*: ‘picar, incitar mediante una pulla o burla’, y aquí particularmente ‘dar celos’. <<

[69] *terrero*: ‘explanada frente a un edificio’ y, por antonomasia, el ‘lugar desde el que se hace el galanteo’. <<

[70] *echadiza*: ‘enviada confidencialmente’. <<

[71] *vistas*: véase la nota [\[55\]](#); *deshilados*: metafóricamente, ‘huecos, resquicios’. <<

[72] Ambos son ‘recipientes con agujeros’; la *salvadera* contiene los polvos secantes con que enjugar la tinta fresca (nota [62] de I, 3), y el *pomo de olor* se llena de sustancias aromáticas para perfumar las estancias. <<

[73] *brújulas*: ‘atisbos, vislumbres’. En último término, se implica la visión de meros indicios, partes del cuerpo y otros objetos, sobre los que conjeturar acerca de la belleza, o incluso la identidad, de las monjas. <<

[74] «Un guisado que se hace de los pescuezos y alones del ave» (Covarrubias). <<

[75] Como el sábado era día de abstinencia atenuada en Castilla, se permitía comer las ‘grosuras’ de los animales, «esto es, los sesos, pies, lenguas, bofes, asaduras, pajarillas y otros menudos e interiores» (M. Herrero). <<

[76] *buhonería*: ‘mercadería de los vendedores ambulantes o buhoneros’ y, más específicamente, ‘chucherías, baratijas’. <<

[77] Simbolizando la esperanza. <<

[78] Es un pasaje que ha merecido interpretaciones muy diferentes; quizá pueda entenderse así: ‘las había que, para llamar la atención, como hacen los vendedores de sombreros, chistaban a sus enamorados, con sonido parecido al que se emplea para hacer salir las arañas de los agujeros en que se refugian’. <<

[79] *crudas*: ‘indiferentes, esquivas’. <<

[80] ‘sus favores nunca llegan a mayores’; *toques ... cabe*: términos del juego de la argolla (nota [85] de II, 3), el primero se refiere —además de a su acepción más evidente—, al ‘golpe sin consecuencias entre dos bolas’, y el segundo al ‘golpe de lleno de una bola a otra, de forma que ésta traspase los límites del campo’. <<

[81] ‘hacer manitas’; *paloteadico*: de *paloteado*, «danza rústica que se hace entre muchos, con unos palos como baquetas de tambor, con los cuales, bailando, dan unos contra otros, haciendo ruido concertado al compás del instrumento» (*Autoridades*).

<<

[82] Véase la nota [\[15\]](#). <<

[83] Dada la peculiar circunstancia de los galanteos conventuales, «monjas y galanes se dedicaban a menudo a un replanteamiento de la problemática del amor-virtud ... con especial hincapié en cuestiones como la del secreto, la humildad, la superioridad de la esperanza respecto a la posesión, etc.» (F. Rico), herederas, en último término, de la concepción cortés del amor. Sin duda, la monja trataba de convencer a Pablos de la preeminencia del amor que excluye la consumación sexual. <<

[84] Uno de los reproches referentes a las monjas más repetidos es el de ser interesadas. <<

[85] Quizá se trata de una alusión al «prostíbulo, que “hizo el infierno barato”» (C. Vaíllo). <<

[86] Es decir, ‘de rezado’ (nota [\[15\]](#)), ‘susurrando’. <<

[87] *revolviendo pareceres*: ‘sopesando pros y contras, indeciso’. <<

[88] Esto es, el 27 de diciembre. La rivalidad entre bautistas y evangelistas se acrecentaba con motivo de las fiestas de los respectivos juanes, en diciembre y junio.

<<

[89] ‘mozos del matadero’. <<

[90] ‘con el pretexto de organizar una rifa en favor de la monja’. <<

[91] Las creencias en torno a la *mandrágora*, cuya raíz tiene forma de hombre, explican, el comentario, dadas las connotaciones sexuales de la planta. <<

[1] *dados cargados*: ‘dados trucados’, normalmente mediante la introducción en ellos de alguna materia pesada (*nueva asta*, frente al hueso o asta de que se hacían los dados), como plomo o mercurio, para que caigan siempre sobre el mismo lado; *de mayor y de menor*: según la carga favorezca, respectivamente, la obtención del seis o del as. Adviértase asimismo que se juega, como en la antigüedad, con tres dados; el cuarto es el trucado. <<

[2] *garrotes de morros y ballestilla*: ‘flores o fullerías que consisten en marcar las cartas’. <<

[3] Véase la nota [39] de III, 7. <<

[4] *chanzas*: véase la nota [41] de III, I. <<

[5] Entiéndase: ‘y los que hayan leído mi libro tendrán la culpa, si son engañados, pues cuentan con los medios para evitarlo’.

Quizá sea preferible la forma «leyeren», propia de *X*. <<

[6] ‘en un abrir y cerrar de ojos’; *despabilar*: véase la nota [5] de III, 5. <<

[7] ‘marcas para reconocer las cartas por el tacto’, bien raspándolas o puliéndolas. <<

[8] *azares*: 'cartas contrarias'. <<

[9] Aquí, ‘mozo de cocina’; pero no se pierda de vista el *pican* inmediato. <<

[10] *pican con un alfiler*: se trata de la flor conocida como *verruquilla o verrugueta*, que consistía en imprimir sobre el haz del naipe la cabeza del alfiler, «de modo que por el envés la señal semejaba una verruquilla» (F. Rodríguez Marín). <<

[11] estampa: 'imprenta'. <<

[12] Quizá aluda a las *pintas*, ‘sistema de rayas que permitía saber de qué carta se trataba sin necesidad de descubrirla completamente’; *atravesado*, además de referirse a la disposición gráfica de las pintas en el naípe, podría sugerir las consecuencias negativas del juego al provocar la enemistad entre la «gente honrada». <<

[13] 'nuevo, sin marcar'. <<

[14] Esto es, ‘para el que da sus cartas a ver (*da vista*) al cómplice y se guarda o retiene algunas cartas (*retén*) en el momento de barajar’. <<

[15] ‘una variante del juego del parar’ (véase la nota [94] de II, 3); al parecer, el rey daba el triunfo al que llevaba el juego o banquero, lo que explica que, inmediatamente, reciba un tratamiento distinto al de otras figuras. <<

[16] *doblar*: ‘hacer un pliegue’ y ‘tocar a muerto’. <<

[17] 'Al juego de la primera.' <<

[18] ‘atiende a que los naipes desechados en el descarte no se queden en la parte superior del montón, para evitar que el fullero pueda recuperarlos, y que no intercambien señas los otros jugadores con el objeto de cederse cartas’. <<

[19] *maulas*: ‘engaños, trampas’. <<

[20] Véase la nota [\[40\]](#) de III, 7. <<

[21] *revesa*: «traicionar a uno so capa de amistad» y en el juego, derivadamente, «la fullería que un fullero hace a otro con el que aparentemente está de acuerdo» (*Léxico*). <<

[22] *dobles*: ‘ganchos’; los *sencillos*, haciendo un juego de palabras con *dobles*, son los ‘incautos o pardillos’; *rastrero*: ‘matarife, el empleado en el rastro o matadero’, y aquí, metafóricamente, el ‘fullero’, porque *mata*. <<

[23] «Al hombre sencillo llaman *blanco*; al fullero y saje doble llaman *negro*» (*Fiel desengaño*, II, 15); *al que deja en blanco sus diligencias*: entiéndase ‘al que deja en nada los afanes del incauto’. <<

[24] ‘compañeros de cuarto’. Era voz de género ambiguo; compárese más abajo. <<

[25] Este mesón se hallaba en la «colación de Santa Cruz, a la entrada de la judería» (C. Petit). <<

[26] Nombre de resonancias hamponas. <<

[27] Esto es, 'se ganaba la vida como matón a sueldo'. <<

[28] Se tomaban como medida los puntos de sutura requeridos por las heridas; véase la nota [67] de II, 3. <<

[29] Refrán, con numerosas variantes, que subraya que «ninguno está tan bien en la teórica de las cosas como el que prácticamente ha pasado por ellas» (Covarrubias); pero aquí *acuchillado* debe tomarse, ciertamente, al pie de la letra. <<

[30] ‘especie de colete o chaleco’, normalmente acuchillado (véase la nota [19] de II, 5); de ahí la metáfora. Para una dilogía similar a la aquí implícita: nota [16] de II, 6.

<<

[31] ‘borracho’, ya que *cuero* es también el pellejo en que se guarda el vino. Nótese la paronomasia *cara, era, cuera, cuero*. <<

[32] Aquí, 'compañeros, colegas'. <<

[33] Véase la nota [\[100\]](#) de III, 2. <<

[34] *vuacé*: «entre la multitud de formas que ofrecía este tratamiento [*vuestra merced*], ésta era la usada con pícaros y germanes» (A. Castro). <<

[35] ‘Sevilla’; se trata de remedar gráficamente la aspiración de la sibilante propia del valentón. Sevilla constituía, además, la meca de la valentía y bravura. <<

[36] 'afeminado, pusilánime'. <<

[37] *ahaje*: ‘manosee, arrugue’; ya que los jaques «tratan más de parecer bravos que lindos» (*Vida de Corte*); el andar cargado de hombros es también rasgo tópico de los Valentones. <<

[38] Téngase en cuenta el sentido fraseológico de la expresión *andar de capa caída*.

<<

[39] «mal gesto, pliegue de la boca con cara de enfado» (*Léxico*). <<

[40] Se trata de «hablar a lo sevillano», cosa propia de valentones (aunque sean de Segovia), sembrando el discurso de consonantes aspiradas. <<

[41] Es decir, ‘herida, mohíno, humo, pajería, mojar, jabalí y jarro’; *paiería*: ‘la calle de la Pajería’, en Sevilla; *mohar*: ‘acuchillar’. <<

[42] *media azumbre*: alrededor de un litro. <<

[43] *vaharada*: ‘vaho, aliento’, se entiende que ‘con olor a vino’. <<

[44] Quizá, ‘con los rostros surcados de cicatrices’ y, en consecuencia, con muchos *puntos*, tantos como los que miden los grandes zapatos que necesita el afectado por el mal de la gota (véase la nota [67] de II, 3); o puede que ‘con las caras hinchadas y deformadas’. <<

[45] ‘bamboleándose’. <<

[46] Recuérdese lo dicho poco más arriba sobre las *capas caídas*. <<

[47] Por su enorme tamaño; *diademas*: ‘las aureolas o coronas de los santos’. Véanse las notas [47] de II, 1, y las [17] y [18] de II, 4. <<

[48] Véase la nota [\[29\]](#) de II, I. <<

[49] Se implica la gran longitud del arma; *contera*: ‘remate de la vaina de la espada’; *calcañar*: ‘talón’. <<

[50] Véase la nota [\[41\]](#) de II, 4. <<

[51] *buido*: ‘afilado, en punta’; se aplica generalmente a las armas blancas (véase la nota [50] de II, I). <<

[52] Poco puede decirse de seguro sobre las *barbas turcas*, salvo que eran largas y aparatosas. <<

[53] ‘ahorrando palabras’; el laconismo era otra de las notas prototípicas de estos matones. <<

[54] *Seidor*: ‘Servidor’; *So*: ‘Señor’; se trata de contracciones propias de la jerga valentona. <<

[55] ‘criados e informadores de los valientes’. <<

[56] ‘fruto de la alcaparra’, que se toma en vinagre; sirve de aperitivo. <<

[57] ‘con ingredientes para provocar la gana de beber’. Véase la nota [42] de II, 4. <<

[58] Lo desaforado del recipiente remite a los excesos de la comida en casa de Alonso Ramplón (11,4); *de buces*: ‘de bruces’; *hacer la razón*: véase la nota [46] de I, 3. <<

[59] Irónicamente, ya que se llama *taza penada* a la que tiene la boca estrecha y el borde vuelto hacia fuera de modo que obliga a beber con dificultad y poco a poco. <<

[60] Específicamente, se llamaba así al ‘corregidor’ de Sevilla; principal representante, por tanto, de la justicia real en la ciudad. <<

[61] Se trata, a lo que parece, de valentones sevillanos famosos; particularmente Escamilla gozó de gran notoriedad. <<

[62] Conocido poeta y jaque sevillano que murió en la horca por la inquina del entonces Asistente de Sevilla, ocasionada por el apodo y, posiblemente, las composiciones que le había dedicado. <<

[63] Era una denominación extendida para el pan en lenguaje coloquial, especialmente al encontrar un pedazo tirado y alzarlo del suelo. <<

[64] Apodo de Alonso Álvarez. <<

[65] «Es parodia de los caballeros de la Tabla Redonda» (D. Ynduráin). <<

[66] Probablemente, ‘el que acecha a los delincuentes, buscando el momento para detenerlos fuera de la protección del sagrado’. Al parecer, Alonso Álvarez fue detenido, a pesar de haberse refugiado en la iglesia de Santa Ana, durante una excursión nocturna. <<

[67] *Mancebito*: 'jaque'. <<

[68] ‘valeroso, con redaños’ (véase la nota [13] de I, 7); «es voz jocosa y voluntaria que usó Quevedo» (*Autoridades*). <<

[69] *mozo de manos*: ‘el que es valiente y diestro con las armas’. <<

[70] 'a la caza de corchetes'. <<

[71] «Hoy calle de García de Vinuesa» (R.S. Rose); entre la zona del Arenal y la Catedral. <<

[72] Véase la nota [\[44\]](#) de I, 6. <<

[73] Véase también, en un contexto muy similar, la nota [45] de I, 6. <<

[74] Posiblemente, ‘confió el hacer justicia a sus pies, al huir entre gritos, recurriendo de ese modo la sentencia de muerte segura a manos de los bravos’. <<

[75] ‘por haber bebido en exceso’. <<

[76] 'la Catedral'. <<

[77] *al olor de*: véase la nota [15] de I, 4. <<

[78] *ninfas*: 'prostitutas'. <<

[79] Estas visitas no tenían nada de extraño, ni tampoco que las prostitutas socorriesen —*vestirnos*— a los retraídos con su trabajo —*desnudándose*—. <<

[80] ‘me vistió y mantuvo a su costa’, parodiando la costumbre de que los galanes vistiesen como señal alguna prenda de la amada; se sugiere, por tanto, que Pablos, como en general los retraídos, actúa como rufián o chulo. <<

[81] *propuse*: ‘determiné, decidí’; *navegar en ansias*: ‘vivir los afanes y fatigas, de amor u otros, propios de la vida rufianesca’. <<

[82] Aquí probablemente ‘el lenguaje de los rufianes o germanía’. <<

[83] *rabí*: ‘maestro’. <<

[84] Recuérdese lo sucedido a Alonso Álvarez (nota [66]). <<

[85] América significaba para muchos perseguidos de la justicia la posibilidad de una vida nueva. <<

[86] Tópico moral de ascendencia estoica. <<